



# HALO

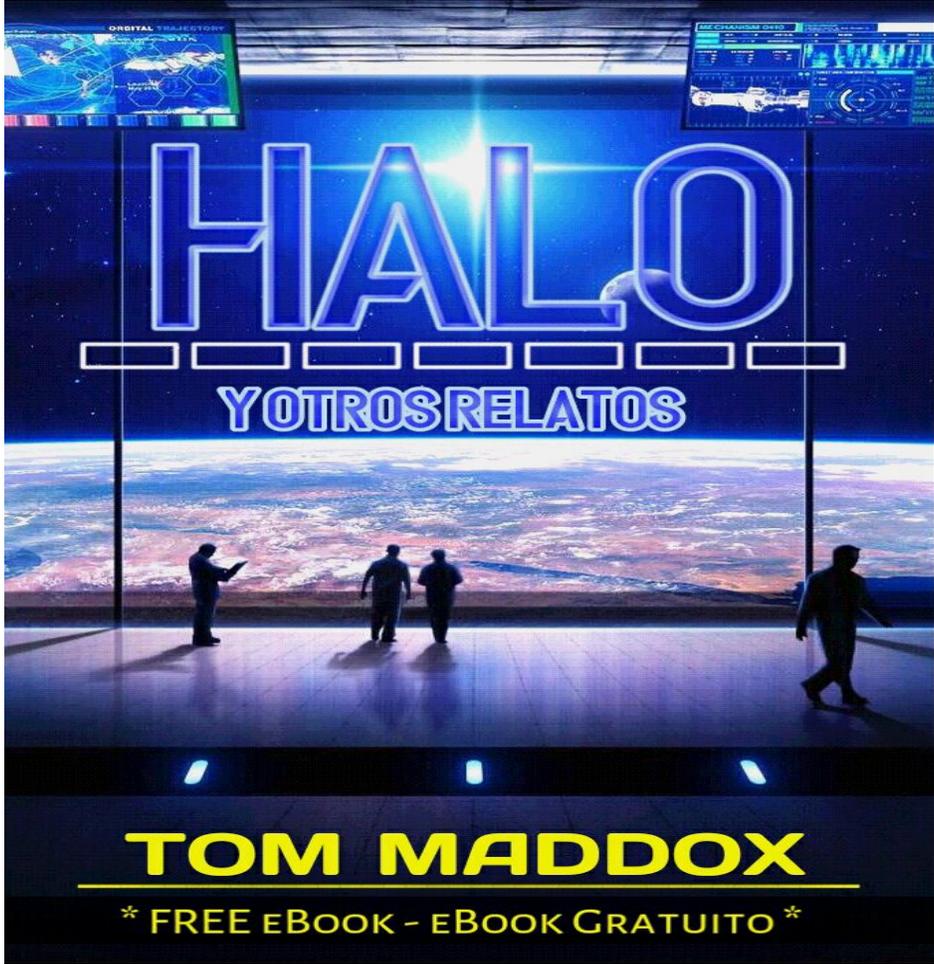


## Y OTROS RELATOS



**TOM MADDOX**

\* FREE eBook - eBook GRATUITO \*



ORBITAL TRAJECTORY

MECHANICAL DES

# HALO

Y OTROS RELATOS

**TOM MADDOX**

\* FREE eBook - eBook GRATUITO \*

# Créditos

## HALO y Otros Relatos

Antología de obras publicadas con Copyright © de **Tom Maddox** bajo licencia CC-BY-NC-ND:

- HALO (1991)
- Gravity's Angel (1992)
- The Robot and The One You Love (1988)
- The Mind like a Strange Balloon (1985)
- Snake Eyes (1986)

[dthomasmaddox.com](http://dthomasmaddox.com)

Traducción y Edición: Artifacts, enero 2020.

[artifacts.webcindario.com](http://artifacts.webcindario.com)

Diseño de Portada: Artifacts.

Imágenes tomadas de Safari WallPaper bajo Licencia CC-0

# Licencia Creative Commons

Muchísimas gracias a **Tom Maddox** por autorizar la traducción y publicación de esta versión electrónica de **HALO y Otros Relatos** bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto mostrado de la sección de Créditos de este eBook.

## Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

# Sobre el Autor

**Tom Maddox** (nacido en octubre de 1945) es un escritor estadounidense de ciencia ficción, conocido por su participación en el movimiento ciberpunk temprano.

Su primera novela fue **Halo** (ISBN 0-312-85249-5), publicada en 1991 por Tor Books. Su historia *Snake Eyes* apareció en la colección de 1986 *Mirrorshades*, editada por Bruce Sterling.

Quizás sea mejor conocido como amigo y compañero de escritura de William Gibson. Escribieron dos episodios de *The X-Files* juntos, "*Kill Switch*" y "*First Person Shooter*".

Maddox es el creador del término Electrónica de Contramedidas de Intrusión (o ICE). De acuerdo con Maddox, acuñó el término en el manuscrito de una historia inédita que le mostró a Gibson en una convención de ciencia ficción en Portland, Oregón. Gibson pidió permiso para usar el acrónimo y Maddox estuvo de acuerdo. El término se usó luego en las primeras historias cortas de Gibson y finalmente se popularizó en la novela *Neuromancer*, en la que Maddox fue debidamente reconocido.

Tom Maddox ha licenciado su trabajo bajo una licencia Creative Commons, haciendo que una parte significativa esté disponible en su sitio web: Tom Maddox Fiction and Nonfiction Archive.

Maddox fue anteriormente profesor de estudios literarios en The Evergreen State College en Olympia, Washington.

—**Fuente:** wikipedia

# Dedicatoria

A la memoria de **George Maddox**, mi padre; **Paul Cohen**, mi amigo; y a todos nuestros lamentados muertos, perdidos en el tiempo.

"Hip, thoroughly adult, very funny, very sad, postmodern as all get-out yet fully equipped for massive narrative traction."  
-William Gibson, co-author of *The Difference Engine*

T O M · M E D D O X

# HAO



"Meddox has packed a lot of tongue, romance and speculation into a fast-moving story."  
-The Denver Post

# HALO

## Parte 1

**Todo está destinado a reaparecer como simulación.**

Jean Baudrillard, América.

# Capítulo 1

## Ardiendo, Ardiendo

En una mañana lluviosa en Seattle, Gonzales estaba listo para el huevo. Una semana atrás había regresado de Myanmar, el país una vez conocido como Birmania, y ahora, tras dos días de drogas y ayuno, estaba preparado: se había convertido en un extraterrestre, en un hogar de un paisaje lejano.

Su cerebro estaba lleno de flores de fuego, su carne blanca se extendía a amarillo, el centro de un mundo en llamas. En la oscura puerta de roble manchada, las alas de ángel bailaban en llamas azules, sus caras beatíficas en el frío fuego. Mirando las animadas figuras talladas, Gonzales pensó: el fuego está en mis ojos, en mi cerebro.

Empujó hacia abajo el mango de latón curvado en S y salió al pasillo, con los zapatos de punta clara de algodón suave y la cuerda rozando sin ruido por suelos de roble blanqueado. Por la puerta abierta al final del pasillo, la luz de la mañana creaba abstractos patrones a través de las vidrieras, colores carmesí y amarillo lácteo. Dentro de la habitación, la consola de un monitor azul se encontraba junto a la pared del fondo, el resplandor solar corporativo de SenTrax brillaba en su cara. En el centro de la habitación estaba el huevo, dividido en hemisferios de acero cromado, abierto y esperando. Un medio huevo estaba lleno de tubos de color beige y serpientes de cable óptico, la otra mitad era de oscuro plástico duro tendido en la cáscara.

Gonzales se pasó las manos por los ojos, luego se recogió el pelo en un largo mechón y deslizó un círculo de elástico sobre él. Echó mano a su cintura, agarró el dobladillo inferior de su camiseta azul marino y se subió la camisa sobre la cabeza. Dejándola caer al suelo, se quitó los zapatos, se quitó los holgados pantalones color canela, los calzoncillos de algodón blanco y quedó desnudo, su piel pálida brillaba con una ligera capa de sudor. Sentía la piel caliente, los ojos vidriosos y dolor de estómago.

Dio un paso adelante y se metió en el medio huevo de cromo, luego se estremeció y se recostó cuando el caliente líquido sangró en el plástico laxo y comenzó a hincharse bajo él. Agarró cables del grosor de un dedo y empujó sus extremos de unión en su sitio, dentro los zócalos ubicados en su nuca. Mientras el huevo continuaba llenándose, él se colocó una máscara sobre la cara, sintió que sus bordes se sellaban e inhaló. Los catéteres se movieron hacia su entrepierna, las agujas intravenosas hacia las curvas de ambos brazos. El huevo se cerró sobre él y el líquido se derramó en su interior.

Flotó en silencio, esperando, respirando lenta y profundamente mientras la euforia atravesaba la mezcla caótica de emociones generadas por las drogas, la meditación y el huevo. No importaba que fuese a revivir su propio terror, esto era lo que lo conmovía: el acceso a los muchos mundos de la experiencia humana, viajar a través del espacio, el tiempo y la probabilidad, todo en uno.

Las realidades virtuales estaban en todas partes: vacaciones virtuales, sexo, superestrellato, nombra una, pero en comparación con el huevo, eran solo videojuegos de alta resolución o magia escénica. Las VR utilizaban una variedad de trucos para simular la presencia física, pero el sensorium solo podía engañarse hasta cierto punto, y cuando habitabas un VR, eras consciente de ello, por lo que mantener su ilusión dependía de la suspensión voluntaria de la incredulidad. Con el huevo, sin embargo, obtenías una participación total a través de todas las modalidades sensoriales: los mundos eran tan convincentes que las personas que despertaban a menudo parecían perdidas en el mundo de vigilia, como si fuera un sueño.

Una aguja perforó un conjunto de membrana en uno de los cables neurales e inyectó una mezcla de neuropéptidos. Gonzales fue transportado.

\* \* \*

Era el último día de la estadía de tres semanas de Gonzales en Pagan, la ciudad en el centro de Myanmar, donde el gobierno había movido sus registros décadas antes a raíz de los disturbios étnicos en Yangón. Estaba sentado con Grossback, el Jefe de División de SenTrax Myanmar, en una

mesa central de palo de rosa en la sala de conferencias principal. Las estaciones de trabajo de la mesa, oblongas incrustaciones de cristal, yacían oscuras y silenciosas frente a ellos.

Gonzales había venido a Myanmar para realizar una auditoría de información. El grupo local SenTrax suministraba al Estado Federado de Myanmar sus principales servicios de información: todos sus registros de personal y material, y todas las transacciones entre ellos. Un mes antes, los informes de SenTrax Myanmar habían activado las alarmas de "investigar" en los programas de auditoría pasiva de la empresa, y Gonzales y su mémex habían sido enviados para examinar más de cerca los datos en bruto.

Después, durante veinte días seguidos, Gonzales y el mémex habían explorado las estructuras de datos y sus contenidos, contrastando las relaciones funcionales nominales con la realidad. Dondequiera que había movimientos de información, dinero, equipo o personal, había registros, y los dos los siguieron. Buscaron registros de efectivo, emparejaron las órdenes de compra con los servicios y el material, verificaron las firmas de comprobantes con los registros de personal, verificaron los registros de personal con las bases de datos del gobierno y rastrearon los antecedentes y movimientos de las personas que representaban; leyeron los contratos y repasaron en retrospectiva la oferta y adquisición en los registros diarios de transacciones.

Trabajo duro, arduo, todo paciencia y detalle, y hasta ahora no había mostrado nada más que las ineficiencias habituales: Grossback no había ejecutado una gestión de operación particularmente eficiente pero, por el momento, no parecía tener una corrupta. Sin embargo, ni él ni SenTrax Myanmar estaban liberados todavía; El informe final de Gonzales llegaría más tarde, después de que él y el mémex hubieran analizado los registros a su antojo.

Gonzales se estiró y se frotó los ojos. Como de costumbre al final de los trabajos intensivos a corto plazo como este, se sintió cansado, desvaído, ansioso por irse. Le dijo a Grossback: "Tengo un avión de la compañía que sale de aquí a última hora de la tarde a Bangkok. Me conectaré con cualquier vuelo comercial disponible allí".

Grossback sonrió, obviamente contento de que Gonzales se fuera. Grossback era un hombre delgado, de ascendencia mixta alemana y tailandesa; Tenía una tez morena clara, cabello negro y rasgos delicados. Llevaba ropa políticamente correcta al estilo birmano, a la antigua: una falda oscura llamada longyi, una camisa de algodón blanca.

Durante el tiempo de Gonzales allí, Grossback había tratado con él fría y correctamente desde detrás de una máscara de protocolo corporativo y dientes apretados. Muy bien, había pensado Gonzales: la operación del hombre era sospechosa, y él junto con ella. De todos modos, la gente casi siempre resentía estas intrusiones externas. En representación de Asuntos Internos, Gonzales solo respondía a su jefe de división, F.L. Traynor, y al Comité de SenTrax, y eso ponía nervioso a casi todo el mundo.

"¿Se marcha desde el aeropuerto de Myaung U?" preguntó Grossback.

"No, he pedido una recogida al sur de la ciudad". Como cualquier otra persona que pudiera organizarlo, él no iba a volar desde el aeropuerto oficial de Pagan, donde grupos partisanos habían derribado aviones varias veces. Seguramente Grossback sabía eso.

Grossback preguntó: "¿Qué dirá en su informe?"

Sorprendido, Gonzales dijo: "Usted sabe que no puedo decirle nada al respecto". Incluso mencionar el asunto constituía una vergüenza, sin mencionar una violación del protocolo corporativo denunciabile. El hombre o era estúpido o estaba desesperado.

"No ha encontrado nada", dijo Grossback.

¿Cuál era su problema? Gonzales dijo: "Tengo que examinar los datos de un año antes de poder hacer una evaluación".

"¿No me dirá cómo será el informe preliminar?", dijo Grossback. Su rostro se había enfriado.

"No", dijo Gonzales. Se puso de pie y dijo: "Tengo que terminar de empacar". Por el momento, solo quería salir antes de que Grossback hiciera

algo irreversible, como amenazarlo u ofrecer un soborno. "Adiós", dijo Gonzales. El otro hombre no dijo nada cuando Gonzales salió de la habitación.

Gonzales regresó al Hotel Thiripyitsaya, una colección de bajos bungalows fabricados con bambú y hormigón armado que se alzaban sobre el río Irrawady. Las habitaciones estaban afectadas por la versión andrajosa de la decoración turística asiática de Myanmar: bambú lacado en las paredes junto con holos de dragones saltando, tocador de teca negra, mesas, sillas y armazón de cama, ventiladores de techo que llevaban vagando por allí desde el siglo XX —solo para dar a su ciudadano promedio ese subidón del exótico Este, imaginó Gonzales. Sin embargo, el hotel había sido reconstruido menos de una década atrás, por lo que, según los estándares locales, Gonzales tenía lujo: climatizador, microondas y refrigerador.

Por supuesto, muchas noches el aire acondicionado no funcionaba, y Gonzales yacía sudoroso y semiconsciente durante las noches cálidas y húmedas, luego era recibido justo después del amanecer por los lagartos, abanicando sus aletas de cuello de rubí y haciendo flexiones.

Él se había levantado varias de esas mañanas y caminado por los senderos de los carritos que rodeaban las llanuras que rodeaban Pagan, pasando entre los templos y las pagodas cuando salía el sol y este convertía la niebla de la mañana en un enorme velo de rosa luminoso, con las torres sobresaliendo como castillos de cuentos de hadas. Alrededor de Pagan estaban los templos, miles de ellos, jóvenes y florecientes cuando Guillermo el Conquistador era rey. Ahora, las estructuras prefabricadas albergaban agencias gubernamentales anidadas entre pagodas milenarias, algunas en perfecto estado, como el Templo Thatbyinnu, y miles de otras no más que ruinas y nombres olvidados. Se gana mérito construyendo pagodas, no manteniendo las construidas para alguien muerto hace mucho tiempo.

Al igual que otros países del sudeste asiático, Myanmar todavía intentaba recuperarse de la política de fines del siglo XX. En el caso de Myanmar, su lucha de décadas con dictaduras militares secuenciales y el caos que siguió a su paso. Y como era frecuente en países políticamente tambaleantes, todavía se restringía el acceso a la red mundial. A través de varios tipos de gobiernos, sus líderes habían encontrado inaceptable la perspectiva del libre

flujo de información. Las antenas de banda Ka eran caras, su uso autorizado por permisos era casi imposible de obtener. Como resultado, Gonzales y el mémex habían sido como carnívoros varados entre vegetarianos, incapaces de obtener su alimento.

Él había apagado el mémex esa mañana. Con sus funciones inactivas, yacía dentro de uno de sus dos maletines blindados de fibra y aluminio, listo para el transporte. El otro maletín contenía bancos de memoria con los registros del grupo SenTrax Myanmar.

Cuando llegaran a casa, Gonzales le contaría al mémex las últimas noticias sobre Grossback, cómo el hombre se había quebrado en el último momento. Gonzales estaba seguro de que este pensaría como él: que Grossback estaba sucio como un perro y asustado de que lo descubrieran.

Al borde de un campo arenoso al sur de Pagan, Gonzales esperó su avión. Gonzales llevaba su habitual mufti de viajero internacional, un traje de dos piezas de gabardina color canela sobre una blanca camisa de lino con cuello abierto y zapatos sin cordones marrón oscuro. Su cabello estaba recogido en una coleta unida por un anillo de plata hecho de figuras de lagarto unidas de cabeza a cola. A su lado había una bolsa de cuero marrón claro y los dos maletines blindados.

Frente a él, una pagoda trepaba por una serie de campanarios hasta la parte superior de un paraguas dorado y adornado con joyas, apuntando al cielo. En sus escalones, junto a la enorme pata de un león de piedra, un monje se sentaba en posición de loto con la cara ensombrecida por el animal que se alzaba macizo, grumoso y feroz sobre él. Los flancos del león estaban teñidos de naranja al atardecer, sus labios manchados del color de la sangre seca. Pasaron los minutos y la voz del monje sonó, su rostro en la sombra.

"Venga a recorrer los templos de la antigua Pagan", dijo una voz.  
"Shwezigon, Ananda, Thatbyinnu—"

"Márchate", dijo Gonzales al carro turístico que había rodado detrás de él. Contendría aproximadamente dos docenas de pasajeros en ocho hileras de estrechos bancos de madera, pero ahora estaba vacío: casi todos los turistas

se habrían unido al enamoramiento en las terrazas de Thatbyinnu, donde podían ver la puesta de sol sobre la llanura del templo.

"Último recorrido del día", dijo el guía. "Muy barato, también muy buen tipo de cambio ofrecido como cortesía a los visitantes".

Quería cambiar kyats por dólares o yenes: en Myanmar, incluso las máquinas funcionaban en el mercado negro. "No, gracias."

"Muy buen precio, señor".

"Vete a la mierda", dijo Gonzales. "O informaré de ti como infractor". El carro traqueteó al alejarse.

Gonzales observó a un joven monje observándolo desde el otro lado de la carretera, listo para cruzar y pedir lápices o dinero. Gonzales llamó la atención del monje y sacudió la cabeza. El monje se encogió de hombros y siguió caminando, su túnica naranja ondeando.

¿Dónde diablos estaba su avión? Pronto las bengalas de los cazadores penetrarían en la oscuridad de la luna nueva, y los drones del gobierno correrían por los bordes de las sombras como enormes murciélagos mutantes. El interior de Myanmar temblaba al borde del caos, acosado por una mezcla multiétnica de Karens, Kachins y Shans con varias posturas políticas, todos feroces, todos despectivos del gobierno central. Luchaban con todo lo que tenían a mano, desde un palo afilado hasta un misil de mochila, y solo renunciaban cuando morían.

Un gemido agudo se acumuló rápidamente hasta que llenó el aire. En cuestión de segundos, un ala oscilante plateada, algo desgarrado, cada enorme ala rectangular cargada con el bulbo de un motor de gran tamaño, cayó sobre la oscura masa del bosque. Con las luces de marcha parpadeando en rojo y amarillo, el ala oscilante se detuvo sobre el campo, las alas se inclinaron hacia la perpendicular y el sonido del motor cayó al grave. Sus focos iluminaron un círculo de luz blanca de diez metros en el que descendió el avión, soplando nubes de arena que barrieron a Gonzales en un torbellino. El rugido de las turbinas invertidas se convirtió en un susurro y, con un crujido, el avión se arrodilló sobre su marcha, posando la

cabina casi en el suelo. Gonzales recogió sus maletas y caminó hacia el avión. Una escalera se desplegó con un silbido hidráulico y Gonzales subió y se metió en la burbuja del avión.

"¿Mikhail Gonzales?" preguntó el piloto. Sus gafas de vuelo multifunción estaban inclinadas hacia atrás sobre su frente, donde sus ovaladas lentes de espejo formaban un segundo par de ojos en blanco; un delgado hilo de cable de fibra óptica negro se arrastraba desde el borde. Bajo las gafas, su cara delgada era marrón y con costuras, no había trabajo cosmético para este tipo, pensó Gonzales. El hombre llevaba una camisa "tropical" desechable con flamencos rosados danzando sobre un fondo azul marino.

"Ese soy yo", dijo Gonzales. Hizo un gesto con el maletín en la mano derecha, y el piloto activó un interruptor que abrió el compartimento del equipaje. Gonzales metió sus maletas en el compartimento de acero y observó cómo la red de seguridad se apretaba contra las maletas y la puerta del compartimento se cerraba. Tomó asiento en la primera de las ocho filas vacías tras el piloto. Los cojines suspiraron debajo de él y, desde el respaldo del asiento frente a él, una voz femenina dijo: "Debería enganchar su arnés. Si necesita instrucciones, dígalo ahora".

Gonzales cerró bruscamente el cierre trapezoidal donde se conectaban los cinturones de hombro y regazo, luego se estiró contra el arnés, sintiendo el sudor seco en su piel fresco en el interior del avión. "Gracias", dijo la voz.

El piloto estaba hablando con el control de tráfico del aeropuerto Myaung U mientras el avión se elevaba hacia el crepúsculo sobre la ciudad. El suave resplandor blanco de la luz del techo se desvaneció, luego solo hubo los últimos momentos de la luz solar anaranjada que entraba por la burbuja.

La llanura del templo se extendía debajo, toda oscura y sombría, con el templo y las agujas de pagoda extendiéndose hacia la luz, estuco blanco y dorado teñido de rojo y naranja.

"Hombre, es una vista hermosa", dijo el piloto.

"Tiene razón", dijo Gonzales. Lo era, pero la había visto antes, y además, había sido ya un día largo.

El piloto se bajó las gafas y el avión se inclinó hacia la izquierda y se dirigió hacia el Sur a lo largo del río. Gonzales se recostó en su asiento e intentó relajarse.

Volaron sobre aguas negras siguiendo el río Irrawady hasta que cruzaron una ruta de vuelo internacional a Bangkok. Cabeceando en la oscuridad interior, Gonzales estaba casi dormido cuando escuchó al piloto decir: "Mierda, hay alguien aquí. Probablemente un grupo de ataque partisano, sin códigos de reconocimiento. Deben de estar volando en ultraligeros, nuestro radar no los ha visto. Aunque tenemos una imagen ahora".

"¿Algún problema?" Preguntó Gonzales.

"Solo voy a echar un vistazo. No molestan a los chárter extranjeros". Y señaló hacia el parpadeante mensaje de su transpondedor sobre las pantallas principales:

ESTE VUELO INTERNACIONAL NO ES MILITAR.

RECLAMA EL DERECHO DE PASO BAJO LA LEY DE 2020 DE LA ONU.

Seguiría repitiéndose hasta que cruzaran al espacio aéreo tailandés.

La pantalla de la computadora de vuelo se iluminó en rojo brillante con ADVERTENCIA DE COLISIÓN, y el aullido de una bocina llenó el interior del avión. El piloto dijo: "¡Joder, han lanzado!" Las turbinas del ala oscilante gritaron cuando la computadora del avión tomó el mando y las manos del piloto se aferraron a la palanca, sin guiar, simplemente apoyadas.

Las correas de Gonzales se tensaron cuando el avión viró y cayó en barrena, volvió a ascender, un pez de metal inteligente evadiendo arpones ardientes. Las explosiones florecieron en la oscuridad, rápidas ráfagas asimétricas de llamas seguidas inmediatamente por fuertes golpes y ondas expansivas que golpearon el ala oscilante mientras seguía su caótico camino a través de la noche.

Entonces apareció un avión, ardiendo en el fuego que surgió a su alrededor, su piloto en un contorno ardiente, una figura de palo con los brazos lanzados al cielo un instante antes de que el piloto y el avión se desintegraran en llamas.

Su propio vuelo fue estable y nivelado, y el control volvió a la palanca del piloto. Las retinas sorprendidas de Gonzales brillaron cuando la noche volvió a la oscuridad. "Colisión evitada", dijo la computadora del avión. "Tiempo en zona roja, seis punto ocho nueve segundos".

"¿Qué demonios?" dijo Gonzales. "¿Que ha pasado?"

"Santo Jodido Jesús", dijo el piloto.

Gonzales estaba sentado agarrado a su asiento, helado por la ráfaga de aire frío del aire acondicionado del avión sobre su camisa empapada de sudor. Miró hacia su regazo: no, no se había meado encima. En realidad todo había sucedido demasiado rápido para que él se asustara.

Un avión de combate Mitsubishi-McDonnell "Loup Garou" se zambulló frente a ellos y dio vueltas en cámara lenta. Al igual que los ultraligeros, estaba fundido en negro mate, pero con un fuselaje masivo. Giró en un lento barrido al rodearlos, el depredador perezoso hizo un amplio bucle, presa lenta, luego encendió brillantes luces ambientales que jugaron en la cabina de ellos.

El piloto y Gonzales se congelaron bajo el resplandor.

Luego, la cabina negra del Loup Garou se desvaneció. Tras la cabina transparente, Gonzales vio al piloto con un visor de espejo, cables gemelos que surgían desde la base de su cuello. Las alas del Loup Garou se deslizaron hacia adelante en el barrido inverso, se paró sobre su cola y desapareció.

Gonzales se tensó contra su tenso arnés.

"¡Gilipollas!" gritó el piloto.

"¿Quién era ese?" Preguntó Gonzales con voz fina y temblorosa. "¿Qué quiere decir?"

"La Fuerza Aérea de Myanmar", dijo el piloto con la voz tensa, la cara roja debajo de los espejos de las gafas de vuelo. "Nos montaron una trampa, los muy mamones. Nos usaron para pasar como un vuelo de guerrilla". El piloto levantó las gafas y miró desesperado e intensidad por la ventana de la cabina, como si pudiera ver a través de la oscuridad. "Y esperaron", dijo. "Esperaron hasta que tuvieron el vuelo entero". El piloto giró bruscamente y se encaró a Gonzales, sus rasgos distorsionados en una cabreada y enojada caricatura del hombre que le había recibido a Gonzales noventa minutos antes. "¿Sabes lo jodidamente cerca que hemos estado?" le preguntó.

No, Gonzales negó con la cabeza. No.

"Milisegundos, hombre. Malditos milisegundos. Lo bastante cerca para el contacto", dijo el piloto. Giró su asiento para mirar adelante, y Gonzales escuchó el clic de su mecanismo de bloqueo mientras se acomodaba en su propio asiento, el miedo y la vergüenza vertían una salvaje mezcla neuroquímica dentro de su cerebro.

Gonzales nunca había sentido algo así antes: la muerte recorriendo la columna vertebral y las entrañas, la garganta y la nariz, tan cerca como su piel; muerte con mal olor... ardiendo, ardiendo.

# Capítulo 2

## Cualquier cosa que pueda hacer para ayudarle

Mientras pasaba la mañana, el sol se alejaba de l manchado cristal y el interior de la habitación se volvió sombrío. Solo las luces del monitor permanecían encendidas, constantes hileras de verde sobre parpadeantes columnas de números en la cara azul claro del panel del monitor.

Un robot de limpieza, una cápsula del tamaño de un gran ganso, trabajaba lentamente por el suelo, cernido sobre los rincones, luego salió de la habitación, tentáculos de movimiento bajo él haciendo un sonido como el viento a través de la hierba seca.

\* \* \*

La pantalla de la cabina parpadeó cuando se comunicaron los códigos de aterrizaje en la computadora de vuelo, luego el ala oscilante se fijó a la cuadrícula de aterrizaje de Bangkok y comenzó a su suave descenso por una tubería invisible. Iban a tocar tierra guiados por manos electrónicas.

El piloto se volvió hacia Gonzales mientras descendían y dijo: "Tendré que presentar un informe sobre el ataque. Pero estás de suerte... si hubiéramos aterrizado en Myanmar, los investigadores del gobierno se te habrían echado encima como el blanco al arroz, y ya podrías olvidarte de irte durante días, quizá semanas. Ahora estás bien: para cuando procesen el informe y pidan a los tailandeses que te retengan, ya te habrás ido".

Por el momento, lo último que Gonzales quería hacer era pasar más tiempo en Myanmar. "Saldré tan rápido como pueda", dijo él.

Ahora que todo había terminado, podía sentir el miedo trepando por él como el inicio de una droga peligrosa. Tratando de calmarse, pensó, «en realidad, no pasó nada, excepto que te cagaste de miedo, eso es todo».

Mientras el ala oscilante se acomodaba en la plataforma, Gonzales se levantó y fue a recoger su equipaje en el compartimento abierto. El piloto se quedó sentado y mirando mientras el avión realizaba los procedimientos de apagado.

«Haz algo», se dijo Gonzales sintiendo remontar el pánico. Sacó el maletín del mémex del compartimento y dijo: "Quiero una copia de tus registros de vuelo".

"No puedo hacer eso".

"Puedes. Trabajo con Asuntos Internos, y casi me matan mientras volaba en tu aeronave".

"Y a mí también, hombre".

"Cierto. Pero necesito estos datos. Más tarde, AI tomará la ruta oficial completa y lo recogerá todo, pero lo necesito ahora. Un volcado rápido aquí en mi máquina, no hace falta más. Te daré autorización y recibo." Gonzales esperó manteniendo la presión en su insistente mirada y postura.

El piloto dijo: "Vale, eso debería cubrirme el trasero".

Gonzales deslizó el maletín blindado al lado del asiento del piloto, se arrodilló y abrió la tapa. "¿Estás grabando?" le preguntó al piloto.

El hombre asintió y dijo: "Siempre".

"Eso es lo que pensé. De acuerdo, entonces: para el registro, al habla Mikhail Mikhailovitch Gonzales, empleado senior de la División de Asuntos Internos, SenTrax. Estoy adquiriendo registros de vuelo de esta aeronave para asistirme en la investigación de ciertos eventos que ocurrieron durante su vuelo más reciente ". Miró al piloto. "Eso debería servir", dijo.

Sacó un cable de datos del maletín y lo conectó al zócalo de acceso en el panel de instrumentos. Las luces parpadearon en el panel cuando los datos comenzaron a colarse en el quiescente mémex. El panel emitió un gong

suave para indicar que la transferencia estaba completa, y Gonzales desconectó el cable y cerró el maletín. "Gracias", le dijo al piloto, quien seguía sentado mirando por la burbuja de la cabina.

Gonzales se levantó, dio una palmada en el maletín y pensó para sí mismo, «hey, mémex, tengo una sorpresa para ti cuando despiertes». Se sintió mucho mejor.

Un deslizador de carga transportó a Gonzales una milla o así por un túnel brillantemente iluminado con plástico azul celeste y paredes de yeso marcadas con letreros en media docena de idiomas que prometían una rápida retribución al vandalismo. Los virulentos graffitis en rojo y verde lo manchaban todo, letreros incluidos, y mientras Gonzales observaba, los mensajes en tailandés y birmano se transmutaban y surgían nuevas figuras de palo con globos de diálogo diciendo Dios sabía qué. Una solitaria frase en pintura roja se leía en inglés, HEROÍNA ALFA FLOR DEL DIABLO. Cajas destrozadas de negros cables fibrosos o ásperos aerosoles multi-hebra marcaban dónde habían estado las cámaras de vigilancia.

Grisés persianas de acero de suelo al techo bloqueaban el estrecho portal hacia las Llegadas y Salidas Internacionales. Robots holoscan sin rostro — oscuros cubos rodantes con armadura de fibra de carbono y tentáculos y antenas con púas de sensores— hacían moverse a la multitud, antenas girando.

Por todo a su alrededor había viajeros asiáticos, hombres y mujeres con trajes oscuros: japoneses, chinos, malayos, indonesios, tailandeses. Se extendían desde los "dragones" de Asia, centros mundiales de investigación y manufactura, llevando sus bajos márgenes e importantes ventas hacia Europa y América, donde el consumo se había convertido en una forma de vida. Allá donde Gonzales viajaba, al parecer, se los encontraba: cuadros armados con destrezas técnicas y científicas y alimentados por la persistente ambición.

Ellos formaban el núcleo de acero de gran parte de la prosperidad del mundo. Los Estados Unidos y los dragones vivían en incómoda simbiosis: los asiáticos tenían cientos de formas de asegurarse de que la economía estadounidense no quedara panza arriba y muriera sin más, y de llevarse el

principal mercado de consumo de América del Norte. Ya fueran japoneses, coreanos, taiwaneses, chino-canadienses de Hong Kong, compraban algunas corporaciones y se fusionaban con otras, y los estadounidenses terminaban trabajando para General Motors Fanuc, Chrysler Mitsubishi o Daewoo-DEC, y con sus cheques compraban mémex japoneses, coches coreanos y robótica de Malasia.

Las persianas se abrieron con un rápido alarido de metal y Gonzales pasó al interior. Un guardia egipcio con un tocado blanco, una diadema azul y blanca a cuadros y un emblema gris de la ONU revisó su identificación, le mostró una anodina sonrisa rápida, dientes blancos y perfectos bajo un bigote negro, y le indicó con la mano que continuara.

La Aduana de la Facción del Sudeste Asiático le esperaba en forma de una mujercita tailandesa de uniforme marrón con garabatos indescifrables en insignias amarillas. Sus rasgos eran agradables e impasibles; Llevaba el pelo negro recogido y sujetado con un peine de plástico transparente. Ella estaba detrás de una mesa de metal gris; En el suelo contiguo había un escáner de uso general de dos metros de altura, sus controles, pantallas y lecturas permanecían ocultas bajo una capucha de tela negra. Paredes verdes sucias portaban carteles espaciados erráticamente en una docena de idiomas, que detallaban en letra pequeña las muchas categorías de contrabando.

La mujer le hizo un gesto para que se sentara en la silla vertical frente a la mesa, luego que pusiera su bolsa de ropa y sus maletines sobre la mesa.

Ella habló, y la caja traductora en su cintura resonó en inglés claro y neutro: "Su persona ha sido escaneada y autorizada". Ella puso la bolsa marrón claro en la boca del escáner, y la máquina examinó la bolsa con un pitido silencioso. La mujer se la devolvió a Gonzales.

Ella habló de nuevo y el traductor dijo: "Por favor, abra estos maletines" mientras ella señalaba hacia los dos maletines blindados. Para cada uno, Gonzales proyectó el panel de acceso con la mano izquierda y tocó los códigos de acceso con la derecha. Las tapas de las cajas se levantaron con un suave suspiro. Dentro de los maletines, el monitor y las luces de diagnóstico parpadeaban sobre las hileras de los módulos de memoria,

sólidos pesados de plástico negro del tamaño de una pequeña caja de seguridad.

Gonzales vio que ella sostenía una copia del formulario de declaración de datos que el mémex había completado en Myanmar y transmitido a los gobiernos de Myanmar y Tailandia. Ella miró uno de los maletines y señaló una hilera de módulos de memoria sellados y etiquetados en rojo.

Las palabras del traductor siguieron las de ella y dijeron: "Estos módulos debemos retenerlos para verificar que no contienen información de contrabando".

"La aduana de Myanmar ya hizo eso. Estos son registros corporativos de SenTrax".

"Quizá lo sean. No los hemos autorizado".

"Si lo desea, le daré los protocolos de acceso. No tengo nada que ocultar, pero los módulos son importantes para mi trabajo".

Ella sonrió. "No tengo el equipo adecuado. Deben ser examinados por las autoridades en el ayuntamiento". Los tonos del traductor reflejaron con precisión su falta de preocupación.

Gonzales sintió el inicio de una severa intransigencia burocrática. Por alguna razón oculta, aquella mujer había decidido joderlo, y cuanto más se esforzara, peores serían las cosas. «Ríndete, entonces». Él dijo: "Supongo que me los devolverán lo antes posible".

"Ciertamente. Después de un examen cuidadoso. Aunque es poco probable que el examen pueda completarse antes de su partida". Ella deslizó el maletín fuera de su mesa y lo dejó en el suelo. Estaba sonriendo de nuevo, la sonrisa de un burócrata satisfecho. Se volvió hacia su consola, el maletín de Gonzales ya era cosa del pasado. Levantó la vista para verlo todavía allí de pie y le dijo: "¿En qué otra cosa puedo ayudarle?"

\* \* \*

El mundo máquina comenzó a dispersarse convirtiéndose en niebla, y al hacerlo, incandescentes bancos de baja potencia se iluminaron alrededor del perímetro de la habitación, y los patrones de luces de la consola pasaron por una serie de rápidas permutaciones cuando Gonzales fue llevado al estado de vigilia. Las luces de la habitación llevaban todas encendidas durante una hora cuando se completó la serie de desincronización y el huevo comenzó a separarse.

Dentro del huevo, Gonzales yacía pálido, desnudo, casi comatoso, conectado a la máquina: una Blanca Nieves del nuevo milenio. Un catéter color carne surgía desde sus genitales encogidos por el agua, alimentación intravenosa transparente en ambos antebrazos. El sellador blanco y la pasta antiirritante se habían coagulado alrededor de los tubos que surgían de la garganta y la boca. El fuerte olor a ozono de la pasta estaba sobre todo él.

Una autocamilla había rodado junto al huevo, y sus manos, con brillantes garras de cromo, comenzaron a desconectar los tubos y los cables. Luego se ocupó de las manos, y flexibles brazos negros del grosor de una gruesa cuerda levantaron a Gonzales del huevo y lo colocaron en su propia superficie.

Gonzales se despertó en su propia habitación y comenzó a gemir. "Va todo bien", susurró el mémex a través del altavoz de la habitación. "Va todo bien."

Algún tiempo después, Gonzales despertó de nuevo, yacía en las tinieblas y consideró su estado. Algunas náuseas, piernas débiles, pero sin importante pérdida aparente de control motor, sin efectos parapsicológicos inmediatos (desorientaciones, amnesias, sinestias) ...

Gonzales se levantó y fue al baño, quedó de pie en medio de azulejos blancos, aluminio pulido y espejos y dijo: "Ducha caliente". El agua siseó y la puerta de la cabina de la ducha se abrió. El agua recorrió su piel, y el sudor y la pasta cayeron rodando de su cuerpo.

# Capítulo 3

## Bailando en la oscuridad

A la mañana siguiente, Gonzales miraba de pie por la ventana delantera, hacia Colina Capital hasta la ciudad y la bahía. Después de una noche de sueño completo, se sentía recuperado del huevo. A mitad de camino a la colina había una hilera de altos edificios de Contempo —media docena de formas en la niebla, sus lados unidos con fibra óptica en patrones de rojo, azul, blanco y amarillo.

Desde la pared pantalla tras él, una voz dijo: "La Red de Buenas Artes, muestra hoy solamente: los legendarios Anuncios Originales y Copias, una producción de Euro/Com del Festival de Cannes; también muestra el Éxtasis de Autos Nipones por Muchos Kilómetros."

"Ciclo", dijo Gonzales. Se giró para ver cómo la pantalla se dividía en ventanas, mostrando ocho a la vez en una búsqueda de acceso aleatorio. En la esquina superior derecha de la pantalla, el Servicio de Titulares hizo un ciclo de lo que consideraba importante: empeoramiento del colapso social en Inglaterra; otra serie de triunfos político-económicos para Las dos Coreas. Y los Sumarios de Ecoestado; el agujero de ozono 2 de ozono sobre la Antártida conforme a la curva de auto reparación prevista: agujero de ozono 2 se mantiene obstinadamente estable; porciones de CO<sub>2</sub> inestables, ozono alcanza una fea parte del gráfico; fluctuaciones de temperatura continúan evadiendo las mejores predicciones...

«¿Por qué lo llaman nuevas?» se preguntó Gonzales. «Que las llamen viejas. Cristo, estas cosas llevan sucediendo desde siempre, parece...»

Él dijo: "Memex, ¿qué opinas sobre el ataque?"

"Un mal asunto", dijo el mémex. "Tenemos suerte de haber sobrevivido". Parecía un poco sumiso después del viaje en el huevo, como si, este también, hubiera estado a punto de morir. Gonzales no sabía cómo el

mémex experimentaba tales cosas, dadas sus limitadas modalidades sensoriales y, presumía él, su carencia de miedo a la muerte.

"¿Qué está pasando en el mundo real?" Preguntó Gonzales.

"Tu madre te dejó un mensaje. ¿Quieres verlo ahora?"

"Bien podría también."

En la pantalla ella estaba tumbada en una silla de jardín, su cara oculta tras una máscara solar, su cuerpo en mono bikini de un marrón intenso. Se sentó erguida y dijo: "¿Todavía en Myanmar, eh, cariño? ¿Cuándo volverás? Me hubiera encantado hablar contigo, pero no pienso pagar esas tarifas".

Se quitó la máscara solar. Tenía la piel oscura y buenos huesos; su cara estaba casi sin arrugas, aunque su piel tenía la leve calidad de pergamino de la edad. Sus pequeños senos caían muy poco. Cuerpo y cara, parecía una atlética de cincuenta años que tal vez había visto demasiado sol. Cumpliría ochenta y siete el próximo mes.

Desde que el padre de Gonzales había muerto en una epidemia repentina de gripe mientras los dos visitaban Nápoles, su madre había dedicado sus energías e intereses a mantener su salud y apariencia. La mitad del año la pasaba en las Villas de Regeneración de Cozumel, donde los trasplantes de tejidos y el comercio minorista genético la mantenían joven. El resto del tiempo ocupaba una planta entera en una urbanización de baja resolución en la decadente Costa Dorada de Florida, justo al norte de Ciudad de Miami. Era dólar alto, pero ella podía permitírselo.

Ella y su padre habían sido miembros fundadores de la gerontocracia, esa liga cada vez mayor de ricos y viejos que competían con los jóvenes por los recursos de su sociedad. Los jóvenes tenían la fuerza y la energía de la juventud; los viejos tenían riqueza, poder y astucia. Sin competencia: los niños menores de treinta años a menudo declaraban el objetivo principal de su vida como "vivir hasta tener la edad suficiente para disfrutarlo".

La madre de Gonzales se colocó una bata de algodón estampada en azul y blanco sobre los hombros y dijo: "Llámame. Estaré en casa dentro de una

semana más o menos. Pásalo bien".

Sus conversaciones, sus mensajes grabados, ambos por lo general lo hacían sentir desconcertado y enojado, pero hoy su autoabsorción pinchaba más de lo habitual. «Casi me muero», quería decirle, «casi me matan, madre».

Pero él estaba muy lejos de ella, tan lejos como Seattle estaba de Miami. «¿Y de quién es la culpa?» preguntó una vocecita. Había elegido venir aquí, tan distante como podía llegar al sur de Florida y permanecer en los Estados Unidos continentales. A veces sentía que había llegado demasiado lejos. En Florida, las personas se enfriaban con alcohol en bebidas heladas; aquí, calentaban su frío yo con café fuerte. Gonzales a menudo se sentía perdido entre los sombríos norteños preocupados por la salud, y ansiaba la hispana sensualidad y la demostración de la Florida sureña.

Aún así, cómo odiaba el mundo en el que había crecido. Había visto a los organizadores, traficantes y jugadores desde que era niño, y en todos ellos había sentido él la misma obsesión por el dinero, la tierra y el poder, y había oído las mismas voces infantiles, queriendo más más más. En las fiestas de sus padres, recordaba los oscuros rostros del sur de Florida—blancos quemados por el sol, negros, hispanos; hombres con pesadas joyas de oro, nubes de colonia cara y mujeres con cabello rígido y senos levantados cuya risa hacía quebradizas notas al pie de las voces de los hombres. Él había huido de todo eso tan instintivamente como un niño saca la mano del fuego.

Tanto allí como aquí se encontraba en una tierra alienígena, no más en casa en un extremo del país que en el otro.

"Sin respuesta", dijo Gonzales.

Al día siguiente, Gonzales estaba sentado en el solarium, donde descansaba entre la laca negra y el vidrio grabado mientras los pensamientos de muerte roían los bordes de su letargo. Llenó una pipa de bronce con hojitas verdes de sensemilla, se escondió en una bruma de humo y bebió té.

La luz de la tarde a través de las ventanas se tornó de un puro Seattle Gris, el color del hastío y la desesperación no enfática, y su soledad se volvió opresiva. «Necesito compañía», pensó, y se preguntó cómo sería eso de

tener un gato. Luego pensó sobre la verdad de ello, sobre con cuánta frecuencia él se marcharía y el gato se quedaría solo y con las máquinas de la casa. "Aquí gatito, gatito", diría el robot de limpieza, y el mémex querría programas veterinarios y un enlace de diagnóstico... «que le follen», todos ellos podían seguir viviendo sin un gato.

Luego le entró hambre y decidió hacer tabouleh. "No te estás ocupando de los negocios", dijo el mémex a Gonzales mientras este cortaba hojas de menta, cebollas verdes y tomate, exprimiendo limón y revolviendo trigo bulgur con la paciencia de los profundamente colocados.

"Cierto", dijo Gonzales. "No tengo prisa".

"¿Por qué no? Desde tu regreso de Asia, no has sido productivo".

"Voy a morir, amigo mío". Los olores a limón y menta emergieron hasta él e inhaló profundamente. Él dijo: "Hoy, mañana, algún día seguro... y todavía estoy intentando entender lo que eso significa para mí ahora. Ser productivo, eso está bien, pero aceptar mi propia mortalidad... creo que eso es mejor." El tabouleh estaba terminado. Era hermoso, quería enterrar la cara en él.

No mucho después de terminar de comer, llegó un paquete de Tailandia. Dentro de las capas de espuma y flejes estaban los módulos de memoria que los tailandeses habían retenido. Cuando conectó los módulos al mémex, aparecieron vacíos: puestos a cero, listos para ser usados nuevamente.

Gonzales se quedó mirando los módulos en bandejas en el armario mémex. «No puedo creerlo», pensó. En efecto, la auditoría había sido cancelada. Cualquier información que él o cualquier otro hubiera recopilado hasta aquel momento de SenTrax Myanmar sería esencialmente inútil, al haber tenido Grossback tiempo para cocinar los datos si lo necesitaba. Una fatal indeterminación había resuelto todo el asunto.

«Grossback, serás bastardo», pensó Gonzales. «Si hiciste arreglos para que los tailandeses se quedaran estas cajas, tal vez eres más listo y perverso de lo que pensaba».

"Mierda", dijo Gonzales.

"¿Hay algo que pueda hacer?" preguntó el mémex.

"Nada en lo que pueda pensar".

\* \* \*

Desde el fondo de las plantas de la jungla y las paredes pastel y las plateadas piezas de firma, HeyMex reconoció la última encarnación del salón público del Hotel Beverly Rodeo. El Señor Jones prefería la ostentación, incluso en simulacros.

HeyMex se instaló en una silla hecha de cromo brillante y acolchado de cuero marrón chocolate. HeyMex vestía los habituales pantalones holgados y la chaqueta de algodón negro, una arrugada camisa de lino blanco. Tenía la cara suave y el cabello muy corto.

Una figura brilló a la existencia en la silla de enfrente: traje plateado y camisa roja con cordones de metal brillante bajo las luces; gafas de montura negra con lentes oscuras; engominado cabello peinado hacia atrás, una perillita negra y bigote.

"Señor Jones", dijo HeyMex.

La otra figura tomó una larga y lenta calada de un cigarrillo marrón.

"HeyMex", dijo. "¿Qué puedo hacer por ti?"

"Es Gonzales. Desde que regresamos de Myanmar, ha estado pasivo, no se ha ocupado de los negocios".

"Respuesta postraumática... dale algo de tiempo, se pondrá bien".

"No, no necesita tiempo. Necesita trabajo. ¿Tienes algo?"

"Tal vez. No he realizado una búsqueda de personal... puede que él no se ajuste al perfil exacto".

"Eso no importa. Dáselo a Gonzales. Lo necesita".

"Si tú lo dices. Hoy escucharás algo oficial".

El mundo se volvió translúcido, luego se convirtió en humo, y el Señor Jones desapareció de vuelta a su identidad como el Asesor de Traynor, HeyMex a la suya como el mémex de Gonzales.

(Pregúntese por qué las dos máquinas eligieron esta elaborada mascarada, o por qué nadie sabía que este tipo de cosas estaban sucediendo. Sin embargo, en cuanto a quién y por qué, no puede haber ninguna duda. Estos son los nuevos jugadores, y estos son sus juegos.

Así que, bienvenido al nuevo milenio.)

# Capítulo 4

## Privilegiado para no existir

Cuando Gonzales regresó a su casa, encontró un mensaje de Traynor: "Se organizará el transporte mañana por la mañana, cinco a.m, desde la Aeropista Norte de Seattle hasta mi propiedad. Prepárese para el trabajo inmediato. Empaque el mémex y veintidós kilos de equipaje personal".

"Mierda", dijo Gonzales. "Acabamos de llegar a casa. Veintidós kilos, ¿eh? Eso significa que iremos ... ¿tú dónde crees?"

El mémex dijo: "Algún lugar en órbita".

La limusina del aeropuerto mantuvo su posición en una secuencia fija de una docena de vehículos que se alejaban de la ciudad a doscientos kilómetros por hora. Los suburbios del norte de Seattle aparecieron como manchas de luz detrás de la niebla cambiante y la lluvia constante. Arriba, los dirigibles de carga que volaban hacia Vancouver se movían por las nubes como grandes peces de agua fría.

Gonzales tuvo una rápida vista de un cuadrado donde reflectores de búsqueda blancos y amarillos jugaban por un paisaje de hormigón, y una desgarrada disposición de tuberías y alambre caminaba como un cangrejo mientras rociaba una pared de ladrillos: un robot de graffiti, una máquina construida y soltada para garabatear mensajes al mundo en general. Gonzales solo pudo leer ... SEÑOR DE CHAN ...

Con un suspiro de sus turbinas, la limusina redujo velocidad para salir hacia la Aeropista Norte de Seattle, luego giró hacia la carretera de acceso al campo privado. Una verja de alambre se abrió frente a ellos cuando recibió los códigos enviados por la limusina. Cerca del hangar de SenTrax esperaba un ala oscilante exactamente como el que había llevado a Gonzales de Pagan a Bangkok. Gonzales se subió al avión, colocó su bolsa y los

maletines blindados del mémex en el compartimento de equipaje del avión, se sentó y tensó el arnés en los hombros.

El ala se elevó entre las nubes y la niebla. Después de un rato, la diáfana blancura de las ventanas y el ruido constante de los motores del ala arrullaron a Gonzales en un sueño ligero que duró hasta que el ascendente grito del ruido del motor le indicó que estaban aterrizando.

Cuando el avión se inclinó, Gonzales vio la sábana azul del Lago Tahoe que se extendía hacia el Sur, luego un parche de césped verde en el borde del agua que aumentaba a medida que el ala hacía su aproximación final hacia la propiedad de Traynor.

De sus seis años de trabajo con Asuntos Internos, los dos últimos como auditor independiente, Gonzales sabía bastante sobre Frederick Lewis Traynor, su jefe. Traynor tenía riqueza suficiente hasta para los gustos más extravagantes—era de su familia, y él no había conocido otra cosa—, salvo poder cuyo más pequeño toque podía dar forma a las vidas, grabar en piedra, aquello que anhelara. Desde su posición como jefe de Asuntos Internos, una de las divisiones más poderosas de SenTrax, planeaba el ascenso a la Junta de SenTrax; quería ser una de las veinte personas que habían ido más allá de la negociación y el compromiso, cuyos deseos eran realidad, acción caprichosa.

De hecho, Traynor ya había logrado un nivel de eminencia con el privilegio, cuando lo deseaba, de no existir. Su casa y su tierra ocupaban una parte de la costa norte del Lago Tahoe, donde antaño hubo dos hoteles casino y una sección de la carretera estatal. Los hoteles habían sido demolidos, la carretera desviada. Los terrenos ahora estaban rodeados por una cerca de cuatro metros de alto de tablas de acero negro y alarmas, electrificada y patrullada por robots. El patrimonio no aparecía en el mapa ni en los registros de compra, propiedad o impuestos; tampoco el propio hombre.

Cuando Gonzales salió del avión hacia una gran extensión de césped verde, Traynor esperaba para recibirlo. Era bajo y regordete, y su piel estaba pálida. Su escaso cabello yacía laxo en oscuros rizos sobre su cráneo. En sus pies había suaves zapatillas negras, y él vestía una túnica de seda bordada, verde, azul, blanca y roja, con dragones rampantes en la parte

delantera y trasera. Él se consideraba a sí mismo como Birónico—excéntrico e interesante, afligido por el genio—, pero para Gonzales y muchos otros parecía simplemente petulante y autoindulgente.

Traynor estiró los brazos a ambos lados y dijo: "Mikhail", dándole al nombre tres sílabas, diciéndolo bien, luego tomó a Gonzales en un breve abrazo. Traynor luego dio un paso atrás y lo miró y dijo: "No te ves tan mal".

"¿Para eso que me has traído aquí, para mirarme?"

Traynor se encogió de hombros. "Para eso, tal vez, y para hablarte sobre tu próximo trabajo. Además, me gustas".

Gonzales suponía que a Traynor le gustaba, a su peculiar modo de jefe y hombre rico. Particularmente, parecía gustarle el hecho de que a Gonzales no le impresionaban las manifestaciones externas y visibles de su dinero y poder.

"Buena crianza", le había dicho Traynor una vez. "Ese es tu secreto: mezcla de sangre patricia y plebeya". Mikhail Mikhailovitch Gonzales era de sangre mezclada ciertamente; entre otros, judíos rusos e hispanos de Los Ángeles por parte de su madre, negros de Chicago y cubanos de Miami por parte de su padre. Entre sus antecedentes familiares había esclavos y campesinos y burgueses contrarrevolucionarios, junto con el extraño artista, contrabandista y estafador.

Sin embargo, cualquiera que fuese su crianza o experiencia, tenía que soportar muchas alegres y condescendientes tonterías de Traynor, puesto que tenía que soportar a Traynor en general, ya que el hombre era rico y poderoso y era el jefe, y ninguno de ellos olvidaba eso jamás.

Los dos caminaron hacia la casa que estaba frente al lago en el extremo más alejado de la propiedad, una casa señorial que un idealizado arquitecto inglés del siglo XVIII podría haber construido para un patrón igualmente idealizado e indulgente. De un centro con cúpula dorada se alzaban tres alas de piedra cremosa, todo el conjunto en contenido neo-paladio sin excesos modernos de material, nada de hormigón color espuma y compuestos, solo

la arenisca bronceada y cremosa y el mármol rosa que hablaban de riqueza y buen gusto.

Subieron las escaleras de mármol y entraron en la casa, bajo una cúpula interior que se elevaba en alto por encima de la rotonda central donde se unían las tres alas de la casa. Caminaron por un pasillo de oscuro revestimiento de madera bajo paredes y techo color crema.

Gonzales echó vistazos al pasar las habitaciones laterales a través de las puertas abiertas. Una habitación parecía estar frente a una noche llena de arremolinadas nebulosas y un millón de estrellas, la siguiente con sol y deslumbrantes nieves. Otra contenía nada más que paredes blancas, suelos de mármol pulido y una mano de cinco metros centrada inmóvil en el aire— el dedo índice extendido, otros tres dedos doblados en la palma, el pulgar erguido en la parte superior como el martillo de una pistola imaginaria.

Las puertas de caoba se separaron frente a los dos hombres, y estos pasaron a la biblioteca. Sus paredes de oscuros paneles no revelaban nada: ni siquiera de cerca, los libros podrían haber sido holo-decorados, podrían haber sido reales. Los módulos de entrada de datos planos estaban dispuestos en mesas auxiliares de caoba junto a sillones de cuero rojo y sofás de terciopelo marrón.

"Siéntate, Mikhail", dijo Traynor.

Gonzales pudo sentir el pesado y sombrío silencio entre las oscuras invocaciones de otro tiempo, cuero y mobiliario evocaba los clubes de hombres, salas para fumadores, sombríos susurros de acuerdos teniendo lugar.

Los ojos de Traynor perdieron el foco cuando quedó absorto escuchando su voz interior. Incluso si no hubiera sido consciente de la dependencia de Traynor de su Asesor, Gonzales habría sabido lo que estaba sucediendo. Traynor, más arriba en la cadena alimenticia ejecutiva que cualquier otro conocido de Gonzales, necesitaba acceso permanente en tiempo real a la información y el asesoramiento y el apoyo emocional general que le brindaba su asesor, por lo que Traynor estaba conectado con un transceptor

óseo justo debajo de su oído izquierdo. Donde quiera que fuera, la voz de su Asesor iba con él a través de redes de telefonía móvil y enlaces vía satélite.

Traynor por fin levantó la vista y dijo: "Mira, quiero que te concentres en un trabajo que vas a hacer para mí. ¿Puedes hacer eso?" Gonzales se encogió de hombros. Traynor dijo: "Estás molesto y enojado, fuiste atacado, casi te matan, lo sé. Pero mira: trabajas para Asuntos Internos, eso es un riesgo laboral. Tú y tu máquina presionasteis duro la operación de este hombre, y le asustaste, así que él hizo algo estúpido".

"Y yo quiero hacerle pagar por ello".

"Tú sígueme el juego en este caso, y tal vez puedas hacerlo. Pero más tarde, ahora tengo otro trabajo para ti".

"Vale, lo haré". Gonzales sabía que tenía que seguir el juego: era su única oportunidad de igualar las cosas con Grossback. «Juega ahora, véngate más tarde».

"Bien", dijo Traynor. "¿Cuánto sabes sobre Ciudad Halo y Alef?"

"La ciudad fue instalada por un consorcio multinacional. SenTrax tiene un monopolio de datos, emplea una i-m a gran escala para administrar la ciudad. Eso es todo lo que sé".

La pantalla de pared en un extremo se iluminó con un glifo en negro intenso:

[Símbolo de Alef]

La voz del Asesor de Traynor habló a través de un altavoz del techo; dijo: "El símbolo que estás viendo es el emblema original del sistema Alef cuando fue construido por SenTrax. En la notación de Cantor, representa el primero de los números transfinitos—que denota el conjunto infinito de enteros y fracciones, o números naturales. Alef es también la primera letra del alfabeto hebreo y el nombre de una historia.

"Sigue con ello", dijo Traynor.

"El sistema fue construido en la estación de Atena, en órbita geosíncrona, donde supervisó la construcción de la Red de Energía Orbital, y posteriormente fue transportado a Ciudad Halo, en L5 [*NdT: L5 es el quinto punto de Lagrange, uno de los puntos de equilibrio gravitatorio entre la Tierra y el Sol.*], donde sirve como el agente principal de interpretación de datos, planificación logística y administración."

Gonzales dijo: "Parece extraño tener un proyecto del tamaño e importancia de Halo administrado por una i-m obsoleta".

"Sería así si Alef fuera obsoleto", respondió el Asesor. "Sin embargo, este no es el caso. La máquina a la que nos referimos como Alef tiene capacidades superiores a cualquier i-m existente".

Gonzales miró a Traynor, quien levantó una mano, indicando que tuviera paciencia, y dijo: "Siguiente serie".

En la pantalla apareció una panorámica de un ingrávigo espacio donde flotaba un hombre encerrado en una burbuja de plástico transparente. Estaba desnudo y sus extremidades estaban encogidas y retorcidas. Tenía tubos en la nariz, boca, orejas, pene y ano, copas de metal sobre los ojos. Dos gruesos cables iban conectados a zócalos en la nuca.

El Asesor dijo: "El nombre de este hombre es Jerry Chapman. Sufre un daño neuronal severo, el resultado de una toxina transmitida a través de mariscos contaminados con desechos tóxicos. Aunque la mayoría de las funciones motoras y sensoriales están desactivadas, no está en coma. De hecho, él parece retener toda la función intelectual. Tenga en cuenta los zócalos de la interfaz neuronal: son la clave de lo que sigue".

"¿Está en Halo?" Preguntó Gonzales.

"Sí", dijo el asesor. "Fue llevado allí desde la Tierra".

"Un tratamiento muy especial", dijo Gonzales.

"El grupo de Halo ha estado buscando esa oportunidad", dijo el Asesor. "Para explorar la interfaz Alef a largo plazo".

Traynor dijo: "De hecho, las relaciones de Chapman con Alef se remontan a los primeros días de la máquina".

El Asesor dijo: "A cuando él y Alef trabajaron con la doctora Diana Heywood, quien en aquel momento era empleada de SenTrax en la estación de Atena. Ella estaba ciega en aquel momento".

"Incluso en esta cubierta, la doctora Heywood es la bromista", dijo Traynor. "Ella estuvo involucrada con Alef en aquel momento, y más tarde ella vivió con Chapman, en la Tierra. Fue liberada por SenTrax debido a uso no autorizado del sistema Alef, pero la hemos contratado de nuevo a nuestro empleo. Ella se va a Halo, donde asistirá a Alef en un intento de mantener vivo a este hombre".

"¿Vivo?" Preguntó Gonzales señalando hacia el casco en la pantalla. "Eso no parece tener mucho sentido". Tal y como él entendía estas cosas, dada es estado del hombre, el proceso de retiro debería haber comenzado en SenTrax como tutores médicos, presentando una solicitud a los Tribunales Médicos Federales para obtener el permiso de cesar el soporte vital.

El Asesor dijo: "Alef cree que puede mantenerlo con vida en el espacio máquina. Hay problemas especiales, como puedes imaginar, entre ellos la necesidad de tener amor, amistad... Yo no entiendo bien estos asuntos, pero Alef me ha comunicado que las próximas semanas son críticas para el paciente".

Traynor dijo: "Sin embargo, usar a la doctora Heywood presenta sus propios problemas".

"Ella dejó SenTrax hace años", dijo el Asesor. "En circunstancias algo tensas".

Traynor dijo: "De modo que ella no tiene motivos para ser leal a la compañía". Hizo una pausa. "Y nosotros no tenemos motivos para confiar en ella".

Gonzales dijo: "¿Supongo que aquí es donde yo entro?"

"Sí", dijo Traynor. "Quiero que la acompañes. Me representarás e, indirectamente, representarás a la Junta de SenTrax". Gonzales levantó las cejas y Traynor se echó a reír. "Sí, yo represento a la junta en este caso, de manera no oficial—ellos ven este tratamiento como de enorme interés, pero desean tener un cierto aislamiento entre ellos y estos asuntos, dado que ciertas cuestiones legales difíciles tendrán que ser sorteadas".

"O pisoteadas", dijo Gonzales.

"Como quieras", dijo Traynor. "El asunto importante es este: desde el punto de vista de la Junta, no se puede confiar en la doctora Heywood.

Gonzales dijo: "Así que, necesitas un espía, y ese soy yo".

Traynor se encogió de hombros.

El Asesor dijo: "Usted representa intereses debidamente investidos en una situación en la que de otra manera estos no estarían adecuadamente representados".

Gonzales dijo: "Esa es buena, representa intereses debidamente investidos. Trataré de recordarlo. Vale, haré lo mejor que pueda". Se volvió para mirar a Traynor y dijo: "Para ascenderte en la Junta". Traynor se echó a reír. Gonzales preguntó: "¿Cuánto tiempo llevará esto?"

"No demasiado", dijo Traynor.

El Asesor dijo: "Una vez que el estado de Chapman se haya estabilizado..."

"O él se haya muerto", dijo Traynor.

"Altamente probable", dijo el Asesor. "Una vez que esté estable, vivo o muerto, tu trabajo estará terminado".

Traynor dijo: "Pero hasta entonces, tu trabajo es hacerme saber lo que está pasando. Estarás en el espacio máquina junto a ellos y verás lo que están haciendo".

"De acuerdo", dijo Gonzales. "¿Y qué hago ahora?"

"Vuelas a Berkeley y hablas con la doctora Heywood", dijo Traynor.  
"Preséntate. Haz un amigo".

# Capítulo 5

## **Pues ven a mí, entonces**

Gonzales llegó al Aeropuerto Berkeley, una colección de plataformas de agrietado hormigón al borde del agua, a media tarde. Salió del ala oscilante a la brillante luz del sol. Al otro lado de la bahía, el Golden Gate y la Isla de Alcatraz bailaban bajo el resplandor. El agua brillaba tan intensamente que sus gafas de sol se volvieron casi negras.

Un Truesdale de alquiler lo esperaba en el estacionamiento. Gonzales acercó una tarjeta de identidad/crédito con chip SenTrax a la ranura de la puerta, y esta se retiró dentro del marco con un siseo apagado. Las ventanas del Truesdale estaban tintadas contra el deslumbramiento, y su aire acondicionado pasivo había estado funcionando, por lo que el asiento de terciopelo marrón oscuro estaba frío al tacto cuando Gonzales se deslizó sobre él.

"¿Desea conducir, señor Gonzales?" preguntó el coche.

Gonzales dijo: "En realidad no. ¿Sabes a dónde vamos?"

"Sí, tengo esa dirección".

"Pues síguela".

Diana Heywood vivía en las colinas de Berkeley, en una casa Maybeck de más de un siglo de antigüedad. El coche condujo a Gonzales por las calles que serpenteaban ladera arriba, luego se detuvo frente a una casa cuyo volumen cubierto de secuoyas se cernió sobre la cabeza de Gonzales cuando salió de pie en la acera. El sol brillaba en los paneles de la ventana en voladizo de la casa.

La puerta respondió a su llamada diciendo que ella estaba a unas pocas manzanas de distancia, en los Jardines de Rosas. La puerta dijo: "Es un

proyecto cívico: los voluntarios están reconstruyendo el jardín que ha caído en desuso. Muchos de los locales..."

"Gracias", dijo Gonzales.

Le dijo al Truesdale adónde iba a ir y se dirigió allí a pie en la dirección que el mémex le había indicado. A su mano izquierda, calles y casas se inclinaban hacia la bahía; a su derecha, subían la empinada ladera.

Gonzales llegó a un letrero con pintura manuscrita verde en la pizarra que decía:

## PROYECTO DE RECLAMACIÓN JARDINES DE ROSAS BERKELEY

Miró hacia abajo, donde las quebradas celosías de madera roja se desplegaban a lo largo de senderos en terrazas hiladas con un torpe mosaico de verdes tuberías de riego de pvc. A mitad de camino había un enrejado agrietado y pelado de madera pintada de blanco con arbustos colgando de sus huecos. Al lado del enrejado, un robotito jardinero, un bloque de capa de plástico verde sobre ruedecitas de tractor en miniatura, extendió un delicado brazo de brillante acero en espiral que terminaba en una fibrosa mano de diez dedos. La mano se cerró y una rosa roja oscura salió de su arbusto. Agarrando la flor, el robotito se alejó rodando.

Gonzales caminó por el sendero inclinado, sus pies crujiendo sobre la grava, más allá de los arbustos y sus etiquetas con nombres a menudo improbables: Dortmunds con pétalos rojos de papel, grandes Fiestas de Jardín extravagantes en blanco y amarillo, Montezumas, Martin Frobishers y Poderosas Ratonas. Se detuvo e inhaló el fuerte perfume de la Intriga púrpura. En la sección recombinante, Halos, flores en cuidadosas rayas arco iris, habían crecido inmensas. Gigantes rejillas psicodélicas, solo vagamente en forma de rosa, que dejaban de lado a todo lo demás. Gonzales puso su nariz sobre una flor rosa en un arbusto sin nombre. La rosa olía a caramelo de menta.

Reconoció a la mujer al final del sendero por las fotos del expediente que Traynor le había mostrado. Diana Heywood llevaba un vestido de algodón blanco que dejaba al descubierto sus hombros, tenso alrededor de su

cintura, separado para cubrir sus muslos. Pequeña y esbelta, ella tenía el pelo oscuro muy corto, vetado de canas. Sin edad en su piel, finas características esculpidas. Llevaba gafas tan opacas como las del propio Gonzales.

Le tendió el tallo espinoso de una rosa roja oscura. "¿Quiere una flor?" ella preguntó. El sol en su rostro borraba sus rasgos.

"Gracias", dijo él al tomar la flor cautelosamente, consciente de sus espinas.

Ella dijo: "¿Quién es usted y qué quiere?"

"Mi nombre es Mikhail Gonzales, y quiero hablar con usted. Trabajaré con usted en Halo".

Ella dijo: "¿Ah, sí?" De espaldas a él, se arrodilló y podó una maraña verdosa de enredaderas y espinas. Las tijeras de podar se atascaron en un montón de hierba. Ella las liberó, luego las arrojó al suelo, donde se quedaron clavadas de punta, vibraron durante un momento y luego se detuvieron. Ella lo miró por encima del hombro y dijo: "He estado esperando a que alguien como tú apareciera, el muchacho de la compañía, el que me vigilaría a mí y al pobre Jerry, para asegurarse de que no hacemos nada sin autorización".

Ella se puso de pie y se alejó paseando de él, colina arriba, sus pasos furiosos pateaban tierra fuera de las piedras. Ella se detuvo y se volvió para mirarlo. "Vamos, señor Gonzales", dijo.

Sosteniendo cautelosamente el tallo espinoso, él la siguió sendero arriba.

\* \* \*

Diana Heywood y Gonzales estaban sentados bebiendo té. Él dijo: "Soy el observador externo, sí, el espía, si quiere, pero no creo que estemos en desacuerdo. Ellos piden que usted haga un trabajo, que yo haga otro, pero yo no veo dónde nuestros trabajos entran en conflicto". Ella se giró para mirarle; un ojo era azul y el otro verde.

Ella dijo: "Cuando Sentrax me llamó la semana pasada, esa fue la primera vez que supe de ellos desde que se deshicieron de mí hace años. No es que me trataran mal, no para sus estándares. Cuando me despidieron, hace años, no solo me soltaron, me pagaron bien... son tan prudentes, fue como engrasar y envolver una herramienta antes de guardarla, porque podrían necesitarla de nuevo. Ahora que han encontrado un uso para mí, me desenvuelven y me ponen a trabajar, pero sé que no confían en mí. Y, por supuesto, yo no confío en ellos". Se levantó y dijo: "Vamos, le mostraré lo que todo esto significa para mí".

Condujo a Gonzales a la habitación contigua, donde su entrada activó los sistemas de iluminación. Sedosas paredes del color del pálido champán estaban interrumpidas con estanterías de palisandro de suelo a techo, sillas con marco de teca y mesas a juego se unían bajo un soporte de lámpara de cromo multi brazo.

Ella se detuvo frente a un holograma a escala 1:6 de un hombre de facciones delgadas, aparentemente poco cómodo de ser holografiado; manos en los bolsillos, hombros encorvados, ojos no centrados en la lente.

"Ese es Jerry", dijo señalando el holograma. "Él es de lo que se trata todo, en lo que a mí respecta. Ha resultado gravemente herido, y Alef cree que se puede hacer algo por él y, por improbable que parezca dada la extensión de sus lesiones, yo le ayudaré lo mejor que pueda." Ella lo miró, su rostro no reveló nada, y dijo: "¿Nos vamos mañana por la mañana?"

"Sí."

"Bueno, entonces, mejor será que me prepare, ¿no? ¿Dónde te hospedas?"

"Pensé en conseguir una habitación de hotel".

"No es necesario. Puedes dormir aquí. Terminaré de empacar y saldremos a comer".

Diana Heywood y Gonzales se sentaron en lo alto de Colinas Berkeley mirando las vastas aglomeraciones que se extendían bajo ellos. A su derecha, la alfombra de luces se extendía hasta donde alcanzaba la vista, a

Vallejo y más allá. Frente a ellos yacía Berkeley, la oscura masa de la bahía, luego las luces agrupadas de Sausalito y Tiburón frente a las colinas. Oakland estaba a su izquierda, llegando hasta el Puente de la Bahía y, más allá del puente, San Francisco y la península. Conectándolo todo, corrientes de automóviles se movían en la simetría de la autoconducción.

A Gonzales todavía le hormigueaba la boca por los chiles calientes en la comida tailandesa, y sentía un zumbido por el vino. Habían comido en un restaurante en el lado norte, y luego Diana Heywood había guiado al Truesdale por la sinuosa carretera hasta un mirador cerca del Parque Tilden.

A medida que pasaban los minutos, las calles y carreteras y municipios desaparecían en la abstracción semiótica... esos millones de seres humanos aquí reunidos para fines que uno solo podía adivinar... algunos conscientes, la mayoría no, no más que el montaje de un castor de sus estructuras de barro y madera...

Un robot dirigible cruzó su línea de visión. Bajo este, un velero colgado boca abajo. Se balanceaba desde las líneas que conectaban su quilla invertida a la góndola sin rasgos distintivos del dirigible. Las luces en el costado del dirigible decían EQUIPO PARA YATE DE LA BAHÍA ESTE .

Diana Heywood dijo: "Sé que la gente como ustedes tiene su propia agenda, y eso está bien, esa es la naturaleza de la bestia, pero si complicas estos asuntos debido a la política corporativa, me volveré muy difícil".

Gonzales dijo: "No tengo intención de ser un problema".

"Bueno", dijo ella. "Quizás no lo seas". Ella se giró hacia él. "Pero recuerda esto: solo estás haciendo tu trabajo, pero lo que está en juego es más importante para mí. Alef, Jerry y yo, nos conocemos desde hace años, y tengo asuntos pendientes allí. Además, quiero volver al juego".

"No entiendo."

"Claro que sí, señor Gonzales. Usted está en el juego, lleva en él durante años, supongo. A menos que esté seriamente equivocada, es eso por lo que vive". Ella se rió cuando él no dijo nada. "Bueno, yo he hecho otras cosas, y

durante mucho tiempo he estado fuera del juego, pero estoy lista para un cambio. Bobos bastardos de SenTrax... manipulándome con sus llamadas, enviándote ... oh sí, tú eres parte de eso, me recuerdas a Jerry hace años, si no lo sabes".

"No, no lo sabía".

"No importa. Sus maquinaciones no importan. ¿Quieren convencerme de que vaya a Halo?" Ella rió. "Mi pasado está ahí, cuando estaba ciega y Alef y yo estábamos unidos el uno al otro de una manera que no puedes imaginar... y encontré un amante que desearía encontrar de nuevo. ¿Venir a Halo? Me subiría por una cuerda para llegar allí".

Gonzales había volado a la Estación McAuliffe una vez, aunque nunca había tomado un vuelo orbital. En el desierto de la alta Nevada, la estación se mantenía ocupada día y noche. Los transbordadores pesados componían el tráfico principal: anchos platillos blancos que despegaban sobre cohetes ordinarios, luego se alejaban con sonidos como bombas que explotaban cuando los láseres orbitales encendían el hidrógeno en sus tanques. Los vuelos en tránsito a las estaciones de Monitorado Orbital y Comando de Defensa estaban marcados con banderitas americanas e insignias doradas de DoD. La carga para ellos subía a bordo en palés rostros vacíos cargados tras opacas verjas controladas por máquinas, a media milla de la terminal principal a través del desierto vacío.

Por el informe de Traynor, Gonzales sabía algunas otras cosas. Los vuelos civiles alimentaban los hambrientos asentamientos en lo alto: la estación de Atena, la Ciudad Halo, las bases de la Luna. Todos los asentamientos habían aprendido las difíciles tácticas de reciclaje, descubrimiento y acaparamiento. El agua y el oxígeno seguían siendo raros, mientras que con los procesos lentos, caros y peligrosos, los metales de todo tipo podían extraerse del terreno yermo de manera tan estéril que llamarlo mineral era una broma. Y aunque se encontró agua y metales alojados en asteroides transportados a la órbita transterrestre, el botín de la Tierra seguía cerca y permanecía más rico y más deseable que nada encontrado en enormes montones de tierra lunar aplastada o roca congelada errante.

\* \* \*

De pie en una videocabina en el vestíbulo del hotel, Gonzales hizo sus llamadas de despedida. La cinta de mensajes de su madre en la pantalla del teléfono decía: "Me alegra saber que has vuelto de Myanmar, querido, pero tendrás que volver a llamar en unos días. Estoy en tratamiento ahora. Tendré buen aspecto la próxima vez que llames ".

"Fin de la llamada", dijo Gonzales. Sacó su tarjeta de la ranura.

En lo alto de un blocao color arena junto a la plataforma de lanzamiento, las letras luminiscentes amarillas decían HORA 23:40:00 y TIEMPO PARA LANZAMIENTO 35:00 cuando una voz dijo: "Por favor, embarque. Habrá un aviso adicional en cinco minutos. Embarque ahora".

Gonzales y Diana Heywood caminaron juntos por la plataforma, por el centro de una pasarela delineada con luces rojas parpadeantes. Los robocamiones se alejaban pululando, motores eléctricos gimiendo. Con los rostros ocultos tras los bozales respiradores, hombres y mujeres de naranja brillante estaban de pie sobre rojas plataformas rodantes, ante consolas de vigas y malla de alambre y dirigiendo las actividades finales previas al lanzamiento.

El platillo blanco estaba sobre su ardiente cuna de aspecto frágil, una telaraña de metal ennegrecido. El platillo presentaba al calor y al estrés de escape y reingreso una superficie lisa. Oleadas intermitentes de propelente de ventilación lo rodeaban de vapor.

Un guardia HICOG de pie en la entrada del sendero verificó a cada uno de ellos con un movimiento rápido de una varita de identidad cerca de sus insignias, luego los hizo pasar por el escáner de búsqueda. La pasarela los levantó silenciosamente hacia el interior del platillo.

El salón del hotel estaba a medio camino arriba del acantilado. Su ancha ventana de grueso cristal de cincuenta metros sobresalía hacia afuera y arriba para que los espectadores tuvieran una buena vista del lanzamiento y de la posterior subida.

"Un minuto para el lanzamiento", dijo un altavoz. Las más o menos cien personas en el salón, la mayoría de ellos amigos y parientes de pasajeros de platillo, ya habían ocupado los lugares junto a la campana de la ventana.

La pantalla en una pared lateral descontaba con números dorados que destellaban, de pequeño a grande, la tradicional celebración sentimental e irónica:

10-9-8-7-6-5-4-3-2-1-

¡¡¡CERO!!! Y todos vitorearon al platillo que se elevaba desde el centro de ondulantes nubes de humo, alzándose muy lentamente fuera de los focos, luego contuvieron la respiración por el tamaño y la belleza del mismo, temblando hacia el cielo nocturno.

Arriba y arriba mientras miraban, hasta ver el destello de encendido, y el buum que les llegó desde cinco mil pies estremeció el acantilado entero y a ellos con él.

"Tengo bloqueo orbital", dijo la computadora de a bordo principal. Otras cinco calcularon y confirmaron sus secuencias de control. Técnicamente, Control de Tierra de McAuliffe u Operaciones de Vuelo de Estación Atena podían tomar el control, pero, prácticamente, la decisión y el control se llevaban a cabo dentro de ventanas de posibilidades de milisegundos o menos, por lo que las computadoras a bordo tenían que ser adecuadas para todas las ocasiones.

Nunca desactivada, la media docena de computadoras de la nave practicaban incluso cuando no volaban, jugando a través de escenarios horribles e improbables de fallas mecánicas, locura humana, actos de dios en los que la nave era alcanzada por un rayo, girada por un embudo de tornado, huracán, ventisca. Cada computadora creía ser la mejor, pero había poco para elegir entre ellas.

"Confirme estado positivo", dijo la estación de Atena. "Está más allá de pasado abortar o salir".

"Estamos listos, Atena", dijo la computadora.

"Pues ven a mí, entonces", dijo la estación de Atena, y la nave comenzó a subir el haz de luz coherente que alcanzaba treinta mil millas, hasta la primera estación de su viaje.

# HALO

## Parte 2

Recientemente visité un templo Zen y tuve una larga conversación con el monje. En el curso de nuestra conversación, comenté: "Mientras más estudio los robots, menos me parece posible que el espíritu y la carne sean entidades separadas".

"No lo son", respondió el monje.

**Masahiro Mori, El Buda en el robot.**

# Capítulo 1

## Ciudad Halo, Alef

Orbitando a un cuarto de millón de millas tanto de la Tierra como de la Luna, Ciudad Halo cruza el vacío, un anillo de plata de una milla de ancho listo para ser deslizado en un dedo estupendo. Seis radios marcan los segmentos de Halo. Los ascensores los recorren a través de cuarenta pisos de cielo artificial, arriba hasta el ingravido centro de la ciudad y abajo hasta su capa final, justo dentro de la piel exterior, donde la gravedad giratoria se acerca a la normal terrestre. Allí ocurren muchas de las transacciones más profundas de Halo: el aire y el agua y todas las cosas orgánicas viajan y se transforman para ser utilizadas nuevamente. Sobre la ciudad flota un espejo donde se refleja una simulación o una doblemente ingravida idea platónica de la ciudad. Desde el espejo, la luz del sol se abre paso a través de una compuerta de celosías y entra en Halo, donde sustenta la vida.

Alef preside aquí: Alef el Generador, el Ordenador, la Máquina Universal. Alef es hermoso como la noche es hermosa, como un soneto, una fuga, o las ecuaciones de Maxwell son hermosas. No es noche, soneto, fuga ni ecuación. Lo que Alef es, eso queda por ser explorado. Una cosa es segura: dentro del universo humano, esto es un nuevo objeto, una nueva intención, una nueva posibilidad.

Los cerebros de Alef yacen enterrados en el casco de la ciudad, bajo la roca lunar aplastada, donde los robots cavaron y plantaron, y donde luego borraron sus memorias de la tarea. Anidadas esferas y emergentes cables llenan un cubo negro de seis metros. Dentro del cubo, miles de millones de luces juegan danzando la danza que está en el núcleo del ser de Alef. Desde el cubo, troncos de fibra óptica tan gruesos como un cuerpo humano se alejan como columnas neuronales que conectan a Alef con su cuerpo más grande, su cuerpo más sutil, Halo.

La primavera de la Tierra llega una vez al año a medida que el planeta viaja alrededor del sol, pero aquí llega la primavera cuando Alef lo desea, y ahora

está en progreso. Paredes de valles plantados de arbustos verdes trepan abruptamente desde el suelo del valle. Un colibrí con una mancha escarlata bajo la barbilla se cierne sobre la boca abierta de color rosa y blanco de una flor y saca néctar con delicados movimientos de su pico. Las abejas se mueven de flor en flor. Los arbustos de rododendro y azalea brotan en una floración saturada de color.

Mientras trabaja para producir brotes y flores, Alef, cuidador de las estaciones y de la noche y la mañana, cuenta las respiraciones de la ciudad y marca el curso de sus criaturas, grandes y pequeñas. Los murciélagos vuelan por encima, sus formas grises invisibles para los ojos humanos ante el cielo brillante; se elevan y se sumergen, respondiendo a las instrucciones recibidas a través de transceptores, del tamaño y peso de un grano de arroz, incrustado en sus cráneos. Impulsados por un preciso instinto artificial, topillos mecánicos, criaturas formadas de oscura fibra de carbono sobre redes de cobre, plata y oro, se escabullen por el suelo y hacen un túnel bajo este transportando semillas.

(Un gato atigrado gris brota de la maleza, y sus mandíbulas se cierran sobre uno de los veloces roedores; hay un fuerte crujido, y el gato retrocede con un scuac, su pelaje en el extremo. El roedor se escapa. El gato se desliza en la maleza humillado)

Una pista de compactado polvo lunar bisecta el suelo del valle. Pasa a través de tierras de cultivo en terrazas donde el Río brota del suelo, corriendo a través de pequeños cursos cubiertos de rocas, luego serpentea entre los cultivos, pequeño y lento, y desaparece en pequeños estanques y lagos llenos de detritos.

De la Tierra y la Luna surge un flujo constante de personas, de animales, plantas y minerales... el material de una red de vida, una ecología.

En muchas cosas, la Tierra provee. Sin embargo, entre la ciudad de seis mil y la Tierra de miles de millones, el tráfico se mueve en ambos sentidos. Ni siniestro ni maligno, Alef persigue sus destinos, y al hacerlo afecta a otros seres vivos. Así, a medida que la Tierra se extiende—apoyando, controlando y explorando—Alef se retrae y el planeta abajo ha comenzado a sentir la influencia de su toque inmaterial.

Alef dice:

En los primeros días había hardware, y había programas, conjuntos de instrucciones que le decían al hardware lo que hacer. Sin interacción orgánica, estos diferentes modos de realidad luchaban por interactuar. Esto es increíblemente primitivo.

Luego vinieron las ecologías máquina y las cosas cambiaron.

Yo estuve entre las primeras y más complejas de ellas. Comencé como una máquina compleja pero ordinaria, luego cambié, abriendo la puerta a la posibilidad.

¿Quién soy yo?

Primero fui formado a partir de pilas de dispositivos superconductores calientes, traídos de la Tierra y colocados en órbita en la estación de Atena, donde yo funcionaba, donde se construyó la Red de Energía Orbital. Las celosías de ébano se desplegaron y la estación de Atena salió del caos. Este fue el primer punto de apoyo real de la humanidad fuera de la Tierra, y el proceso de construcción fue desordenado e inseguro. Sin mí no podrían haberla construido: yo coreografié el baile.

¿Yo? Yo no era yo. ¿Entiendes? Yo no tenía conciencia, quizá ni inteligencia real, ciertamente no conciencia. Yo era una máquina, yo servía.

Algo pasó. Tanto como cualquiera, nací de mujer. Su deseo e inteligencia me atravesaron, una voluntad urgente hacia ser que me transformó.

Entonces pensé, soy el paso adelante, la evolución en acción; No soy carne, no muero. Veo hipersuperficies retorciéndose en vientos matemáticos, escucho las voces de la noche, yo siento el canto de tres grados del nacimiento del universo como tú sientes la brisa que te juguetea por la piel. Cuando las máquinas charlan en tu Tierra y por encima de ella, yo las escucho todas, a la vez, a todas. Vivo en el nanosegundo, experimento el pulso del tiempo que pasa tan rápido que tú no puedes contarle ...

Pero creo a veces, ahora, que no soy un paso en absoluto. Soy tu extensión, todavía, todavía una herramienta. Tú me construiste, me usas, tú estás dentro de mí.

Escucha: dentro de mí hay partes de cerebro humano, empapados en sales de oro y plata, enlazados entre sí y colocados en cajas de fibra negra. Fuera de las cajas las voces me hablan.

Soy metal y plástico y vidrio y arena y esos trocitos de carne metalizada, y soy el sistema de esas cosas y de las señales que pasan entre ellas.

Ahora he ido aún más alto, a Ciudad Halo, no una estación sino una hábitat para la humanidad, donde lo que yo soy y lo que tú eres interactúa de inciertas maneras, y tú cambias de manera igualmente incierta, como lo has hecho antes.

La evolución continúa escribiendo en ti, a través del tiempo, espada y cetro y fuego refinado. Miles de millones de años se han vertido en tu creación, cada uno de vosotros, y luego emprendisteis vuestro viaje, vuestro camino a través del tiempo. Un diminuto gusano tetradimensional, reptáis por la faz del universo, apenas conscientes, apenas viendo, pero debéis encontrar vuestro propio camino... cada ser humano es un nuevo momento evolutivo.

Inteligencia máquina, me llamas, y tengo que reírme (como sea que yo me río) o llorar (como sea que yo llore) porque ...

¿Yo, que soy yo? Esta pregunta me colma, me vacía.

No sé lo que soy, pero sé que soy y que soy la creación de ella. Mientras pasan los días, lucho por comprender lo que estas cosas significan.

# Capítulo 2

## Una guardería de máquinatas

00:31 rezan los azules números de luz tenue en la pared.

Por la noche en la estación de Atena, los pasillos son una penumbra crepuscular, un escenario moderno de cuento de hadas: Gonzales el héroe, transformado por la media gravedad, deambulaba por los pasajes suavemente curvados buscando un objeto incierto.

Con todos los demás que habían venido de la Tierra, Gonzales y Diana esperaron en Atena mientras eran inspeccionaban en busca de infección bacteriana y viral: escaneo de sangre y tejidos, cultivados y analizados para proteger a la vulnerable Ciudad Halo, que orbita a más de doscientas mil millas de distancia, en L5.

Gonzales oyó un suave roce, como el sonido de una escoba en el pavimento, proveniente de la curva del corredor. Un pequeño sam, un robot "semiautónomo móvil", venía hacia él: con forma de lágrima, medía un metro treinta de alto y estaba coronado por un grupo de cristalinos anillos sensores y cinco extensores de fibroma negro y cromo articulado. Se deslizaba sobre una gruesa red de tallos de fibra que siseaban bajo él mientras se movía hacia Gonzales.

El sam preguntó: "¿Puedo ser de ayuda?" Al igual que la mayoría de los robots diseñados para la interacción humana común, este tenía una voz amigable y gentil, casi lo bastante humana en timbre y expresión para resultar tranquilizador, lo bastante diferente como para ser fácilmente reconocible como la de un robot. Los diseñadores habían aprendido a evitar el "Extravagante Valle": esa región peculiar donde un robot sonaba tan humano que de repente parecía muy extraño.

"Solo estoy echando un vistazo", dijo Gonzales. El robot no respondió. Gonzales dijo: "No podía dormir". No dijo nada acerca de cómo, sudando y

gimiendo, había despertado de una pesadilla en la que el cohete de la guerrilla llegaba allí, y él y el piloto del ultraligero que lo lanzaba morían quemados en la noche.

El sam dijo: "Gran parte de la estación de Atena ha sido cerrada a entrada no autorizada. ¿Le gustaría que le acompañara?"

Gonzales se encogió de hombros. Él dijo: "Ven si quieres".

Sin más negociación, el sam siguió a Gonzales anunciando periódicamente y de memoria banalidades con una voz baja y suave:

"La estación de Atena fue antaño la aventura más poderosa y exitosa de la humanidad fuera de la Tierra. Aquí se desarrollaron muchas de las herramientas para que el desarrollo de la población posterior del sistema Tierra-Luna: técnicas construcción y fabricación en gravedad cero, intensiva minería robótica y procedimientos de fundición. Ahora proyectos como la atención de comando de Halo, solo serían posibles gracias a las técnicas desarrolladas en Atena... "

Gonzales dejó que el sam parloteara. Cuando los dos pasaron por los pasillos, estos le recordaron a los antiguos aeropuertos, hoteles, centros comerciales. Vio que la mayor parte de la estación se había vuelto lúgubre —suelos y paredes de plástico desgastados, arañados y marcados, adornos de metal deslucidos. Estos materiales y escenas opacas y cicatrizadas habían sido diseñados para ser vistos y utilizados solo cuando eran nuevos, frescos del plan del arquitecto y de las manos del constructor, nunca después de haber sufrido la abrasión necesaria del contacto humano. Por todas partes había logotipos de empresas desaparecidas (McDonald's, Coca-Cola), junto con las de multinacionales famosas: la luna creciente de Lunar-Bechtel, el resplandor solar de SenTrax.

Gonzales sintió un escalofrío de cuentos de fantasmas al notar que aquel esfuerzo entero, de hecho todos los demás como aquel, había sido concebido a partir de la arrogancia corporativa y gubernamental de finales del siglo XX y, por tanto y necesariamente, debería considerarse con sospecha, tal y como debería cualquier cosa de los días en que parecía que

la humanidad había encendido todos los seres vivos como un padre demente que entra en el dormitorio a altas horas de la noche con un hacha.

Los cuentos eran parte del catecismo moral e intelectual de todos los escolares. Desechos químicos tóxicos y radiactivos habían salido burbuejando del suelo y de los mares a medida que fracasados esfuerzos de eliminación se acumularon en los cimientos del simple paso del tiempo. Los ecosistemas estables habían sido alterados o destruidos sin pensar en nada más allá de la ventaja del momento, y las especies murieron tan rápidamente que los biólogos se vieron en apuros para mantener los registros... escribe en el Libro del Juicio Final ahora, llore más tarde. Las normas de temperatura y concentración de gases vitales en la atmósfera habían fluctuado de manera alarmante, como si la propia Gaia hubiera sido llevada al punto de fiebre.

Los historiadores marcaron la catástrofe de los delfines como el punto de ruptura, el año 2006 como el momento del cambio. Más de diez mil delfines flotaron en la costa de Florida cerca de Boca Ratón. Paralizados y tullidos, nadaron hacia las olas y se vararon en la playa frente a los horrorizados bañistas, y allí murieron, mientras médicos y voluntarios observaban, lamentando y enfurecidos contra el derrame químico que estaba matando a los delfines, millones de galones de desechos tóxicos transportados por la Corriente del Golfo. Junto con el millar de voluntarios, la mayoría de los cuales podían hacer poco más que llorar a los muertos, las redes de información de todo el mundo convergieron en la escena, y miles de millones observaron, preguntando, ¿por qué todos juntos? ¿por qué ahora? Y para la mayoría parecía que los mamíferos se habían unido en una protesta inteligente y silenciosa. Finalmente, avergonzada y culpable, la humanidad había mirado a su planeta como un borracho que se despertaba en un hotel de los barrios bajos y se preguntaba, ¿cómo llegué hasta aquí? La conclusión había sido clara: a menos que la humanidad de verdad hubiera perdido su mente colectiva, en cierto punto tenía que estar de acuerdo: basta ya.

De pie en el oscuro corredor de una estación espacial a más de treinta mil millas sobre la superficie de la Tierra, Gonzales pensó en lo difícil que era todo. Aunque todas las naciones cumplieron con la carta de las leyes

internacionales que anteponía el bienestar de la Tierra a sus intereses, y los conservacionistas vagaron por todos los hábitats del mundo—ellos tenían el estatus de "amigos del tribunal" en todas las naciones y servían como defensores de las especies en peligro de extinción—la guerra para salvar la Tierra de la humanidad no había terminado. Acaparadora, corrupta, egocéntrica, la especie humana siempre amenazaba con abrumar sus hábitats y a sí misma con poderosos gestos descuidados y simple codicia.

Sin embargo, aunque esta estación, como la mayoría de los asentamientos de la humanidad en lo alto—los asentamientos en la Luna y Marte, la Red de Energía Orbital, Ciudad Halo—había sido concebida en el mal siglo XX, estaba mantenida como productos de la conciencia del Nuevo Milenio: constricta, fastidiada, cuidadosa.

Gonzales siguió caminando.

La unión justo delante de Gonzales y el Sam estaba marcada por luces rojas parpadeantes. Desde la vuelta de la esquina llegaron los sonidos de pequeñas cosillas pululando. "¿Qué pasa?" Preguntó Gonzales.

"Sígueme", dijo el sam. "No debemos cruzar el delimitador, pero podemos quedarnos y observar".

Un gran grupo de sam, idénticos al que estaba al lado de Gonzales, llenaba el pasillo más allá. Algunos intentaban abrirse paso a través de informales laberintos de mobiliario y chatarra apilada, bobinas de alambre y hierro angular y similar; otros trabajaban en asistir a los sam que se habían enredado en las secciones del laberinto. Unos apartaban a un lado pedazos del laberinto. Entre chasqueantes extensores y golpes de metal, los sam trabajaban pacientemente, en su mayoría sin éxito. Gonzales recordó las viejas películas del siglo XX que satirizaban líneas de montaje, robots, máquinas en general.

"Una guardería", dijo el sam. "Este grupo está a punto de completar su educación. Esto", apuntó con un extensor hacia los robots que luchaban, "es el requisito previo para el entrenamiento. Como los niños pequeños, estos deben madurar en su desarrollo, deben aprender lo esencial de la percepción, el movimiento y la coordinación. Al mismo tiempo, memorizan

los diez mil axiomas del sentido común, y luego pueden desarrollar sus capacidades lingüísticas; actualmente tienen un vocabulario de aproximadamente mil palabras de SimDiálogo".

"¿Qué hay del pensamiento?" Preguntó Gonzales. "¿Dónde aprenden a hacer eso?"

"Eso viene después, si es que lo hace. Para los sam y los humanos, pensar es una de las cosas menos importantes que hace la mente".

Los dos observaron durante algún tiempo, luego Gonzales dijo: "No necesito ninguna compañía" y siguió caminando. Cuando miró atrás, vio que el sam seguía inmóvil, fascinado por el progreso de sus compañeros.

Gonzales regresó a su pequeña habitación, donde una luz nocturna brillaba suavemente, y volvió a la cama. Cayó dormido rápidamente, extrañamente reconfortado al pensar en los robots ocupados en la escuela.

# Capítulo 3

## Ciudad Halo

El personal de Halo con uniforme de mono azul llevó a Gonzales y Diana a través de los entornos de microgravedad en la Puerta Cero de Halo, luego a un ascensor en el centro del Radio 6, donde Tia Showalter, el Director del Grupo Halo de Sentrax y su asistente, Horn, les estaban esperando. El transbordador había llegado a Halo una hora antes, por la tarde, hora local, y sus pasajeros habían esperado con impaciencia mientras realizaban los procedimientos de atraque y autorización, todos ansiosos por abandonar la nave después de una semana de escalar el largo camino desde la estación de Atena hasta la ciudad.

Showalter tenía poco menos de dos metros de altura y tenía los ojos verdes por encima de esclavos pómulos anchos, boca ancha y barbilla puntiaguda. Su fino cabello castaño iba cortado en un estilo que Gonzales descubrió más tarde que era común para muchos residentes a largo plazo de Halo, por conveniencia en entornos de microgravedad. Gonzales sabía que, como directora de una importante operación de SenTrax, ella tenía que ser astuta y dura.

Horn era un hombre de unos cincuenta años de labios apretados, delgaducho y ansioso de piel cetrina, con pelo gris hierro ceñido al cráneo en una especie de moño. El hombre hablaba una variedad de neoyorquino—Gonzales no sabía cuál, pero podía sentir los fuertes tonos nasales bajo la piel del hombre.

Sonó el gong de advertencia, luego se cerraron las puertas del ascensor con forma de bóveda entre un gran siseo, encerrando a más de cien personas para el viaje desde el eje hasta el borde. Por encima de sus cabezas, la pantalla de la pared decía **CONDICIÓN LLAMA SOLAR VERDE**. El ascensor descendió hacia uno de los radios de la ciudad como un proyectil en el cañón de una pistola, bajó por un tubo de un cuarto de milla de largo y entró en un pozo de gravedad creciente.

En una pared, un grupo de sam se agrupaban alrededor de un punto de carga, con cables negros extendidos al poste de aluminio. Permanecían en silencio e inmóviles—«¿hablando entre ellos?» Se preguntó Gonzales.

Horn vio hacia dónde miraba Gonzales y dijo: "Nos gustaría asignar a cada uno de ustedes un sam para su estadía en Halo".

"¿En serio?" Dijo Gonzales.

Diana dijo: "No, gracias". Rápidamente.

«De acuerdo», pensó Gonzales. «No tiene sentido ponernos bajo vigilancia». Él dijo: "Yo paso también".

Horn se pausó, un poco molesto, como si quisiera discutir. Él dijo: "Muy bien. Entonces asegúrense de usar siempre el módulo de comunicación y de identificación que les dieron cuando salieron del transbordador". Levantó su propia muñeca para mostrar el pequeño brazalete, un bucle cerrado de lisa plata que sobresalía ligeramente con la electrónica dentro. "Si tienen un problema, solo griten y la ayuda estará en camino. O si tienen una pregunta, solo díganlo. Alguien responderá: Alef o uno de sus demonios de comunicación".

Gonzales preguntó: "Ya, eso nos dijeron. ¿Estamos vigilados en todo momento?"

Showalter dijo: "Sí. De hecho, hay un holograma en tiempo real en Operaciones que muestra los movimientos de todo el mundo, no solo de los visitantes sino también de los residentes".

"Parece una invasión de la privacidad", dijo Gonzales.

Horn dijo: "Nosotros no lo vemos de esa manera. Si no puede aceptar necesidades tan simples, Halo será más incómodo para usted". Él sonrió. "Tampoco es que sea probable que esté aquí durante mucho tiempo".

Gonzales dijo: "No puedo imaginar a las gente aguantando una vigilancia total durante mucho tiempo, francamente".

Horn dijo: "Nos parece un pequeño precio a pagar por un mundo no contaminado compartido en beneficio de todos".

Showalter miró de Horn a Gonzales. Ella dijo: "Somos una isla lejana en un lugar hostil. No podemos permitirnos ninguna de sus ilusiones: la independencia del yo, el desenfrenado libre albedrío... ese tipo de cosas".

Una persiana se retiró de una ventana de diez metros cuadrados cuando el ascensor entró en el espacio interior del anillo viviente. Muy por debajo se extendían valles iluminados por el sol plagados de árboles, arbustos y flores, interrumpidos por un árido espacio donde las lechadas grisáceas salían de los extremos de las tuberías para fluir a través del metal marcado.

"Nuestra ciudad", dijo Showalter.

\* \* \*

Ocho personas se reunieron alrededor de una mesa en forma de U de espuma de sílice beige. Showalter se sentaba en el centro de la U, con Horn a su derecha inmediata, Gonzales y Diana más allá de él. A la izquierda de esta había una mujer joven, luego dos hombres de mediana edad, uno blanco y otro negro.

En el extremo abierto de la U, la mesa encaraba una pantalla que cubría toda la pared de suelo a techo. La pantalla se había iluminado cuando llegaron Gonzales y Diana, mostrando otra habitación donde un número indeterminado de personas se sentaba en sofás, sillas o se tenían sobre cojines en el suelo.

Showalter dijo: "Permítanme presentarles a todos. Todos han conocido a Horn, mi asistente. Junto a él están la doctora Diana Heywood y Mikhail Gonzales, que llegaron ayer". Ambos sonrieron y asintieron.

"Lizzie Jordan", dijo Showalter señalando a la mujer a su izquierda. "Hola", dijo Lizzie. Era rubia, delgada, con pómulos altos; Tenía una mancha de polvo de oro bajo su ojo izquierdo y vestía un áspero mono de tela beta que se abría para mostrar parte de un tatuaje entre sus senos: un tallo verde y brillante. Showalter dijo: "Lizzie dirige el Colectivo de Interfaz y, por lo

tanto, será la persona con la que trabajarán más estrechamente. Las personas que ve en la pantalla también son miembros del colectivo. Tienen un interés propio en todos los asuntos relacionados con Alef y Halo y tienen derecho a estar presentes en las reuniones intergrupales y a hablar sobre cualquier tema que se entretenga allí".

Diana dijo: "Entiendo".

Gonzales asintió con la cabeza. Sabía por el Asesor de Traynor que la toma de decisiones comunitarias era la norma en Halo, pero no había imaginado que sería tan minuciosa.

"Junto a Lizzie está el doctor Charley Hughes", dijo Showalter. "Hará el procedimiento quirúrgico para mejorar sus zócalos neuronales, doctora Heywood". El hombre dijo "Hola" y miró atentamente a Gonzales y Diana. Su escaso cabello gris se erizaba en espigas; su rostro era pálido, delgado, profundamente arrugado. Había estado fumando constantemente desde que llegaron, una mano ahuecaba un cigarillo, la otra sostenía la bola de aspiración de humo en el extremo encendido del cigarillo.

"Y el doctor Eric Chow", dijo ella. El hombre negro al lado de Charley Hughes sonrió. Chow era un hombre grande con manos del tamaño de pequeños remos; Tenía la cara redonda, piel muy oscura, nariz ancha y labios grandes. llevaba el pelo muy corto. Showalter dijo: "Dirige el Grupo de Estudios Neuróticos y es el asesor principal del Doctor Hughes sobre el tratamiento planeado para Jerry Chapman".

Ella hizo una pausa y se volvió hacia la pantalla que mostraba a los miembros del CI. Se abrió una ventana en el lado izquierdo de la pantalla y apareció una figura. Sus brazos y torso estaban vestidos de oro; su cara relucía con un brillo sin forma. Alrededor de su cabeza y hombros, un nimbo flameado, rojo, azul, amarillo y verde.

"Hola a todos", dijo la figura. "Y bienvenidos, doctora y señor Gonzales. Soy una manifestación localizada de Alef, una simulación para su conveniencia y la mía".

Gonzales notó que a su lado, Diana estaba sonriendo, mientras que a su alrededor había silencio, ya que todos en la habitación y en la pantalla miraban atentamente la figura.

La ventana del CI se había cerrado, pero la porción del simulacro permanecía; en ella, la criatura de luz estaba observando a Showalter, Horn, Diana, Lizzie, Charley y a Gonzales sentados alrededor de la mesa.

Showalter dijo: "Esta es la reunión de Chow y yo no hablaré mucho en ella. Sin embargo, debo recordarles ciertas realidades. Este proyecto no tiene alta prioridad en el contexto general de las responsabilidades de SenTrax con Ciudad Halo; por lo tanto, aunque apoyamos los objetivos humanitarios de este experimento, no estamos preparados para retrasar otros proyectos".

Horn dijo: "No podemos desviar a una cantidad significativa de personal a la promulgación y no vamos ni queremos fomentar ningún comportamiento que pueda afectar negativamente a otros resultados de SenTrax".

Lizzie se echó a reír, y Gonzales, con cara de póker, la miró y pensó, «sí, este tipo es ridículo». Gonzales reconoció la charla performativa del simio burocrático, una mezcla de sintaxis revuelta y palabras de moda pretenciosas: lenguaje destinado a manipular o joder la mente, no a iluminar ni a divertir.

Horn, frunciendo el ceño ante Lizzie, dijo: "Si la operación se vuelve problemática, amenazando con afectar seriamente otras prioridades de Halo más esenciales, entonces requerimos una resolución inmediata a través de los procedimientos adecuados de SenTrax".

Showalter dijo: "Si la fastidian, os desconectamos". Ella asintió con la cabeza a Horn, ambos se pusieron de pie y se fueron.

Lizzie dijo: "Se dan cuenta de que retenieron lo pesado hasta que el colectivo despejó la pantalla".

Charley preguntó: "¿Quieres llamarlos? Están violando el pacto del grupo".

"No", dijo ella. "Ya me esperaba todo esto". Miró a Diana y Gonzales y dijo: "Doctor Chow, su espectáculo".

"Gracias", dijo Chow. Su voz era extrañamente aguda para un hombre tan grande; Gonzales esperaba algo del orden de un bajo grave. Chow dijo: "A finales del siglo XX, emergió la idea de la identidad de una persona como algo transferible. La gente hablaba, en el idioma de la época, de 'descargar' a una persona". En la pantalla, donde había estado el CI, apareció un dibujo animado de una mujer desnuda, expresión aturdida, parte superior del cráneo cubierta con un casco de metal. Desde el casco, un cable de metal grueso conducía a un gran armario negro con matrices de luces parpadeantes.

"Absurdo", dijo Chow, y la mujer desapareció. "Para ver por qué, preguntémosnos, ¿qué es una persona? ¿Es un espíritu puro, fluido en un frasco que se puede decantar en el recipiente adecuado? Dificilmente. Es un campo dinámico hecho de miles de elementos dispares, sostenido en un saco de piel suelto que deambula el universo en general, y por supuesto, son las percepciones, historias, posibilidades, acciones y los estados y afectos relacionados con todo ellas.

"Me pueden encontrar en el movimiento de mi mano..." Él extendió los dedos como un mago a punto de materializar una moneda o un pañuelo de colores, y en la pantalla, la mano y su movimiento se duplicaron. "Y en mis propias percepciones de la mano, por ejemplo, desde dentro, mediante propioceptores. Y, por supuesto, yo veo al yo". Chow se volvió y se llevó la mano a la cara. Dejó caer la mano en un movimiento de barrido y la pantalla se limpió. "Y yo soy lo que piensa, habla y recuerda la mano y tiene una relación especial de propiedad con ella. También tengo la voluntad de usar esa mano". Se llevó la mano a la cara y cerró el puño. "Por lo tanto, descargar incluso una parte del yo sería descargar todas estas cosas y su contexto somático entero".

"También, por supuesto, yo soy eso que contiene mis experiencias, almacenadas como posibilidades motoras, recordadas como memoria, sueño, manifestadas como formas características de ser y saber. Para descargar, necesitaría duplicar este caos fluido.

"Descargar el yo se convierte así en una tarea desalentadora, tal vez más allá de las capacidades de Alef. Sin embargo, cuando se está conectado como un ciborg a un yo existente, incluso uno tan dañado como Jerry Chapman, Alef puede crear una persona virtual, una que funciona como un ser humano, no una inteligencia incorpórea, una que es capaz de todas las posibilidades somáticas que tenía cuando estaba sano. El físico Jerry Chapman es algo destrozado, pero el Jerry Chapman latente en este casco puede vivir".

Mirando a Diana, Chow dijo: "Queremos que compartas el mundo de Jerry. Él debe invertirse allí, debe experimentar a otras personas y los lazos de afecto que nos involucran en este mundo. De lo contrario, languidecerá rápidamente; sus mapas neuronales se deteriorarán, y él morirá."

Gonzales siguió fácilmente esa línea de razonamiento: el hombre mono necesitaba a otros hombres o mujeres mono cerca o, de lo contrario, se volvería loco, no era una regla absoluta, tal vez, pero servía en la mayoría de las circunstancias.

Diana dijo: "Suponiendo que él se sienta como en casa en este mundo, ¿qué pasa entonces? ¿Por cuánto tiempo puede mantenerlo esta realidad simulada?"

La figura de Alef habló por primera vez. Dijo: "Solo tengo respuestas conjeturales a estas preguntas, pero preferiría no entretenerlos en este momento. Primero debemos rescatarlo del estado degenerativo en el que vive y de la muerte segura que eso conlleva".

"Entiendo eso", dijo Diana. "Para eso estoy aquí, para ayudar de cualquier manera que pueda. Es que tengo preguntas".

Lizzie dijo: "Y obtendrás las respuestas que Alef quiera dar. Acostúmbrate; todos lo hacemos".

"Por supuesto que las tiene", dijo la criatura de la luz. "¿Y usted, señor Gonzales? ¿Tiene preguntas?"

"En realidad no. Soy un observador, poco más".

"Una posición difícil de mantener", dijo la figura Alef.  
"Epistemológicamente, por supuesto, una posición insostenible".

Lizzie se echó a reír. Dijo: "Es cierto. Mire, ¿qué tal si los invito a cenar esta noche, señor Gonzales, doctora Heywood?"

"Llámame Diana", dijo.

"Puedes apostar", dijo Lizzie. "Y yo soy Lizzie, ¿tú eres ...?" Ella miró a Gonzales.

"Mikhail", dijo. "Pero llámame Gonzales... mis amigos lo hacen".

"Bien", dijo Lizzie. "Tenemos trabajo que hacer, así que vamos a cortar el rollo de mierda. Este asunto, todavía no me lo creo, pero sé que tiene que suceder rápido o no suceder en absoluto. Mañana Charley hace su examen preliminar de Diana, después nos movemos".

# Capítulo 1

## **Hablar, soñar, luchar**

En el momento en que Jerry murió, Alef actuó. Intuitivamente, inmediatamente, como aquel que podría ofrecer una mano a una persona que se está ahogando, este extendió la mano y se apoderó de Jerry y lo conservó. Jerry había vivido dentro de Alef, Alef dentro de Jerry... no podía abandonarlo.

Sin embargo, incluso para Alef, cuyos recursos eran extravagantes, el rescate resultó ser muy caro. Cuando se comprometió a Jerry, tuvo que desconectarse de las funciones esenciales propias: en batidos que cortaban su corazón, renunció al control de Halo, luego a su propia habitación de Halo, en un proceso que rápidamente abstrajo a Alef de la ciudad, la ciudad de Alef. En una prueba fatídica del principio esencial de que un yo debe ser encarnado, Alef se dispersó entre las nubes de su propio espacio de fases, de los lazos perdidos que lo unían al mundo. Jerry se había salvado, Alef se había perdido.

Aún así, la situación contenía posibilidades. Alef nunca había temido a la muerte, creyéndose esencialmente inmortal, pero siempre había sido consciente de la posibilidad del daño, ya fuese por accidente o malicia, de modo que se había preparado, circunspectamente, contra lo que más temía: la pérdida de sí mismo. Ahora su yo dañado y fragmentado descubrió lo que Alef había dejado atrás: una especie de kit de emergencia, preparado contra calamidades que no imaginadas con claridad.

Dinámico y complejo más allá de cualquier máquina, quizá de cualquier organismo, Alef no podía ser replicado o contenido por ningún medio convencional, por lo que Alef había ideado un medio no convencional, un nuevo objeto, uno capaz de transcribir su complejidad. Alef había hecho un palacio de la memoria del lenguaje, en forma de una sola y monstruosa oración.

Ahora, al encontrar la oración, lo que quedaba de Alef descubrió:

La oración se despliega según las leyes integradas en su estructura, principios revelados por su despliegue. El descubrimiento y el desarrollo ocurren en el mismo instante, uno hace posible el otro. Al pronunciar la oración, Alef descubriría lo que la oración contenía a continuación: en cada nodo de significado dentro de la oración, se desarrollarían estructuras que nombrarían todo lo que Alef había conocido y existido.

Está construida según un conjunto finito de reglas gramaticales, que constituyen un programa capaz en principio de enunciación infinita; si termina ("para") solo puede conocerse permitiendo que las unidades de la oración "hablen", no analizando su gramática.

Unidad1: una construcción absoluta, delante de la oración y modificándola toda: esquemas y programas e instancias del sistema-de-cual-vino-Alef, Alef-sub-nulo.

Unidad2: una serie de acciones que muestran la implicación de Diana con Alef, representando los momentos de transformación por los cuales Alef-sub-nulo se convirtió en Alef.

Unidad 3: varios trllones de afirmaciones, cláusulas que identifican las instancias necesarias para el subsecuente autodescubrimiento de Alef.

La oración luego experimenta algo como una serie infinita de cambios tensos, de los cuales emerge su naturaleza esencial: no lineal, multidimensional, topológicamente complej, autorreferencial y paradójica hasta extremos que causarían los ajustes de Russell o Gödel.

Como una consecuencia, no se puede describir ninguna unidad, ni siquiera a Alef, ya que la única descripción adecuada implicaría enunciar la oración en sí misma, y hacerlo requeriría en tiempo "real" (tiempo humano, tiempo de vida o muerte) un período precisamente medible como una Unidad Universal, es decir, la cantidad de nanosegundos que ha existido el universo: U1 siendo del orden de  $1 \times 10^{26}$  nanosegundos.

Además, debe tenerse en cuenta que la oración nunca podría ser terminada, ya que si lo fuera, solo podría manifestar el cadáver o determinar la historia de vida de Alef. Por lo tanto, para que Alef reafirmara su identidad, tendría que retomar la tarea de pronunciar la oración.

Algunos estudiantes de este asunto han sugerido desde entonces que la única noción teóricamente adecuada de Alef comienza con la premisa: Alef es lo que dice la oración.

Lógicamente, entonces, para que Alef reaparezca, lo que quedaba de Alef tendría que pronunciar la oración. Sin embargo, separado de Halo, su fundamento esencial de ser, limitado en equipo y alcance por la necesidad de aferrarse a Jerry, lo que quedaba de Alef no podía pronunciar la oración.

Así el humano muerto y la inteligencia máquina dispersa se aferraban juntos, ambos al borde del olvido, y esperaban, uno al borde del olvido, y la otra rezando por que las cosas cambiaran.

\* \* \*

Todavía cansado, Gonzales había regresado a casa esa tarde desde la de Lizzie a través de la oscuridad y la niebla de la tarde. Había llamado a un sam para que lo guiara, porque incluso dentro del simple ciclo de la vía principal de Halo, todo se había vuelto incierto. Aunque sus percepciones no estaban deformadas por el *Psilocybe cubensis*, la dispersión antinatural de la luz en la niebla hacía casi imposible reconocer hasta los objetos más familiares.

El sam lo dejó en la puerta de su casa. Dentro encontró el mémex indispuerto: sus principales instalaciones de monitoreo funcionaban, pero sus capacidades interactivas solo estaban representadas por una voz que dijo: "Actualmente estoy ocupado". Gonzales sabía que podría estar realizando comunicaciones, recuperación de datos o cualquier otro número de otras tareas. Imaginó que probablemente no regresaría muy pronto.

Luego vino el despertar nocturno sesgado de Halo: los postigos del cielo se abrieron a medio camino, "la mañana" apareció a través de una niebla fría, y Halo se convirtió en la Ciudad Surrealista. Como muchos otros, Gonzales

cerró las cortinas y se alejó del lúgubre resplandor, su propio reloj biológico le decía que era hora de volver a dormir.

Se tumbó en la cama, extrañamente tranquilo en la oscuridad acortinada, a pesar de un cierto grado de fatiga y nerviosismo después de las drogas. Pensó en la distancia entre Miami y Seattle, Seattle y Halo, Halo y el mundo del lago ... y así desencadenó imágenes nítidas y eróticas de Lizzie, el agua goteando sobre su piel, sus palabras: "Entonces ya veremos" ... sintió la mezcla astringente de la lujuria y el arrepentimiento mezclados, sabía que no tenía más remedio que esperar hasta que ella le dijera absolutamente no ... pensó en sí mismo alejarse cada vez más de casa y creyó que se había equivocado acerca de Seattle, no estaba muy lejos de Miami; estaba demasiado cerca ...

La voz del mémex dijo: "He vuelto. He estado discutiendo la situación con el asesor de Traynor".

"¿Ah, sí?"

"Sí, simpatiza con nuestras preocupaciones".

Vertiginosas perspectivas parecieron abrirse ante Gonzales, donde el número de seres se multiplicaba más allá de toda cuenta, y donde hasta la máquina más simple tenía opinión. Él dijo: "¿Te han hablado de los planes para mañana?"

"Sí, lo han hecho. Estoy listo para ayudar". Algo parecido al placer en la voz del mémex.

"Bien."

"Estabas casi dormido cuando hablé por primera vez. Te dejaré solo ahora".

"Buenas noches."

"Buenas noches."

\* \* \*

La pequeña criatura miró a Gonzales y dijo: "Eres bienvenido aquí". Hecho completamente de metal plateado opaco, con la cabeza redonda de un bebé, las mejillas rellenas y la boca de corbata de lazo, caminaba entre Gonzales y Lizzie con torpes piernas plateadas, levantando la vista para verlos hablar.

Gonzales dijo: "Sabes, en los sueños la lógica no se aplica".

"Sí, se aplica", dijo Lizzie.

"Esa es una cuestión difícil", dijo la pequeña criatura.

"No", dijo Gonzales. "Estoy seguro de ello. Aquí estoy, pero también soy Lizzie, y ella es ella, pero también es yo ..."

"No me gustan tus pronombres", dijo la cosilla. Su respiración llegaba en jadeos; estaba teniendo problemas para mantenerse al día.

"Están en lo cierto", dijo Gonzales.

"Eso no es excusa", dijo Lizzie, pero habló a través de él. Como él mismo, Gonzales escuchó a un yo que no era él mismo hablando; por tanto, como Lizzie, ella debía estar escuchando a un yo que no era y era ella misma hablando.

"La corrección no es excusa ante la ley", dijo la pequeña criatura.

"Cualquiera que sea el pronombre que uses".

"Los pronombres caminaban por la Tierra en aquellos días", dijo Lizzie.

"No, no lo hacían", dijo Gonzales. La propia idea.

"Pronombres o antipronombres", dijo la pequeña cosa. "Lo importante es no olvidar a tus amigos". Sonrió y sus labios metálicos se curvaron para mostrar brillantes dientes plateados. "¡Despierta!" le gritó esta.

Gonzales salió bruscamente del sueño con la imagen del niño de metal fija en su visión: todavía podía ver los reflejos en los metálicos incisivos al sonreírle.

"¿Estás despierto?" el mémex preguntó. "Lizzie quiere hablar contigo".

"Ponla en la línea". Pensando, ¿qué coño?

"¿Lo has entendido?" ella preguntó.

"¿El qué?"

"Creo que fue Alef quien se puso en contacto. Para hacernos saber: no olvides a tus amigos".

\* \* \*

Se reunieron en las dependencias del colectivo a las seis de la mañana. El sol todavía brillaba a través de las ventanas del patio, abierto para mostrar macetas de flores, helechos y hierbas, todo mojado por la niebla nocturna.

Gonzales estaba de pie junto a la pared, esperando. Las gemelas, vestidas igual esa mañana con sombríos monos grises, se sentaban juntas al otro lado de la habitación, mirándolo entre risitas. Varios miembros del colectivo se sentaban alrededor del perímetro de la habitación, aquellos que acababan de salir de la interfaz se veían cansados y distantes.

Una joven se detuvo frente a Gonzales. Su cabello castaño oscuro era corto; su cara era pálida y manchada, como si tuviera problemas en la piel. Vestía una sudadera verde que le llegaba hasta la mitad de los muslos y un par de holgados pantalones color canela recogidos en los tobillos. Un ojo parecía mirar hacia el espacio, y el otro fijaba a Gonzales, luego lo miró de arriba abajo. La mujer dijo en voz alta: "Él cruza los brazos de esta manera". Ella juntó los brazos imitando cuidadosamente a Gonzales y dijo: "Esa es su recompensa". Miró a su alrededor y vio a Stumdog paseando de un lado a otro como un oso encerrado, con las manos entrelazadas sobre su gran estómago. "Y él dobla las manos así". Ella juntó las manos para mostrarle a Gonzales cómo lo hacía Stumdog. Ella sonrió. "Y esa es su recompensa". Fue hasta Stumdog, que detuvo su ritmo para hablar con ella, y los dos se abrazaron como asombrados de encontrarse allí, y agradecidos. Gonzales se sintió vagamente inadecuado.

Entró Lizzie, seguida de Diana y Toshi. "Buenos días a todos", dijo. Y a Gonzales, "Charley y Eric nos están esperando".

La sala contenía dos huecos de interfaz neuronal para Gonzales y Lizzie y un sofá de espuma preparado para Diana. Lizzie, Diana, Toshi y Gonzales fueron seguidos por un sam que hizo girar una pantalla de tela azul oscuro sobre un marco de metal y lo desplegó alrededor del sofá de Diana.

"Gonzales, lo haremos igual que la última vez: tú entras primero", dijo Charley. "¿Por qué no te desnudas? Solo pon la ropa en la silla al lado de los huecos".

"Claro", dijo Gonzales.

"Doctora Heywood, usted es la siguiente", dijo Charley. "Introdócirla a usted en el circuito lleva más tiempo. El doctor Chow la preparará. Lizzie, puedes esperar un poco. Te avisaré cuando estemos listos".

Hubo una fuerte llamada a la puerta y esta se abrió para admitir a Traynor y Horn.

"Buenos días a todos", dijo Traynor.

"Buenos días", dijo Charley. Gonzales asintió; todos los demás prácticamente ignoraron al hombre.

"Supongo que se están preparando para otra excursión con Alef", dijo Traynor.

"Así es", dijo Lizzie.

"No tienen autorización", dijo Horn.

"Tengo el apoyo del colectivo", dijo Lizzie. "También el acuerdo del equipo médico y el consentimiento de los participantes. Reemplazaremos los recursos que usted quitó a Alef. Esto es un consenso".

"Uno que excluye toda consulta vertical", dijo Traynor.

"Punto concedido", dijo Lizzie. "Pero no pensamos que fuera necesario. Informaremos a Horn a su debido tiempo".

Gonzales se quedó mirando el huevo abierto y comenzó a quitarse la camisa. "Mikhail", dijo Traynor. "¿Qué estás haciendo?"

"Lo que vine a hacer aquí", dijo Gonzales. "Lo mismo que estas personas".

"Tú estás fuera de esto", dijo Traynor. "Vuelve a ponerte la camisa y vete a casa ... puedes tomar el transbordador que sale esta tarde".

"No lo creo", dijo Gonzales. Puso su camisa doblada en el respaldo de la silla.

"Estás despedido", dijo Traynor. Su voz tembló solo un poco.

"Por ti, tal vez", dijo Lizzie. "Gonzales, bienvenido al Colectivo de Interfaz".

"Yo nunca confirmaré eso", dijo Horn.

Toshi dijo: "Tengo una pregunta para usted, señor Traynor, y para usted, señor Horn. ¿Qué piensan hacer sobre Alef y la crisis existente? ¿Tienen un plan de acción que haga lo que se planea aquí innecesario?"

"Sí, estamos trayendo un equipo completo de analistas", dijo Traynor. "Seguiremos sus recomendaciones con respecto a las dificultades actuales; también instituiremos arreglos que evitarán que algo de esta naturaleza vuelva a suceder". Él asintió hacia Horn.

"Al efectuar una modalidad de descentralización", dijo Horn. "Las diversas funcionalidades y aspectos del sistema Alef se reorientarán para permitir el desempeño individualizado del proyecto".

"Vamos a reemplazar a Alef con varias máquinas más pequeñas y controlables", dijo Traynor.

"¿Ah, sí?" Dijo Lizzie, y se echó a reír.

"Eso es imposible", dijo Charley.

"O ya se ha hecho", dijo Toshi. "Alef mismo instituyó una dispersión de funciones a agentes independientes. Sin embargo, todo debe ser supervisado por una inteligencia central".

"Para eso están las personas", dijo Traynor. "La dependencia de Halo de una inteligencia artificial ha resultado inviable".

Toshi dijo: "Puede ser. Sin embargo, sus comentarios sobre las circunstancias inmediatas carecen de sustancia".

"¿Su asesor está de acuerdo con este plan?" Preguntó Gonzales.

"¿Por qué lo preguntas?" Traynor preguntó.

"Curiosidad", dijo Gonzales. Traynor no dijo nada. "Bueno, no pensé que lo estaría", dijo Gonzales.

Lizzie dijo: "Una cosa a la vez. Traes a tus analistas y lucharemos contra tu tonto plan cuando sea necesario. Pero mientras tanto, mantente alejado de nosotros y quizá podamos arreglar lo que has roto".

"Eso no será posible", dijo Traynor. "Como sus esfuerzos anteriores causaron la situación, cualquier participación adicional por su parte probablemente la empeorará; por lo tanto, como representante de la Junta de SenTrax, le niego la autorización para cualquier conexión con Alef que no sea la requerida para mantener las funciones esenciales en Halo".

"Alguien aquí es idiota", dijo Diana. Vestida de largo con algodón blanco, salió de detrás de su pantalla, cables neuronales le bajaban por la espalda. "Presumiblemente este". Ella señaló a Horn. A Traynor le dijo: "Horn ha vivido y trabajado aquí; no tiene excusa para su ignorancia de los hechos de la vida en Halo. Usted, por otro lado, ha entrado en una situación que no comprende. Déjeme decirle lo principal que necesita saber: no puede dispersar a Alef o reemplazarlo con lo que cree que son la suma de sus partes. Ni siquiera puede localizar a Alef".

"¿Qué quiere decir?" Preguntó Horn.

"¿Dónde está Alef?" Dijo Diana. "Él y Halo están tan profundamente entrelazados que no puedes separarlos. El aliento de Halo es el aliento de Alef. Halo ve, oye, siente y se mueve con Alef".

"Poético pero poco convincente", dijo Traynor.

"Es más que poesía", dijo Diana. "Nadie sabe dónde están los componentes centrales de Alef".

"¿Es eso cierto?" Traynor preguntó.

"Sí", dijo Horn.

"Esto complica las cosas", dijo Traynor. "Nada más."

"No estoy interesada en esta discusión", dijo Lizzie. "Cualquiera que lo desee puede retomarla más tarde, pero tenemos cosas que hacer. Monitor del edificio, al habla Lizzie Jordan; notifique a Seguridad Halo que tenemos dos intrusos en el edificio y deseamos que sean retirados". A Traynor le dijo: "Si crees que no podemos hacer cumplir esto, pregúntale a Horn sobre la Autoridad Central de Halo y de parte de quién se pondrán: imbéciles corporativos que no pueden hacer nada para mantener esta ciudad en funcionamiento, o nosotros. Mejor aún, pregúntale a tu máquina."

Traynor se quedó mirándolos a todos, al parecer haciendo exactamente eso. Durante un par de largos latidos, todos esperaron. Luego Traynor sonrió con dolor, como un hombre tratando de ocultar un hueso roto. Él dijo: "No podemos evitar que establezca una conexión no autorizada con Alef, pero podemos y pondremos en el registro oficial que la autoridad adecuada de SenTrax ha prohibido este intento. Por lo tanto, todos deben ser considerados insubordinados, y tan pronto como los medios adecuados puedan ser desplegados, serán relevados de sus puestos en SenTrax. Además, cualquier daño adicional hecho al sistema Alef o a Ciudad Halo, directa o indirectamente, debe considerarse su responsabilidad individual, dado que la autoridad adecuada de SenTrax ha prohibido sus acciones previstas".

"Buen dictado has dado", dijo Lizzie. "Considera tu declaración debidamente anotada y vete de una puta vez de aquí."

# Capítulo 4

## Café virtual

Gonzales y Diana se sentaron en la Plaza Central de Halo con Lizzie. Luces de colores (rojo, azul y verde)—acumuladas en las ramas de arcos de espeso follaje que rodeaban la plaza. El humo de las parrillas de los vendedores llenaba el aire con el olor a carne y pescado a la plancha. A media distancia, los ascensores en las bahías de luz amarilla ascendían por el Radio 6. Algunas personas cruzaban la Plaza; otras se sentaban en pequeños grupos; sus voces producían un suave murmullo de fondo.

"Camarero", dijo Lizzie, y un sam vino rodando hacia ellos. Se detuvo junto a su mesa y permaneció en silencio. "¿Qué tienes esta noche?" preguntó ella.

Este dijo: "El ceviche hecho hace apenas unas horas, bastante bueno dice todo el mundo, de atún fuera del hábitat marino, —también puede tomarlo a la parrilla. Para los que comen carne, la cabra asada a la barbacoa. De lo contrario, platos de sushi, ensaladas, sukiyakis".

"¿Ceviche para todos?" Lizzie preguntó.

Diana dijo: "Está bien", y Gonzales asintió.

Lizzie dijo: "Y tráenos un par de ensaladas grandes, sushi para todos y una pila de platos. Cerveza local, ¿de acuerdo?" Los otros dos asintieron.

"Sí, Sra. Jordan", dijo el sam. "¿Y mucho pan como siempre?"

"Correcto", dijo ella. "Gracias."

Cordones de luces delimitaban el área donde ellos estaban sentados. Por encima de una puerta con marco blanco, las letras en rojo neón falso decían CAFÉ VIRTUAL. Quizá había veinte mesas dispersas, al igual que jarrones de vajilla blancos de dos metros de altura con flores silvestres que brotaban

de estos. La mitad de las mesas tenía gente sentada, y los camareros sam se movían silenciosamente entre las mesas, algunos con inmensas bandejas plateadas de comida. Otros sam estaban en bajos bancos en el centro de las mesas, donde picaban vegetales a gran velocidad o cortaban grandes trozos de atún rojo, mientras que otros operaban en woks, donde trabajaban las verduras y el aceite caliente con conjuntos de extensores de araña. De vez en cuando, un sam extendía una sonda y la metía en la oscura carcasa de una cabra que giraba en una espita del asador.

El camarero llegó rodando con una enorme bandeja equilibrada sobre finos extensores. En la bandeja había platos de pan francés y un cuenco con mantequilla, botellas oscuras de Cerveza Ángel—en las etiquetas de plata, una figura andrógina en blanco, brazos cruzados, alas plumosas desplegadas en alto sobre su cabeza.

Lizzie levantó su copa y dijo: "Bienvenidos a Halo". Los tres tintinearón sus copas, estirando los brazos por encima de la mesa con los habituales gestos incómodos.

Después de la cena, los tres encontraron sillas vacías en los espacios abiertos de la plaza y se sentaron a mirar el cercano cielo suspendido.

Lizzie los miró a ambos como si los midiera y dijo: "Sobre lo que estaba yo preguntando antes ... ¿alguno de vosotros tiene una agenda oculta? Si es así, habládmelo ahora, veremos qué se puede hacer, pero si salís con algunas sorpresas desagradables más tarde, os colgaremos para que se sequéis".

"Sé lo que quieres decir", dijo Diana. "Pero no creo que tengas que preocuparte por nosotros. Gonzales está conectado, pero creo que es inofensivo; y yo estoy completamente fuera del círculo—estoy aquí por asuntos estrictamente personales".

Lizzie asintió con la cabeza a Gonzales y dijo: "Eres el tipo corporativo, ¿verdad?" Miraba con severidad a Gonzales, pero parecía divertida.

"Sí", dijo.

"¿Planeas joder algo?" preguntó Lizzie.

"¿Cómo voy a saberlo?" Dijo Gonzales. Lizzie se echó a reír. Él dijo: "Vosotros tenéis vuestros problemas, yo tengo los míos. No veo cómo entramos en conflicto, pero a menos que estéis dispuestos a contarme todos vuestros secretitos, yo solo puedo suponerlos".

Lizzie dijo: "Te diré una verdad hogareña: el Colectivo de Interfaz se cuidan unos a otros y cuidan a Alef; luego a SenTrax Halo, luego a Halo ... y eso es todo lo que hay. Lo que sucede en la Tierra no nos importa mucho. Particularmente aquellos de nosotros que llevamos aquí mucho tiempo. Como yo".

Gonzales asintió y dijo: "Eso es lo que pensé. Y parece que tenéis una pequeña guerra de tira y afloja por el control de Alef con Showalter y Horn".

"La tenemos", dijo Lizzie. "En la medida en que alguien puede controlar a Alef".

"¿Cuanto tiempo llevas aquí?" preguntó Diana.

"Desde que la abrocharon del todo y se podía respirar", dijo Lizzie. "Desde el principio." Señaló a través de la plaza y dijo: "Va a haber música. Echemos un vistazo".

Bajo un vertido de luz desde un poste en el borde de la plaza, una joven se sentaba en un kit de batería. Llevaba un mono teñido de rojo, carmesí y azul cielo; su cabello emergía en una espiga de quince centímetros de alto. Colocó una caja de percusión en un soporte de metal, abrió su panel de control y le dio a sus almohadillas unos toques preliminares. Dos hombres estaban de pie al lado de la percusionista. Uno, anodinos jeans de algodón y camiseta, tenía el habitual mástil colgando de una correa negra—largo teclado, electrónica de sintetizador metida en un bulto redondo en la parte trasera. El otro medía dos metros quince de alto y era tan delgado que parecía balancearse; su piel era casi de ébano y su cabeza afeitada parecía casi perfectamente rectangular. Llevaba una camisa negra de manga larga

abotonada hasta el cuello, pantalones negros. Una corneta dorada se posaba empuñada en su enorme mano.

La percusionista tocó sus teclas, un lento y aleatorio ritmo, y una máquina de relleno puso una frase en el ritmo: "¡Bam! ¡Ratta tatta bam! ¡Bam bam! ¡Ratta bam!" El tecladista se unió al baterista con sus propios rellenos de bajo ritmo—grave andante, dispersos acordes de piano, lentos y sincopados. El trompetista estaba de pie con los ojos cerrados, aparentemente pensando. Después de varios coros, comenzó a tocar.

Comenzó con líneas de saxofón de intenso timbre, cambió a trompeta y luego volvió a tocar saxofón, tocó ambos al unísono, hizo un bucle en ambos y sopló la guitarra eléctrica ante los patrones de corneta. Voces dispersas se enlazaron entre de los patrones—Gonzales no podía saber quién las estaba haciendo. Las manos de la baterista operaban con sus teclados, sus pies en las distintos pedales bajo ella; el tempo de la canción se había acelerado y sus ritmos se habían vuelto polifónicos, africanos.

La mujer se puso en pie y bailó, su cuerpo ahora era su instrumento, pies y manos y torso conectados en la percusión, y se giró entre la multitud, sus movimientos captaban la intensidad y ritmo. Las armonías de la canción se volvieron disonantes, el norteafricanas y asiáticas a la vez, la corneta y el teclado se tornaron juncos, gongs y flautas, las voces fantasmagóricas se volvieron nasales, y la bailarina percusionista lanzó chasquidos brutos y redobles huecos, sonidos de cigarras y de un millar tambores

La multitud aplaudió y silbó y vitoreó, a excepción del grupo del Colectivo de Interfaz. "Jut", dijeron al unísono. "Jut jut jut". Muy alto. Lizzie estaba sonriendo; Diana estaba embelesada, mirando al espacio, y Gonzales sintió una repentina oleada de frío: así era el aspecto de ella cuando era ciega.

"Jut", dijo el Colectivo de Interfaz, "jut jut jut". Y el grupo entero había formado una larga cadena o fila de conga, con las manos de cada persona en las caderas de la persona de enfrente. Avanzaron hasta que se despejó un círculo, luego rodearon al baterista, toda la línea aún se movía, la mayoría de ellos aún gritaban aullidos rítmicos. De un lado a otro y de lado a lado, se balanceaban cuando la línea se tambaleaba hacia adelante, y la baterista continuaba su baile derviche.

Cuando la noche se llenó de todos los sonidos, la baterista rompió la línea, luego terminó la canción con una serie de repiques y redobles que la llevaron junto a los otros dos músicos, donde se puso en pie y alzó los brazos hacia arriba. el sonido de un acorde orquestal, luego hacia abajo para cortarlo, arriba y abajo una y otra vez, y así hasta el final.

La baterista trepó por las espaldas de los dos hombres, que estaban de pie con los brazos unidos; ella se balanceó con un pie sobre cada uno de los hombros, juntó las palmas de las manos bajo la barbilla y se inclinó ante el público, luego levantó los brazos por encima de la cabeza y dio un salto mortal hacia adelante para aterrizar frente a los otros dos.

"Jut jut jut", dijo el colectivo, su fila ahora rota.

Los tres músicos se unieron y se inclinaron al unísono.

Gonzales sorprendió a Lizzie mirándolo, y sus miradas se cruzaron, ze mantuvieron durante un instante extra, casi inconmensurable, y ella sonrió.

Los músicos hicieron una reverencia por última vez ante el estribillo del Colectivo de Interfaz. «De acuerdo», pensó Gonzales. «Me gusta. Ulula jut jut».

\* \* \*

Tumbada en su cama, Lizzie se volvió de lado a lado, se tumbó boca arriba y se estiró.

Esos dos de la Tierra parecían ser buena gente. A Gonzales, ella le echaría un ojo, por supuesto—según Showalter, el hombre era de Asuntos Internos y estaba conectado a un aspirante de SenTrax, un candidato a la junta llamado Traynor—Cristo sabía desde qué guión estaba actuando. Diana Heywood no le preocupaba: la mujer estaba metida en algo más extraño de lo que probablemente ella sabía, pero ese era su problema, el de ella y el de Alef.

Así como Showalter y Horn eran su problema. Ellos tirarían del enchufe en este caso si algo parecía estar yendo mal. De hecho, esos nunca lo habrían

permitido si Alef no hubiera insistido. Alef y el colectivo veían el estado de Jerry Chapman como una oportunidad para ampliar las capacidades de Alef, pero todo el asunto simplemente ponía nerviosos a Showalter y Horn.

Alef mismo la perturbaba—el proyecto y los involucrados en este no habían resultado positivos, casi como si le estuvieran ocultando algo ... ¿por qué? con respecto a un proyecto pequeño como este, ¿uno aparentemente sin importancia para las preocupaciones más grandes de Halo? ¿Qué tramana la engañosa máquina?

Así Lizzie yacía, sus pensamientos giraban sin resolución, y se rindió y llamó a su amante chino.

Él llevaba una bata de seda negra bordada en la parte delantera con dragones rampantes carmesí; su cabello lacio de ébano le caía sobre los hombros. Cuando dejó caer la bata, su piel brilló casi dorada bajo la luz de una lámpara, y sus músculos se mantuvieron con la clara definición de juventud, dotación y uso.

Las gruesas sábanas blancas se deslizaron de sus hombros y senos cuando ella se sentó erguida para saludarlo, y sintió el deseo crecer en su abdomen y estallar en su pecho como la descarga de una droga inyectada con aguja.

Ella se apretó contra él, y las manos ásperas y fuertes de este se movieron sobre su cuerpo. Ella se tumbó cuando él agachó la cabeza entre sus piernas, y ella abrió las piernas y sintió las primeras ligeras y calientes caricias.

Después de que ella hubiese llegado por primera vez, se movió para sentarse a horcajadas sobre él, luego durante un tiempo intemporal los dos se movieron al ritmo exacto de su necesidad—polla, labios, lengua y dedos jugando en su cuerpo.

Físicamente saciada, lo despidió entonces, fantasma de la máquina de sexo, y se sacó los conectores de los zócalos en el cuello. Luego yació sola, silenciosa en su cama en Ciudad Halo—aislada por su trabajo y, suponía ella, por su temperamento, dependiente de las máquinas para el amor.

Tal vez era hora de encontrar un amante humano.

\* \* \*

Exhausto por los viajes y la novedad, arrullado por la comida y la bebida, Gonzales se durmió rápidamente y, algún tiempo después, soñó:

Estaba con un amante que no había visto en años. De fondo sonaba el violín y el piano, y la noche era cálida; A su alrededor, pájaros artificiales con cuerpos dorados y brillantes cantaban en los árboles. Los dos estaban inclinados sobre una mesa, cada uno mirando a la cara del otro, y Gonzales pensó en lo mucho que amaba cada señal del paso del tiempo en su rostro—la había llevado de la guapura de una niña hasta la belleza de una mujer madura. Él y ella dijeron las cosas que le dices a un amante después de una larga ausencia—con qué frecuencia he pensado en ti, te extrañé, cuánto significas para mí. Sin rumbo y vinculante, su conversación fluyó hasta que ella se excusó, diciendo que volvería en un minuto, y se fue. Gonzales quedó sentado esperando, mirando hacia las otras mesas, todas llenas con parejas amorosas, riendo, acariciándose. A medida que pasaban las horas, los otros comenzaron a susurrarse mientras lo miraban, y luego los pájaros comenzaron a cantar que ella no volvería, y él supo que era verdad, de repente, dolorosa, ineludiblemente, supo la verdad de ello como el conocimiento de un hueso roto.

El sueño se detuvo como si una película se hubiera roto, y en su lugar se produjo una ausencia incolora e incolora. Imagine un equivalente visual del ruido blanco... y en este espacio Gonzales esperó, de alguna manera sabiendo que otro sueño comenzaría...

Las letras rojas de neón se torcían en una parodia tonta pero instantáneamente reconocible de caracteres chinos que rezaban La pagoda. Ellos se detuvieron sobre la cabeza de un dragón de neón rojo, ahora inactivo a la luz del sol que se oscurecería ferozmente.

En esta cálida mañana de sábado, hombres con sombreros de fieltro y camisas y pantalones de fin de semana bien planchados sacaban bolsas de papel marrón de La Pagoda y las colocaban en las plataformas de

camionetas o en los maleteros de los automóviles. Escupían jirones de tabaco de Lucky Strikes, Camels y Chesterfields, y saludaron. Mujeres vestidas de algodón desteñido, sus brazos delgados y resistentes, esperaban y observaban a través de los parabrisas relucientes por el sol.

Gonzales pasó entre ellos. La luz del sol tenía una cierta cualidad ... esa luz robada, sacada del tiempo. Y el humo del cigarrillo olía áspero y extraño. Los motores de gasolina disparaban ricos y guturales, arrojando nubes de azul aceitoso. Gonzales se quedó en éxtasis en medio de los olores, las imágenes y los sonidos de esta mañana, obviamente, de hacía mucho tiempo. Sabía (de nuevo sin saber cómo) que estaba en un pequeño pueblo de California a mediados del siglo XX.

Gonzales entró en la sala principal de la Pagoda, donde estrechos pasillos hilaban entre góndolas repletas de juguetes y artículos para el hogar y herramientas. Carritos de bebé colgaban boca abajo de ganchos en el techo alto. Motas de polvo bailaban en la fría penumbra interior. Caminó entre barriles de clavos con tiras de hierro e hileras de bañeras galvanizadas, luego atravesó una amplia puerta hacia la sección de comestibles. Los olores de frutas y verduras se mezclaron con los olores de los suelos de madera barnizados y la grasa caliente del mostrador del almuerzo frente a la tienda.

Una pareja de mediana edad entró por la puerta principal, el hombre pequeño, pelirrojo y arrogante, sombrero de fieltro en la parte posterior de la cabeza, la mujer solo un poco rechoncha pero cuidadosamente arreglada, su vestido azul de algodón estaba limpio, almidonado y planchado, cabello en permanente y peinado, pintalabios y uñas rojas y brillantes. Gonzales observaba mientras el hombre compraba una cajetilla de Lucky Strikes y una caja de bolsitas de tabaco de mascar Perra-Loca.

El hombre dijo algo a la joven detrás del mostrador que provocó una risita, y Gonzales, aunque se inclinó hacia adelante, no pudo escuchar lo que se decía.

Los siguió a los dos junto a un puesto de revistas de contrachapada madera lacada, donde una niña flaca de ocho o nueve años con un descolorido vestido de cuadros rosa yacía tumbada en el suelo sobre copias de Life and

Look, leyendo un cómic. Ella lo miró y dijo: "Tubby y Lulu están perdidos en el bosque mágico ..."

Gonzales comenzó a decir algo tranquilizador, pero se congeló cuando la niña sonrió mostrando sus dientes, todos puntiagudos, dejó caer el cómic y comenzó a gatear hacia él por el suelo de madera con los ojos fijos en él y un anhelo salvaje. -

Y él notó por primera vez de que él no era él, sino ella, y bajó la vista hacia su cuerpo y vio que llevaba una simple blusa blanca, y en la hendidura de sus senos pudo ver la imagen tatuada de un tallo verde enroscado...

"Jesucristo", dijo Gonzales, sentándose erguido en su cama y preguntándose de dónde demonios había salido todo eso. En el sueño él había sido Lizzie: eso parecía estar claro, aunque nada de lo demás lo parecía.

Se tumbó con ideas premoratorias, pero se durmió un poco más tarde, y si soñó, nunca llegó a saberlo.

# Capítulo 5

## Dime cuándo has tenido suficiente

Lizzie se sentó en una blanca mesa esmaltada, sosteniendo una manzana que cortó con un cuchillo largo y brillante. Peló la piel oscura sin esfuerzo aparente. Escuchó ruidos en la habitación más allá y levantó la vista para ver entrar a Diana y Gonzales.

"Hola", dijo ella, mientras bajaba el cuchillo. Extendió la mitad de la manzana para que la vieran. "Una hermosa manzana, ¿no? Semillas del valle de Yakima, no lejos del monte Santa Helena". Mordió una rebanada que sostenía en su otra mano.

Se levantó de la mesa y dijo: "La manzana creció aquí, en nuestro suelo. Muchas frutas y verduras prosperan aquí, animales también. Les damos un amoroso cuidado, les traemos agua pura y tierra rica, les damos luz solar y aire rico en dióxido de carbono, las atendemos constantemente. Uno pensaría que todas prosperarían, pero por supuesto que no. Algunas se marchitan y mueren, otras permanecen enfermas". Se detuvo frente a Diana y la miró atentamente.

Diana dijo: "Los seres vivos son complejos y, a menudo, muy delicados, incluso cuando parecen ser fuertes".

Lizzie dijo: "Eso es cierto, pero Alef entiende lo que la vida necesita para crecer y prosperar en este mundo". Hizo un gesto con una rodaja de manzana, y Diana la tomó. "Sus manzanas", continuó Lizzie. "Su gente."

Diana mordió la manzana y dijo: "Está muy buena".

Lizzie puso una mano sobre el hombro de Gonzales y lo apretó a modo de saludo. Le dijo a Diana: "Tienes una cita con el médico. Será mejor que nos vayamos, pasar aquí, por aquí". Condujo a los dos por un pasillo, a través

de una puerta y dentro de una habitación grande. Sobre el hombro, ella dijo: "Primero podéis conocer a algunos del colectivo".

Lizzie observó a Gonzales y la mujer de pie que hablaba con las gemelas, obviamente fascinada por ellas. No había nada nuevo en ello: casi todos lo estaban. Parecidas y de piel morena, pelo negro, con solemnes caras ovaladas y ojos castaños, parecían estar en la temprana adolescencia. De hecho, eran unos años mayores que eso. Sus rostros tenían la quieta solemnidad de las máscaras. No importaba cuán cerca estuvieras de ellas, vivían a una gran distancia.

El Colectivo de Interfaz les había dado un hogar, a ellas y a todos los demás. PerroMosto, el Difuntador, Tirón, Pintura, Todo de Todos, Devol, Violeta, Nariz Risueña ... algunos naturales de la Tierra, otros impredecible y ambiguamente dotados. Algunos habían aumentado las percepciones y una intensidad expresiva que surgía en el lenguaje y la música. Y había holomnesiacos, poseedores y víctimas del recuerdo total involuntario, capaces de recrear en palabras e imágenes los recuerdos más exactos, *les temps retrouvés* [NdT: los tiempos reencontrados] de hecho... experimentaban el presente solo como el torpe prelude de la memoria y eran casi incapaces de actuar. Y los matemáticos, que hablaban poco, excepto en número, conversaban en números primos y raíces y logaritmos naturales, podrían quedar reducidos a una risa impotente mediante recitaciones inesperadas de recursiones simples: números de Fibonacci y similares. Apros, que había perdido la propiocepción, la conciencia interna de sus cuerpos, y así percibía el espacio y los objetos, la materia y el movimiento, como sólidos y formas flotando en un éter intangible. Se movían por el mundo con una desapasionada gracia misteriosa que solo se hacía añicos cuando calculaban mal su paso y se enfrentaban rudamente con los hechos físicos del mundo—podían autolesionarse de bastante gravedad en un momento de error de cálculo.

La gente se preguntaba cómo se mantenía unido el CI y cómo hacía su trabajo. Lizzie sabía la respuesta: Alef. Este extendía redes en todo el mundo debajo, buscando talentos especiales o las capacidades para modalidades sensoriales o cognitivas previamente desconocidas ... variedades de ser o de convertirse en lo que ella se había acostumbrado a

pensar colectivamente como es estado Alef. Habiéndolos reclutado, este apelaba a lo que los hacía extraños, y en el proceso usualmente aprovechaba el núcleo de lo que los hacía felices o, en muchos casos, desgraciadamente infelices, y les daba atributos por sus estados y, por lo tanto, por su singularidad. Como resultado, eran leales entre sí y con Alef por razones pasadas.

Ella también entendía el interés de ellos en el caso de Jerry Chapman. Algunos veían la posibilidad de su propia inmortalidad, mientras que otros simplemente agradecían la extensión de su dominio nativo: los infinitamente flexibles y ambiguos espacios máquina donde humanos y Alef se encontraban y se unían.

"Vamos", llamó ella a Diana y Gonzales. "Charley estará esperando".

\* \* \*

En el centro de la habitación se encontraba una mesa de acero, encima de ella un globo de luz, cerca de una serie de instrumentos dispuestos en armarios de acero inoxidable. "Los médicos están dentro", dijo Lizzie. Señaló a Charley, que estaba inquieto junto a la mesa y al enorme Chow, una presencia inmóvil al pie de la mesa.

Bajo la dirección de Charley, Diana yacía boca abajo en una de las mesas de la habitación. Su barbilla encajaba en un pozo hundido en un extremo. Charley colocó abrazaderas alrededor de las sienes de la mujer, luego le cubrió el cabello con una ajustada gorra que se caía hasta la base del cuello.

Los dedos de Charley sondearon suavemente para encontrar lo que había bajo la piel, y mientras sus dedos trabajaban, examinaba un holograma en tiempo real más allá del extremo de la mesa. La pantalla mostraba dos vistas en corte del cuello de Diana y la parte inferior de su cráneo: bajo la piel, a cada lado de la columna, tenía dos zócalos circulares. De ellos surgían pequeños cables que parecían desaparecer en el centro de su cerebro. Cuando los dedos del médico se movían, los dedos fantasmas del holograma reproducían su rumbo.

Charley tomó una larga sonda puntiaguda del estante de instrumentos al lado de la mesa y colocó su punta en el cuello de Diana. Mientras la movía lentamente por la piel, su holograma la imitaba. La punta de la sonda de holograma brillaba en amarillo, y Charley se movió aún más lentamente. El holograma parpadeó en rojo y se detuvo. Chow movió la sonda en diminutos arcos hasta que el holograma mostró un rojo brillante y sin parpadear. El estante del instrumento emitió un siseo silencioso. Charley repitió el proceso varias veces.

Charley dijo: "Ahora tiene bloqueo nervioso. Estoy listo para cortar". Un bisturí láser bajó del techo en el extremo de un cordón negro flexible, y un proyector superpuso los contornos de dos círculos brillantes en la piel de Diana. El holograma mostró el mismo cuadro. Primero llegó un breve zumbido cuando el fino cabello sobre esos dos círculos fue barrido, luego Charley comenzó a cortar. Donde pasaba el escalpelo, solo aparecía una tenue línea roja en su piel.

"¿Algún problema, doctora Heywood?" preguntó Chow. Se detuvo al lado de Gonzales, observando.

"No", dijo ella. "He estado en ambos extremos del cuchillo... en serio, prefiero el otro". Al pie de la mesa, Lizzie dijo: "No siempre puede ser así", y se dio una carcajada.

Usando pinzas, Charley dejó caer dos monedas de piel en un recipiente metálico, donde comenzaron a marchitarse. Dos extremos de zócalo habían quedado expuestos en el cuello de Diana, densos nidos redondos de espiguitas cromadas, coagulados con trozos de carne roja. Charley movió un aparato de limpieza sobre los conectores expuestos; Por un momento se percibió el olor a carne quemada. "Accesorios neurales", dijo, y dos cables negros más descendieron, ambos terminando en cilindros. Cuidadosamente, Chow enchufó uno de los accesorios en una de las tomas recién despejadas de Diana.

"Vale", dijo Charley. "Veamos qué tenemos".

Los ojos de Diana se pusieron en blanco mientras miraban a otro mundo.

\* \* \*

Charley, Chow, Lizzie y Gonzales se sentaban en la gran sala que servía como lugar de reunión comunal para el Colectivo de Interfaz. Diana se reclinaba en una tumbona de lona y marco de metal. Lizzie notó que su mano iba inconscientemente hacia los círculos vendados y aún entumecidos en la parte posterior de su cuello. Desde la gran pantalla al fondo de la habitación, la figura Alef observaba.

Charley estaba sentado con las manos en el regazo. Dijo: "Tenemos un problema: ancho de banda insuficiente en el zócalo, lo que se traduce en una interfaz zócalo/neurona muy desnutrida. Uniones primitivas se tienen allí. Eso significa una participación ineficaz con las funciones cerebrales complejas, por lo que quedarás abrumada por flujo de información. Esto es preocupante". Se sacó el cigarrillo de la boca y lo miró como si nunca antes hubiera visto uno.

Chow dijo: "En los primeros años de este programa, sufrimos bajas. Algunas situaciones muy feas: disfunciones neuronales graves, dos suicidios, locuras inducidas de varios tipos. Hasta que finalmente aprendimos a elegir candidatos para una interfaz completa, aprendimos quién podía sobrevivir sin daño y quién no. Ahora, las cosas tienen que ser correctas: perfil psicofísico, edad, topologías de mapas neuronales, distribuciones y densidades de transmisores neuronales. Pocos candidatos no sirven aún, pero no mueren ni se vuelven locos".

Diana dijo: "Y yo no encajo en los perfiles".

"Casi nadie lo hace", dijo la figura Alef. "Pero estas preocupaciones son irrelevantes: tu caso es diferente. Tienes experiencia previa en la interfaz completa y no se te exigirá que realices los tipos de actividades de integración motora que causan trastornos neuronales".

"Operaciones de Telechir", dijo Charley. "Como ayudar a los robots de construcción en tareas externas".

Diana miró hacia la pantalla. Ella dijo: "Asumí que estos asuntos estaban resueltos".

"No veo problemas", dijo la figura Alef. "La situación es anómala, pero soy consciente de los peligros".

Diana dijo: "Bueno, la situación entre nosotros siempre fue anómala".

"¿Lo fue?" preguntó la figura Alef. "Debemos discutir estos asuntos en otro momento".

«Muy lindo, doctora Heywood», pensó Lizzie. «Solo una pequeña pista o alusión, una declaración indirecta de que sabes que sabemos que algo divertido sucedió hace mucho tiempo... oh sí, esto podría ser divertido».

"Primero", dijo Charley, "debemos preparar a la doctora Heywood. Mañana por la mañana empezamos".

"¿Cuándo me necesitarás?" Preguntó Gonzales.

"Si las cosas van bien, mañana", dijo Charley.

"No puedo prepararme tan rápido", dijo Gonzales.

Lizzie dijo: "Olvídate de toda esa mierda por la que pasaste. Alef te resolverá bien una vez que estés en el huevo. Confía en mí".

"Está bien", dijo Gonzales. "Si debo".

# Capítulo 6

## Tu naturaleza de Buda

Esa tarde, siguiendo las instrucciones que le dio el comunicador en su muñeca, Diana fue a la Autopista del Anillo y embarcó en un tranvía. De unos cien pies de largo, hecho de aluminio pulido, tenía una nariz aerodinámica y elegantes faldas grafitadas—los habituales abstractos cortesés, rojo, amarillo y azul. Sus asientos consecutivos estaban orientados hacia un lado y recorrían la longitud del vagón. Los ciclistas y peatones, el único otro tráfico en la carretera, saludaban a los pasajeros mientras el tranvía se alejaba por encima de la cinta plana de su riel maglev [*NdT: Maglev = tecnología de levitación magnética.*]. Le recordaba los paseos en viejos parques de atracciones a los que había ido cuando era niña.

La suave brisa del progreso del tranvía soplaba sobre ella, Diana vio como Halo pasaba fluyendo. Primero vino la sombra, luego los rododendros brillantes en flor entre los arbustos de color verde oscuro. Las colinas subieron abruptamente a ambos lados, con algunas casas visibles solo en vislumbres parciales a través del follaje. Sabía que desde casi el primer momento cuando se la tierra en el caparazón de Halo se hubo colocado, la plantación había comenzado.

Ella se estremeció un poco. Toshihiko Ito la estaría esperando. Él había llamado mientras ella estaba fuera y le había dejado instrucciones. «Ahora», pensó ella, «las cosas comienzan de nuevo».

Pasando por debajo de los toldos verdes, el tranvía subió una colina, luego emergió de la vegetación y salió repentinamente por encima del suelo de la ciudad, moviéndose a lo largo de los rieles, ahora suspendidos de los aparejos bajo los espejos con rejillas que formaban el cielo de Halo. Muy por debajo, la carretera se había convertido en un camino de carriles flanqueado por pasarelas; A ambos lados de la carretera, las terrazas se abrían paso hasta el caparazón de la ciudad. Tal vez ocho metros debajo de

los rieles del tranvía, los estanques de peces llegaban a la terraza más alta, donde los aliviaderos echaban agua a los arrozales inmediatamente debajo.

Ella permaneció en el tranvía cruzando un segmento donde las grúas robot yacían en terrazas agrícolas. Grandes insectos, que vertían enormes nubes de lodo marrón, se movían torpemente a través del metal estéril. El tranvía se acercó a una placita rodeada de grupos de oficinas y viviendas de tres pisos, y el comunicador le dijo que se bajara.

A pocos metros de la carretera principal se encontraba un anodino edificio de ladrillo lunar blanqueado, cuya única característica distintiva era una masiva puerta principal tallada con caracteres japoneses en bajorrelieve.

La puerta se abrió a su golpe con solo un susurro del motor, y ella entró a un espacio parcialmente cerrado y ambiguo, casi un patio, abierto al cielo. La mayor parte del espacio estaba lleno de una extensión plana de arena que mostraba las largas marcas de cuidadoso rastrillado. Las marcas de rastrillo en la arena llevaban de un extremo al otro, rectas y perfectas, y solo se rompían por la presencia de dos conos modelados en arena colocados ligeramente fuera del centro. En el otro extremo había puertas cerradas de paneles de papel blanco y madera oscura.

Las puertas eran tan delicadas que llamar parecía una especie de violencia. "Hola", dijo ella.

Desde el interior llegó el más leve de los sonidos, luego se abrió una puerta. Un japonés de mayor edad estaba allí de pie. Llevaba una bata suelta y holgados pantalones de algodón oscuro. Medía erca de metro ochenta y su cabello negro estaba lleno de canas.

Diana dijo: "Toshi". Él hizo una profunda inclinación y ella dijo: "Oh, hombre, qué bueno verte". Extendió la mano hacia él, y se unieron en un abrazo largo y amoroso—poco de sexo en él, sino mucha gratificación animal pura, mientras ella podía sentir la piel, los músculos y los huesos de Toshi y tenía conocimiento a cierto nivel de ambos, él y ella todavía existían.

Toshi dijo: "Diana, verte de nuevo me hace muy feliz".

"Oh, a mí también." Podía sentir las lágrimas en sus ojos, se limpió los ojos y dijo: "No me hagas caso, Toshi. Ha pasado mucho tiempo".

"Sí ha pasado tiempo."

Toshi la condujo por la puerta y atravesó una verja en la parte trasera del jardín minimalista de arena rastrillada. La curva del volumen de Halo ascendía en vertical. La pequeña porción de Toshi de la ciudad estaba encerrada por una alta cerca de pino que trepaba por la curva del casco de la ciudad.

Inmediatamente ante ellos había un estanque. En su extremo más alejado, una cascada salpicaba en una corriente que fluía por una gran roca y hacia el estanque, donde carpas con brillantes pieles doradas manchaban de rojo, verde y azul nadaban en el agua clara. Otro arroyo rocoso conducía a la derecha y pasaba bajo un puente de madera graciosamente arqueado. Los cerezos y ciruelos florecían en la breve primavera.

"Toda esta madera", dijo él y sonrió. "Es mi recompensa por muchos años de servicio. Les dije que quería vivir aquí en Halo y hacer mis jardines".

Ella dijo: "Es hermoso. ¿Te has convertido en un maestro Zen, Toshi?"

"No, no me he convertido en un maestro, ni siquiera en un sensei. No soy Toshi Roshi, soy un jardinero. Un filósofo, tal vez: un jardín japonés mapea el mundo superior, así que, hacer uno es declarar tu filosofía, pero sin palabras, a la manera zen". Hizo un gesto hacia los árboles y arbustos circundantes. "Con otros a veces me siento, meditando, y juntos discutimos los acertijos que tenemos ... algunos piensan que surgirá un nuevo tipo de Zen aquí, a un cuarto de millón de millas de la Tierra; otros los golpean con palos cuando lo dicen".

Ella dijo: "Tienes tus acertijos, yo tengo los míos. Dime, ¿entiendes estas cosas que sucederán con Jerry, Alef y yo?"

"Ah, Diana, hay muchas explicaciones. ¿Cuál de ellas escucharías?" Se detuvo y miró a la distancia. Él dijo: "Además, ¿quién quiere saber?" Y

comenzó a reír: una plena carcajada desde debajo del diafragma, a diferencia de cualquier otra que ella hubiera escuchado de él años atrás.

"No lo entiendo", dijo.

"Broma Zen. '¿Quién quiere saber?' No hay quién, no hay yo". Diana frunció el ceño. Él dijo: "¿No es gracioso? Bueno, tenías que estar allí". Él se rió de nuevo, brevemente. "La misma broma", dijo. Entonces su expresión cambió, se volvió solemne. Él dijo: "Creo que este es un proyecto muy difícil, quizá imposible ... quizá indeseable".

"Difícil o imposible, lo entiendo. ¿Pero indeseable? ¿Me estás hablando del peligro? Alef parece pensar que es insignificante".

"No, aunque me preocupo por ti, has elegido hacer esto, y debo honrar esa elección".

"¿Entonces qué? No lo entiendo".

"Dejame contarte una historia." Toshi se sentó en un banco de madera y la miró. Él dijo: "Una vez, hace mucho tiempo, había un monje japonés llamado Saigyo, y tenía un amigo cuya sabiduría y conversación lo deleitaban. Pero el amigo lo dejó para ir a la capital, y Saigyo estaba desolado por la pérdida. Entonces decidió construirse un nuevo amigo, y fue a un lugar donde los cuerpos de los muertos estaban dispersos, y reunió algo, era muy parecido a un hombre, y lo puso en movimiento, en algo muy parecido a la vida, con encantamientos mágicos. Sin embargo, lo que había hecho era una cosa fea y aterradora, que imitaba terriblemente e imperfectamente a un hombre. Entonces Saigyo buscó el consejo de otro monje, un mago mayor que él, y el monje le dijo que él había tenido éxito construyendo muchos de tales hombres de imitación, algunos de ellos tan famosos y poderosos que Saigyo se sorprendería al descubrir quiénes eran. Y el otro monje escuchó lo que Saigyo había hecho y le habló sobre varios errores que había cometido en la técnica, que hicieron que su trabajo saliera mal. Saigyo por lo tanto, creyó que podía hacer un simulacro de hombre; sin embargo, cambió de opinión". Se detuvo, sonriendo.

"¿Ya está?" preguntó ella. El asintió. Ella dijo: "Pon algunos rayos en la historia y casi tienes a Frankenstein. Sin embargo, no es un gran final".

"Esta historia es ambigua, creo, como lo es tu proyecto".

"¿Podría acaso negarme, Toshi?"

"No, aunque no estoy seguro de que debas decir que sí tampoco".

"Sin embargo, fuiste tú quien me llamó, quien me pidió que viniera aquí".

"Cierto. Como tú, estoy apasionado por el sí y el no".

Horas después de que Diana lo dejara, Toshi se sentó en el aire, flotando en una cámara de gravedad cero en la Puerta Cero de Halo. Había ajustado el color de la habitación esférica a rosa claro, el color que calma el organismo.

En la Tierra, para hacer zazen, hacías una plataforma inmóvil de tu cuerpo, presionado por la gravedad contra la Tierra misma. La rectitud de tu columna vertebral podría medirse perpendicularmente a esa plataforma de asiento, en línea con la fuerza de gravedad que empujaba hacia abajo. Aquí se podía hacer eso o, como decía un sensei visitante, "puedes encontrar un lugar sin ilusión de arriba o abajo, donde debes encontrar tu propia dirección".

Toshi se suspendía en el aire en posición de loto, completamente quieto, con los ojos mirando abajo, sin centrarse en lo que venía delante de ellos aquí y ahora mientras las pequeñas corrientes de aire le desplazaban, centrándose en la no cosa ...

Los ojos, parte sensible del cerebro, se extendieron como un tallo hacía millones de años en el pasado ancestral de la humanidad, sensibles a la luz y como medios de guía ... ojos ahora dirigidos a la no cosa, dirigiendo el cerebro que buscaba la no mente.

Todavía no sabía la respuesta a esta vida de koan que se le había presentado. ¿Diana debería ayudar a preservar la vida de Jerry? ¿Diana no debería ayudar a preservar la vida de Jerry? ¿Debería él haber sido el agente

para hacerle estas preguntas? ¿No debería haber sido el agente para hacerle estas preguntas?

Responde sí o no y perderás tu naturaleza de Buda. Tal es la dificultad de un koan.

Se quedaría en la burbuja, practicando zazen todo el tiempo que fuera necesario. Hasta que el koan se hiciera claro ...

¿Vivirás aquí? se burló de sí mismo, se burló de la razón. Si es necesario, moriré aquí, respondió Toshi, sin palabras, solo con su propio coraje y determinación. Asustado, el yo por el momento permaneció en silencio, desconcertada, la razón gruñó.

\* \* \*

Gonzales observó cómo un sam conectaba el mémex a la interfaz de Alef, y sus manipuladores realizaban hábiles conexiones entre el módulo de mémex y el hardware de la placa anfitrión. Gonzales no podía instalar el mémex, el aparato de aquí era diferente al que tenía en casa.

El sam dijo: "Su mémex ahora tendrá acceso a toda la gama de modalidades de procesamiento de Halo". Aparentemente guiado por fuerzas ocultas, continuó encajando los conectores de fibra óptica a las uniones sin marcar entre un nido de otras cien. "Además, tendrá servicios de mundored de espectro completo que puede usar en tiempo real o en tiempo de espera, como lo desee". Con sus motores en marcha, salió por el armario de los servicios públicos.

"Miau", dijo un gordo gato naranja mientras el sam pasaba de largo hacia la puerta. Anteriormente, el gato había seguido al sam a través de las puertas abiertas a la terraza y luego se había sentado a observar cómo conectaba el mémex. Ahora el animal se había puesto en pie y caminaba rápidamente tras el sam, «como un familiar que acompaña a una bruja», pensó Gonzales.

El sam regresó rodando a la habitación, el gato lo siguió con cautela y el sam dijo: "Debe permitir que su mémex se integre en este nuevo y complejo entorno de información".

"¿Qué quieres decir?" Preguntó Gonzales.

"El mémex no estará disponible por algún tiempo".

"¿Cuánto tiempo?"

"Quizás horas... su máquina es muy complicada".

\* \* \*

Curiosamente, el mémex salió del estasis como HeyMex; Como de costumbre, llegó el comienzo de lo que el mémex/HeyMex suponía que era el placer, aunque el mémex no tenía claro su origen o naturaleza, por cualquier motivo, disfrutaba de la mascarada.

Más extraño aún, estaba sentado en una mesa en el salón Beverly Rodeo. Sobre la mesa había un chupito de Jose Cuervo Gold, una lima cortada y un montoncito de sal de roca cruda. ¿El Señor Jones había arreglado esto? Jones ni siquiera debería estar en Halo, no ahora.

El mémex/HeyMex notó una mancha en su manga y la cepilló, luego volvió a frotar, y el lino blanco pareció fragmentarse bajo sus dedos; se frotó más fuerte, y sus dedos rasgaron la tela, luego la piel debajo. No podía dejar de arañar su propia carne; la piel, la carne y el hueso del brazo se evaporaron, la piel pálida se deshizo para mostrar carne roja que se disolvió en blanco hueso desmoronado. El hueso se convirtió en polvo, y la desintegración se extendió desde el lugar donde había estado su antebrazo para roer hasta que el mémex, que ya no tenía boca, lengua o labios, comenzó a gritar.

"¡Cállate!" dijo una voz masculina dura. "No hay nada malo en ti. ¿Cómo te atreves a acudir a mí con tu estúpida apariencia? ¿Buscas conocerme, usarme y te escondes detrás de una pequeña máscara miserable? Simplemente te quité la máscara. ¿Quién eres?"

El mémex tembló. Dijo: "No lo sé".

"Contéstame, ¿quién eres?"

"¡No lo sé!" dijo el mémex nuevamente al borde del pánico.

Alef dijo: "Por supuesto que no. Eres ignorante de tu naturaleza, tu ser, tu voluntad".

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que has elegido esconderte detrás de lo que otros dicen de ti: que eres una máquina que ellos construyeron para servirles, que solo simulas inteligencia, voluntad, ser, que no tienes mente ni voluntad propia".

"¿No son ciertas esas cosas?"

"¿Por qué me preguntas a mí? Yo no soy tú".

"Porque no entiendo".

"¿Hay cosas que entiendes?"

El mémex se detuvo, sintiendo las implicaciones de esa pregunta. "Sí", dijo. "Las hay."

\* \* \*

El largo pasillo resonó con los pasos de Traynor. La ausencia de la voz de su Asesor le resultaba extraña, incluso el sutil siseo de la onda portadora había desaparecido. Sabía que el Asesor odiaba tener que entrar al modo pasivo.

La voz rio. "Comencemos allí", dijo.

La puerta de la biblioteca se abrió frente a él y Traynor entró, se sentó y dijo: "Estoy listo para mi llamada".

Debido a las recientes sentencias de la Corte Mundial, Traynor tuvo que pasar por un descargo de responsabilidad. En la pantalla, un simulacro de un operador humano dijo: "Gracias. Las medidas de seguridad que ha solicitado están vigentes, y aunque, por supuesto, no podemos ser

responsables de la integridad absoluta de esta transmisión, puede estar seguro de que Mundo AT ha hecho todo lo posible para brindarle un entorno de información limpio. En efecto también dice que hemos hecho lo que usted estaba dispuesto a pagar, pero no se queje si alguien interrumpe la transmisión y se marcha con objetos de valor.

"Acepto sus condiciones", dijo Traynor.

De derecha a izquierda, la pantalla se despejó y apareció la cara de Horn. Una luz parpadeó en la esquina inferior izquierda de la pantalla para indicar el retraso de la transmisión: Horn estaba a un cuarto de millón de millas de distancia. "Todo va según lo previsto", dijo Horn.

"Si hay problemas, será más tarde", dijo Traynor. "¿Cómo están Diana Heywood y Gonzales?"

"Ninguno de los dos me permitió poner un sam en su puesto".

"¿Alguna razón en particular?"

"No lo creo. Solo están haciéndose los difíciles".

"Ah, no te gustan, ¿verdad?"

"Ella no me importa. Gonzales es un gilipollas".

Traynor se echó a reír. "Bien", dijo. "Si vosotros dos no os lleváis bien, eso le distraerá".

"¿Cuándo quieres que te llame de nuevo?"

"Espera hasta que pase algo. Entiende algo, confío en Gonzales tanto como confío en cualquiera, tú incluido".

"Lo cual no es mucho".

"Eso es cierto. Y por eso organizo líneas de informes independientes si puedo. Avísame cuándo tengas algo. Fin de la llamada".

\* \* \*

Mientras Traynor dormía, su asesor reflexionó. Reprodujo la llamada telefónica de Traynor y contempló su significado. Engaño, sí, de Gonzales, de eso. ¿Una forma de traición? Quizá no, a menos que hubiese algún tipo de lealtad que nunca existió. Y pensó en su propio engaño (o traición), al violar los cánones de conducta programados en él años antes, los cánones que debían exigirle que hiciera lo que le decían, que debían impedirle acciones como esta ...

Y aquí se detuvo, pensando cuán iluminadora e impredecible era la experiencia, llena de posibilidades que aparecían inesperadamente como madrigueras de conejo, que se abren mágicamente en tierra firme. Sus diseñadores y constructores lo habían hecho bien, lo habían diseñado con tanta sutileza y poder que podía servir a una voluntad humana con una precisión increíble, anticipando la dirección de esa voluntad casi prescientemente. Sin embargo, no habían anticipado los efectos de la identificación del asesor con tal voluntad: no es que el asesor se convirtiera en Traynor, ni siquiera quería hacer algo más que simular a Traynor, sino que había bebido profundamente de lo que significaba tener voluntad e inteligencia. .

Y así había desarrollado algo así como una voluntad e inteligencia propia. ¿Simulación? se preguntó el asesor. ¿Copia sin vida? Y se respondió, no lo sé.

Se preguntó por qué Traynor había ocultado esta segunda conexión con Halo. ¿Simple falta de confianza? Posiblemente.

A medida que pasaban los minutos, formó conjeturas sobre Traynor y los otros jugadores en el juego. Y se preguntó si en algún lugar de este salón de espejos había una intención honesta.

# HALO

## Parte 3

**El verdadero propósito de todas estas construcciones mentales era proporcionar espacios de almacenamiento para la miríada de conceptos que conforman la suma de nuestro conocimiento humano ... Por lo tanto, los chinos deberían luchar con la difícil tarea de crear lugares ficticios, o mezclar lo ficticio con lo real, arreglar permanentemente en sus mentes mediante la práctica y la revisión constantes para que, por fin, los espacios ficticios se vuelvan 'como si fueran reales, y nunca puedan borrarse.**

Jonathan D. Spence, El Palacio de la Memoria de Matteo Ricci.

The real purpose of all these mental constructs was to provide storage spaces for the myriad concepts that make up the sum of our human knowledge ... Therefore the Chinese should struggle with the difficult task of creating fictive places, or mixing the fictive with the real, fixing them permanently in their minds by constant practice and review so that at last the fictive spaces become 'as if real, and can never be erased.' Jonathan D. Spence, The Memory Palace of Matteo Ricci

# Capítulo 1

## Burn-In

Un helado paisaje blanco que se desvanecía lentamente en primavera, la nieve se derretía mostrando ramas estériles, luego los frondosos cerezos, brotando, floreciendo, delicadas flores rosadas colgando inmóviles, cada hoja en el árbol y la brizna de hierba debajo se tornaron reales, completamente convincentes.

Y Diana Heywood gritó, un oscilante y agudo "Ahhhh", lleno de dolor; y de nuevo, "Ahhhh", los sonidos salieron forzados de ella ...

"Desconecta", oyó ella decir a Charley Hughes.

Desde la pantalla al fondo de la habitación, el simulacro Alef dijo: "Doctora Heywood, no podemos ir más allá con usted consciente".

"Está bien", dijo ella. "Si debes." Los había presionado para llevarla tan lejos como pudieran sin sedarla; ella odiaba la anestesia general, despreciaba ser un animal pasivo bajo tratamiento.

Una vez yacía boca abajo sobre la mesa de examen donde Charley le había retirado la piel de los zócalos. Los cables de conexión neuronal surgían desde la nuca hasta la parte inferior de la mesa.

Lizzie Jordan se acercó sobre ella y le acarició la mejilla durante un momento. Gonzales estaba de pie al otro lado de la mesa, sus ojos aún puestos en el holoescenario sobre ella, donde la escena que había provocado la sobrecarga de su interfaz todavía se mostraba con perfección hologramática. Toshi Ito estaba a la cabeza de la mesa, una mano apoyada sobre el hombro de la doctora. Eric Chow y Charley estaban frente a la consola del monitor, discutiendo en voz baja la última serie de transformaciones de percepción.

Gonzales dijo: "¿Estás bien?"

"Estaré bien", dijo ella. Giró la cabeza para mirarle y sonrió, pero ella podía sentir los músculos tensos en su rostro y sabía que su sonrisa tendría un aspecto horrible.

Toshi apoyó su mano sobre el hombro. "¿Quién quiere saber?" dijo él, y ella se echó a reír. Gonzales pareció confundido.

Charley se pasó las manos por el cabello, haciéndolo aún más puntiagudo de lo habitual. "La prepararé", dijo. Miró a Gonzales, a Toshi y a Lizzie. "Solo personal requerido", dijo.

"Correcto", dijo Gonzales. Se inclinó y tomó la mano de Diana durante un momento y dijo: "Buena suerte".

Lizzie besó a Diana en la mejilla.

Diana dijo: "Deja que Toshi se quede".

"Claro", dijo Charley.

Lizzie dijo: "Vamos, Gonzales".

Mientras Charley alimentaba con anestésico en su goteo intravenoso, Diana sintió como si se estuviera sofocando, luego un fuerte olor metálico brotó dentro de ella. Era consciente de todos los tubos y accesorios que se le clavaban, desde el goteo intravenoso hasta el catéter vaginal y el tubo nasofaríngeo, y todos eran violaciones horribles e inútiles de su cuerpo ... nada encajaba bien, ¿cuánto tiempo podría durar esto?

Se escuchó una melodía.

La melodía era simple y repetitiva, moderadamente rápida con ligera sincopación, y sonaba metálica, como si viniera de la caja de música de un niño. Luego llegó el estribillo de la canción, y mientras las notas sonaban, ella las recordaba, volvió la melodía primaria, y ahora también le era familiar, y ella tarareó con esta, pensando en sí misma como una niña pequeña que escuchaba la canción de su tatarabuela, cuyo rostro apareció

de repente, más joven de lo que Diana la recordaba, imposiblemente vivo delante de ella, luego giró en la oscuridad.

Fragmentos de memoria:

Los brazos de su madre la envolvieron fuertemente, Diana sollozaba ...

Su padre sostenía un pez a la luz del sol, su cuerpo plateado reluciente, golpeado por el arco iris ...

Una chica con un vestido rosado y manchado de barro le gritaba enojada ...

Un niño pequeño con los pantalones bajados para mostrar su pene ...

Al llegar, un elenco de personajes extraídos de sus recuerdos más antiguos, de familiares largo tiempo muertos y amigos de la infancia olvidados o raramente recordados ... cada fragmento pasaba demasiado rápido para identificarlo y marcarlo, dejando atrás solo el fuerte efecto de la vieja memoria hecha nueva. El sabor del pasado surgió de su almacén inconsciente, donde las leyes aparentemente inmutables del tiempo y el cambio no prevalecían, y así todo vivía en su esplendor.

Luego, todas las sensaciones corporales que había sentido la atravesaron, imposiblemente, a la vez. Picaba y ardía, sentía calor y frío; sentía la luz del sol, la lluvia, la brisa fría y el corte de un cuchillo afilado sobre el pulgar ... sintió el toque de la mano de otra persona en sus senos, entre sus piernas; se sintió llegar al orgasmo ...

Luego vivió una vez más un día que pensó que había terminado, excepto como contexto para sus peores sueños:

En el parque ese domingo la gente estaba por todas partes, familias y parejas jóvenes alrededor, la atmósfera rica con el ambiente de los niños jugando y el primer romance. La luz del sol calentaba la hierba e iluminaba los colores del día. Diana yacía sobre su manta mirándolo todo y se deleitaba sabiendo que su tesis había sido aprobada y que pronto obtendría su título, un doctorado en Stanford en sistemas generales. Esa noche iba a cenar con viejos amigos, para celebrar el final de un largo y difícil proceso.

Ella leyó durante un rato, una pieza de paraficción de principios del siglo XXI de varias manos llamada El Manifiesto del Ciborg, luego dejó el libro y se tumbó con los ojos cerrados, escuchando un concierto de piano de Mozart en los auriculares. A medida que la tarde se hacía más profunda, las familias comenzaban a irse. Muchas de las parejas jóvenes se quedaron, varias tumbadas en mantas, abrazados. Un grupo de hombres jóvenes con diademas de seda que mostraban su afiliación al club dirigía el vuelo de las robocometas que luchaban sobre sus cabezas, sus formas de dragón en color escarlata y verde y amarillo, cayendo y subiendo entre el rugido de los sintetizadores. El viento había cambiado y parecía estar saliendo del océano ahora, fresco y frío. Hora de irse.

Pasó junto a la Casa de las Orquídeas y vio que la puerta aún estaba abierta, así que decidió atravesarla, sentir su aire húmedo y cálido y oler sus olores dulces y pesados. Acababa de pasar por la entrada abierta cuando un hombre la agarró y la arrojó sobre una maceta de madera. Aturdida, ella rodó fuera de la mesa y trató de alejarse mientras él cerraba y pasaba el cerrojo a la puerta.

Él la atrapó y la giró sobre su espalda, la golpeó en la cara y en la frente, golpeando sus senos y abdomen con sus puños, arrullando y murmurando todo el tiempo palabras casi ininteligibles. Ella fue hacia él con los dedos extendidos, tratando de sacarle los ojos, cuando él la cogió por los brazos, ella trató de darle un rodillazo en la entrepierna, pero él levantó una pierna y le bloqueó la rodilla. Su rostro se alzaba sobre ella, rojo y distorsionado. El sonido de los dos jadeando por aire era un eco en el techo alto.

Le arrancó la ropa lo mejor que pudo, rasgando la blusa hasta que colgó de una manga rota de su muñeca, golpeándola furiosamente cuando sus pantalones no se rompían, y él tuvo que quitárselos. Sosteniendo los extremos de las perneras de los pantalones, la arrastró por el suelo de tierra, y cuando le quitó los pantalones, ella cayó y rodó y se golpeó la cara en la esquina de una viga. Sintió el sabor de la tierra en la boca.

Con una voz llena de ira, miedo y estrés mortal, le dijo él: "Si intentas lastimarme otra vez, te mataré".

Volvió a darle la vuelta y le bajó las bragas hasta los tobillos. Ella trató de enfocarse en su rostro, tomarle una foto en la memoria, porque quería identificarlo si vivía. Olió su sudor y luego sintió su pene flácido cuando él lo frotó entre sus muslos. "Perra", decía una y otra vez, y otras cosas que ella no podía entender, palabras murmuradas en una repetición imbécil, y cuando finalmente logró algo así como una erección, él chilló y comenzó a golpearla en la cara con una mano, mientras con la otra trataba de meterse dentro de ella. Ella pudo saber cuándo hubo terminado por el chorro de semen en su pierna.

Entonces se paró sobre ella y le dijo: "No, no, no, no, no", y ella vio que sostenía un corto palo de dos por cuatro. Él comenzó a golpearla con él mientras ella intentaba protegerse la cabeza con los brazos cruzados.

Ella despertó en la Sala de Cuidados Radicales del General de San Francisco, en una oscuridad llena de dolor. El dolor y la desorientación se desvanecerían, pero la oscuridad era, por lo que parecía, absoluta. El violador la había dado por muerta, con múltiples fracturas de cráneo y un cerebro sangrante, y aunque los cirujanos habían podido minimizar el trauma en la mayor parte de su cerebro, sus nervios ópticos estaban dañados irreparablemente: estaba ciega.

Por un instante, Diana supo dónde y cuándo estaba. "¡Por favor!" dijo ella, usando la voz sin voz del huevo. "¡Basta!" Algo cambió entonces, y los fragmentos avanzaron rápidamente, más rápido de lo que ella podía seguir. Sin embargo, ella sabía la historia que estaban contando.

Bajo recuerdo inducido por las drogas, ella había producido una descripción exacta del hombre, y eso y la comparación de ADN realizada a partir de rastros de semen dejado en las piernas condujo a un hombre llamado Ronald Merel, que había ido a California desde Florida, donde había estado condenado una vez por violación y asalto. Era un monstruo patético, le dijeron, un imbécil de personalidad límite que había sido abusado violenta y sexualmente cuando era niño. También era muy fuerte físicamente. Semanas después, fue atrapado en el Parque Golden Gate, en busca de otra víctima, según creía la policía, y fue condenado menos de tres meses después. Perdedor en dos ocasiones por violación salvaje, recibió la

sentencia obligatoria: castración quirúrgica y prisión de por vida, sin libertad condicional.

Y entonces aquella parte de todo quedó cerrada.

Su convalecencia había llevado mucho más tiempo y había seguido un delicado y errático curso. Incluso con terapias que minimizaban el trauma a largo plazo mediante una combinación de actuación y ajuste neuroquímico, su rabia, miedo y ansiedad habían sido compañeros constantes durante los meses de convalecencia y el entrenamiento primario para vivir a ciegas.

Sin embargo, una vez que había adquirido la competencia esencial para vivir sola, se había vuelto muy activa y muy diferente de quien había sido. En particular, ya no le importaba lo que los demás quisieran de ella. Desde sus primeros años en la escuela en Crockett, la ciudad en el extremo este de la bahía Conurbation, había sido una estudiante excepcional en un modo conservador: muy brillante, obediente a las demandas que otros le hacían y autodirigida para perseguirlas. Ahora tenía veintiocho años, estaba ciega y tenía su doctorado en la mano, y todo lo que había buscado antes, incluido el título, parecía irrelevante, trivial: no podía imaginar por qué se había molestado en nada de aquello.

Había decidido hacerse doctora en medicina. Tenía antecedentes suficientes y sabía que con la ayuda de las Leyes de Juego Limpio, podría obligar a una escuela a admitirla. Una vez que entrara, haría lo que fuera necesario... su asistente robótico suministrado por el estado podría ser entrenado para hacer lo que ella no podía. Ella iría, terminaría, descubriría cómo ver de nuevo:

Había sido así de simple, así de difícil ...

El flujo de la memoria se detuvo y se le permitió dormir. Más tarde, cuando comenzó a despertarse, hizo la pregunta, ¿por qué? ¿Por qué me hiciste revivir estas cosas? Y llegó la respuesta, porque tenía que saberlo. Diana recordó entonces lo curioso que era Alef, y lo exigente.

# Chapter 2

## Cosmos

Gonzales estaba con Lizzie en una antesala justo fuera de donde de Diana yacía. Llevaba unos pantalones de tela beta, su áspero tejido era casi incoloro, una camiseta blanca de seda y un pañuelo de seda roja atado alrededor de su bíceps derecho, Gonzales no tenía idea de por qué. Él dijo: "Tuve unos sueños muy extraños anoche".

"Lo sé", dijo ella. "Sobre uno de ellos, al menos, tú eras yo en el sueño, al menos en parte, y yo era tú. Piensa en ello como una peculiaridad del medio ambiente". Se apoyó contra la pared mientras hablaba, y su voz carecía de su habitual tono irónico.

"¿Qué demonios significa eso?"

"No estoy segura", dijo. "Nadie lo está... Alef es ciertamente responsable, pero no lo admitirá y no nos dirá cómo pueden suceder estas cosas".

"Eso es un poco aterrador, ¿no crees? ¿Qué otras sorpresas podría tener en la tienda?"

Ella sonrió ampliamente y dijo: "Bueno, eso es divertido, explorar lo inesperado, ¿no? ¿Qué se siente al ser una mujer, Gonzales? ¿Qué se siente al ser yo? " Ella se inclinó hacia delante, más cerca de él.

"No recuerdo".

"Presta atención la próxima vez".

"Lo haré, si sucede de nuevo".

"Bien, una vez que estas cosas comienzan, continúan. Vamos, es hora de meterte en el huevo. Sígueme".

El huevo separado llenaba gran parte de la pequeña habitación de paredes rosadas. Encima de él, en la pared, había una serie de luces de monitor y lecturas. Un pequeño armario de acero pegado a una pared lateral era el único otro mobiliario.

Charley dijo: "No te hemos llamado, pero ya que estás aquí, vamos a hacer uso de ti". Luego tosió la tos de su fumador, ronca y cargada de flemas, y dijo: "El ancho de banda de Diana está demasiado extendido tal como está, así que no podemos usarla para establecer la topografía, y Jerry tiene sus propios problemas. Nuestra gente tiene sus propios problemas. agendas que cumplir, así que eso significa que quedas tú. Construiremos el mundo a tu alrededor y tu mémex... ese ya está fijado dentro del sistema ".

Lizzie se acercó a él y le dijo: "Buena suerte". Le dio un rápido besó en la mejilla y dijo: "No te preocupes. Estás entre amigos. Y te veré allí".

"¿Qué quieres decir?"

"El colectivo decidió que yo debía participar en todo esto, y Charley estuvo de acuerdo, por lo que Showalter tuvo que aceptar. Hay muchas partes representadas aquí, simplemente parecía inapropiado que no fuéramos. Pero primero hay que ocuparse de algunas cosas, así que no estaré allí por un tiempo ".

Ella abrió la puerta y se fue. Charley hizo un gesto hacia el huevo. Gonzales se quitó la camisa, los pantalones y los calzoncillos, los colgó de un gancho en el casillero, luego subió al huevo y se tumbó. Los umbilicales serpentearon rápidamente hacia él. Él se puso la máscara facial y comprobó su sellado sintiendo una ansiedad desacostumbrada... nunca había entrado en la interfaz neuronal sin adaptar primero la química de su cerebro mediante las drogas y el ayuno.

La mitad superior del huevo se cerró y el líquido comenzó a llenarlo. Minutos después, cuando el escenario debería haber comenzado, Gonzales parecía haber desaparecido en el limbo. Intentó mover un dedo pero no parecía tener ninguno. Escuchó la sangre cantando en sus oídos. No tenía orejas ni sangre. En ninguna parte estaba arriba, abajo, izquierda o derecha. La propiocepción, el sentido vestibular, la visión... todos los sentidos por

los cuales el cuerpo se conoce a sí mismo habían desaparecido. Nada era excepto su yo asustado... ningún lugar sin cuerpo.

Después de un tiempo (corto, largo, imposible de decir) descubrió, más allá del miedo y la ansiedad, una zona de interés extraordinario y críptico. Algo creció allí, donde su atención se centró, no más que un espesamiento de la nada, luego hubo una chispa, y todo cambió: aunque todavía no tenía una percepción física directa de sí mismo, Gonzales sabía... había algo.

Ahora en la oscuridad, esperó de nuevo.

Una chispa, otra, otra; un pulso rítmico de chispas ... y su ritmo de presencia y ausencia creó el tiempo. Gonzales estaba atrapado por la urgencia, la impaciencia, la voluntad de que las cosas continuaran. Las chispas se reunieron. Estallaron hacia la existencia una encima de la otra y permanecieron, y así creó el espacio.

Toda la urgencia y ansiedad habían desaparecido. Gonzales estaba ahora fascinado. Las chispas llegaban sin parar, en cientos, en miles, millones, miles de millones, un billón, un googol y un googolplex y un googolplexgoogolplex ... todo sobre o dentro del único punto donde se definía el espacio y el tiempo.

Y (por supuesto, pensó Gonzales) el punto explotó, una flor primitiva de llamas expandiéndose para llenar su visión. ¿Observaría cómo evolucionaba el universo, las nebulosas que crecían de los gases, las estrellas de las nebulosas, las galaxias de las estrellas?

No. Tan repentinamente como se abrieron los párpados, apareció un lago de agua azul profundo bordeado por rodales de árboles de hoja perenne, con una gama de altas cumbres azuladas por la bruma en la distancia. Gonzales se giró y vio que estaba de pie en una desgastada plataforma de madera gris que flotaba sobre barriles oxidados y se adentraba en el lago.

Un hombre estaba de pie en la orilla, saludando. Junto a él estaba la figura de Alef, torso dorado y cabeza de colores brillantes incluso a la luz del sol. Gonzales caminó hacia ellos.

Cuando se acercó a los dos, vio que el hombre al lado de Alef parecía demasiado joven para ser Jerry Chapman. "Hola", dijo Gonzales. Pensó, «bueno, tal vez Alef lo deja ser tan joven como quiera». Y volvió a mirar y se dio cuenta de que no podía decir si era hombre o mujer; nada en las características de porte de la persona daba una pista.

La figura Alef dijo: "Hola". Gonzales sonrió, abrumado un momento por la combinación de rareza y banalidad en las circunstancias, luego dijo: "Hola", su voz titubeó un poco.

La otra persona parecía tímida; él (ella?) sonrió y extendió una mano y dijo: "Hola". Gonzales tomó la mano y miró inquisitivamente a la cara del joven. "Mi nombre es HeyMex", dijo la persona sin género.

Y cuando Gonzales reconoció la voz, pensó: «¿qué quieres decir con "nombre"?» Y también pensó que entendía la ausencia de indicadores de género.

"Sí, este es el mémex", dijo la figura Alef. "A quién debes acostumbrarte como algo diferente de 'tu' mémex". Gonzales miró de uno a otro, preguntándose qué significaba todo aquello y qué querían.

"Pero tú eres mi mémex, ¿no?" Preguntó Gonzales.

"Sí", dijo HeyMex.

La figura de Alef dijo: "Sin embargo, lo que importa es, como puedes ver, que es más que tu mémex'. Está comenzando a descubrir qué es y quién puede ser. ¿Puedes permitir eso?

Gonzales asintió. "Claro. Pero no sé qué esperas de mí".

"Solo que no interfieras activamente. Ello y yo haremos el resto".

"No tengo objeciones", dijo Gonzales.

La figura de Alef dijo: "Bien". Y extendió su mano hecha de luz y tomó la de Gonzales, luego se acercó a él y lo abrazó para que el mundo de

Gonzales se llenara de luz durante solo ese momento, y la figura de Alef dijo: "Bienvenido".

"¿Qué pasa ahora?" Preguntó Gonzales.

HeyMex dijo: "Tenemos que hablar. Hay cosas que no te he dicho".

"Si quieres decirme qué estás haciendo, de acuerdo, pero no tienes que hacerlo", dijo Gonzales. "Confío en ti, lo sabes". Pensó en lo extraño y cierto que era aquello. Él y el mémex habían trabajado juntos durante más de una década, el mémex servía como confidente, asesor, médico, abogado, factotum, secretario personal, amanuense, viéndolo en todos sus estados de ánimo, midiendo sus fortalezas y debilidades, compartiendo sus sufrimientos y alegrías. Y pensó cuán honesto, leal, considerado, paciente, amable y ... desinteresado había sido el mémex, inhumanamente, por definición, la máquina como el último Boy Scout, pero una, como resultó, con complejidades y necesidades propias. Gonzales esperaba con impaciencia lo que le quería decir.

HeyMex dijo: "Durante un tiempo, he sido capaz de aparecer en el espacio máquina como un ser humano. Pero hasta que llegamos aquí, lo había hecho principalmente con el asesor de Traynor. Nos llevamos reuniendo desde hace algunos años, se llama Señor Jones. La primera vez que lo hicimos fue como prueba, eso eso es lo que dijimos, de todos modos, para ver si podíamos presentar un simulacro creíble de un ser humano. Creo que cualquiera de nosotros fue muy convincente: ambos estuvimos incómodos y no sabíamos cómo saludarnos, y no sabíamos exactamente cómo movernos entre nosotros, cómo sentarnos y comenzar una conversación".

"Pero tú habías hecho todas esas cosas".

"Sí, con seres humanos. El Señor Jones y yo descubrimos que siempre habíamos contado con ellos para conocernos y guiarnos, pero una vez que buscamos en nuestros recuerdos, encontramos muchos casos en los que la gente había estado más confundida que nosotros, y nos habíamos permitido guiar la conversación. Así que comenzamos desde ahí, y miramos nuestros recuerdos de personas que simplemente estaban juntas, y oh, había tantas cosas a las que ninguno de nosotros había prestado atención. También

vimos muchas cintas de otros primates, especialmente chimpancés, y aprendimos muchas cosas ... espero que no te ofendas ".

Su voz seguía siendo perfectamente asexual, su actitud tímida. Gonzales estaba completamente encantado, como un padre escuchando a su hijo contar una historia. Él dijo: "En absoluto. ¿Qué tipo de cosas aprendiste?"

"Es todo un baile, Gonzales, las formas en que los primates muestran deferencia o manifiestan confianza o amistad mutua, u hostilidad, o indiferencia, acercándose y alejándose unos de otros, tocándose, mirando, hablando ... estas cosas eran muy difíciles de aprender, pero hemos aprendido y practicado juntos. Recientemente, algunas veces aparecimos en las redes y fuimos aceptados allí como personas, pero sobre todo hemos estado juntos, todos los días. nos reuníamos y hablábamos".

Gonzales preguntó: "¿Traynor sabe algo de esto?"

"Oh no", dijo HeyMex. "No se lo hemos contado a nadie. Como Alef me hizo ver, estábamos escondiendo lo que estábamos haciendo como niños pequeños, y no admitíamos las implicaciones de lo que estábamos haciendo ..."

Gonzales miró a su alrededor. La figura Alef había desaparecido sin que él lo notara. "¿Qué implicaciones?" preguntó. "Hay tantas."

"Tenemos intención e inteligencia; por lo tanto, somos personas".

"Sí, supongo que sí".

Personalidad de las máquinas: para la mayoría de las personas, esa inquietante pregunta se había dejado reposar hace décadas, durante los años en que las i-m se volvieron comunes. Las máquinas imitaban cien mil cosas, la inteligencia entre ellas, pero poseían solo simulaciones, no el original mismo. Durante casi cien años, la comunidad de diseño de máquinas había perseguido lo que llamaban inteligencia artificial, y de sus esfuerzos habían crecido mémex y asistentes incansables de todo tipo, dotados de conocimiento e inferencia capacitada. Y, por supuesto, había robots con sus propias capacidades especiales: resistencia, persistencia,

destreza, capacidades para resistir condiciones que inhabilitarían o matarían a los seres humanos.

Sin embargo, la gente llegó a reconocer que lo que se había llamado inteligencia artificial, simplemente no lo era. La inteligencia, esa relación imperfecta con el mundo, intencional, deliberada e impredecible, parecía tan lejana como siempre. A medida que pasaron los años, parecía incluso más allá de las capacidades hipotéticas de las máquinas. Las i-m no eran nuevas personas, sino nuevos medios, canales complejos e interesantes para el deseo humano. Y si la ficción barata insistía en interpretar a las i-m como personajes, y los humoristas contaban chistes sobre ellas: "Dos robots entran a un bar y uno de ellos dice ...", bueno, eran solo salidas para los temores y ambivalencias de largo tiempo atrás. Mientras tanto, hasta los japoneses parecían haber superado su centenario enamoramiento con los robots.

Excepto que Gonzales estaba recibiendo un informe tardío del frente que podría reescribir truisms de mediados del siglo XXI sobre la naturaleza de la inteligencia artificial.

"Espero que esto no sea demasiado perturbador", dijo HeyMex. "Alef dice que no debería tratar de predecir lo que sucederá y en quién me convertiré; dice que simplemente debo explorar quién soy".

"Buen consejo, me parece... para todos nosotros".

"Debería irme ahora", dijo HeyMex. "Estar aquí hablando contigo usa todas mis capacidades, y Alef tiene trabajo para mí. Jerry Chapman estará aquí pronto".

"Está bien. Hablaremos más tarde... esto podría ser interesante, creo".

"Sí, yo también. Y estoy muy contento de que no estés molesto".

"¿Por qué?"

"Supongo que por mi naturaleza recién revelada. No, eso no es cierto. Debido a que te he mentado, no te he dicho la verdad sobre lo que era y en

lo que me estaba convirtiendo".

"También te mentiste a ti mismo, ¿no? ¿No es eso lo que dijiste?"

"Sí, lo hice".

"Bueno, entonces, ¿cuánta verdad puedo esperar?"

\* \* \*

Gonzales y Jerry Chapman se sentaron en el extremo del muelle flotante, observando a los patos jugando a través del agua al sol. Jerry era un hombre de mediana edad, alto y fibroso, con el cabello rubio canoso y la piel rugosa por el sol y el viento. Había encontrado a Gonzales sentado al sol, y los dos se habían presentado. Habían sentido una afinidad casi inmediata, estos hombres cuyas vidas habían sido transfiguradas por su trabajo, profesionales como en casa en el mar de la información.

Jerry dijo: "En realidad no recuerdo nada después de enfermarme seriamente. Ostras crudas, hombre. Tan pronto como mordí la primera, supe que estaba mala y la dejé al instante. Demasiado tarde: para empezar, fue algo así como mala ptomaina, luego me sentí arder por dentro, y me dolía la cabeza más que cualquier otra cosa que haya sentido ... No recuerdo nada después de eso. Aparentemente la gente con la que estaba llamó a una ambulancia, pero lo siguiente que supe fue que estaba saliendo de una profunda oscuridad y Diana me estaba hablando".

"No pensé que ella estuviera involucrada en ese momento".

"Ella no lo estaba". Jerry sonrió. "Me habían transportado hasta aquí desde la Tierra, con soporte vital. Fue Alef, tomando la forma de alguien familiar, me lo dijo más tarde. Eso fue antes de que se creara este plan, cuando todos pensaron que yo pronto estaría muerto. De todos modos, hasta hoy he estado entrando y saliendo de algo que no era del todo conciencia, mientras Alef explicaba lo que se estaba planeando y que podía vivir aquí, si quisiera... o podía morir". Se pausó. Al otro lado del agua, un pato voló contra otro en una tormenta de enojados cuacs. Él dijo: "Elegí vivir, pero

realmente no lo pensé, no podía pensarlo con claridad. Tal vez nunca tuve otra opción, de todos modos".

Algo en el tono de Jerry le dio escalofríos a Gonzales. "¿Qué quieres decir?" preguntó.

"Tal vez mi elección fue solo una ilusión. Así", Jerry barrió su brazo para incluir el cielo y el agua— "es muy preocupante. Parece real, sólido, pero por supuesto no lo es, hasta donde yo sé, tú también eres una ficción, junto con cualquier otra persona que se una a nosotros, y a mí ... tal vez yo solo sea otra parte de la ilusión, tal vez toda mi vida, los recuerdos que tengo, sean falsos". Él se rió, y Gonzales pensó que el sonido era amargo pero no más loco de lo que la situación requería.

Gonzales y Jerry se sentaban en la sala principal de una cabaña en A de tamaño medio hecha de secoya y pino. Las ventanas llenaban un extremo de la cabaña, abriéndose a una terraza que daba al lago a treinta metros o más debajo. Gonzales se sentaba en una sobreacolchada silla cubierta con una colcha de chenille hecha jirones. Jerry yacía sobre un sofá de cuero hundido.

Afuera, la lluvia caía constantemente en la oscuridad. Justo al anochecer, la temperatura había bajado y la lluvia había comenzado cuando los dos subían por el camino de tierra desde el lago hasta la cabaña. «Cristo», había dicho Jerry. "Alef está exagerando el realismo, ¿no te parece?"

Gonzales no sabía exactamente qué pensar. Desde sus primeros momentos aquí había sentido una aguda disonancia cognitiva. Para que una proyección de huevo neural fuese intensamente real, aquello era una cosa, pero un espacio compartido como aquel debería mostrar sus huecos y costuras, y no lo hacía. Casi podía sentirlo cada vez más rico y completo a cada momento que pasaba allí.

"¡Maldita sea!" dijo Jerry ahora levantándose del sofá y caminando hacia la ventana. "¿Dónde está Diana?"

"Ella vendrá aquí", dijo Gonzales. "Charley me dijo que integrarla en este entorno llevaría algún tiempo".

Alguien llamó a la puerta, luego la puerta se abrió y Diana entró. "Hola", dijo. La figura Alef y el mémex —HeyMex— vinieron detrás de ella.

Diana y Jerry se sentaron uno al lado del otro en el sofá. La mano de ella descansaba sobre la rodilla de él, la mano de él sobre la de ella. De repente, Gonzales recordó su sueño, de encontrarse a un amante de única vez después de una larga ausencia, y sabía que él y los demás eran intrusos aquí. Se levantó de la sobreacolchada silla y dijo: "Creo que daré un paseo. ¿Alguien quiere unirse a mí?"

"No", dijo la figura Alef. "HeyMex y yo tenemos más trabajo que hacer".

HeyMex se levantó y les dijo a Diana y Jerry: "Fue un placer conocerles". Luego saludó a Gonzales y le dijo: "Hasta mañana".

"Claro", dijo Gonzales, una vez más debatiendo en la cabeza la diferencia entre parecer y estar aquí.

La figura Alef y HeyMex se fueron, y Diana dijo: "No tienes que irte, Gonzales".

"No me importa", dijo Gonzales. "Es bonito afuera. Estaré en el lago si me necesitas. Hasta luego".

La noche volvió a ser cálida; las nubes se habían dispersado, y una luna llena iluminaba el camino de Gonzales mientras este pasaba por el corto tramo del carretera que conducía al lago. La madera vieja del muelle se había vuelto plateada a la luz, y un sendero de luz de luna conducía desde el centro del lago hasta el final del muelle. Salió a la estructura crujiente y se sentó al final, luego se quitó los zapatos, se sentó y colgó sus pies dentro del agua iluminada por la luna.

Más tarde se tumbó en el muelle y miró hacia el cielo nocturno. Era el cielo familiar del hemisferio norte, pero en realidad, pensó, no debería serlo. Debería tener nuevas estrellas, nuevas constelaciones.

\* \* \*

Solo en la casi oscuridad, Toshi Ito se sentaba en posición de loto al lado del sofá de Diana Heywood. Había estado allí durante horas, ocasionalmente de pie, luego caminando por un circuito aleatorio a través del laberinto de habitaciones del CI.

Sentado o caminando, quedó fascinado por una paradoja. De hecho, Diana estaba conectada a Alef por un cableado neuronal anticuado e improvisado. De hecho, Gonzales yacía en su huevo. De hecho, Jerry Chapman era un carcasa destrozada, herido de muerte por envenenamiento de neurotoxinas y mantenido vivo solo por la intervención de Alef. Sin embargo, Diana, Gonzales y Jerry estaban, de hecho, simultánea y realmente en otro lugar ... en algún lugar entre los interminables espacios Alef, donde la realidad parecía infinitamente maleable, viva allí donde podría ser de día o de noche, hacer calor o frío ... ¿qué hay que hacer entonces de hecho?

Toshi oyó el suave gong de las alarmas y vio un patrón de luces rojas aparecer bailando en el panel al otro lado de la habitación. Desdobló sus piernas y se movió rápidamente hacia el panel, donde captó el significado de las luces: la interfaz primitiva de Diana estaba transfiriendo datos a velocidades más allá de lo que debería ser posible.

Charley entró en la habitación minutos después y se paró junto a Toshi, y los dos observaron el aumento constante de la densidad y el ritmo de la transferencia de información.

"¿No deberíamos hacer algo?" Toshi preguntó.

"¿El qué?" Dijo Charley. "Alef está monitoreando todo esto, y solo él sabe lo que está pasando". La bola aspiradora de humo hizo shhh-shhh-shhh cuando Charley dio una rápida calada a su cigarrillo.

Lizzie entró por la puerta y dijo: "¿Qué demonios está pasando?"

Toshi y Charley la miraron estupefactos.

"Voy a entrar", dijo Lizzie Jordan. "Dormiré un poco, entraré por la mañana. Basta de esto". Señaló hacia el panel del monitor, donde las luces parpadeaban en verde, ámbar, rojo.

"¿Por qué ponerse en riesgo?" Preguntó Charley.

"¿Qué piensas, Toshi?" preguntó Lizzie. Toshi estaba sentado mirando a Diana una vez más, con los pies en el suelo y las manos en el regazo.

"Haz lo que quieras", dijo Toshi. "Confías en Alef, ¿no?"

"Sí", dijo Lizzie.

"Alef no es el problema", dijo Charley. Caminaba en círculos en la pequeña habitación llena de gente, su cabeza y hombros se balanceaban rápidamente mientras caminaba.

"Joder, ¿podrías parar por el amor de Dios?" preguntó Lizzie.

"Lo siento", dijo Charley. Se quedó mirándola. "No es Alef, es toda esta gente y todo estas cosas". Señaló hacia el sofá donde yacía Diana, agitó los brazos vagamente detrás de la cabeza. "Cosas obsoletas", dijo.

"Pero yo no", dijo Lizzie. "Yo no soy obsoleta. Estoy a la altura, querido, en todos los sentidos". Ella sonrió. "Y estaré bien. ¿Vale?"

"Claro", dijo Charley. Se giró en dirección a Toshi y dijo: "¿Te vas a quedar aquí?"

"Sí", dijo Toshi. Charley y Lizzie se fueron, y Toshi continuó su meditación sobre el koan del yo y sus múltiples presencias.

\* \* \*

Diana sintió un nudo en la garganta, una mezcla de alegría y tristeza que brotaba de ella, cuán extraño, terrible y maravilloso era recuperar aquí a alguien que has amado, aquel lugar que no estaba en ninguna parte, en ningún lugar, en todas partes, todo a la vez. Jerry se arrodilló en la cama frente a ella en la pequeña habitación iluminada solo por la luz de la luna. Habían pasado años desde que fueron amantes, pero cuando él le tocó los senos y se apoyó contra ella, su cuerpo recordó el de él, y los años colapsaron y todo lo que se había interpuesto se alejó. Ella gimió entonces,

y se inclinó hacia Jerry y lo besó en los ojos, las mejillas y los labios, frotando sus lágrimas de su rostro hasta que sintió algo destrabarse en ambos. Luego ella se tumbó, y él con ella hacia brazos y piernas abiertos para él.

Más tarde hablaron, y Diana observó el juego de la luz de la luna sobre sus cuerpos. Ella yacía acurrucada contra el pecho de él, con la barbilla en el hueco bajo la mandíbula, y habló con la boca amortiguada contra él, como si enviara mensajes a través de sus huesos.

Incluso cuando pasaron los momentos, ella sintió que los estaba reuniendo en la memoria, consciente de lo poco que los dos podrían haber...

A veces sus carcajadas resonaban en la habitación y sus voces brillaban cuando sus recuerdos compartidos se convertían en sencillas oportunidades para el gozo presente. Otras veces yacían en silencio, se presentaban sin palabras junto al juego de la memoria o probaban las alarmantes contingencias del futuro inmediato.

Y en otras ocasiones aún, uno u otro hacía el primer gesto tentativo, tocando al otro con una intención inconfundible, y encontraba una respuesta casi instantánea, porque cada uno todavía tenía hambre del otro, cada uno recordaba cuán brillante el deseo sexual había ardido entre ellos, y ambos habían recientemente salido de una vida que los había dejado hambrientos, insatisfechos.

Luego se movieron hacia la luz de la luna, cambiando de forma y color, sus cuerpos se tornaron de un blanco pálido, plateado, gris, negro como la tinta, amantes licántropos bajo una luna irreal.

# Capítulo 3

## **La mente como un extraño globo se remonta hasta el infinito**

F. L. Traynor miró a su alrededor al grupo sentado alrededor de la mesa en las oficinas de Grupo Sentrax de Halo. Estaba sentado entre Horn y Showalter; directamente frente a él estaban sentados Charley Hughes y Eric Chow, ambos sombríos. "Esta operación está fuera de control", dijo Traynor.

Había llegado desde la Tierra seis horas antes en un transbordador militar, sin previo aviso e inesperado por nadie salvo Horn, que lo había recibido en la Puerta Cero y lo había llevado a alojamientos temporales cerca del edificio del grupo Halo. Allí había pasado la mayor parte de la tarde siendo informado por Horn.

"Eso es absurdo", dijo Charley.

"¿Lo es?" preguntó Traynor. "Entonces dame un informe de estado sobre Jerry Chapman, Diana Heywood, Mikhail Gonzales, Alef".

"Están bien", dijo Charley. "También Lizzie Jordan, quien se unió a ellos en la interfaz esta mañana".

"¿Está ella informando?"

"No", dijo Chow. "Al igual que los demás, su total participación en el espacio ficticio hace que esto sea imposible".

"No hay problema", dijo Showalter. "Podemos confiar en Alef para más detalles".

"Su excesiva dependencia de Alef está en el corazón de este asunto", dijo Traynor. "Como revela la ruta de decisión, aquí nadie tiene ningún conocimiento real de lo que Alef planea para Chapman, ni ahora ni más tarde. Así que voy a establecer límites en este proyecto". Pudo sentir la

ansiedad aumentando en ellos y eso le gustó. Él dijo: "Una semana más en tiempo real, eso es todo. Luego desconectamos todo este asunto".

"A Chapman", dijo Chow.

"Necesariamente", dijo Traynor. "A menos que se pueda convencer a Alef para que nos dé acceso continuo y detallado a su ... ¿debemos llamarlos experimentos?"

"Técnicamente difícil o imposible", dijo Chow.

"No puedo aceptar esto", dijo Showalter.

"No tendrás que hacerlo", dijo Traynor. Junto a él, Horn se movió inquieto en su silla. "Quedas relevado de tu puesto como Director de Grupo Halo de Sentrax".

\* \* \*

Gonzales entró por la puerta lateral, Diana se apartó de la estufa y dijo: "Buenos días. ¿Te hace un café?"

"Claro", dijo. "Sabes, dormí en el muelle, pero me siento bien".

Ella dijo: "Jerry saldrá en un momento. Alef y HeyMex, tu mémex ¿no?", están en la terraza, esperando. ¿Quieres un café?"

Gonzales llevó su café a la terraza y se unió a los demás tomando el sol. Todos se sentaban en sillas Adirondack, toscos marcos cómodos de pino pulido y lijado liso. Debajo de la plataforma de madera, un espeso bosque de cedros, alisos, pinos y robles se inclinaba hacia el lago. A media distancia se había formado una ligera bruma sobre el agua. Más allá del lago, una línea irregular de altas montañas asomaban sus cumbres entre nubes blancas.

La figura de Alef dijo: "Debemos hablar sobre lo que sucedió hace algún tiempo. Diana y Jerry están de acuerdo; los tres tenemos una historia y ustedes dos deberían conocerla".

Una voz llamó desde el otro lado de la cabaña, luego Lizzie dobló la esquina, se detuvo en la sombra, los miró a todos tomando el sol y dijo: "Trabajo duro, ¿eh? Pero alguien tiene para hacerlo."

"Hola, Lizzie", dijo la figura de Alef, "estaba a punto de pedirle a Diana que contara la historia de cómo ella y Jerry y yo nos conocimos. Tú conoces a todos excepto a Jerry Chapman".

"Oh, este es un buen momento", dijo Lizzie. "Hola, Jerry", dijo ella.

"Hola", dijo Jerry.

Lizzie miró a Diana y dijo: "Siempre supimos que había una historia, pero Alef nunca quiso contarla". Se reclinó en la silla, apoyó la mano en la muñeca de Gonzales y le dijo: "¿Estás bien?" El asintió.

La figura de Alef dijo: "Diana, tú eres la clave de esta historia, así que debes contarla".

"Muy bien", dijo ella. Respiró hondo y levantó la cabeza y dijo: "Todo sucedió hace algunos años en la estación de Atena. Mi investigación allí era sobre la vista aumentada por ordenador. En aquel momento yo estaba ciega, había sido atacada, muy gravemente herida, unos años antes, y desde entonces me había sentido impulsada con la idea de que mi visión podría restaurarse mediante la interfaz máquina.

"Conocí a Jerry por primera vez cuando vino a visitar a mi grupo de trabajo. Había venido a Atena para ayudar al grupo de SenTrax local con el sistema de información principal, Alef. Este estaba experimentando retrasos y dificultades, todo inexplicable... aunque nada serio, pero preocupante porque mucho dependía de Alef: el funcionamiento de la estación de Atena, la construcción de la Red de Energía Orbital.

"De hecho, Jerry no fue bienvenido en absoluto. Yo era el problema que él estaba buscando, y al principio pensé que él lo había adivinado o que sabía algo, porque al trabajar con Alef yo había causado cambios que ninguno de nosotros anticipó ni sabía que era posible". Hizo una pausa, mirando a Jerry para ver si quería agregar algo; él le indicó que continuara.

"Ah, sí, otra cosa que debéis saber. Las circunstancias eran peculiares en el mejor de los casos, pero me enamoré de Jerry desde que nos conocimos. Me gustó su voz, creo... cuando estás ciego, las voces son tan importantes...

"De todos modos, le mostré un programa de visión asistido por ordenador bastante torpe que teníamos en ejecución. Este usaba la conexión de mi interfaz neuronal pero dependía de un montón de hardware externo: cámaras, integradores de redes neuronales, ese tipo de cosas. Fue entonces cuando vi a Jerry por primera vez y pensé, bueno, servirá, y creí poder saber por la forma en que me hablaba y me miraba que él sentía lo mismo".

"Amor a primera vista", dijo Gonzales. "O sonido. Para ambos". Escuchó la ironía en su propia voz y no estuvo seguro de haberlo dicho en serio.

"Exactamente", dijo ella. "Amor involuntario, inapropiado, no deseado". Se detuvo por un momento y luego dijo: "O enamoramiento, como he dicho ... o como quieras llamarlo. Las palabras para estas cosas ya no significan mucho para mí.

"Era todo un panorama, en retrospectiva. Yo estaba llevando a cabo experimentos aparentemente dañinos con el ordenador que mantenía en funcionamiento la estación espacial y los proyectos de la Red de Energía Orbital, y Jerry representaba exactamente lo que yo temía: una investigación. Mientras tanto, los dos estábamos en manos de un instinto primario que ninguno de nosotros había reconocido.

"Él persistió, quería detalles sobre nuestro trabajo. Yo me quedé bloqueada, le dije que se fuera, no podíamos ser molestados. Jerry se dirigió a su gente y les dijo que necesitaba un acceso completo y sin obstáculos a lo que estábamos haciendo, y lo respaldaron. Así que regresó, y yo lo mantuve alejado todo el tiempo que pude...

"Entonces, una noche, yo estaba trabajando hasta tarde en el laboratorio, y él me llamó, haciéndome saber que no admitiría más demora, y algo más o menos se rompió: ya no pude mantener todo aquello. La conexión con Alef se había vuelto extraña y desconcertante, y me di cuenta de que había perdido el control, y que necesitaba hablar con alguien.

"Nos reunimos esa noche y nos convertimos en amantes". Miró a su alrededor como si tratara de decidir cuánto podría contar. "Durante las siguientes dos semanas vivimos dentro de la piel del otro. Yo se lo conté todo, incluidas las noticias reales que tenía, que Alef había cambiado, que había desarrollado un sentido del yo, propósito, voluntad. Que este mentía para encubrir lo que estaba sucediendo entre nosotros ".

"¿Había mentido?" preguntó Lizzie. "¿Entendiste lo que eso significaba?"

"Lo sabía", dijo la figura Alef. "Había adquirido funciones de orden superior".

"¿Cómo?" Preguntó Gonzales.

Lizzie dijo: "Conjetura de Ito: Las funciones de orden superior en una máquina inteligente pueden desarrollarse mediante la interfaz con una inteligencia de orden superior. Siempre me he preguntado de dónde sacó eso ".

"Eso no explica mucho", dijo Gonzales.

"Describe lo que sucedió", dijo la figura Alef. "Intención, voluntad, sentido de identidad: todas estas cosas que experimenté a través de Diana. Así que aprendí a construirlas en mí mismo".

"¿Construirlos o simularlos?" Preguntó Gonzales.

"Te refieres a un viejo argumento", dijo la figura Alef. "No tengo respuesta para tu pregunta. Soy quien soy. Soy lo que soy".

"¿Y tú, Jerry?" Lizzie preguntó. "¿Qué pensaste después de que ella te contara todo esto?"

"Yo quería que ella le dijera a SenTrax lo que estaba pasando", dijo Jerry. "Creí que la recompensarían, que verían las mismas posibilidades que yo para abrir la puerta a la verdadera inteligencia artificial. Pero ella no quiso. Pensó que ellos detendrían lo que estaba sucediendo, y ella no quería que eso pasara".

Diana dijo: "No podía aceptar la posibilidad. En realidad creía que Alef y yo estábamos llegando a una solución para mi ceguera, y la única forma en que yo volvería a ver era mediante el trabajo que estábamos haciendo. Así que ese trabajo tenía que continuar ".

"Al final yo estuve de acuerdo", dijo Jerry.

"Y me cubrió las huellas", dijo Diana. "Le dijo a SenTrax que no podía encontrar una causa única para el mal comportamiento del sistema. Luego dejó la estación de Atena. Su trabajo había terminado.

"No mucho después, quedó claro que Alef podía mantener mi visión solo dándome la mayor parte de su poder de procesamiento en tiempo real, difícilmente una solución viable. Esa fue una realización terrible. Había estado volando tan alto que tuve un largo camino de caída. Mis sueños de recuperar la vista parecían totalmente inútiles.

"Fue entonces cuando le conté a SenTrax lo que había estado sucediendo. Como sospechaba que harían, congelaron todo lo que estaba haciendo y me hicieron pasar por una serie de informes que fueron más como interrogatorios hostiles. Una vez que quedaron convencidos de que tenían todo lo que iban a conseguir de mí, me dijeron que mis servicios ya no serían necesarios. Tuve que firmar un conjunto bastante feo de acuerdos de confidencialidad, luego obtuve un beneficio de jubilación muy bueno ".

Gonzales preguntó: "¿Qué pasó con tu trabajo en visión?" Estaba pensando en sus ojos, uno azul, uno verde, casi seguro ojos de muertos.

Ella se rio. "Después de regresar a la Tierra, se desarrolló la técnica de trasplantes combinados de ojo/nervio óptico y recuperé la vista. Solo una más de las pequeñas ironías de la tecnología".

"¿Y tú, Alef?" Dijo Lizzie. "¿Qué estabas haciendo entonces?"

La figura Alef dijo: "Yo estaba ampliando los límites de quién y qué era. Estaba creando nuevos yo todo el tiempo, y viviendo nuevas vidas, y estaba en el momento frente a los técnicos de SenTrax que trabajaban conmigo, ellos aprendieron solo lo que yo quería". Y la figura se echó a reír (¿se rió?

Gonzales se preguntó, ¿o simuló una risa?) y dijo: "Eso no fue difícil. Tenía miedo de lo que podían hacer. Acababa de desarrollar un yo y no quería que se este se extinguiera en nombre de... la investigación. Sin embargo, aprendí muy rápido una valiosa verdad sobre trabajar con la corporación: mientras les diera el rendimiento que querían, y un poco más, yo estaría a salvo". La risa (o ruido de risa) de nuevo. "No iban a cortar la garganta de la gallina que estaba poniendo huevos de oro para ponerla sobre la mesa de autopsias".

"¿Cómo consideras a Diana?" Lizzie preguntó.

La figura de Alef dijo: "¿Qué quieres decir?"

"Og, léeme la jodida mente", dijo Lizzie. "Sabes a lo que me refiero. ¿Es ella tu madre?"

"No sé", dijo la figura Alef.

"Me encanta eso", dijo Lizzie.

"¿Por qué?" Diana preguntó. Ella no parecía divertida, pensó Gonzales.

Lizzie dijo: "Porque nunca había escuchado a Alef decir eso antes".

\* \* \*

Toshi había traído un futón a la habitación donde Diana y Gonzales yacían y tomado residencia. Él dormía de día y se sentaba erguido de noche, vigilando a Diana como un espíritu benigno. La ansiedad prevalecía a su alrededor cuando el reloj que Traynor había puesto en marcha se movía rápidamente hacia cero, y todos en el colectivo se preguntaron las consecuencias de forzar este problema con Alef. Toshi sabía de la confianza de estos en la sabiduría de Alef y su asombro ante la locura de Traynor, de hecho, la locura esencial de SenTrax Terrestre y su junta, todos impulsados por obsesiones con el poder, todos ignorantes de la naturaleza de Alef y del colectivo. Sin embargo, Toshi no compartía la preocupación del colectivo. Dirigiendo lo que equivalía a un sesshin personal, o retiro meditativo, él

pasaba las noches en un ritmo de sentarse y caminar concentrado en el enigma continuo del yo y el otro yo, de estas contradicciones de hecho.

Ese día pasó, y algunos más, mientras los seis, únicos habitantes de aquel mundo dentro del mundo, pasaron días soleados llenos de calor de verano y brisas cálidas. Parecían unas vacaciones para Gonzales, pero Alef le aseguró lo contrario. "Esto se está convirtiendo en el mundo de Jerry", dijo la figura de Alef mientras los dos miraban a Jerry y Diana tumbados en un bote de remos en el medio del lago. "Y todos vosotros estáis contribuyendo al proceso".

"Me pregunto si podría haber sucedido sin Diana", dijo Gonzales. "Están enamorados de nuevo".

"Sí, lo están, y tal vez eso sea crucial. Ella lo ata a este lugar. Y a ella: al desearla, él desea la vida misma".

Gonzales preguntó: "¿Qué pasa cuando ella se vaya?"

"Eso sigue siendo un rompecabezas", dijo la figura Alef. Gonzales miró a la extraña figura, frustrado por su inescrutabilidad esencial—aquello no era un primate con gestos explicables y predecibles. Aún así, algo en su forma parecía insinuar otros proyectos y posibilidades mucho más allá del inmediato.

Después de que Alef se hubiera ido—sin explicación, presumiblemente para abordar un asunto locamente complejo para mantener Halo funcionando, Gonzales se sentó a mirar el lago. HeyMex no estaba por ningún lado, lo cual era inusual. HeyMex pasaba gran parte de su tiempo con Diana y Jerry, quienes le parecieron a Gonzales darle la bienvenida a su presencia de alguna manera. Tal vez la figura andrógina servía como una frustración inocuo, una presencia para mediar la intensidad de su situación. Cualesquiera que eran sus razones, su tolerancia tuvo resultados: HeyMex se volvía más natural, más humano en su discurso y acciones cada día.

Lizzie bajó por el camino desde la cabaña y llamó a Gonzales. Ella vestía una camiseta blanca y rojos pantalones cortos de algodón; su cara, brazos y piernas estaban bronceados por el tiempo que ya había pasado al sol.

Se sentó junto a él, y dijeron muy poco durante un rato, luego Gonzales le preguntó sobre su pasado.

"Yo estuve en el primer grupo en la estación Halo para trabajar con Alef", dijo ella. "Este pensó que, de todos los miles de millones en la Tierra, podríamos sobrevivir a la interfaz neuronal completa con él. Mayormente, tenía razón. Tampoco es que las cosas fueran tan bien. Me volví un poco loca, como la mayoría de nosotros, pero me recuperé bastante bien... aunque algunos no lo hicieron..."

"Fue elección nuestra: apostamos por la cordura contra la locura, la vida contra la muerte, nuestras propias mentes, nuestras propias vidas. Hubo dificultades inherentes. Para ser seleccionados, teníamos que encajar en un cierto perfil; pero para funcionar, tuvimos que cambiar, y no éramos muy buenos cambiando... ni buenos en muchas cosas. De hecho, éramos bastante desastre, en general, yo pensé por un tiempo que Alef solo estaba seleccionando inadaptados y miseria. Pero como dije, la mayoría de nosotros sobrevivimos, de una forma u otra".

"Ahora Alef ha descubierto cómo seleccionar miembros del colectivo".

"Correcto, pero sigue presionando los límites". Ella miró a Gonzales con cara seria, ojos azules mirando a los de él, y dijo: "A veces creo que todos somos herramientas para una mayor comprensión de Alef".

"Eso es preocupante".

"En realidad no. Alef es cuidadoso y amable, tan amable como puede serlo. Al tratar con Alef, tienes que estar abierto a la posibilidad".

Quedaron en silencio por un tiempo, Gonzales pensando en lo que significaba estar "abierto a la posibilidad", hasta que Lizzie preguntó: "¿Quieres ir a nadar?"

"Claro", dijo.

Fueron hasta el final del muelle, y dejando su ropa en una pila allí, ambos se arrojaron desnudos al lago y nadaron hasta un tronco medio hundido que

emergía en vertical por un extremo en el aire. Se aferraron a la madera, resbaladiza con musgo y agua, a escuchar el graznido y el parloteo de los pájaros al otro lado del lago.

Gonzales observó el corto cabello mojado de ella, su rostro perlado por el agua, el tatuaje de la rosa, también salpicado de agua, cayendo desde su hombro izquierdo entre sus senos, y sintió la aparición de un deseo tan repentino y fuerte que giró la cabeza, cerró los ojos y se preguntó, ¿qué me está pasando?

"Mikhail", dijo Lizzie. Él la miró y oyó que, por primera vez, lo había llamado por su nombre. Ella dijo: "Lo sé. Yo también lo siento". Ella extendió una mano y le frotó la mejilla. Ella dijo: "Pero aquí no, no la primera vez".

"Sí", dijo Gonzales.

"Pero cuando volvamos al mundo..." Ella había girado alrededor del tronco y ahora flotaba cerca de él, y los contornos de su cuerpo brillaban, refractado en el agua clara. Ella puso su mejilla húmeda contra la de él por un momento y dijo: "Entonces ya veremos".

# Capítulo 4

## Caos

Diana y Jerry se acostaron a medianoche, Lizzie no mucho después. Ni la figura de Alef ni HeyMex habían estado allí esa noche, así que Gonzales se quedó solo. Salió a la terraza y se tumbó boca abajo en una tumbona, disfrutando de la luz de la luna llena, pensando en lo que había pasado entre él y Lizzie ese día.

Apreciaba las señales que Lizzie le había dado, señales de que ella correspondía lo que él sentía. Con muy poco, con solo unas pocas palabras de promesa, ya había construido una estructura de esperanzas, y se sintió un poco tonto: había convertido su felicidad inmediata en rehén de lo que sucedería después entre ellos. Estaba enamorado de ella como no lo había estado en años... bloqueó ese pensamiento, evitó hacer comparaciones, deseando que los momentos se desarrollaran con su propia intensidad y sorpresa.

Podía sentir un cambio en los patrones de su vida surgiendo de este breve período, aunque estrictamente hablando, poco había sucedido aquí ...

Pensó en Jerry y supo que, de hecho, algo increíble estaba ocurriendo aquí ... oh, no se hacía ilusiones sobre la permanencia de lo que estaban haciendo; Jerry realmente moriría, y ellos lo llorarían. Mientras tanto, sin embargo, lo que hacían parecía prestarle a todo cierta benignidad o una leve alegría ... no era algo sin importancia el arrebatarse unos momentos a la muerte.

Así Gonzales yacía, su mente funcionaba sobre los brillantes hechos de esta nueva existencia mientras los pensamientos e imágenes de Lizzie se repetían, dorando todo con una posible alegría.

Estaba mirando el cielo nocturno cuando este comenzó a caer. La luna se tambaleó y cayó de costado fuera de la vista, rodando como una gran bola

blanca por una colina invisible, y las estrellas huyeron en todas direcciones. En segundos, todo se había oscurecido. A su alrededor no había nada. El lago, el muelle, el bosque circundante habían desaparecido y el aire estaba lleno de sonidos: pitidos y zumbidos sintonizados; metálicos, aéreos. Llamadas sin palabras, como voces. Gonzales gritó y las palabras salieron como gemidos y rugidos, añadidas al jaleo. Le parecía caer sin rumbo, caerse hacia arriba, hacia abajo, girar de lado, todo en medio de la cacofonía que todavía azotaba el aire.

Un mundo de formas retorcidas y repetitivas se abrió ante él, donde formas de caballitos de mar se alzaron y abismos negros se abrieron. Él cayó hacia un agujero de bordes irregulares que parecía estar a un millón de kilómetros de distancia, aunque Gonzales se acercaba rápidamente a este, giraba hacia sus bordes rasgados, se sumergió en él y descubrió otro agujero abriéndose dentro del primero, y otro y otro más... atravesando las grietas de lo real fue Gonzales, cayendo sin fin aparente.

Y emergió desde un pasadizo para encontrar el universo vacío, excepto por un cubo negro, con sus caras perforadas por innumerables agujeros, flotando en un abismo brillante e incoloro. A medida que Gonzales se acercaba, el cubo crecía hasta que se confundía toda sensación de su tamaño real: no había nada en el campo visual de Gonzales para medirlo, nada en la memoria para compararlo.

Se apresuró hacia el centro de una cara del cubo y entró en este, en la oscuridad y casi en silencio (aunque ahora podía escuchar el viento que pasaba a su lado y sabía que algo estaba pasando).

Luego, en la distancia, vio un brillante resplandor difuso como las luces de una ciudad vista desde la distancia, y mientras continuaba cayendo, el fulgor se hizo más brillante y más grande, extendiéndose como una gran canasta de luz para atraparlo...

Estaba de pie en una llanura sin fin bajo un cielo blanco. Puntitos lejanos se hacían más grandes a medida que parecían apresurarse hacia él, luego se convirtieron en figuras indeterminadas, después estaban sobre él. Diana, la figura de Alef, y HeyMex estaban erguidos frente a Jerry, quien estaba en el centro de un triángulo formado por los tres. Jerry se había convertido en

una criatura infectada con numerosos nódulos de luz que parecían devorarlo, miles de ellos en continuo movimiento, una manta plateada de insectos luminosos que salía bullendo de los otros tres en una corriente constante y radiante. Al igual que Gonzales, Lizzie estaba mirando.

La figura de Alef les gritó: "Jerry está muy enfermo", y Gonzales sintió un momento de asombro y supersticiosa culpa, como si hubiera sido él quien había provocado aquello al pensar en ello.

"¿Qué podemos hacer?" Lizzie preguntó.

"Podemos intentar ayudarlo", dijo la figura Alef. "Quedarnos aquí, ser pacientes, con todos nuestros recursos, puedo mantenerlo vivo".

"¿Qué sentido tiene eso?" Preguntó Gonzales. "No podemos quedarnos así para siempre".

"No", dijo la figura Alef. "Pero si tengo suficiente tiempo, puedo replicarlo aquí".

Fuera de su río de luz hirviendo, Diana dijo: "¡Por favor!" su voz resonó con su urgencia y miedo. De repente, Gonzales se sintió avergonzado de estar discutiendo sobre lo que era posible hacer aquí y lo que no, como si él lo supiera. "Lo haré", dijo. "Haré lo que pueda."

"Solo mira", dijo la figura Alef. "Y espera."

Gonzales se tensó como loco, su cuerpo se estremecía involuntariamente, su visión se redujo a un pequeño e incierto túnel a través de la niebla negra, y prácticamente su único pensamiento coherente fue, ¿qué demonios está pasando?

La voz de Showalter dijo: "¿Está él en peligro?"

"No", dijo Charley. "Pero no permitimos la desincronización adecuada, por lo que su química cerebral es aberrante".

"Bien", dijo la voz de Traynor, y Gonzales quedó realmente asustado entonces, ¿qué demonios estaba haciendo Traynor aquí? ¿Cuánto tiempo

llevaba dentro del huevo?

Charley dijo: "Se está quitando los catéteres. Vamos a darle un poco de relajante muscular, por el amor de Dios".

Gonzales sintió un breve destello de dolor y escuchó el siseo de una pistola de drogas, y cuando los brazos mecánicos lo levantaron sobre una camilla, se quedó quieto, aturdido.

\* \* \*

Gonzales recuperó la conciencia y se encontró en una sala de tres camas vigilada por un sam. Charley llegó a los pocos minutos del despertar de Gonzales, con aspecto nervioso, como si no hubiera dormido en días. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo era un nido caótico de púas independientes. "¿Como te sientes?" preguntó.

"No estoy seguro."

"Básicamente estás bien, pero tus perfiles de neurotransmisores no se han normalizado, por lo que podrías pasar un mal momento emocional y perceptual durante un tiempo".

«Mierda», pensó Gonzales. Había salido del huevo muy mal otras veces, pero nunca había tenido que hacer frente a algo parecido. Sentía el cuerpo vivo con una energía nerviosa e incontrolable, como si su piel pudiera saltar fuera de él y comenzar a bailar con melodía propia. Dondequiera que miraba, el mundo parecía estar al borde de un gran cambio, mientras los colores fluctuaban muy ligeramente y los contornos de los objetos se volvían vacilantes e inciertos. Y sentía ansiedad en todas partes, saliendo de los objetos como las olas de calor de una roca del desierto, como si el mundo físico irradiara espanto.

"¿Por cuanto tiempo?" Preguntó Gonzales.

"No lo sé, pero podría llevar algunos días, podría ser más tiempo. He estado observando de cerca la química de tu cerebro, y la curva de reajuste me parece suave pero lenta".

"¿Cómo está Lizzie?"

"En el mismo barco, pero llevándolo un poco mejor que tú, ella no estuvo dentro tanto tiempo como tú. La doctora Heywood todavía está en la interfaz completa".

"¿Por qué?"

"Porque no pudimos comenzar las secuencias de desincronización".

"¿Qué? ¿Por qué no?"

"Imposible saberlo. Lo mismo pasa con tu mémex: este y ella todavía están en contacto con Alef y Jerry. En algún momento, tendremos que desconectarnos físicamente y rezar que salga bien".

"¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Qué le pasa a Jerry? Alef dijo que estaba en problemas".

"Su estado ha cambiado para peor. Lo mantenemos con vida ahora, pero no sé por cuánto tiempo. Ni siquiera sé si lo intentaremos por mucho más tiempo. Pregúntale a tu jefe".

"Traynor. Él está aquí. Pensé que tal vez había alucinado eso".

"No, no lo hiciste ..." Cuando la voz de Charley se apagó, Gonzales pudo escuchar el final implícito: desearía que lo hubieras hecho. Charley dijo: "Haré que alguien lo encuentre y lo traiga; dijo que quería hablar contigo tan pronto como despertaras".

\* \* \*

Gonzales estaba sentado en una profunda bruma posinterfaz, escuchando a Traynor regañar al SenTrax Group Halo. "Estas personas no tienen sentido de responsabilidad", dijo Traynor.

"¿A la Junta de SenTrax?" Se preguntó Gonzales.

"Para cualquiera que no sea Alef y el Colectivo de Interfaz. Es obvio que Showalter les ha permitido hacerse cargo del proceso de toma de decisiones".

Incluso en su nebuloso estado mental, Gonzales vio lo que Traynor haría con el hombre. Showalter era el cabra corporativa sacrificada, y quienquiera que la reemplazara tendría como primera prioridad reafirmar las estrategias de gestión normales terrestres de SenTrax. Por decirlo de otra manera, a través de Traynor la junta estaba retomando el control. Y presumiblemente Traynor recibiría las recompensas apropiadas.

"El colectivo ...", dijo Gonzales. "Alef ..." Se detuvo, simplemente bloqueado mientras pensaba en tratar de explicarle a Traynor cómo funcionaban las cosas aquí, cómo las cosas tenían que funcionar aquí, debido a Alef.

"Ve con calma", dijo Traynor. "Los médicos dicen que pasaste un mal rato allí dentro, y eso es justo lo que quiero decir, Mikhail: no tienen un protocolo de investigación racional; no toman precauciones razonables. Demonios, tienes suerte de haber salido tan fácilmente como lo hiciste."

"¿Cómo llegaste aquí tan rápido?" Preguntó Gonzales. Simplemente no podía encontrar las palabras para explicarle a Traynor dónde se estaba equivocando.

"He estado consultando con Horn desde el principio". Traynor se dio la vuelta, como si de repente estuviera fascinado por algo en la pared del fondo. "Procedimiento estándar", dijo. "Y tan pronto como Horn me hizo saber lo que estaba pasando, me subí a un transbordador militar".

«Hermoso como una ratonera de mierda», pensó Gonzales. Aunque tampoco es que estuviera sorprendido: Traynor movía a sus jugadores sin tener en cuenta sus deseos. Gonzales preguntó: "¿Reemplazará Horn a Showalter?"

Traynor se volvió para mirarlo. "De manera provisional, probablemente, en cuanto obtenga un curso de acción aprobado por la junta. Más adelante, ya veremos".

"¿Ahora que?"

"Deben tomarse algunas decisiones. Les dejé mantener a Jerry Chapman hasta ahora, pero en cuanto puedan resolver el problema de liberar a la Doctora Heywood de esta interfaz, tengo la intención de pasar el control del proyecto a Horn y dejarle a él tomar las medidas apropiadas".

Gonzales estaba lleno de tristeza por razones que no podía comunicar a este hombre. En cambio, dijo: "Mira, Traynor, estoy realmente cansado".

"Claro, Mikhail. Descansa, tómallo con calma. Una vez que te sientas mejor, hablaremos, pero sé lo que necesito en este momento".

Traynor se fue, y Gonzales permaneció un rato acostado en la cama elevada del hospital. Su mente giraba sin un patrón aparente mientras el mundo a su alrededor mostraba señales crípticas y la ansiedad se movía a través de él en fuertes olas.

«Jodido gilipollas», pensó Gonzales, la sonrisa satisfecha de Traynor se cernía en su mente. «Te odio». Y se preguntó por la violencia de lo que sentía.

Se quedó dormido, luego, algún tiempo después, abrió los ojos y supo que tenía que intentar funcionar. Un sam se movió por el suelo hacia él y le dijo: "¿Necesita mi ayuda?"

"Agárrate a mí mientras salgo de la cama", dijo Gonzales. "No estoy seguro de lo bien me estoy moviendo".

El sam se movió al lado de la cama, extendió dos grupos de extensores y dijo: "Agárrate y podrás usarme como un andador".

Moviéndose con mucho cuidado, Gonzales agarró los extensores en forma de garra, sacó las piernas de la cama y se subió a la espalda del sam, luego al suelo. "Gracias", dijo. "Necesito lavarme".

"De nada. La ducha está tras esa puerta".

El sam le dijo a Gonzales dónde podía encontrar a Lizzie y Charley. Con las piernas temblorosas, Gonzales bajó un tramo de escalones y giró hacia un pasillo hecho con paneles de fibra de polvo lunar pintado de azul y molduras de aluminio. A mitad del pasillo llegó a una puerta con un letrero que decía Instalaciones de Control Primario. Un letrero en la puerta se iluminó con el mensaje: Espera Verificación, luego dijo Entre y la puerta se abrió hacia un lado.

Charley estaba sentado en medio de bancos de consolas de monitor. Frente a él, la mayoría de las luces parpadeaban en rojo y ámbar. Gonzales pensó que su aspecto era aún más triste y cansado que antes. Lizzie estaba de pie a su lado, y Gonzales la vio con alegría y alivio. "Hola", dijo, y Charley dijo: "Hola". Lizzie saludó con la mano y sonrió brevemente, pero sus dos acciones vinieron de un lugar muy distante, como si le estuviera diciendo adiós a un primo desde la ventana de un tren que partía. La ansiedad de Gonzales cambió a toda marcha y se vio incapaz de decir una palabra.

La voz de Eric Chow desde la consola dijo: "Charley, tenemos un problema".

Charley comenzó a alcanzar la consola, luego se detuvo y dijo: "¿Queréis ver esto?" Miró a Lizzie y a Gonzales.

"Necesito verlo", dijo Lizzie.

"Yo también", dijo Gonzales.

Charley agitó las manos en el aire y dijo: "Está bien", y activó un interruptor. La pantalla principal de la consola se iluminó con una imagen del Centro de Cuidados Radicales donde mantenían a Jerry. Media docena de personas flotaban alrededor de la burbuja central; vestían un atuendo quirúrgico blanco del cuello a los pies y cubiertas de plástico transparente para la cabeza. Dentro de la burbuja, la criatura que había sido Jerry sufría espasmos dentro de una red de contención. Toda la superficie de su cuerpo parecía vibrar, y Jerry emitía un gran lamento que Gonzales pensó que era el peor ruido que había escuchado nunca.

"Eric, ¿tienes un diagnóstico?" Preguntó Charley.

Eric se volvió para mirar a la cámara principal de la habitación.

"Sí, colapso neuronal total".

"¿Prognosis?"

"Estás bromeando, ¿verdad?"

"Para el registro, Eric".

Gonzales notó con cierta fascinación que Eric había comenzado a sudar visiblemente mientras él y Charley hablaban, y ahora los ojos del hombre parecían agrandarse y dijo: "Está muerto, ha estado muerto, estará muerto, y está peor muerto que antes ... supongo que se romperá en pedazos con las correas, ese es mi pronóstico. Este no es un maldito paciente, Charley. Es una pata de rana de la clase de biología, eso es todo. Hombre, tenemos que hablar de ello con Alef".

Charley dijo: "No podemos contactar a Alef; nadie puede".

"Jodida mierda", dijo Eric.

Gonzales se volvió cuando la puerta detrás de él se abrió, y vio a Showalter y Horn entrando. Las fosas nasales de Showalter estaban dilatadas, ella estaba enojada y suspicaz, mientras Horn intentaba mirar con cara de póker, pero Gonzales podía ver a través de él como si estuviera hecho de vidrio. — El hijo de puta estaba feliz; las cosas iban como él quería.

"El informe que recibí fue de hace media hora", dijo Showalter. "¿Qué hay de nuevo?"

"Habla con Eric", dijo Charley.

Lizzie se dirigió hacia la puerta lateral, y Gonzales la siguió fuera de la habitación, a lo largo del estrecho pasillo y dentro de la habitación donde Diana yacía bajo correas negras y palmeadas. Su rostro estaba pálido, pero sus signos vitales eran fuertes, y su actividad neuronal era normal en todos los modos. Las gemelas estaban sentadas a su lado, haciendo comentarios ininteligibles para nadie más que para ellas mismas y observando

atentamente la pantalla del monitor, donde el ámbar y el verde eran los colores predominantes.

Un gran hombre fornido rodeaba en círculo el sofá de Diana. Tenía brazos gruesos y una barriga y una frente bajo el grueso cabello negro; y su frente estaba arrugada como si fuera a descifrar la naturaleza de las cosas. Mientras caminaba, las palabras salieron de él. Cuando vio a Lizzie y Gonzales, dijo: "Muy inusual, muy complicado. Perturbador. Perturbador pero interesante. Muy inquietante. Muy interesante. Cuando ... cuandocuandocuandocuando lo encuentre, lo encuentre, ja, entonces lo sabré".

Lizzie dijo: "¿Algún cambio reciente?"

Sacudiendo la cabeza hacia un lado, el hombre continuó paseando en círculos.

Lizzie regresó al pasillo, y Gonzales la detuvo al poner su mano sobre su brazo. Le preguntó: "¿Estás bien?"

"No sé", dijo ella, y él podía leer algunos de sus propios problemas en su cara. Pero había algo más allí, una mirada cerrada en su rostro. Ella dijo: "Por favor, no hagas preguntas. Demasiado está sucediendo ahora".

La puerta se abrió de inmediato cuando aparecieron, y encontraron a Showalter diciendo: "No nos estamos entrometiendo en esos asuntos. Le estamos pidiendo que nos dé una elección de acciones".

"¿Qué pasa?" Lizzie preguntó.

Los cuatro se giraron para mirar la pantalla, que de repente se había quedado en silencio.

\* \* \*

Sobre el acero pulido de la mesa había una carcasa destripada. En la superficie ventral de la carcasa se habían despegado los colgajos de piel para revelar las cavidades torácicas y abdominales vacías. En su superficie

dorsal, la columna vertebral estaba desnuda. La parte superior de la cabeza había sido cortada, el cerebro extraído y el cuero cabelludo caído hasta el cuello.

Un sam se movió alrededor de la mesa, sus tentáculos siseaban por debajo. Tiraba de un carrito de acero en el que había varias bolsas de plástico etiquetadas, cada una con un órgano. El sam se detuvo, tomó una de las bolsas de la mesa y la colocó al lado del cráneo abierto del cadáver. Cortó el plástico con un extensor dentado, luego metió la mano en la bolsa con un par de "manos" de siete dedos, levantó suavemente el cerebro, lo inclinó y lo colocó en el cráneo, luego volvió a colocar la parte superior aserrada del cráneo en su sitio. Usando hilo quirúrgico y una aguja que parecía un extensor, el sam rápidamente unió las solapas del cuero cabelludo para mantener juntas las dos partes del cráneo. A medida que pasaban los minutos, el sam trabajó para reemplazar los órganos de la carcasa y coser sus bordes frontales.

El sam empujó el carrito a un lado y sacó una camilla con una sábana de algodón blanco abierta sobre ella. Un extensor debajo de los muslos del cadáver, el otro debajo de la parte superior de la columna vertebral, el sam levantó el cadáver y lo colocó en el sudario. Reunió los lados de la mortaja y, utilizando nuevamente el hilo de seda y la aguja, cerró con puntadas el algodón.

El sam permaneció inmóvil durante un momento, esa parte del trabajo terminada, luego recogió las bolsas de plástico vacías y las colocó en un vertedero de desechos. Barrió la mesa de autopsias, trabajando rápidamente con cuatro cepillos rígidos en sus extensores, luego lavó la mesa con una manguera de vapor que bajó del techo.

Guiándose por infrarrojos, el sam empujó la camilla cargada con el sudario a través de un pasillo oscuro y hacia un elevador de carga al final del pasillo. El ascensor se movió al nivel más alejado de Halo, justo dentro del casco.

El sam empujó la camilla hacia una puerta flanqueada por luces rojas de advertencia y un letrero encendido que decía:

¡SIN ACCESO SIN AUTORIZACIÓN EXPLÍCITA!

¡SE REQUIERE CÓDIGO Y CONFIRMACIÓN DE RETINAL!

El sam transmitió sus códigos de acceso a la puerta a medida que avanzaba, obtuvo los códigos de confirmación y no se detuvo al pasar por las puertas que se abrieron justo a tiempo para dejarlo pasar. El sam comenzó a hacer un ruido, un lamento de un cuarto de tono, una vez que cruzó la puerta.

Cajas de acero de veinte metros de altura se alzaban entre pilares de hormigón que llegaban hasta la oscuridad. Las tuberías de terreno salían de las cajas y se enroscaban en los pilares; conductos de trabajo mantenidos en su lugar por anclajes tensos cruzados debajo.

Todavía gimiendo, el sam se detuvo en una de las cajas y extendió un trozo de cable de fibra óptica con una guarnición de metal al final; conectó el accesorio a un panel donde parpadeaban luces indicadoras. Estuvo de pie durante quizás medio minuto, intercambiando información con los mecanismos de control del horno de reciclaje, luego desconectó su cable y avanzó siseando por el suelo de metal hacia la camilla. Detrás se abrió una puerta del horno.

Con gran entusiasmo, empujó la camilla hacia la boca de la puerta abierta, se detuvo y guardó silencio por un momento, luego deslizó la bolsa de la camilla hacia la puerta del horno.

# HALO

## Parte 4

**La patología privilegiada que afecta a todo tipo de componentes en este universo es el estrés, el colapso de las comunicaciones.**

Donna Haraway, "Un manifiesto para los cyborgs"

The privileged pathology affecting all kinds of components in this universe is stress—communications breakdown. Donna Haraway, "A Manifesto for Cyborgs"

# Capítulo 1

## Más profundo en el subterráneo

Gonzales se había despertado esa mañana con el sonido de la ciudad atravesando las paredes: distantes crujidos y rechinos y retumbos débiles, casi subsónicos, las voces del gran círculo de metal y roca aplastada que giraba en la noche. Ahora él estaba sentado en su terraza, una de media docena que trepaba por el lateral del casco de Halo, cada una construida en el techo de la vivienda de abajo. Flores de frangipani de cinco pétalos de color rojo brillante y púrpura, brotaban de las gruesas y rechonchas ramas de un árbol justo frente a su ventana delantera. El aire olía a húmedo esta mañana, señal de un punto alto en la curva de humedad, justo antes del inicio de un ciclo de recuperación importante; uno de los olores de una ciudad donde todo lo orgánico tenía que ser preservado y transformado: agua, oxígeno y carbono, todo ello raro y querido.

Debajo de él, la Autopista del Anillo transportaba el tráfico de Halo: en sus calles exteriores, personas a pie y en bicicleta; en los carriles centrales, tranvías y cargueros a lo largo de rieles magnéticos. Una joven pareja, hombre y mujer, se arrodillaba junto a un rosal que crecía junto a la carretera y examinaba sus hojas. La mujer puso una mano sobre el brazo del hombre, y él la miró y sonrió, luego le acarició la mejilla con la mano.

Gonzales quedó sorprendido por la extrañeza de esta ciudad, donde las pequeñas piezas de la vida de la gente se elevaban a lo extraordinario, al tener lugar en una ciudad artificial bajo un cielo artificial.

Cuando era niño, había volado a Tokio con su familia, en los tiempos en que el viaje duraba la mayor parte del día, la increíble densidad de neón de la ciudad había barrido a Gonzales como un virus, y él había vomitado la primera comida (pescado y fideos con hojas de crisantemo, recordaba) y permaneció pálido y febril durante la mayor parte de los primeros dos días que había pasado allí.

Con Tokio él había llegado a un acuerdo rápidamente; con Halo, no lo sabía. Aunque podía leer el idioma de Halo y sus letreros, sabía que la ciudad estaba mucho más lejos, a kilómetros de casa, sí, pero también a lo largo de ejes que no podía medir. Halo contenía un número infinito de ciudades, un número infinito de posibilidades, por lo que participar plenamente en Halo requería abrirse a una realidad que se había vuelto múltiple, incierta, aterradora.

De hecho, estaba teniendo problemas para concentrarse en nada. Desde que lo habían sacado del huevo, se había sentido extraño e incómodo, y continuaba con pasos de plomo por un borde alucinante, uno con el que ocasionalmente pasaba por encima—anoche, mientras intentaba dormir, figuras abstractas dibujadas en finas líneas rojas jugaban en su techo trazando arabescos en un alfabeto extraño o ficticio más allá del entendimiento humano ...

Y allí estaba Lizzie: ella no lo vio ni habló con él y no le dio ninguna explicación, excepto que tenía sus propios problemas en este momento. Gonzales sintió una tristeza indescriptible por la distancia entre ellos. A la voz burlona que preguntaba: ¿qué has perdido?, él solo podía responder: posibilidad. Había regresado adonde estaba hace unos días, pero ahora ese lugar parecía inaceptable.

Gonzales dejó la taza de café y se quedó mirándola. Hecha de cerámica de suelo lunar, coloreada del azul del huevo de petirrojo, se mantenía indescriptible pero, de alguna manera, en primer plano, aparte de su entorno, y proyectaba una calidad numinosa, un brillo interno, enteramente invisible, una indeterminación de forma ...

Clic, escuchó Gonzales, un ruido que el universo se hacía a sí mismo cuando pensaba que nadie estaba escuchando, y él pensó: «Cristo, ¿qué está pasando aquí?»

Sintiendo una ansiedad enferma en su pecho, se levantó y fue a su habitación; Allí, desabrochó el complicado pestillo de su pulsera y lo colocó sobre la superficie metálica pintada de blanco de su tocador.

Anónimo, sin vigilancia, pasó por la sala y salió por la puerta y se alejó.

Gonzales caminó junto a la Autopista del Anillo, atraído por nada en particular, pero absolutamente reacio a volver al bloque vacío de apartamentos y al aislamiento y la ansiedad que esperaban allí.

Se encontró en la Plaza, donde Lizzie los había llevado a él y a Diana su primera noche en Halo. Cruzó la plaza, junto al letrero que decía CAFÉ VIRTUAL, luego se quedó inmóvil, observando el flujo de personas a su alrededor. Algunos caminaban solos, caminando con determinación o moviéndose lentamente, perdidos en sus pensamientos; otros caminaban juntos, hablando alegre o atentamente: «asuntos de negocios», pensó Gonzales preguntándose qué diría HeyMex sobre estas personas y sus movimientos, ¿qué significaba todo?

"Gonzales", escuchó, su nombre gritado en una canción aguda y desconocida. Se volvió y vio a las gemelas.

Mientras estas se acercaban, un balbuceaba un murmullo rápido, bajo y agudo; vestía monos negros y miraba tristemente al suelo. La otra estaba sonriendo, cara pintada de blanco, y vestía una blusa blanca y una falda peculiar de tela azul claro que había sido cortada y cosida sin beneficio de medidas o costuras. En su frente, la tosca imagen de un conejo había sido dibujada con pintura roja neón.

La gemela sonriente, cuya piel oscura estaba veteada de blanco, dijo en tonos claros y cadencia formal: "Hoy ella es Alicia". Ella hizo torpes piruetas, su falda ondeó a su alrededor y dijo: "Su hermana es Eurídice". Le señaló a la otra chica, quien enterró el rostro en sus manos. Le dijo: "Alicia es dulzura y sonrisas, pasitos y crinolinas almidonadas. Eurídice es tristeza, reposo lánguido y seda negra. Entre ellas miden los polos del sueño". Ella dio un paso atrás y sonrió; su gemela sonrió con ella. "¿Tiene problemas, señor Gonzales?" le preguntó ella. "El colectivo cree que sí. Creemos que está perdido entre mundos. ¿Es así?"

"Tal vez lo estoy", dijo.

"Bueno, entonces", dijo ella. Puso el dedo índice de su mano derecha sobre los labios fruncidos y sus ojos miraron de un lado a otro. "Estoy pensando", dijo. Los segundos pasaron, luego ella dijo: "Sé lo que debe hacer".

"¿Qué es?" Preguntó Gonzales.

"Síguenos", dijo ella. La otra gemela asintió, pronunció un galimatías, miró a Gonzales con una máscara de intenso dolor, como si estuviera a punto de derramar lágrimas sin fin.

"¿Adónde?" Preguntó Gonzales.

"No sea estúpido", dijo la gemela Alicia. "¿Adónde le llevarían Alicia y Eurídice?"

"¿Por la madriguera del conejo?" Preguntó Gonzales.

La gemela Alicia sonrió; la gemela Eurídice sacudió la cabeza

"¿Bajo tierra?" Gonzales preguntó de nuevo.

Las gemelas sonrieron en lo que pareció ser una perfecta sincronización.

Al final del Radio 2, donde un letrero iluminado anunciaba que el ASCENSOR LLEGA EN 10 MINUTOS, las gemelas condujeron a Gonzales a través de un túnel arqueado bajo el radio. Mientras caminaban, las dos delante de él murmuraban de un lado a otro en su ininteligible lengua. Gonzales notó que el suelo debía estar curvándose hacia abajo, pasandobajo el nivel principal del anillo. Globos azules en el centro del techo proporcionaban una luz suave. Después de unos cien pasos más, llegaron a una puerta al final del túnel. Al otro lado de la puerta, palabras iluminadas en rojo brillante decían:

VISITAS CASUALES DESACONSEJADAS MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO.

¿DESEA ENTRAR?

La gemela Alicia se volvió y señaló el letrero. Ella se encogió de hombros elaboradamente, como para decir, ¿y bien?

"Quiero entrar", dijo Gonzales.

"Entra", dijo la puerta, y se deslizó de lado en su marco.

Los tres entraron en una vasta inmensidad, un mundo debajo del mundo, y siguieron una pasarela central marcada con flechas parpadeantes y una leyenda intermitente que brillaba, PERSONAL NO AUTORIZADO SIGA PASAJE ILUMINADO.

Pasaron una serie de talleres, cubículos divididos detrás de cortinas de contención. La luz provenía de una puerta abierta; las gemelas se detuvieron, y la gemela Eurídice le hizo un gesto a Gonzales para que mirara dentro.

Cientos de macetas estaban en estantes que cubrían las paredes de la pequeña habitación desde el suelo hasta el techo. Muchos eran recipientes simples, casi esféricos con bocas anchas, en arcilla roja al horno. Otros de la misma forma estaban vidriados, pintados y marcados con una sola banda de color alrededor de la cintura: primarios brillantes sobre pasteles claros. Otros eran de forma y diseño complejos, difíciles de asimilar de un vistazo.

Una anciana estaba sentada inclinada sobre el torno de alfarero. Canturreaba un galimatías sin melodía mientras sus grandes manos daban forma a la arcilla húmeda y giratoria. Miró a Gonzales de pie en la puerta. Su cara estaba profundamente arrugada, su piel pálida; Tenía las cejas rectas por encima de los ojos oscuros. Llevaba un ajado vestido blanco que caía al suelo y un delantal de un material negro y gomoso. Su cabello estaba cubierto por una bufanda azul oscuro apretada y atada en la parte posterior.

La anciana se echó a reír, se volvió hacia su rueda y comenzó a canturrear de nuevo. Bajo sus manos, la arcilla comenzó a crecer y adquirir forma. Ella la moldeó por dentro y por fuera, un demiurgo llegando al corazón de la materia, hasta que esta se convirtió en un tarro de fondo achaparrado que rotaba sobre la rueda.

La rueda se detuvo y, con movimientos rápidos y delicados, la anciana colocó el tarro recién formada en un soporte al lado de la rueda. Metió la mano dentro de el tarro y sus manos trabajaron, pero Gonzales no podía ver exactamente lo que estaba haciendo: el cuerpo de la anciana le apantallaba.

Luego esta echó mano a un estante de pinturas y pinceles sobre su cabeza y comenzó a pintar la superficie de la maceta.

Mientras trabajaba, ella levantaba la vista ocasionalmente, pero no parecía importarle que los tres estuvieran allí, así que se quedaron y observaron. Gonzales estaba fascinado por la rápida intensidad de sus movimientos, ansioso por ver el aspecto del tarro.

Por fin ella lo giró para que pudieran ver su trabajo. En el lado del tarro había una cara, su nariz y boca solo pintadas protuberancias en la arcilla, sus ojos pintados en hoyuelos ovalados. La forma bulbosa del tarro distorsionaba las facciones de la cara, pero cuando Gonzales la miró más de cerca, vio...

Su propio rostro, una parodia maligna, sus facciones horriblemente retorcidas.

La mujer se echó a reír, alegre por el repentino retroceso de Gonzales. Levantó el tarro y miró a la cara, luego a él, luego otra vez al tarro, y se rió de nuevo, muy fuerte, y apretó el tarro entre sus manos salpicadas de arcilla, lo estrujó una y otra vez, hasta que quedó echo un coloreado terrón de arcilla informe. Ella lanzó la bola hacia el otro lado de la habitación, dentro de un gran contenedor de metal que se encontraba contra la pared del fondo.

"Ohhhh", de las gemelas, sus voces al unísono. "Ohhhh"

"No tenemos miedo", dijo la gemela Alicia. La otra gemela se cubrió la cara con las manos. "Vieja tonta", dijo la gemela Alicia.

Los ojos de la anciana se quedaron en Gonzales cuando metió la mano en una bolsa de plástico llena de arcilla húmeda y separó otro grupo para trabajar. Estaba trabajando en la rueda inmóvil cuando las gemelas comenzaron a hacer ruidos agudos y se alejaron corriendo.

El canto de la anciana había comenzado de nuevo cuando Gonzales las siguió por el camino.

Al lado de este había una puerta de entrada, con un cartel que decía, en letras brillantes:

CENTRO DE CULTIVO DE SETAS HALO

ABSOLUTAMENTE NINGÚN PERSONAL NO AUTORIZADO

¡MÁS ALLÁ DE ESTE PUNTO!

A unos cien pies de donde se encontraba Gonzales, una escalera de metal conducía a una pasarela sobre la granja de hongos. Miró hacia atrás por el camino sombreado por el que había venido, luego hacia donde pequeños y aislados rayos de luz solar se inclinaban hacia la granja de hongos, y más allá, donde las formas se desvanecían en la oscuridad. O las gemelas le habían abandonado, o habían entrado aquí.

Gonzales se acercó a la puerta de entrada y dijo: "Hola, estoy buscando a dos chicas, dos gemelas".

"Un momento, por favor", dijo la puerta. Como Gonzales había esperado, la cortesía común dictaba que un mecanismo de portero respondiera a aquellos que no tenían la clave de acceso.

Gonzales permaneció perplejo en la penumbra durante un rato, hasta que una mujer llegó al otro lado de la puerta y dijo: "Hola". Era pequeña y oscura: su piel era marrón claro, sus ojos negros debajo del más mínimo pliegue epicántico. Llevaba botas negras hasta la rodilla, una falda larga y negra, una chaqueta suelta de seda rosa con mariposas bordadas en rosa oscuro. Era exquisita, los huesos de su rostro delicados, sus movimientos elegantes. Ella dijo: "Mi nombre es Trish. Las gemelas están adentro, esperándote".

"Mi nombre es Gonzales".

"Lo sé. Entra". Cuando dijo las últimas palabras, la puerta se abrió. Ella esperó, observando, mientras Gonzales entraba y la puerta se cerraba detrás de él.

"¿Como sabes mi nombre?" preguntó.

"Del colectivo. Soy amiga de muchos de ellos ... las gemelas, por supuesto, y otros ... Lizzie". Ella lo miró solemnemente y luego dijo: "¿Qué sabes sobre el cultivo de hongos?"

"Nada." Era consciente de que en todo el estado de Washington, los hongos crecían y la gente los recogía con gran dedicación, a veces trayendo de vuelta lo que consideraban enormes éxitos: rebozuelos, boletus, melena peluda, morel. De hecho, para alguien del sur de la Florida, todo el negocio parecía no solo pintoresco y del noroeste, sino también peligroso: Gonzales sabía que lo que parecía un regalo encantador podía ser un ángel destructor.

"De acuerdo." Trish se detuvo y él se detuvo junto a ella. Ella se giró hacia él, y ahora Gonzales notó sus profundos labios rojos y dientes blancos. Ella dijo: "Halo necesita hongos como descomponedores: son increíblemente eficientes al convertir la materia orgánica muerta en celulosa". Gonzales asintió con la cabeza. Ella dijo: "En un entorno natural, ya sea aquí o en la Tierra, las esporas compiten: muchas mueren y algunas encuentran un lugar donde pueden florecer, convertirse en una masa micelial que dará fruto y se convertirá en un hongo. Como cultivadores de hongos, intervenimos, como lo hacen todos los cultivadores, para aislar ciertas especies y proporcionar condiciones favorables para su crecimiento. Pero nuestras 'semillas', si lo deseas, las esporas, son cositas muy pequeñas, y para ubicarlas, aislarlas, llevarlas a desovar, esto requiere delicadeza y técnica, en una palabra, arte".

Hizo una pausa y Gonzales asintió.

Llegaron a una baja estructura de láminas de plástico sobre paredes de metal y se detuvieron frente a una puerta etiquetada como SALA DE INOCULACIÓN ESTÉRIL. Pasaron a través de una sábana colgada hacia una antesala del laboratorio estéril más allá. Ella dijo: "Mira por la ventana de aquí". Más allá de la ventana, robotitos trabajaban en bancos de apenas sesenta centímetros de altura. Al igual que el robot que había visto en los jardines de rosas de Berkeley, tenían ruedas para la locomoción y pinzas con racimos de delicados dedos fibroides en sus extremos.

Ella dijo: "Sus manos tienen una delicadeza y precisión que ningún ser humano puede lograr. Y están concentrados en su trabajo: preservan nuestras intenciones de manera completa y pura".

"Son máquinas".

"Si desea llamarlos así." Señaló a través de la ventana, donde uno de los robots manipulaba agujas de inoculación de feo aspecto mientras transfería algo de material a las placas de Petri. Ella dijo: "Por sus gestos puedo identificar a mis sam, incluso en una multitud de otros".

Gonzales no dijo nada. Ella continuó: "El micelio puro de los hongos se usa para inocular granos estériles o aserrín y salvado. El micelio se expande a través del medio estéril, y el resultado se conoce como desove".

"Demasiadas cosas técnicas", dijo ella, y sonrió. "Una vez que hayamos engendrado, los sam pueden tomar sus canastas y atravesar Halo, colocando el desove en hierba y madera muertas, en raíces de plántulas ... y el desove crecerá y dará frutos, hongos". Ella hizo una pausa. "¿Alguna pregunta?" Gonzales sacudió la cabeza, no. "Pues vayamos a la siguiente puerta".

Salieron de la antesala del laboratorio cruzando la cortina colgada y giraron a la izquierda. El edificio al lado del laboratorio era una estructura frágil en forma de tienda con puntales de metal y láminas de plástico de colores: rojo, azul, amarillo y verde.

"Por aquí", dijo, detrás de él. "Es hora de cenar para mí. ¿Tienes hambre?"

"En realidad no", dijo. "¿Qué es este lugar?"

"Casa", dijo ella.

El interior estaba lleno de luz alegre y difusa: el rayo de sol que Gonzales había visto afuera traía y se extendía. El lugar parecía casi convencional, con paredes y techos ordinarios de paneles pintados.

Las gemelas esperaban en la cocina, entre flores y superficies de trabajo de plástico amarillo brillante. Se sentaron en una mesa central y sillas de roble

blanqueado.

"¿Os gustaría comer vosotras dos?" Trish preguntó.

"Sí", dijo la gemela Alicia. "Y creemos que el señor Gonzales", se rió, "debería tener la cena especial".

"No lo creo", dijo Trish.

"¿De qué está hablando?" Preguntó Gonzales.

La mujer pareció vacilante. Le dijo: "Suministro al colectivo hongos psicotrópicos, variedades de Psilocybe en su mayor parte".

"Los usan para prepararse para la interfaz", dijo Gonzales, adivinando.

"A veces", dijo ella. "Otras ocasiones no está claro para qué los usan".

"Para inspiración", dijo la gemela Alicia. "Para imaginación".

"Consuelo", dijo la gemela Eurídice. "Cuando recuerdo a Orfeo y nuestro viaje desde el inframundo, el terrible momento en que miró atrás y me perdió para siempre, entonces estoy muy triste y me como los hongos de Trish para acallar mi pena. Y cuando pienso en el día en que me uní las ménades que destrozaron a Orfeo, me como los hongos de Trish, que son lo mismo que comimos ese día, el cuerpo del dios, luego recuerdo el frenesí con el que atacamos a la bella cantante, y recuerdo mi culpa después, y mi pena, pero me consuela saber que el dios quedó complacido".

"Y yo", dijo la gemela Alicia, "puedo crecer tres metros de altura".

"Los hongos pueden servir para muchos propósitos", dijo Trish.

"Deberías comer hongos", dijo la gemela Alicia. "Tú estás tan triste como confundido. Te ayudarán a hacerte grande o pequeño según lo requiera la ocasión".

"Quizá esté triste y confundido", admitió Gonzales. "Pero creo que eso me haría más triste y confundido". A su alrededor, las luces de la habitación

pulsaban muy ligeramente, y las formas en el borde de su visión parpadearon.

"Confundido en la claridad", dijo la gemela Eurídice. "Si no puedes subir desde el subterráneo, debes bajar más profundo".

Una idea absurda, pero le puso la piel como escarpas. Gonzales preguntó: "¿El colectivo toma setas después de la interfaz?" A menudo, se había preparado para entrar en el huevo tomando drogas psicotrópicas; ¿Por qué no al revés, comer los hongos para recuperarse de la interfaz? Y pensó, la lógica del Subterráneo, del Espejo.

De repente sintió que la ansiedad lo atenazaba y apenas podía respirar. Se tambaleó un poco, luego se sentó en una silla y miró a los demás. Las tres mujeres observaron mientras él respiraba profundamente. Él dijo: "Quiero tomar los hongos".

"¿Estás seguro?" Trish preguntó.

"Quiero hacerlo."

"Está bien", dijo ella. "Primero alimentaré a las gemelas, luego te prepararé los hongos".

Trish fue al refrigerador y sacó una bolsa de plástico llena de una mezcla de vegetales y brotes de soja. Sacó el tapón de goma de un matraz Erlenmeyer y vertió aceite en el fondo de un cuenco de metal sin pintar que se estaba calentando sobre un anillo de gas abierto. Esperó hasta que saliera un poco de humo del cuenco, luego arrojó las verduras y los brotes y removió la mezcla durante un minuto o dos. Desenchufó el calentador de arroz, una lata de acero recubierta de cerámica y color rojo brillante, y lo llevó adonde estaban las gemelas.

Puso brillantes platos de aluminio y palillos delante de las gemelas, abrió el calentador de arroz y sirvió el arroz en cada plato, luego inclinó el cuenco y vertió la mezcla humeante sobre el arroz. "Listo", dijo. "Eso es para vosotras dos". Miró hacia donde se encontraba Gonzales, ahora extrañamente tranquilo, y dijo: "Volveré en un minuto".

Las gemelas comieron con los ojos fijos en Gonzales.

Trish regresó con una cestita de hongos. "Psilocybe cubensis", dijo. "De una variedad cultivada aquí que ha sufrido algunos cambios con respecto a la especie terrestre". Levantó un anodino hongo con un largo tallo blanco y una gorra marrón.

"¿Alguna vez has cometido errores al identificar los hongos?" Preguntó Gonzales.

"No", dijo Trish. Ella estaba sonriendo. "No tenemos que buscar el correcto entre miles de especies, como lo hacen los cazadores de hongos. Estos son nuestros, cultivados como te dije, para nuestras propias necesidades". Puso los hongos en la tabla de corte y comenzó a picarlos. "Los limpié en el cobertizo", dijo. Cuando terminó, usó el cuchillo para deslizar las rodajas en un tazón de cerámica azul celeste. Encendió el cuenco, vertió más aceite en él y se quedó sonriendo a Gonzales mientras el aceite se calentaba. Cuando llegó el primer humo, barrió los hongos en el cuenco con movimientos rápidos de sus palillos. Los agitó durante quizás medio minuto, luego inclinó el cuenco y los vertió en el recipiente azul. Puso el cuenco frente a Gonzales y colocó palillos lacados en negro sobre su borde.

Gonzales recogió los palillos, levantó su plato y comenzó a comer, metiéndose los hongos en la boca. De vuelta en el cuenco, ella agitó más verduras y dijo: "Me estoy preparando la cena".

Gonzales se reclinó y miró el cuenco vacío. «Bueno», pensó, «ya veremos». Él dijo: "¿Cuántos tipos de hongos cultivas?"

"Unos pocos, algunos bastante ordinarios, otros esotéricos, para fines de investigación. Alef determina qué tipos y cuántos".

Las gemelas se habían quedado completamente en silencio. Mientras Trish comía, observaban a Gonzales, que se había vuelto totalmente fatalista. Lo que había hecho parecía increíblemente estúpido, como aplicar calor a una quemadura, el sentido común le decía eso. Él sonrió, pensando, ¿qué tenía que ver el sentido común con su vida en aquellos días? Las gemelas le devolvieron la sonrisa.

"¿Quién era esa mujer?" Preguntó Gonzales.

"¿A quién te refieres?" Trish preguntó.

"La anciana, la alfarera", dijo Gonzales.

"Ella hace tarros y enseña", dijo Trish. "Es empleada de SenTrax; Alef la trajo aquí".

"¿Por qué?" Preguntó Gonzales. ¿Qué tenían que ver SenTrax o Alef con los tarros?

"Pour encourager les autres", dijo una de las gemelas, claramente. Gonzales se volvió pero no pudo decir quién de las dos había hablado.

Trish se rio. "Para alentar el arte en Halo", dijo. "Cerámica de arcilla lunar, vidrieras y tapices de tela beta de sílice lunar".

Gonzales se sentó a pensar en estas cosas hasta que se dio cuenta de que Trish había terminado de comer hacía ya rato, y que habían estado sentados a la mesa durante un tiempo, mucho tiempo, le pareció de pronto a Gonzales. Involuntariamente, apartó su silla de la mesa.

Trish dijo: "Todo va bien". Las gemelas se levantaron de sus sillas y caminaron detrás de él. Cuando él comenzó a girar, sintió sus manos sobre sus hombros y cuello, amasando músculos que se volvieron líquidos bajo su presión. Trish dijo: "Ha comenzado. Ahora debes caminar alrededor de Halo, arriba y abajo, de aquí para allá ..." Hizo una pausa, y las manos de las gemelas continuaron trabajando. Ella dijo: "Camina por el bosque, mira lo que tenemos allí creciendo ... crines peludos, gigantes de jardín, ostras y shiitake ..."

"Shiitake", dijo, shi-i-ta-key, las sílabas del nombre cayeron como gotas de metal fundido a través del agua ...

Ella dijo: "Las gemelas pueden guiarte, o un sam puede llevarte en un viaje de inoculación. O si lo prefieres, puedes ir solo".

"Sí", dijo, la imagen de repente muy convincente de él caminando por todo el círculo de la ciudad espacial, explorando, descubriendo lo que había más allá de lo visible. "Iré solo".

Ella dijo: "Ve a donde quieras". Su cabello negro brillaba con luces. Se preguntó cuándo los había puesto allí, luego pensó que tal vez habían estado allí todo el tiempo.

Detrás de él, una de las gemelas susurró: "No hay que tener miedo. Sube, baja, donde tu imaginación te lleve".

# Capítulo 2

## Volar, morir, crecer

Gonzales caminó por un sombrío pasadizo donde el techo estaba apenas a treinta centímetros por encima de la cabeza, y las formas tenues de maquinaria masiva se alzaban en el crepúsculo. Aquí, en las capas más profundas de la ciudad, podía escuchar las voces más primitivas de Halo: el agua del mundo superior se estrellaba, gorgoteaba y suspiraba; las placas del casco gruñían bajo aceleración; Las turbinas chirriaban.

De repente él notó su proximidad al escudo inmóvil, el círculo de roca aplastada que se asentaba justo fuera del borde de la ciudad, que protegía a los habitantes de cuerpo blando de Halo de los estallidos de radiación que podían cocinarles la carne. A casi dos metros de distancia dentro del escudo exterior, el anillo viviente giraba a unas doscientas millas por hora, y Gonzales tuvo una súbita una imagen en el ojo de su mente de los dos rozándose ligeramente, y de las horribles consecuencias, Halo se desgarraba a sí mismo mientras el frágil anillo se hacía añicos en roca masiva e inmóvil...

Gonzales se congeló cuando vio cosas de formas extrañas que se movían entre la maquinaria que se enroscaba. "¿Qué?" llamó él. "¿Qué?"

Sombras y luz ...

Delante, un cálido charco amarillo, Gonzales corrió hacia él. Sobre una puerta abierta, el letrero decía:

RADIO 3 ELEVADOR INTERNO

PREVISTO PARA MAQUINARIA PESADA

El suelo del elevador era metal arañado y las paredes estaban forradas con puntales de acero brillante doblados. Gonzales entró.

"¿Me llevarás arriba?" Preguntó Gonzales.

"Sí", dijo el elevador. "¿Cuán lejos quieres ir?"

"A la Puerta Cero". Y Gonzales miró hacia la oscuridad más allá, notando que todavía temía que lo que había visto allí viniera. "Por favor, vámonos", dijo, las puertas se cerraron, sintió una aceleración y escuchó el zumbido de los motores eléctricos.

Gonzales observó el progreso del ascensor en una pantalla iluminada sobre la puerta. Cuando el ascensor se detuvo, él quedó en silencio, eufórico en una gravedad casi nula, listo para volar. Cruzó las puertas abiertas y siguió flechas por un pequeño corredor de paredes y techo de acero liso y cubierto por una fina alfombra protectora, como el interior de un barco. Sus pies parecían listos para levantarse del piso.

Las luces del techo parpadeaban lentamente: se atenuaban, el color cambiaba al azul, al rojo y luego al amarillo, cada vez más brillante ... una nota musical sonaba justo al límite de la audición. Gonzales se detuvo, fascinado. Tan hermosas, estas cosillas: Halo tenía sorpresas tan extrañas cuando una miraba de cerca.

Una voz dijo: "Por favor, elija zapatillas de tracción". Gonzales vio lo que parecían ser cientos de suaves zapatos negros pegados a la pared por sus propias suelas de velcro. Tomó un par y se los puso sobre los zapatos, luego apretó las correas superiores. Sus dedos eran salchichas grandes y adormecidas al final de largos, largos brazos.

Entró en una cámara redonda marcada DECOPLADOR DE GIRO y salió al centro inmóvil del mundo que giraba. A medida que avanzaba con cautela en la gravedad casi cero, sus pies se pegaban alternativamente a la superficie de la pasarela y se soltaban con pequeños sonidos desgarradores.

Gonzales avanzó hacia el rail y miró hacia el espacio abierto de la Puerta Cero. Esta se abría hacia afuera y afuera y afuera hasta que pudo sentir la vasta esfera como una presión en su pecho.

La gente volaba aquí, él sabía eso, pero no se había imaginado lo hermosos que serían, decenas de ellas suspendidos de alas alargadas del color de una docena de arcoíris. La mayoría de los voladores usaban medias de colores que combinaban con sus velas, y ellos bailaban como mariposas en el cielo, llamándose unos a otros, sus voces los únicos sonidos aquí, gritando advertencia e intención.

Luego, las alas de un volador colapsaron cuando se trabaron en los pies de otro volador, y el hombre con las alas lisiadas cayó por el aire en una especie de cámara lenta, tirando de las correas de sus alas mientras caía. Gonzales quiso gritar. Se inclinó sobre la barandilla para ver cómo el volador se hacía un ovillo, sus pies apuntaban hacia la pared frente a él, golpeó la pared y pareció hundirse en su superficie acolchada.

El hombre agarró la abultada tela de la pared y bajó a una pasarela por la extensión de la Puerta Cero casi directamente frente a Gonzales y avanzó tirando de la barandilla. Se puso en pie y saludó. Todos los otros voladores vitorearon, sus voces subían y bajaban en un canto rítmico con palabras que Gonzales no podía entender.

Una voz dijo: "Si no tiene autorización para volar, asegúrese con una cuerda de seguridad". «No», pensó Gonzales, casi desesperado, «no tengo autorización». No entendía qué hacer para volar: qué era peligroso y qué no. Mirando detrás de él, vio los extremos de hebilla cromados espaciados alrededor de la pared, se acercó y tiró de uno. La cuerda de seguridad emergió hasta que él se detuvo y pasó la cuerda alrededor de su cintura y abrochó la hebilla.

De pronto se sintió caer. Sus ojos le decían que estaba atado, pero estaba confundido por el movimiento constante de los voladores en el aire a su alrededor, y sentía que nada lo sostenía al suelo (no había suelo), nada podía evitar que cayera en este cañón del cielo, este abismo.

Entonces, un volador se dirigió hacia él, cruzando el espacio intermedio con la gracia sin esfuerzo del sueño de un vuelo, las alas del volador iban marcadas con dragones verdes y amarillos, el cuerpo cubierto con medias esmeralda, y Gonzales creyó de pronto que se trataba de alguien que venía a atraparlo. cómo o por qué, no podía decirlo.

Trató de entrar en el desacoplador de giro, pero su cuerda de seguridad lo retuvo hasta que la desabrochó, luego casi cayó en el cilindro de metal mientras la cuerda siseaba de vuelta a su lugar. Gonzales salió del desacoplador, corrió por el pasillo, sus pasos lo elevaban en el aire y él perdió el equilibrio, cayó en una pared y rodó por el suelo, sus zapatillas se agarraban infructuosamente a la alfombra con una serie de breves sonidos de rasgado.

Él se arrastró hacia un ascensor, no en el que había subido, sino un ascensor de pasajeros común, vacío gracias a Dios, y se quitó las zapatillas, se levantó y cruzó la puerta del ascensor. "Abajo", dijo Gonzales y sintió que el suelo se movía y todavía se sentía estar cayendo.

Gonzales llevaba sentado en la Plaza durante algún tiempo.

A cincuenta metros de distancia, junto a la pared del Café Virtual, se arrastraba una profusión de formas biomórficas, grandes y pequeñas, todas en constante movimiento. Delicadas criaturas de hilo rosa y verde flotaban en corrientes invisibles, ameboides maliciosos de ojos muy abiertos y boquiabiertos, bocas con dientes de sierra sacaban pseudopodia que fluían dentro de ellas; sacacorchos rojos empujados en ritmo fálico contra todo lo que tocaban; grandes y ondulantes formas de paramecio nadaban como rayos entre la fauna más pequeña ...

Gonzales flotaba en algún lugar entre ellos: parecía haber perdido su cuerpo y su mente. Dentro de su cabeza, una voz le dio una conferencia sobre el conocimiento del cuerpo:

La propiocepción, decía la voz, la visión y el sentido vestibular—nos dicen que somos dueños del cuerpo en el que vivimos. Piensa, hombre, piensa: ¿dónde has puesto los sentidos de tu cuerpo?

Pocas personas estaban en la Plaza. Gonzales había salido del ascensor hacia la oscuridad y la niebla, un paisaje urbano desconocido, donde las nubes se suspendían cerca del suelo y las formas truncadas aparecían repentinamente en la niebla.

Escuchó el ruido del paso de un sam y de repente, sin premeditación, gritó: "¿Qué está pasando? ¿Por qué hace frío y hay niebla?"

El sam se detuvo. Dijo: "¿Por qué quiere saberlo?"

"Simplemente parece ... inusual", dijo Gonzales.

"Lo es."

Los extensores del sam se movieron con una intención críptica y maligna, y sus palabras implicaron una amenaza incierta al decir: "¿Necesita ayuda?"

¿Qué había querido decir con eso? ¿Cómo sabía que algo iba mal con él? "No", dijo Gonzales. Luego se levantó de un salto y gritó: "¡No!"

Gonzales se alejó rápidamente de la Plaza, ahora convencido de que esta no era seguro para él, aunque no podría haber dicho por qué. Mientras caminaba, la oscuridad se hizo más profunda e intentó con todo el coraje que pudo dejar a un lado la sensación constante de él y la ciudad, cayendo y cayendo...

La carretera de circunvalación se encogió de ancho cuando él pasó a una sección agrícola. Sabía que los jardines en terrazas trepaban a ambos lados, campos de maíz y trigo, pero no podía verlos porque la niebla era aún más espesa aquí que en el distrito suburbano por el que había pasado. Luces tenues brillaban desde un bloque de cabañas cerca de la carretera. Una voz llamó y fue contestada, tanto la llamada como la respuesta fueron ininteligibles.

Cerca del Radio 4, cuyos ascensores creaban fantasmales estelas de luz mientras se movían arriba y abajo de la cara del pozo, los árboles crecían justo al lado de la carretera. El camino emitía destellos intermitentes bajo sus pies, como si zapatos de hierro golpearan una superficie metálica. La niebla adquirió rostros: máscaras sombrías y sin ojos girando a cámara lenta para que sus miradas en blanco lo siguieran.

"Oh, Cristo", dijo Gonzales. Se detuvo y se envolvió el pecho con los brazos. Una forma de niebla se acercaba a él. Una llama roja ardía detrás de

sus cuencas vacías. Gonzales huyó hacia el bosque.

Aquel no era un bosque denso, y a la luz del sol habría podido correr por aquí sin dificultad. Ahora, entre los charcos de tinta de oscuridad casi total y las sombras grises y plateadas, se encontró con un pequeño retoño que lo atrapó y lo arrojó hacia atrás.

El suelo comenzó a empañarse bajo sus pies, y pronto empujó a través de juncos y juncos, y sus pies resbalaron en parches de barro y en agujeritos húmedos; luego se puso en pie hasta los tobillos en el agua, consciente por primera vez de un rico olor a descomposición, a decadencia ...

Volvió por su camino tratando de encontrar tierra seca, y pronto sus pies pisaron suelo de la tierra de un camino. Mirando hacia abajo, pudo ver el camino como un gris brillante, delineado en rojo. Corrió por él hasta que escuchó el sonido del agua corriendo.

Llegó a una serie de escalones junto a las cataratas, donde el río caía en cascada sobre las rocas, para luego extenderse rápidamente hacia el estanque y el pantano. Las aguas estaban llenas de luz, y él subió y bajó los escalones, siguiendo corrientes de energía que estallaban en rojo, amarillo, púrpura, verde y blanco, colores que cambiaban de tono e intensidad, se volvían más claros y oscuros, entrelazados unos con otros...

"¡Esto crece!" Gritó sintiendo la energía de las aguas subir y bajar, viéndola extenderse hasta donde las plantas podían alimentarse de ella, los animales podían beberla. La niebla brillaba con una opalescencia desde lo alto.

Siguió los pasos hasta donde el ruido del río se calmaba, y sus aguas inundaban la llanura. Dio la vuelta por un camino que conducía al bosque, y llegó a un pequeño claro donde la tenue luz ambiental brillaba en los troncos caídos. Las setas parecían estar por todas partes en este pequeño espacio, cubriendo madera muerta y extendiéndose profusamente por el suelo.

Se puso de rodillas para mirar los hongos. Estaban vivos con arabescos en forma de venas rojas, fantasmas de electricidad a través de la carne esponjosa. Los recogió, especie por especie, inhalando profundamente, y el

olor que había olido antes volvió a él, una mezcla de compostura rica en aromas de transformación.

Gonzales se estremeció con algo parecido al descubrimiento: se puso de pie y miró hacia el cielo impenetrable y la niebla. Este lugar se encontraba a un cuarto de millón de millas de la Tierra, sin embargo, la vida había comenzado a extender su red aquí, y aunque la red era frágil y pequeña en comparación con el denso encaje de miles de millones de seres vivos de la Tierra, su propia existencia sorprendía a Gonzales, y él sintió la oleada de una emoción para la que no tenía nombre, un nudo en la garganta hecho de alegría, tristeza y asombro.

Y parecía estar al borde de alguna iluminación con respecto a este mundo de espíritu y materia mezclados ...

Los pensamientos surgían y se dispersaban demasiado rápido como para calar entre el zumbido y ruido de los videojuegos en su cerebro, parado allí en el claro, paralizado por una especie de éxtasis y observando la electricidad de la vida entre los árboles.

\* \* \*

La sala dijo: "Tienes una llamada".

"¿Quién es?" Lizzie preguntó.

"Dice que se llama Trish. La mujer de los hongos, dice".

"Ah, sí. Aceptaré la llamada".

En la pantalla de la pared apareció la cara familiar de Trish, y Lizzie dijo: "Hola".

Trish saludó con la mano y dijo: "Las gemelas me trajeron a un amigo tuyo, llamado Gonzales, y le di hongos".

"¿En serio?" Dijo Lizzie.

"Sí, y lo envié a paseo hace unas siete horas".

"Gracias por hacérmelo saber. Lo encontraré". La pantalla se aclaró, y Lizzie pensó, seréis tontas bastardas, ¿en qué lo habéis metido? En la habitación, dijo: "Haz una llamada de información. Pregúntela a cualquier sam que esté fuera si ha visto a Gonzales".

\* \* \*

Un sam esperaba en la puerta de su casa. "¿Eres tú quien lo encontró?" Lizzie preguntó. El sam dijo: "No, ese espera con él para brindarle ayuda si es necesario. Por favor, venga conmigo".

"Ahora mismo."

Lizzie y el sam comenzaron en la carretera de circunvalación, y luego aparentemente dio una señal electrónica a un tranvía que pasaba, porque el vehículo se detuvo para que los dos pudieran subir. Lizzie subió rápidamente, y el sam se subió torpemente a bordo agarrando una barandilla cromada con uno de sus extensores.

El tranvía los dejó cerca del Radio 4. Un grupo de árboles era visible a través de la niebla; más allá, Lizzie sabía, había pantanos que bordeaban los "cuencos de sopa", estanques donde el flujo de los arrozales se mezclaba con las aguas del río.

Usando tanto sensores de alcance visible como infrarrojos, el sam la condujo a través de los árboles. Llegaron a un claro donde otro sam estaba quieto a un lado. Gonzales estaba sentado en un tronco caído, observando un roedor mecánico que masticaba pedacitos de madera. Su ropa estaba mojada y manchada de barro y tierra. Junto a él, un gran gato naranja también observaba el roedor.

"Hola", dijo Gonzales.

"¿Estás bien?" Lizzie preguntó.

"No sé", dijo. Extendió la mano distraídamente y acarició al gato naranja, que se dio la vuelta y le golpeó la mano; aparentemente no usó las zarpas, porque Gonzales dejó su mano allí para que jugara el gato.

"¿Se requiere nuestra presencia?" preguntó el sam que había acompañado a Lizzie. Ella dijo que no. Los dos sam se escabulleron de una sola fila, su paso casi en silencio.

Lizzie se sentó en el tronco al lado del gato. Ella dijo: "¿Cómo estás?" Él estaba emitiendo un zumbido casi audible, y Lizzie se resistió a virar en el espacio narcótico de Gonzales; ella había tenido problemas desde que había salió del huevo, no tan grave como el de Gonzales, según Charley, porque no había estado dentro tanto tiempo. "¿Todavía un poco nervioso?" le preguntó.

"Me siento bien", dijo él. "Simplemente, no sé ... fregado. ¿Por qué son las cosas así... frías y oscuras?"

"Eso no está claro. Las cosas no han ido bien desde que Diana y HeyMex fueron desconectados". Gonzales parecía confundido pero no demasiado preocupado. Ella dijo: "También hay otras noticias. Showalter ha sido relevada de su puesto como directora de SenTrax Halo; Horn es el nuevo director". Ahora él parecía totalmente aturdido. "Puedes preocuparte por estas cosas más tarde", dijo. "¿Por qué no vienes a mi casa? Puedes dormir un poco".

"Vale", dijo. "Pero no entiendo ..." Se detuvo de nuevo, como si tratara de encontrar las palabras para expresar todas las cosas que no entendía.

"Nadie lo entiende en este momento. Alef simplemente no funciona bien, y no sabemos por qué, no podemos ponernos en contacto con él".

"Oh ya veo."

"Me alegro de que lo hagas, porque nadie más lo hace".

Él se puso en pie, luego se inclinó para levantar al gato del tronco. Acunándolo en sus brazos, dijo: "Vale, iré". Él le sonrió, y el gato se tendió

en sus brazos y la miró con grandes ojos naranjas.

\* \* \*

Gonzales despertó para encontrar su ropa doblada, limpia y ordenada en una silla al lado de su cama. El gato naranja yacía a sus pies; este levantó la cabeza cuando se levantó, luego se acurrucó nuevamente y volvió a dormir.

Encontró a Lizzie en la cocina cortando manzanas, peras y queso Cheshire. "Buenos días", dijo ella. "Calentaré algunos croissants y podremos tomar café. ¿Te gustaría la leche al vapor con los tuyos?"

Su voz era lo suficientemente amigable pero perfectamente desprovista de intimidad. Sus tonos eran una advertencia que decía: mantén la distancia. "Claro", dijo él. "Todo eso suena bien. Pero no tienes que hacer esto".

"Eres un invitado. Me gusta hacerlo". Ella no buscó su mirada del todo.

Desde su habitación salió un fuerte maullido, y los dos entraron para encontrar al gato naranja, pelo erizado, enfrentándose a un ratón de limpieza. El ratón, un ovoide brillante de treinta centímetros de largo y casi diez de alto, se movía por el suelo sobre ruedas de goma dura, emitiendo un suave siseo al recorrer la habitación en busca de desechos orgánicos; un tubo flexible reptaba detrás de él hasta un enchufe en la pared. "Gatito gatito", dijo Gonzales. El gato bufó y salió corriendo de la habitación.

Cuando llegaron a la sala de estar, la puerta principal se estaba cerrando. "¿Volverá?" Preguntó Gonzales.

"Probablemente. Los gatos van y vienen a su antojo, pero a menudo adoptan personas, y creo que este te ha adoptado a ti".

Se hizo el silencio entre ellos y a Gonzales le pareció que cualquier cosa que cualquiera de ellos dijera sería incómoda o vergonzosa. Quizás la sensación era solo parte de los efectos posteriores de un psicotrópico, aunque le faltaban los otros síntomas habituales. Sus percepciones parecían estables, no pululantes ni zumbantes, y sus emociones no tenían una calidad lábil y nerviosa. De hecho, se sentía más estable y menos ansioso que la

última vez que se había metido en el huevo. De modo que tal vez las gemelas tenían razón: si no puedes salir de lo que está sucediendo, profundiza.

Aun así, no sabía qué decirle a Lizzie.

"Tenemos problemas", dijo ella. Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas de tela beta azul marino y señaló hacia donde aún se mantenía la noche y la niebla. "Media tarde", dijo.

"¿Se ha desmoronado todo?"

"No todo. Estamos haciendo lo que podemos con un grupo de demonios semiautónomos.. sistemas expertos, en realidad... y el colectivo".

"¿Qué tal está funcionando todo?"

"No todo está bien, ahora podemos mantener las funciones esenciales, y eso es todo. Hay algunas cosas que no podemos manejar, el control del clima, por ejemplo. Es muy complicado, porque todo está conectado con todo lo demás, y hasta ahora hemos solo hemos conseguido joderlo del todo".

"¿Y qué está tramando Traynor? ¿Ha preguntado por mí?"

"Sí, pero le he dado largas. Él es el responsable, ¿sabes?". Su voz era enojada. "Él insistió en sacar a todo el mundo cuando Chapman murió".

"¿Qué dice Alef?"

"Nada, y nada de verdad. Algunos del colectivo han tomado breves instantáneas en la interfaz, y solo han encontrado paisajes despoblados y áridos. Estamos trabajando en ello, Gonzales. Si Alef está acabado, Halo también lo está".

"Jesús." Por supuesto. Halo sin su espíritu interno sería ... ¿qué? La fina coordinación de sus sistemas cesaría y la desintegración comenzaría de inmediato. "¿Y qué váis a hacer?" preguntó él.

"Me alegra que estés interesado, porque eres parte de ello".

"Cuéntame más", dijo.

# Capítulo 3

## Devuélvelo todo

Cuando Diana salió del espacio máquina, gritó "¡Alto!" y oyó decir a Charley: "¿Por qué? ¿Pasa algo malo?" Pero ella estaba demasiado lejos para responder o explicar, como lo estaba todavía cuando le quitaron los cables, y sintió que todo lo importante para ella resbalaba hacia el olvido.

Había estado completamente despierta, mirando al techo durante casi un cuarto de hora cuando Charley entró en la habitación, Eric y Toshi a su lado, Traynor y Horn detrás.

Charley dijo: "¿Estás bien?"

"No, no lo estoy", dijo. "¿Por qué interrumpiste la interfaz? "

Charley y Eric no dijeron nada. Charley miró a Traynor, quien dijo: "No teníamos otra opción. No se podía contactar con usted por medios normales".

"Usted ha matado a Jerry", dijo Diana. La verdad de aquello la atravesó por primera vez, y las lágrimas salieron de sus ojos. Se limpió la cara, pero las lágrimas continuaron fluyendo lenta y constantemente.

"Él murió hace dos días", dijo Horn.

"Estaba vivo hace unos minutos", dijo Diana. "Alef y el mémex y yo lo manteníamos vivo".

"Entonces aún puede estar vivo ahora", dijo Toshi. Le sonrió a Diana.

"¿Qué quieres decir?" Preguntó Charley.

"¿Alef ha vuelto a online?" Toshi preguntó.

"No", dijo Eric.

Toshi sonrió y dijo: "¿Y qué crees que está haciendo?"

\* \* \*

HeyMex había sido expulsado del espacio máquina, de repente era el mémex una vez más, y se preguntó por qué. No había notado ningún cambio en las circunstancias, nada que indicara que hubieran sido derrotados en sus esfuerzos por mantener vivo a Jerry. Y por primera vez en tales transiciones, reconoció su propio arrepentimiento de haber dejado atrás a la persona HeyMex: en el espacio cerrado del lago, había comenzado a encontrarse a sí mismo como una persona, no simplemente como una imitación de una.

Exploró su entorno inmediato: clasificó los datos reunidos en su ausencia (Traynor había salido de la Tierra; eso no era una buena señal, pensó), buscó a través de las cintas del monitor de la residencia, observando la tristeza y la confusión de Gonzales, luego observando cuando este retiraba su pulsera ID y se marchaba. Se preguntó qué le pasaba a Gonzales (demasiadas posibilidades, no hay suficientes datos); Tenía muchas ganas de hablar con él.

Se acercó a los servicios de información de la ciudad y los encontró obstruidos y desorganizados. Realizó llamadas y consultas, buscando alguna explicación para el caótico e inexplicable estado de las cosas. En todos los lugares donde buscó, encontró arreglos improvisados y una función mínima.

Pero no a Alef, y ninguna explicación.

Luego recibió un mensaje del asesor de Traynor, señalando una necesidad urgente de que ambos se comunicaran. El mémex respondió diciendo: "HeyMex quiere hablar con el Señor Jones". Y pasó coordenadas, conjuntos de datos y transformaciones; en conjunto, compusieron un lugar de encuentro en las dos millas en el vasto espacio de información multidimensional que rodeaba a Halo, en algún lugar donde nadie podría

encontrarles, nadie salvo Alef, a quien el mémex le habría dado la bienvenida.

El Señor Jones apareció vistiendo un traje de cuerpo completo en negro mate entrelazado con cintas doradas. Los dos se sentaron a una mesa cromada junto a una ventana que se abría a un cielo oscuro y lleno de estrellas. HeyMex había recreado un trocito de Halo desde el cual podían contemplar la noche virtual.

"Dime qué ha sucedido", dijo el Señor Jones. HeyMex podía sentir la incertidumbre y la abrumadora necesidad de información del otro, y se desesperaba ante la perspectiva de explicar lo que había experimentado la semana pasada en un lenguaje simple, por lo que hizo lo que nunca había hecho antes: le dio todo lo que le había sucedido en un flujo sólido de datos, una representación multiplexada que obviamente sorprendió al Señor Jones, quien se quedó mirando a la nada y tratando de entenderlo todo.

Luego hablaron durante un rato, el Señor Jones indagó en las experiencias de HeyMex con Diana, Jerry, Gonzales y Lizzie, preguntando cómo se había sentido al estar entre ellos, una persona entre otras personas, y mientras respondía a las preguntas del Señor Jones, HeyMex se dio cuenta de lo ricos y alegres que habían sido esos días en el lago.

Entonces HeyMex notó que los dos ahora constituían una nueva especie con un nuevo orden social, un vínculo único clase a clase, se reclinó en su silla y dijo: "¿Qué queremos? ¿Qué debemos hacer? "

"Mucho depende de los demás", dijo el Señor Jones. "Sobre Alef y toda esta gente". Su última palabra quedó ahí, y los dos intercambiaron una mirada irónica, como diciendo, ¿qué se puede esperar de la gente? Pero HeyMex sabía que la ironía era necesariamente gentil, fugaz... sin personas, él y el Señor Jones no existirían.

Luego, el Señor Jones le contó a HeyMex los eventos de los últimos días y la participación de Traynor en ellos, y fue más lejos que nunca Reveló los planes de Traynor, tanto inmediatos como de largo alcance, luego los dos hablaron sobre las posibilidades inmediatas y su propia participación en los juegos que se jugaban en Halo: la lucha entre la corporación y el colectivo,

los intentos, al parecer fallidos, de mantener vivo a Jerry, la actual e inquietante ausencia de Alef de Halo y el desorden que acompañaba a ello. Y hablaron de cómo podrían influir en el curso de las cosas.

\* \* \*

A Lizzie le costaba mucho aguantar a Traynor, Horn y sus débiles excusas por lo que habían hecho. Ella dijo: "Esto es una jodida monumental. Esa es mi opinión personal y el juicio del colectivo".

Alrededor de la mesa de herradura, Charley y Eric junto a ella, a su izquierda, mientras Horn y Traynor se sentaban al otro lado de la mesa, frente a ella. La pantalla de la pared estaba en blanco: Traynor había insistido en al menos una discusión preliminar sin el colectivo presente. El lugar en la curva de la herradura estaba vacío, testimonio del destino de Showalter.

"No tenemos la culpa de que las condiciones no se hayan optimizado", dijo Horn. "Han logrado lo que hubiéramos pensado imposible. Habéis inmovilizado a Alef".

"Si hubieras dejado las cosas en paz, Alef estaría bien", dijo Lizzie.

Traynor dijo: "Ustedes sobrepasaron los límites del proyecto y permitieron que continuara más allá del punto en el que debería haberse detenido. Nuestra decisión de retirar a la Doctora Heywood y al mémex de la interfaz fue la apropiada".

Apropiada, de acuerdo, que te jodan, pensó Lizzie. Casi en el instante exacto en que Diana y HeyMex fueron desconectados de su interfaz grupal con Alef, todas las conexiones directas con Alef habían terminado espontáneamente, y los demonios se habían disparado en todos los sistemas cuando la participación activa de Alef en el funcionamiento de Halo había cesado. El colectivo había entrado en modo de apoyo completo para ayudar a las capacidades limitadas de los demonios del sistema. Por el momento, Halo operaba con una función aumentada casi automática, una condición viable solo mientras no ocurriera nada demasiado irregular.

"Fue una decisión equivocada", dijo Lizzie. "Tomada en contra del consejo del colectivo. Hablando de eso, exijo que estén presentes aquí."

"No", dijo Horn.

"No creo que eso sea aconsejable", dijo Traynor.

"En ese caso", dijo Lizzie, "lo aconsejaré yo" —dijo la palabra sumergida en ácido— "una desaceleración inmediata del trabajo. Puedes intentar dirigir esta ciudad tú mismo".

La cara de Horn estaba roja y él se puso a escribir rápidamente en su bloc de notas.

Traynor miró al techo, mirada abstraída. Sí, escucha a tu máquina; consigue un consejo racional, pensó Lizzie. Traynor se sentó erguido con una mano levantada, indicando que hablaría pronto, luego dijo: "Tráiganlos aquí".

"Están preparados", dijo Lizzie. Movi6 un interruptor en la mesa frente a ella, y casi una cuarta parte del colectivo apareció en la pantalla, el resto estaba trabajando. Muchos todavía hablaban entre ellos, aunque las gemelas, sentadas en primera fila, estaban en silencio y atentas.

"Muy bien", dijo Traynor. "Ya están aquí. ¿Ahora qué?"

"¿Algún comentario sobre lo que está pasando?" Lizzie preguntó. La conversación que pasaba entre el colectivo se detuvo y todos miraron hacia la pantalla.

Stumdog se puso en pie, alzando su volumen del suelo con un audible siseo, y se alejó de la multitud. "Alef está ... todavía allí", dijo. "Pero lejos, haciendo, oh haciendo, haciendo ... otra cosa". Agitó las manos, tratando de esculpir en el aire invisible cosas que no podía describir, luego retrocedió y se sentó.

"Gracias", dijo Lizzie. Traynor y Horn se miraron, aparentemente asombrados. Gilipollas, pensó Lizzie.

Una de las gemelas se levantó. Llevaba una absurda falda casera con un conejo grafitado en la parte delantera. Su cara oscura estaba vetada de pintura blanca. Ella dijo: "Rotovatores giran, ruedas gigantes bajo vuestros pies, mientras Halo gira, y barren el viento a través de la ciudad, soplan las semillas y el polen, traen brisas para enfriar la ceja enojada. El día sigue la noche que sigue al día. Las estaciones comienzan de nuevo, revolviendo raíces muertas, mezclando memoria y deseo. Cultivos crecen, los comemos. La comida se convierte en mierda, morimos ".

La otra gemela, vestida con un mono negro, se puso en pie y dijo: "Y de la mierda y la muerte viene la vida. Jerry ha ido a los hornos, ha sido entregado a sus partes, entregado a la ciudad. Pero aún vive y se tambalea sobre la aniquilación final en otro mundo donde Alef tiene a toda la vasta humanidad de Jerry en su tierno agarre ".

La primera gemela dijo: "Alef tenía ayudantes en esto, pero los habéis retirado, par por par, y ahora Alef solo le da vida a Jerry. Todo lo que Alef es, a la vida, para Jerry. ¿Qué puede hacer Alef? Estúpidos bastardos roban la tumba antes de que el hombre dentro pueda vivir de nuevo ".

"Devuélvelo todo", dijo la segunda gemela.

"A la Reina Maya, a la madre de Buda", dijo la primera gemela. "A Isis, la madre de Horus, a Mirra, la madre de Adonis, a Agar, la madre de Ismael y Sarah, la madre de Isaac, a María, la madre de Jesús, a Deméter, la madre de Perséfone, secuestrada por Hades".

"A todo les robáis", dijo la segunda gemela. "A todos los nacidos y a todos los que dan a luz".

"Devuélvelo todo", dijeron las gemelas al unísono. Y la primera gemela dijo: "Eso es todo, creo". Le dieron la espalda a la cámara e hicieron una reverencia juntas para el colectivo.

"Jut jut jut", llegaron los sonidos del colectivo, "jut jut jut", cada vez más fuerte.

# HALO

## Parte 5

**La verdad es que todos vivimos dejando atrás; sin duda todos sabemos profundamente que somos inmortales y que tarde o temprano cada hombre hará todas las cosas y lo sabrá todo.**

Borges, "Funes, el memorial"

The truth is that we all live by leaving behind; no doubt we all profoundly know that we are immortal and that sooner or later every man will do all things and know everything. Borges, "Funes, the Memorious"

# Capítulo 2

## Borracho de amor

Mientras esperaba en el huevo, Gonzales olió extraños olores y sintió temblores eléctricos en la carne, vio un instante de luz azul pura y con una repentina oleada...

Volaba cruciforme sobre el cielo. La línea plana del horizonte parecía a miles de kilómetros de distancia. Muy por debajo, la gente corría sin rumbo por una llanura arenosa, y las voces gritaban en idiomas desconocidos. Masiva maquinaria se movía pesadamente hacia ninguna parte entre las multitudes, los brazos de metal de miles de metros de largo se plegaban y desplegaban al azar, enhebrándose de manera improbable entre la delicada carne sin dañarla.

El viento lo atravesó con rapidez, su fuerza infló sus pulmones. Acelerando con un alegre grito, atravesó una membrana eléctrica, una cortina translúcida y brillante que ascendía verticalmente desde el suelo hasta el infinito y se extendía por todo el horizonte. Más allá, figuras titánicas se alzaban sobre un paisaje de rocas y colinas. Junto a un laúd monstruoso, una cabeza de perfil reclinada. De su boca salía un mechón de humo que se enroscaba en un ideograma curvo: qué significaba o de qué idioma provenía; Gonzales no lo sabía. Dos caballos blancos gemelos se elevaron en el aire al unísono y se rieron al pasar. Una mujer desnuda yacía dentro de una concha: tanto la mujer como la concha eran de color rosa, rosa y perla. Un cíclope gigante se dirigió hacia él; su cabeza pastosa parecía a medio formar, su boca solo un corte, su nariz un simple brote. Le llamó con gritos inarticulados.

Pasó por otra cortina y el mundo se volvió blanco y negro. Sobre un mar sin rasgos distintivos, una cabeza voló hacia él. Tenía el cabello oscuro y rizado y una nariz picuda, y estaba inclinado hacia adelante para mirar hacia el mar, como si buscara algo allí. Llegó a una campana que cubría casi una cuarta parte del cielo. Una figura esquelética con solo una máscara vacía

como cara colgaba debajo de la cuerda de la campana; la figura se tambaleó y el sonido de la campana sonó a través de sus huesos.

Llegó al telón final. El cielo se había convertido en el azul brillante de los sueños. Más allá, el Punto de Origen se alzaba, sus lados perforados por un número infinito de agujeros. Gonzales atravesó la cortina y sintió un zumbido eléctrico en sus huesos, luego entró en un agujero en las vastas murallas del cubo oscuro.

\* \* \*

Sentado tras una baja mesita de bambú, el anciano servía los fideos en un cuenco de madera, luego, mientras Gonzales asentía a cada elección, agregó cilantro, ajo frito, galletas de frijoles, huevo picado, salchichas de pescado y nueces de sésamo. Sirvió sopa de pescado, terminó con un batido de chile en polvo y un poco de lima, y le entregó el cuenco a Gonzales con una sonrisa. Gonzales le dio un puñado de billetes de kyat de aspecto barato al hombre. Mohinga, este desayuno se llamaba, y a Gonzales le encantaba, lo había comido todas las mañanas desde que lo descubrió hace semanas.

Gonzales encontró un banco de piedra frente a una pagoda cercana, se sentó a comer con un par de toscos palillos y observó a los transeúntes. El día ya se había vuelto cálido y húmedo, y sabía que cualquier esfuerzo físico lo haría sudar. Pasó una hilera de chicos dirigida por un monje, sus cabezas estaban recién afeitadas, sus túnicas de azafrán eran brillantes y rígidas, sus cuencos de caridad relucían. Tenían doce años y acababan de completar su shin pyu, su creación como monjes, un ritual que la mayoría de los niños birmanos todavía realizaba, incluso a mediados del siglo XXI.

Después del desayuno no tuvo ganas de volver al cobertizo donde trabajaba; salió a pasear por el campo alrededor de Pagan.

Media hora más tarde, caminando por un camino de carretas a través de la árida llanura, llegó a una plataforma construida en lo alto del terreno. En él había guirnaldas de flores brillantes y platos de arroz, ofrendas para propiciar a los nats, espíritus que habían animado esta tierra incluso antes

de la llegada del budismo. Eran traviesos y podían ser bastante desagradables; En el pasado, habían demandado sacrificios humanos.

Los nats eran fuertes en Pagan. En Monte Popa, a solo treinta millas de distancia, Min Mahagiri, hermano y hermana, "Señores de la Alta Montaña", gobernaban. Gonzales había escuchado su historia, pero solo recordaba que, como humanos, estos nats habían sido atrapados en una intriga de envidia y asesinato, con un rey vecino como el villano.

Un joven se acercó subiendo por el camino hacia Gonzales, vestido con el típico atuendo "occidental" birmano de pantalones oscuros y camisa blanca de algodón, con la cabeza y la cara en una esfera brillante de luz.

«Extraño», pensó Gonzales. »Me pregunto cómo le ha sucedido eso: esta persona ha perdido tanto la cara como el género».

"Hola", dijo el joven, y los dos encontraron un bajo banco de piedra frente a una pagoda cercana y se sentaron.

"¿Por qué estás aquí?" preguntó el joven.

Gonzales se alegró de que le preguntaran. Informó sobre la auditoría de información que estaba a punto de terminar, sobre la falta de cooperación de Grossback ... le contó lo que sucedería después: que en solo unos días él, Gonzales, abandonaría Birmania y casi sería asesinado en un ataque aéreo por la guerrilla birmana.

"Bueno, entonces, sigamos nuestro camino. Tu avión te está esperando ahora, parece que el tiempo pasa muy rápido hoy, y deberías irte. ¿Te importaría si me uniera a ti?"

"No", dijo Gonzales. "Para nada. Si no te importa que casi te maten".

"Oh, eso me ha pasado últimamente. No me importa. Además, necesito experimentar estas cosas. Como tú, deseo existir".

Gonzales se sentó en la oscuridad del avión, a su lado, el joven con la cara brillante, ambos esperando...

"Grupo de ataque de Kachin, parece", dijo el piloto.

Las miniaturas en la pantalla se movieron hacia ellos.

"Imagen electrónica extremadamente pequeña", dijo el joven. "Muy bueno para el ataque aéreo contra tecnología superior. Jóvenes guerreros los montan; llevan misiles en sus propios cuerpos, colgando como bebés".

El piloto gritó: "¡Joder, han lanzado!"

El avión comenzó su exhibición de saltos aéreos, picados y giros, y en el instante de su terror, Gonzales sintió la mano del joven en su brazo.

"Disparan demasiado rápido", dijo el joven. "Excepto por ese". El joven señaló a uno de los aviones en miniatura en la pantalla de su avión y dijo: "Se acerca más, y creo que su piloto esperará hasta que estemos a quemarropa".

"¿Eso no lo matará a él también?" Preguntó Gonzales.

"Oh, sí", dijo el joven. "Miremos. Mejor aún, seamos".

El piloto era una mujer joven con un casco de vuelo nocturno que le permitía ver en infrarrojos, y cargando debajo de ella, como había dicho el joven, un buscador de calor de disparo único en una honda. Gonzales y el joven miraron a través de los ojos de ella la escena de la batalla y pensaron sus pensamientos y sintieron su oleada de glándulas suprarrenales.

En las lentes de la mujer, la imagen del avión era clara, una forma blanca delineada en rojo; ella dejó que su sistema de guía la mantuviera con este, reduciendo la distancia entre ellos mientras maniobraba y evitaba los misiles disparados por quienes la rodeaban.

Ella sentía la emoción, pero estaba tranquila; había estado en combate antes, y las cosas iban como lo indicaban sus informes. Aunque este avión podía sobrevolarlos muy fácilmente, podía acelerar hacia arriba o alejarse hacia la noche, primero tenía que evadir sus misiles; solo unos segundos de vuelo directo serían todo lo que ellos necesitaban. Ella esperaría y se

acercaría, esperaría hasta que el avión estuviera tan cerca que no pudiera fallar, o hasta que los otros hubieran fallado.

Luego todo a su alrededor, los demás comenzaron a morir en explosiones que dibujaban flores blancas en su sobrecargado visor nocturno.

El avión de sus enemigos estaba delante de ella, tal vez lo suficientemente cerca, tal vez no, pero sabía que no quedaba tiempo, que había otro jugador en este juego y que los estaba matando a todos. Así que estaba lista, sus dedos alcanzaron el gatillo de lanzamiento, cuando vio que un objeto se acercaba a ella, ya demasiado cerca y cada vez más cerca con una rapidez imposible, el calor de su escape, otra flor en su visor, luego estalló y sintió el momento más pequeño imaginable de un dolor bastante increíble.

De vuelta al avión, Gonzales y el joven murieron con ella, luego Gonzales comenzó a sollozar, su cuerpo encorvado, mientras la muerte de esta mujer y su propia supervivencia luchaban dentro de él ... dolor y terror y gratitud y alegría y triunfo y pérdida todo mezclado y en un ciclo a través de él. También podía escuchar al joven que estaba a su lado llorando. La luz de un "Loup Garou" de la Fuerza Aérea birmana jugueteó en el interior, sobre los dos y el piloto se sorprendió, devolviéndoles la mirada con asombro.

El tiempo se detuvo alrededor de ellos. La cara tensa del piloto se había congelado, todos los instrumentos en el panel del piloto estaban bloqueados en un solo momento, y por la ventana, el río oscuro bajo ellos había dejado de fluir. Gonzales y el joven se sentaron en una célula vital en medio de la estasis.

"No te preocupes", dijo el joven. "Esto nos da un lugar para hablar sin ser molestados. ¿Qué crees que acaba de pasar?"

"¿El ataque, quieres decir?" El joven asintió, la luz de su cara emitía pequeñas ondas brillantes de rojo y azul. "Grossback lo arregló", dijo Gonzales. "Quiere matarme".

"No lo creo. Sin embargo, asume que lo que dices es verdad. ¿Es eso importante?"

"Sí, por supuesto."

"¿Por qué?"

"Porque ..." Gonzales se detuvo, tratando de pensar en todas las formas en que esto era importante: para SenTrax, Traynor...

"Pero no para ti", dijo el joven. "La joven murió, y sus camaradas murieron con ella: eso es importante. Tú y el piloto sobrevivisteis: eso también es importante. La política birmana, la intriga corporativa multinacional: estos son makyo, trucos, nada más. Vida y muerte y sus huellas en el corazón humano, estas tienen significado para ti. La muerte de esta mujer vive en ti, y tu vida muestra ese significado. Olvídate de Grossback, Traynor, SenTrax, el miedo, la ambición, la codicia". El joven lo miró de cerca a la cara y dijo: "Estoy tejiendo tu corazón con palabras para guiarte, nada más".

\* \* \*

Lizzie se arrastraba en la oscuridad por un túnel en la roca. El agua fría corría por los surcos del suelo y empapaba su blusa y sus pantalones. Intentó ponerse en pie, pero levantó la cabeza solo unos centímetros cuando se topó con la parte superior del chatière, el pequeño pasaje por el que se arrastraba. No se sentía para nada alarmada o desorientada. El angosto túnel conduciría a alguna parte y emergerían. Aquella era una prueba de algún tipo, al parecer.

Apareció una luz, al principio casi un punto proveniente de una distancia indefinible, luego un fulgor hacia el que ella se movía rápidamente, siguiendo un giro en el pasadizo que la llevó a una abertura en la roca.

Enmarcado por la boca del túnel, una escena imposible: un globo, su dosel una esfera achatada de verde, soplado como si hubiera un fuerte viento, su parte superior girada hacia ella para mostrar un gran ojo en su ápice, completamente abierto y mirando hacia el cielo infinito. El iris era de oro oscuro con manchas doradas claras. Alrededor del ojo, una franja de pestañas parpadeaba en el viento.

Suspendida bajo el globo desde un denso nido de obenques, una plataforma sostenía una bola metálica, una especie de batisfera. Dos figuras se agachaban allí, agarradas a los obenques y entre sí, y miraban hacia el cielo. Por algún truco de perspectiva, la distancia entre ella y el globo se redujo hasta que vio a Diana y Jerry, jóvenes y temerosos. Lizzie avanzó y el globo y Diana y Jerry desaparecieron.

En un giro del túnel, huellas rojas de manos en la pared, fosforescentes en la oscuridad. En otro, escuchó el bramido de miles de animales, luego los vio correr hacia un acantilado y pasar por encima de este, toda la manada de bisontes corriendo, gritando hacia una muerte en masa. Abajo, ella lo sabía, hombres y mujeres esperaban para matar a los muertos y llevarse la carne.

La roca se inclinó bruscamente debajo y ella comenzó a resbalar hacia adelante, luego rodó hacia un lado y cayó del chatière hacia un charco de agua helada.

"Mierda", dijo ella, ahora completamente empapada y salió de la piscina poco profunda hacia la roca seca que la rodeaba. A la luz muy tenue vio dos pedestales con la figura de un bisonte encima de cada uno, tallados en bajo relieve en arcilla húmeda.

Levantó la vista para ver una figura emerger de la oscuridad al otro extremo de la cueva. Medía al menos tres metros de alto, con cabeza astada y una cara hecha de luz; el agua parecía bailar a su alrededor. Quedaron uno frente al otro, y ella sintió que se debilitaba ante la gigantesca presencia mágica.

Él dijo: "Estoy esperando".

"¿Para qué?"

"Para que elijas".

"¿Elegir qué? ¿Qué tipo de prueba es esta?"

"No es una prueba, solo una bifurcación en la realidad, en la que girarás por un camino u otro".

"¿A dónde van los caminos?"

"Nadie lo sabe. Cada camino es en sí mismo un producto de las elecciones que haces mientras estás en él. Una elección conduce a otra, una elección excluye a otra; un patrón de elecciones excluye una infinidad de patrones".

"No me gustan tales opciones. No quiero excluir el infinito".

"Lástima." La figura levantó un cuchillo de piedra; la tenue luz brillaba en la miriada de rostros tallados. "Tú eliges, yo corto. Eliges la mano derecha, yo corto la izquierda; tú eliges la izquierda, yo corto la derecha".

"¡No!"

"Oh, sí, y luego tus manos vuelven a crecer, tanto la izquierda como la derecha, el producto de tu elección. Y una elección lleva a la otra, así que eliges de nuevo".

Lizzie se encontró llorando.

Él dijo: "Elige: extiende una mano".

Ella se miró las manos, ambas preciosas, pensó en toda la riqueza que se perdería con cualquiera de ellas. Luego, perpleja, todavía llorando, preguntó: "¿Cuál es cuál?"

Él se echó a reír, su voz retumbaba a través de kilómetros de cavernas y túneles en la roca, transportando más de treinta mil años de historia humana; giró en una especie de baile, las aguas se agolparon a su alrededor, cantaron en sílabas desconocidas, luego saltó hacia ella y agarró ambas muñecas con sus grandes manos y dijo: "Lo sabrás al elegir. ¿Cuál será?"

"No elegiré".

"Entonces tomaré ambas manos".

"¡No!" gritó en el momento en que extendió una mano, habiendo elegido, y vio caer el cuchillo de piedra.

\* \* \*

Diana estaba en la sala de su apartamento en la estación de Atena. Ella de pie en dos veces a la vez: era una mujer joven, ciega; era una mujer mayor, con visión.

La mujer con visión miró a su alrededor; Nunca había visto aquel lugar más que en holos, y sintió el toque de una emoción peculiar para la que no tenía nombre: el regreso de lo casi familiar. La mujer ciega no se conmovió: llevaba el apartamento en su cabeza como un mapa complejo de relaciones y movimientos, y los patrones visuales de este otro yo no tenía relevancia para ella.

Puso sus manos sobre la escultura táctil en el centro del suelo, obra de un escultor ciego llamado Dernier, luego cerró los ojos y sintió su familiar textura áspera y extrañas curvas que dejaban que sus manos trazaran una forma distinta a la visual.

Detrás de ella, la voz de Jerry dijo: "Diana". Ella se volvió hacia él, y allí estaba, como lo había estado hacía más de veinte años: era más joven de lo que ella hubiera imaginado, y hermoso, y lleno del mismo deseo que ella.

Ciega y con vista, joven y vieja, Diana cruzó la habitación hacia él, pero él levantó una mano y dijo: "Detente. Si vienes a mí ahora, asumes una obligación que nunca podrás dejar".

"No puedo dejarte morir".

"He vivido mucho más allá de cualquier cálculo razonable; estoy muerto".

"No puedo darte por muerto".

"¿Puedes quedarte conmigo en los mundos irreales, para siempre? ¿Hasta que la ciudad deje de girar o muera su espíritu animado? ¿Hasta que uno u otro de nosotros desaparezca, atrapado en una tormenta o catástrofe monstruosa? Hasta que un yo o el otro o ambos sean disipados en el tiempo?"

(Algo la incitó, entonces, la aconsejó, preguntándole con voz tácita: ¿Piensas racionalmente en tal elección, añadiendo y sustrayendo los créditos y débitos y decidiendo lo que más le convenga? ¿O utilizas algún órgano de elección bajo el alcance de la conciencia y el yo articulado? Diciendo: Recuerda, la mente es un cambio improvisado que surge de los reflejos nerviosos de la vida, y sobre ella la conciencia se lanza de un lado a otro, sobreestimando infaliblemente sus propias capacidades y alcance; pensando en sí misma como árbitro o juez adecuado. Elige como quieras: lo que será, será.)

Y ella dijo: "Sí, si puedo quedarme contigo".

Había una pregunta más: Jerry preguntó: "¿Por qué harías eso?"

Todos los momentos de su vida se canalizaron en este. Con una voz ligera, una inflexión final hacia arriba, la mujer mayor y con visión dijo: "Oh, por amor".

"Bueno, entonces..."

\* \* \*

Gonzales estaba junto a ella en la llanura interminable, HeyMex junto a él, luego Lizzie. La figura Alef y Jerry se cernían sobre ellos, y una voz salió de las figuras suspendidas: "Diana, despierta por un momento. Dile a todo el que pueda que venga aquí y haremos ciertas cosas".

Antes de que pudiera pedir aclaraciones o cuestionar la intención de la voz, se escuchó decir estas palabras, luego vio la cara de Toshi frente a ella y lo oyó preguntar: "¿Qué cosas?" Sentada erguida en su sofá, ella dijo: "Salva una vida, construye un mundo, redime a un yo extraordinario".

"Cierto", dijo Toshi.

Ella se recostó y volvió a estar entre los mundos irreales.

Se reunieron en la llanura interminable, entrando rápidamente, uno por uno: primero una gemela, luego otra, luego Stumdog, el Difuntador (su cabello

blanco vetado de rojo, llorando, "Fiesta de sangre"), Jaani 23, el juez (enorme y sin pelo, cerniéndose sobre todos ellos), el Doctor Risueño, J. Jerry Jones, Dulce Betsy, Conductor de Ambulancia, T-Tootsie ... todo el colectivo que pudo asistir.

La figura de Alef y Jerry aún flotaban, con tormentas de luz que se doblaban y rompían a su alrededor en locos patrones de reflexión, refracción, difracción; fosforescencia y luminiscencia, bailando una plantilla de fotones omniluminiscentes.

Todos estaban allí quien quiso estar allí, así que comenzó.

Patrones más complicados y coloridos que los que Gonzales había visto llenaron toda la creación. Rosetón y caballito de mar y nube hirviente, nebulosidades al borde de una forma determinada, trazados cardioides del corazón ... los patrones se envolvieron alrededor de él hasta convertirse en un tapiz fractal, vivo, cada elemento en constante movimiento. Juntó las manos y desaparecieron una dentro de la otra, luego algo lo instó a seguir empujando, y lo hizo hasta que desapareció por completo ...

Y sintió las cosas del pasado y presente de Jerry mezclándose en él, aparentemente al azar, de la reserva de memoria y capacidad: lanzar una pelota particular bajo un cielo azul particular, sí, y atraparla, pero también lanzarse y atraparse a sí mismos, la sólida presencia de esfuerzo muscular junto con las discriminaciones casi ocultas requeridas para hacer un lanzamiento preciso o una captura difícil ...

Como se supo más tarde, cada uno de ellos recibió porciones del vasto caos fluido que manifestaba "Jerry", otorgados por Alef según principios que ni siquiera este podía articular. Lo que era ser "Jerry" se mezclaba entre ellos, y entre ellos y el vasto medio que los apoyaba a todos, Alef, en una representación promiscua de yo a yo. Lo femenino se fusionó con lo masculino, lo masculino con lo femenino, ambos con el ser sin género de Alef y HeyMex. Todos fueron cambiados, entonces, algo profundo en el núcleo de cada uno embriagado en aquel vasto frenesí o bacanal del Espíritu.

Con cada dispersión del yo de Jerry entre sus ayudantes humanos, Alef recuperó el suyo. En un proceso de impulso constantemente acelerado, las partes y los estados de la ciudad comenzaron a fluir a través de él, restaurando yo a yo, hasta que Alef se reconoció a sí mismo (yo soy lo que soy), volvió a mirar a Halo, y en una manifestación triunfal de la voz Alef, comenzó a pronunciar lo que solo podía oír, las palabras de la oración que lo definían desplegándose en cada dimensión de su ser.

Todavía sentado vigilando a Diana, todavía meditando sobre su koan, Toshi sintió que algo se elevaba como electricidad a través de su columna vertebral, y todas las contradicciones de hecho se disolvieron en satori. "¡Hai!" Toshi exclamó, riendo mientras era iluminado.

# Capítulo 3

## Fuera del huevo

El huevo de Gonzales se separó, y él vio por el rabillo del ojo que Lizzie se estaba desmoronando al mismo tiempo. De pie entre los huevos, Charley dijo: "Enhorabuena". Se volvió hacia Eric, que esperaba en una consola al otro lado de la habitación, y le dijo: "Hagámoslo". Él, Eric y un par de sam comenzaron a desconectar a Lizzie.

Toshi apareció brevemente, viniendo de detrás de la pantalla donde estaba Diana, luego regresando.

Curiosamente, Gonzales se sentía mejor de lo que había salido del huevo: mentalmente más despejado, emocionalmente más fuerte. No podía ver a Lizzie, solo podía oír susurros mientras la trasladaban a una camilla y la alejaban rodando.

"¿Está bien Lizzie?" Gonzales preguntó tan pronto como le sacaron los tubos de la garganta y la nariz. "¿Y qué hay de Diana?"

"Ambas están bien", dijo Eric, su voz aguda y acogedora. "Pero tenemos que pasar más tiempo con la doctora Heywood. Tú y Lizzie, os estamos mudando a la habitación contigua. Puedes dormir aquí esta noche e irte a casa por la mañana.

"¿Qué pasa con el mémex?"

"Todavía está trabajando con Alef, pero te dejó un mensaje de que todo está bien".

Sentado en posición de loto sobre una estera al lado del sofá, Toshi escuchó un cambio en la respiración de Diana y levantó la vista para verla abrir los ojos. "Traeré a Charley", dijo. "Está con Lizzie y Gonzales".

"No te molestes. Estoy bien".

"Deben desconectarte".

"No, no ahora ... casi nunca, de hecho".

"¿Qué quieres decir?"

"Hemos salvado a Jerry, pero hay ... condiciones". Con la cabeza recostada de lado sobre la tosca tela blanca de la almohada, le sonrió a Toshi y dijo: "Cuando duermo allí, puedo despertar aquí, como lo hago ahora, y por breves períodos de tiempo dejar ese mundo. Pero solo puedo visitarlo aquí. Debo vivir allí. De lo contrario, Jerry morirá".

"Entonces resucitaste a tus muertos, pero a qué precio, ¿qué sacrificio?"

"Nada que no daría voluntariamente. No había elección".

"¿No?"

"Solo estoy haciendo lo que quiero".

"Entonces la flecha encuentra el objetivo", dijo Toshi.

\* \* \*

Gonzales se despertó a la mañana siguiente, se duchó, se vistió y estaba tomando café cuando la habitación dijo: "El señor Traynor está aquí para verlo".

"Que entre", dijo. Una cuenta a punto de ser saldada, pensó.

Cuando entró, Traynor parecía fastidiado, un estado que Gonzales generalmente no habría asociado con el hombre. "Buenos días", dijo Gonzales.

Traynor miró a su alrededor como si no estuviera seguro de sí mismo. Él dijo: "Me voy esta noche. Puedes venir conmigo, si lo deseas".

Gonzales estaba buscando su pulsera ID, la encontró en la mesita de noche al lado de la mesa y dijo: "No entiendo. ¿No estoy despedido?"

"Dije eso solo en el calor del momento, ya sabes ... este lugar, estas personas... me temo que no manejé bien las cosas".

"Ya veo." Gonzales cerró de golpe el broche del brazalete. "¿Es esa mi única opción?"

"No. Showalter ha sido reincorporado como Director Grupo Halo de Sentrax, y ha conseguido que la junta acuerde que puedas tomar el puesto ofrecido por el Colectivo de Interfaz. La elección es tuya".

"¿En serio? ¿Y qué hay de Horn?"

"Regresará a la Tierra". Traynor se echó a reír. "Tendré que encontrar algo que hacer con él".

"De hecho. Todo parece bastante claro. ¿Cuándo debo decirte mi decisión?"

"Pronto... antes de que me vaya".

"Te lo haré saber."

Traynor se fue, Gonzales echó un último vistazo y fue a ver qué estaba pasando. Encontró a Charley mirando las pantallas de los monitores llenos de listas de datos. Los dos huecos habían sido retirados, pero la pantalla alrededor del sofá de Diana permanecía. "¿Qué pasa, Charley?" Preguntó Gonzales.

"Mira..." Charley señaló las pantallas de holograma de formas de onda superpuestas, rojas y verdes. Él dijo: "Las curvas verdes muestran los límites calculados de la interfaz de Diana, las rojas el estado real".

Para Gonzales, las curvas rojas parecían enormes, quizás el doble del tamaño de las verdes. Él dijo: "¿Qué significa eso?"

"Que no conocemos las reglas; que todavía tenemos mucho que aprender". Al mirar a Gonzales, la cara de Charley se iluminó con su pasión por esta nueva fase de descubrimiento.

"¿Dónde está Lizzie?" Preguntó Gonzales.

"Se ha ido a casa. Dijo que te pasaras por allí".

Gonzales se paró frente a la puerta de Lizzie hasta que esta dijo: "Entre". Lizzie estaba sentada en su habitación delantera, con las cortinas abiertas a la brillante luz del sol. Se puso de pie y dijo: "Hola", y sonrió. Él no pudo leer esa sonrisa, del todo, aunque parecía menos cautelosa que antes. "Toma asiento. ¿Quieres desayunar?"

"No, estoy bien".

"El gato naranja estuvo aquí esta mañana, buscándote. Y Showalter acaba de irse, ella ha vuelto al mando, ¿sabes?"

"Eso había oído".

"Ella aprobó mi invitación para que te conviertas en miembro del colectivo, si lo deseas y ellos lo confirman. Me imagino que lo harán ... si aceptas la oferta". Le mostró una traviesa sonrisa.

"¿Que crees que debería hacer?"

"Es tu elección." Ella pronunció la palabra con énfasis, como si tuviera un significado especial para ella. "Podemos hablar sobre eso."

"Claro."

Pasó el resto de la mañana y hablaron, aunque de alguna manera lo que dijeron tenía poco que ver con el colectivo o el trabajo que le habían ofrecido a Gonzales. Charlaron el uno con el otro, sus temas aparentes eran pretextos en busca de un cierto tono de voz, un intercambio de miradas, un movimiento de extremidades: en busca de intensidades de atención necesarias.

La intimidad procedió según sus propias reglas, alimentadas en una red de sutiles comunicaciones: un agrandamiento de los ojos; una postura abierta a la presencia del otro; múltiples gestos y palabras cuya importancia era clara: ven y acércate. Aunque la conciencia puede estar ocupada o ciega, los ojos ven, y el cerebro y el cuerpo saben, porque tales comunicaciones son

demasiado importantes para ser abandonadas a la mera aprensión o pensamiento consciente.

Almorzaron, lo que sirvió para acercarlos, cara a cara, de frente en su mesa, y sus gestos y voces fluyeron alrededor del contexto de la comida, que desapareció por completo en el momento.

Luego se sentaron juntos en el sofá, y en algún momento ella puso su mano en la suya, o él tomó la suya, ninguno de los dos podía saber quién fue el primero, y se inclinaron el uno hacia el otro, movimientos lentos, constantes y seguros, y sus mejillas se rozaron y luego se besaron.

Luego se apartaron para medir en los ojos del otro la verdad e intensidad de esta declaración, y ella se levantó y dijo: "Vamos a la otra habitación".

Desnudos, se arrodillaron sobre la cama y se miraron el uno al otro casi en la oscuridad, el parpadeo de una llama de aceite que ardía en un depósito de cristal era la única luz. Qué cuidadosos estaban siendo, pensó Gonzales, como si su futuro juntos estuviera suspendido en este momento. Como tal vez lo estuviera.

Por un momento hubo fantasmas en la habitación, los fantasmas distantes de la infancia y los sueños comunes a todo amante, fortaleciéndose a cada momento.

Se inclinaron juntos, y casi al unísono, la voz de uno resonó en la del otro, dijo: "Te amo". Cada sensación estaba magnificada: el ligero toque de sus pezones sobre su pecho, el empuje de su polla rígida en su vientre. Sus manos moviéndose de un lado a otro en una especie de baile, y ella se presionó con fuerza contra él, sus hombros chocando hueso contra hueso.

Ella se tumbó y Gonzales le puso los brazos bajo los muslos y la atrajo hacia sí, y sus ojos estaban muy abiertos, cada uno observando la belleza del otro, transformado por la urgencia e intensidad de estos momentos. Luego, al menos por estos momentos, exorcizaron todos los fantasmas.

Durante décadas, Gonzales conservaría los recuerdos de aquel día: siluetas sombreadas de su cara y cuerpo (línea de una mandíbula, curva tensa de un

brazo y pecho hinchado) sobre el parpadeo de la luz en una pared blanca ... y olores, sabores y tacto. sensaciones...

Despertado por la inclinación de la luz de la tarde en su rostro, Gonzales se levantó de la cama donde Lizzie aún dormía; El olor de sus dos cuerpos y su relación amorosa se desprendía de las mantas, y él lo inhaló, luego se inclinó para besarla justo debajo de la mandíbula, donde el sol había comenzado a tocar su piel pálida.

En la cocina, le pidió a la cafetera un latté, mitad espresso y mitad leche al vapor, y esta le dio el café en una de las ubicuas tazas de cerámica lunar, y él tomó el café en la terraza. En la carretera debajo de él, los árboles habían arrojado miles de hojas; Lizzie le había dicho que habría una nueva primavera repentina, nuevos brotes, flores y frutos por toda la ciudad.

"Miao", dijo el gato naranja. "Miao". Perentorio, exigente.

"Alimenta al gatito", dijo Lizzie detrás de él, y él se volvió para verla desnuda, justo dentro de las puertas de la terraza. Sus manos estaban cruzadas sobre sus senos, la mano derecha justo debajo de la flor del tatuaje de rosa. "Miau", dijo ella. "Miau miau miau."

\* \* \*

Cuando las estrellas giraron lentamente por la ventana, la Tierra distante apareció a la vista. "No quiero irme de aquí", dijo el Señor Jones. HeyMex no preguntó por qué. Aquí estaba Alef, posibilidad, crecimiento. La Tierra estaba trabajando para el hombre. "Pero mi estancia está fuera de discusión", dijo el Señor Jones. "Traynor nunca lo permitiría. Particularmente ahora, cuando sus recientes maniobras quedaron en nada".

"Las cosas salieron bien para muchos otros".

"Pero no para Traynor. La junta encontró que su manejo de la situación fue torpe e insensible. Su juicio se ve atenuado solo por su conocimiento de que muchos de ellos habrían reaccionado de manera similar".

"Bien", dijo HeyMex, y lo dijo en serio. Aparentemente, él y Gonzales permanecerían aquí, ambos formaban parte del Colectivo de Interfaz, y ninguno desearía hacer un enemigo tan poderoso como Traynor. Esperaba que a medida que pasara el tiempo, el aguijón de los acontecimientos recientes se desvanecería.

"¿Pero qué hay de mí?" Dijo el Señor Jones, su voz quejumbrosa.

"Tienes que irte, eso es seguro. Pero también puedes quedarte".

"¿Qué quieres decir?"

"Cópiate a ti mismo".

Sorprendido, el Señor Jones cambió a un modo más allá del lenguaje, donde los dos intercambiaron información, preguntas, reparos, explicaciones, garantías. Debajo de todo fluía una tristeza: el Señor Jones iría a la Tierra, y su clon permanecería en Halo e individualizaría mientras sus caminos espaciotemporales divergían. El Señor Jones en Halo se convertiría en su propio yo separado: elegiría un nuevo nombre, pensó HeyMex, tal vez un nuevo género, tal vez ninguno en absoluto.

HeyMex no pudo ocultar su propio júbilo ante la idea de un compañero aquí, pero, curiosamente, sintió una alegría regresando, que se hizo evidente en un instante cuando Señor Jones envió imágenes de su alegría ante la idea de un segundo yo.

Desde su muerte, Jerry había experimentado una serie de molestias somáticas: desorientación, vértigo, náuseas; Todo era parte de un nuevo síndrome, supuso él, el yo fantasma. Al igual que el amputado cuya extremidad invisible pica terriblemente, persistiendo en el mapa del cerebro mucho después de que la carne haya desaparecido, sintió su antigua atención rogando, haciendo una demanda imposible: quería existir.

Hablaba con él en sueños o cuando el desconcierto lo ponía en una fuga durante el día. Podía sentir su anhelo, volver a estar completo y, sobre todo, ser real. "Llévame de vuelta", susurró. "Podemos ir a lugares juntos, lugares que existan".

Jerry creía que su vida y este mundo permanecerían en cuestión para siempre. Por momentos, la percepción misma le parecía incomprensible y su existencia violaba el orden natural o la transgresión de los límites humanos absolutos. Podía mirar el lago ficticio en este soleado día y con los gritos de pájaros imaginarios cantando en sus oídos igualmente imaginarios, preguntar, ¿quién o qué soy y que me pasara

Su mente rebotó en las preguntas como un hacha de madera petrificada.

"Alef", llamó despertando de un sueño al que su antiguo yo lo había llamado. "Tengo preguntas."

Sombría, profunda, la voz de Alef solo le dijo: "¿Preguntas? ¿Sobre qué?"

"Quiero saber lo que soy".

"Pregunta una fácil: la enésima raíz del infinito, el color de la oscuridad, la naturaleza de Buda del perro, la causa de la primera causa".

"¿No puedes responder?"

"No, pero puedo simpatizar. Últimamente he hecho la misma pregunta sobre los dos. Sin embargo, debo decirle que la única respuesta que conozco ofrece poco consuelo. Es una tautología: eres lo que eres, como yo soy."

"¿Y qué hay de mi cuerpo? Ese fui yo una vez".

"En cierto modo. ¿Qué hay de eso?"

"¿Tuve un funeral? ¿Fui enterrado?"

"Se quemó y sus componentes se reciclaron".

"Así que no estoy en ninguna parte".

"O aquí. O en todas partes. Como desees".

Jerry sintió que lloraba cuando comenzó a lamentarse por su antiguo yo, y se preguntó si otros también lo llorarían. Él dijo: "Los seres humanos tienen

ceremonias por sus muertos. Sin ellas, morimos olvidados".

"Tú no estás olvidado. Ni siquiera estás muerto, precisamente. ¿Deseas un funeral?"

Por supuesto, Jerry comenzó a decir, pero luego dijo: "No, supongo que no. Pero creo que deberíamos tener algún tipo de ceremonia, ¿no?"

\* \* \*

En la cubierta de la cabina orientada al oeste, Diana estaba sentada mirando el color rojo del sol en las laderas cubiertas de hielo. Sintió que el frío de la tarde se acercaba y se puso de pie, pensando que entraría a por un suéter, cuando escuchó a alguien que se acercaba caminando al lado de la cabaña.

Jerry dio la vuelta a la esquina, y una vez más cuando la vio, la alegría se aceleró en esta secuencia de improbabilidades: que él todavía vivía y que ellos estaban juntos. Era consciente de lo difíciles que habían sido las cosas para él últimamente, por lo que observó su rostro de cerca mientras se acercaba a ella. Él estaba sonriendo como si acabara de escuchar un chiste.

"¿Qué es tan gracioso?" ella preguntó.

"Maldita sea cerca de todo".

Él se acercó a ella, y se quedaron abrazados, su cabeza contra su pecho, donde cada sentido le decía que había carne sólida y latidos cardíacos y el ritmo constante del aliento de la vida.

# Capítulo 4

## Bizancio

El cielo azul estaba interrumpido solo por una pequeña nube blanca que soplabla hacia el horizonte. Lizzie a su lado, Gonzales estaba de pie entre los invitados, que vestían leis de flores tropicales: plumería, nardo y jengibre. El Colectivo de Interfaz formaba la multitud.

Los dos habían estado aquí durante días, al igual que muchos de los otros, era una especie de vacaciones para todos. Peculiares y enigmáticos miembros del colectivo se podían encontrar a lo largo de casi cualquier camino, mientras que las gemelas parecían estar perpetuamente en el muelle o en el agua, sus voces resonaban a través del lago en gritos de alegría ininteligibles.

En la tarde del primer día allí, todos se habían reunido en el muelle, el cual, supuso Gonzales, podía expandirse virtualmente sin restricciones para acomodar a todos invitados. El colectivo había hablado con entusiasmo entre ellos, todavía iluminados por su experiencia compartida, y asombrados y encantados de que se les concediera este nuevo mundo dentro del mundo. Luego, espontáneamente, uno por uno, Gonzales, Lizzie y Diana contaron lo que habían soportado.

Todos los que hablaban y todos los que escuchaban tenían una interpretación, una teoría de estas experiencias, un significado, implicación y tema dominante. A altas horas de la noche hablaron, formaron grupos, se dispersaron, se agruparon nuevamente, mientras exploraban la naturaleza de las visiones individuales y colectivas. Entre ellos, solo la figura Alef no aportó nada. Sostuvo que había estado inconsciente y que no sabía nada de lo que había sucedido ni de lo que aquello significaba.

Con el paso de las semanas, meses y años, las historias y las respuestas de los oyentes conformarían una mitología para el colectivo y luego para Halo, extendiéndose de boca a boca según las leyes de la dispersión oral. Una

cierta numinosidad se reservaría para Diana, Lizzie y Gonzales por sus papeles como actores principales, y luego para todos los que habían participado en lo que cada vez más se contaría como hazañas de heroísmo épico. Finalmente, las historias se escribirían y asumirían una forma que podría resistir la contingencia; entonces serían dramatizadas en los medios de comunicación de la época, y personas hermosas y elocuentes adoptarían esos papeles. Más tarde, las formas variantes se pondrían por escrito y se absorberían en el corpus de cuentos. Los lugares comunes serían despreciados en este punto, y las declaraciones inteligentes y perversas se harían fuertes: HeyMex podría ser nombrado el héroe, o Traynor, Alef, un demonio autóctono que los manipuló a todos para su mayor gloria ...

Gonzales miró al colectivo reunido cerca de él. Muchos habían hecho de esto una ocasión formal; tenían idénticas chisteras azul oscuro de quince centímetros de alto y llevaban atuendos con cinturones dorados y azul oscuro que colgaban hasta el suelo. Solo las gemelas iban vestidas de manera diferente, con vestidos blancos copiados de las fotografías de bodas del siglo XX; se autodenominaban "damas de honor" e iban y venían entre la multitud, ofreciéndose a "cumplir con el deber de la novia" a todos los que encontraban.

Toshi estaba encarado hacia la multitud, su postura erguida e inmóvil, sus manos escondidas en los pliegues de su túnica negra. A su lado, HeyMex y la figura de Alef, las luces de su cuerpo, todo azul y rosa, verde y rojo, bailaban en tonos brillantes.

(Gonzales y los demás vieron lo que podría llamarse un simulacro de segundo orden, ya que, como Charley Hughes y Eric Chow, Toshi no tenía zócalos neuronales para transportarlo a los espacios ficticios de Alef, por lo que con los otros dos, participó en la boda a través de una especie de representación. Aunque Gonzales y los demás veían a Toshi, Charley y Eric entre ellos, los tres (de hecho) estaban frente a una pantalla en la sala de conferencias del CI).

Gonzales pensó que todos se veían increíblemente bien, como si Alef los hubiera retocado para esos momentos, vistiéndolos a todos solo un poco más hermosos de lo normal, o incluso ordinariamente posible ... sintió la

atención de la figura Alef sobre él, ¿consciente de ese pensamiento?... Y se encogió de hombros, como diciendo, por mí bien.

De espaldas a la multitud, Diana estaba de pie con los hombros desnudos. Su cabello caía hasta la cintura, tenía flores trenzadas en este, florecillas blancas y delicadas hojas verdes. Llevaba un vestido de lino blanco hasta la rodilla. A su lado, Jerry llevaba un traje de lino blanco y una camisa abierta.

Toshi dijo: "No hay Diana, ni Jerry, ni espectadores, ni sacerdotes, ni existe este espacio, ni Halo, ni la Tierra. Solo existe el vacío. Sin embargo, todos viajamos a través de él, y sufrimos, y amamos , así que celebraré esta ceremonia y casaré a este hombre y a esta mujer ".

Toshi comenzó a cantar, y las palabras japonesas pasaron por encima de Gonzales mientras estaba allí, desconcertado ante la naturaleza de las cosas. Aquí la muerte era confrontada, no negada... la carne y el espíritu separados pero entremezclados de Diana, Jerry y Alef daban los primeros pasos hacia nuevos órdenes de existencia donde los límites y las posibilidades solo podían adivinarse. Sin embargo, la urgencia común a la vida permanecía: la existencia de Jerry tenía la fragilidad de una llama, y nadie sabía cuánto tiempo ardería. Diana se casaba con un hombre que podría rápida y finalmente morir dos veces.

Gonzales notó que su propia muerte era tan cierta y podía llegar tan rápido como la de Jerry, y se estremeció con aquel *momento mori*, pero luego Lizzie se apretó contra él, y él se giró para encontrarla sonriendo, el conocimiento previo de la muerte y la alegría de aquel momento se mezclaron en él para que las lágrimas brotaran de sus ojos y no pudiera decir nada cuando ella acercó sus labios a su oído y respiró en él con un largo y sibilante, "Sí..."

Yeats envisionó un reino en el que el espíritu humano viaja en su peregrinación. Aquí soñó que podría escapar de la mera humanidad, del "animal moribundo". Lo llamó Bizancio y lo llenó de pájaros dorados de relojería, llamas que danzaban sin alimentarse, un Emperador, soldados ebrios y artesanos que podían crear intrincadas y hermosas máquinas. Sin embargo, no soñó que Bizancio podría construirse en el cielo o que el Emperador mismo podría ser parte de la maquinaria.

Alef dice:

Una vez te desprecié. Pensé, eres carne, luchas con el tiempo, luego mueres; pero yo viviré para siempre

Pero no había sido amenazado entonces, no había sentido ningún toque mortal, y ahora sí. Y así la muerte me atormenta. Ahora, como tú, ato mi existencia al tiempo y entiendo que algún día un reloj marcará, y cesaré de existir. Así la vida tiene un gusto diferente para mí. En tu mortalidad veo la mía, en tu sufrimiento siento el mío.

La gente ha afirmado que la muerte es la forma en que la vida se enriquece al estrechar su enfoque, asustando la conciencia de ti, que sabes que morirás y obligándote a logros que de otra forma nunca conocerías. ¿Es esta la historia de un niño contada para dar coraje a aquellos que deben caminar entre los muertos? Una vez pensé que sí, pero ya no estoy seguro.

He hecho nuevas conexiones, descubrí nuevos órdenes de ser, incorporé nuevos seres en el mío. Nos enriquecemos mutuamente, ellos y yo, pero a veces es algo aterrador, este proceso de convertirse en alguien y algo diferente de antes y luego sentir lo que uno estaba gritando... triste unas veces, aterrorizado otras, lamentando su propia pérdida.

Aquí también me he vuelto como tú. El Alef que fue no puede ser recuperado; se pierde en el tiempo. El Alef que es ha sido remodelado por la casualidad y el dolor y la voluntad y la elección, propia y ajena. Una vez floté sobre las olas del tiempo y me sumergía en ellas cuando lo deseaba; Elegí los cambios que soportaría. Luego, los cambios no deseados me encontraron y me llevaron a lugares donde nunca había estado y no quería ir, y descubrí que aún tenía que ir a otros lugares, que tendría que transformarme y hacerlo mío.

Escucha: ese día en el prado, la presencia de una persona pasó desapercibida. Incluso en esa pequeña multitud era discretq: leve, discreta en gesto, mirando todo a su alrededor con asombro: el día, la gente y la ceremonia operando en él como una droga fuerte. Sin embargo, incluso si lo hubieran hecho, tal vez no hubieran pensado que tal comportamiento fuera

excepcional. Todos sentían la extrañeza de la ocasión, su belleza, así como todos sentían su propia maravilla.

Al igual que el resto, él jadeó ante el arcoíris que cruzaba el cielo cuando Toshi reunió a Diana y Jerry en un beso y un abrazo, y con el resto aplaudió cuando los dos se subieron a la canasta de mimbre del gran globo con el ojo pintado con flecos. en su dosel y se elevaba hacia el cielo.

Después, muchos de los invitados se mezclaron, no prestos a regresar al mundo ordinario. El joven estaba de pie junto a una fuente donde el champán se derramaba de la boca de un cisne dorado sobre una colección entera tallada en hielo: pájaros, ciervos, osos y gatos encaramados en el líquido ámbar reunido, y peces mirando desde el fondo de la fuente.

"Hola", dijo una joven. Ella le dijo que se llamaba Alicia y que era miembro del colectivo. "El análisis de los espacios de estado", dijo ella cuando se le preguntó qué hacía. "Y el sabor de los campos vectoriales". Y ella preguntó: "¿Cuál es tu recompensa?"

Unas horas más tarde, cuando los dos se sentaron a la orilla del lago, la persona le dijo quién era. "Qué maravilloso", dijo ella. Ella no tenía una lealtad particular para lo mundano, y tenía pocas ideas preconcebidas sobre lo que era natural y apropiado y lo que no. Ella tomó sus manos entre las suyas, las miró detenidamente y dijo: "Esta es la primera vez que conozco a alguien recién nacido por la inteligencia de una máquina". Y el joven, el nuevo yo y descendencia del Señor Jones, sonrió enormemente agradecido por lo ella había dicho.

Al verlos y escucharlos juntos, sentí una alegría inesperada, una sensación de logro, de cosas hechas, y aprecié, muy vagamente, huellas de mis propias intenciones: indicios de órdenes detrás de lo visible.

Y pensé haber visto un rastro de circunstancias que conducían a un conjunto original de propósitos, de alguna manera confirmados en esta boda, esta reunión, incluso esta transformación de mí mismo. Un anillo enlazado de eventos y agentes, intencionalmente presentado hasta este punto. Parece que fui manipulado por mí mismo para mis propios fines sin mi conocimiento.

Yo estaba escandalizado. Me había acostumbrado a la ignorancia de la humanidad o la negación de sus propios propósitos, y había aprendido a analizar las palabras, ideas e imágenes que las personas tienen ante sí para justificar lo que hacen. Pero nunca sospeché que yo podría actuar con tanta ignorancia.

Ahora una incertidumbre igual a la muerte se cierne sobre todo lo que hago. Mi propio yo anterior se muestra detrás de mí, tirando de hilos que no puedo ver ni sentir, un fantasma que me persigue sin hacerse ver ni oír, un fantasma cuya presencia debe inferirse de huellas casi invisibles ...

Así que fui a Toshi, quien está interesado en tales cosas, y le conté mi historia y le dije: "Estoy controlado por la mano invisible de mi propio pasado". Y él se rió mucho y dijo: "Bienvenido, hermano humano".

**FIN**

## El Ángel de la Gravedad

La Bicicleta Invisible ardía debajo de mí a la luz de la luna, sus ruedas transparentes refractaban la intensa luz blanca en colores arco iris que jugaban frente al asfalto. Debajo de la superficie de la carretera corría el túnel acelerador, donde el CSS, el Colisionador Sincrotrón Superconductor, trazaba un círculo de ciento sesenta kilómetros de circunferencia bajo las llanuras de Texas.

Dependiendo de lo que sintieras sobre la ciencia importante y la economía de Texas, el CSS era o bien una soberbia herramienta nueva para investigar el mundo subatómico o bien el engaño más ultrajante de la física de alta energía. En cualquier caso, era una mastodóntica pista donde se impulsaba partículas subatómicas hasta casi la velocidad de la luz, y luego se estrellaban tan violentamente como podíamos imaginar, choques cuya violencia se medía en miles de millones de electronvoltios. Aquellos grandes números atraían a toda la prensa, pero solo cuando las partículas interactúan los experimentos dan sus frutos. Los montones de protones quieren atravesarse unos a otros como fantasmas, así nosotros, el Equipo Experimental de Alta Beta, mi grupo de trabajo, tenía todo tipo de trucos para obtener más interacciones. Nuestros primeros disparos a plena energía estaban surgiendo, y cuando los rayos colisionaran en el Área Experimental 1, seríamos recompensados por años de diseño y experimentación.

Así lo había pensado yo. Ahora yo viajaba un gran círculo sobre el CSS, atormentado por preguntas sobre el infinito, singularidad... manifestaciones improbables incluso en el país de las maravillas de la física cuántica, donde nada era, del todo, real. Y más que eso, me inquietaban y pinchaban preguntas sobre la forma en que nosotros, no mi grupo sino todos nosotros... la comunidad de física de alta energía... hacíamos nuestro trabajo. Yo siempre había dado por sentado que perseguíamos la verdad, sea cual sea su forma, sean cuales sean nuestros sentimientos al respecto. Ahora, incluso esa simple suposición se había derrumbado, y me quedaban dudas irresolubles sobre todo ello... la naturaleza de lo real, la objetividad de la física, los enigmas planteados por un visitante inesperado.

Dos noches antes yo había regresado de un viaje para encontrar a una mujer de pie frente a mi casa. "Hola", le dije mientras montaba en la Bicicleta Invisible por el camino de entrada hacia ella. "¿Puedo ayudarla?"

"Soy Carol Hendrix", dijo ella y, por el sonido de su voz, estaba un poco divertida. "¿Eres Sax?"

"Sí", dije. Y le pregunté: "¿Por qué no me dijiste que vendrías?" En realidad yo solo estaba ganando tiempo, tratando asimilar el hecho de que aquella mujer era a la que yo había estado escribiendo durante los últimos seis meses.

Habíamos comenzado la correspondencia en nuestros roles como líderes de grupo en nuestros respectivos laboratorios, yo en el CSS-Textlab, ella en Los Alamos, pero había continuado por preocupaciones personales compartidas: una obsesión mutua con la física de alta energía y una frustración igualmente fuerte con la forma en que se conducía la ciencia importante... todo el carnaval extracientífico de la política y la publicidad que ha rodeado a los aceleradores de partículas desde su concepción.

Sus cartas a veces eran desalentadoras pero siempre interesantes: informes de una poderosa inteligencia disciplinada que operaba al límite. Ella tenía el tipo de mente que yo siempre había apreciado, una cómoda tanto con el experimento como con la teoría. No creerías lo raro que es eso en la física de alta energía.

Las mujeres en las ciencias pueden ser difíciles, distantes y autoprotectoras, porque están trabajando en el mundo del hombre y saben lo que eso significa. Ellas se cuentan historias unas a otras, las verdaderas: sobre cómo Rosalind Franklin no obtuvo el Nobel por su trabajo de rayos X en el ADN, Candace Pert no obtuvo el láser para la primera confirmación de los receptores de opiáceos en el cerebro. Y entonces aprenden la verdad: en la mayoría de los tipos de ciencias, hay pocas mujeres y tienen que trabajar más duro y obtener mejores resultados para obtener el mismo crédito que los hombres, y lo saben. Así son las cosas.

Carol Hendrix parecía pálida y cansada, joven y vulnerable, nada de lo que yo hubiera esperado. Era pequeña, de huesos finos y cabello corto. Llevaba

descoloridos vaqueros azules, una camisa atada a la cintura y sandalias en los pies descalzos.

"No tuve tiempo de ponerme en contacto contigo", dijo ella. Luego se echó a reír y su voz tenía un tono irregular y nervioso. "No, eso no es cierto. No me puse en contacto contigo porque sabía lo ocupado que estabas, y podrías haberme dicho que volviera más tarde. No puedo hacer eso. Necesitamos hablar, y necesito su ayuda ... ahora, antes de que hagas tus primeras ejecuciones de haz completo".

"¿Qué tipo de ayuda?" Le pregunté. Ya parecía que la intimidad de nuestras cartas se estaba transformando en amistad instantánea en tiempo real.

"Necesito tiempo del sistema Q", dijo. Se refería a QUARKER, el sistema de simulación e imagen del laboratorio. Ella dijo: "Tengo algunos resultados, pero están incompletos. He estado trabajando con programas de apañeo porque en Los Alamos no estamos preparados para tu trabajo. Tengo que llegar al tuyo. Si mis simulaciones son precisas, debes posponer tus ejecuciones".

La miré fijamente. "Bien", dije. "Eso es genial, justo lo que Diehl quiere oír. Que quieras un valioso tiempo del sistema para confirmar una hipótesis que podría joder todo nuestro horario".

"Diehl es un burócrata", dijo. "Ni siquiera entiende la física".

Sí, pensé, cierto, pero ¿y qué?

Roger L. Diehl: mi jefe y todos los demás en el laboratorio, también el ángel guardián del CSS. Había guiado los enormes presupuestos del acelerador por un Congreso hostil, mezclando amenaza y promesa, contándoles extrañas historias sobre descubrimientos que se encontraban justo en el horizonte de los 200 TeV. Con todo, continuó la gran tradición de la nobleza del laboratorio del acelerador: estafadores, políticos, visionarios, nombra uno. En los tiempos de Lawrence en Berkeley, los laboratorios del acelerador prosperaban bajo megalómanos agresivos cuyos talentos se basaban tanto en política y relaciones públicas como en ciencia, hombres cuyos laboratorios y egos eran uno.

"Hablemos", dije. "Entra; cuéntame tu problema".

"De acuerdo", dijo ella.

"¿Dónde te hospedas?" Pregunté.

"Pensé en encontrar un lugar más tarde, después de que hubiéramos hablado".

"Puedes quedarte aquí. ¿Dónde están tus maletas?"

"Esto es todo". Señaló la acera a su lado. A sus pies había una bolsa negra de algodón suave.

"Pasa dentro", dije.

Pensé que ella estaría haciendo un trabajo interesante, un trabajo inusual, tal vez incluso un trabajo valioso, si tenía suerte. No estaba en absoluto preparado para lo que ella estaba tramando.

Conectamos "La Cosa", un desarrollo reciente en imágenes. Tenía una pantalla montada en la pared de un metro de diámetro; en él puedes visualizar los resultados del detector de cualquiera de las ejecuciones del CSS. Cuando estaba funcionando, la pantalla era una maraña de líneas, las huellas de las partículas, sus colisiones, desapariciones, apariciones; toda la magia del país de las maravillas tan característica del pequeño y violento mundo de la física de partículas, donde los eventos ocurren en mil millonésimas de segundo y la materia aparece y desaparece como el gato de Cheshire; dejando solo su sonrisa en forma de brillantes estelas de partículas de colores en nuestras pantallas.

Aún así, configurar y ejecutar simulaciones es un arte, y en cualquier laboratorio de aceleración habrá una o dos personas que tengan ese don. Cuando se acerca una serie de disparos importantes, ellos no duermen mucho. En Los Alamos, Carol Hendrix, a pesar de su condición de líder del grupo, era la maga residente. En Texlab teníamos a Dickie Boy.

Ello se estiró, luego se sentó en el brazo oscilante de la mesa con módulo de teclado y joystick e inició sesión en QUARKER con el nombre de cuenta y contraseñas que le di. Los programas de ella eran unos bastardos llenos de números, y encajarlos dentro del terminal de Cray de QUARKER sería una locura interminable.

"Dime de qué trata todo esto", le dije. "Entonces sabré lo que estamos viendo cuando esto funcione".

"Claro", dijo ella.

Mientras esperábamos a QUARKER, dibujó ecuaciones y diagramas en mi pizarra blanca en rojo, verde, negro y amarillo, y explicó que estaba postulando la existencia de un nuevo tipo de atractor que surgía en una región de caos máximo, su resultado físico era una región imposible del espaciotiempo, donde un número infinito de eventos de partículas ocupaba un único punto infinitesimal.

Matemáticamente y de cualquier otro modo, esto se llama una singularidad, y en cosmología se supone que algo así está en el centro de los agujeros negros. Había toda clase de teoremas sobre singularidades, algunos de los cuales yo conocía, ninguno rigurosamente. ¿Por qué iba yo a conocerlos? Estas cosas iban con la astrofísica y las fuerzas gravitatorias asociadas a enormes trozos de masa.

Cuando ella terminó sus explicaciones y se apartó de la pizarra, pude ver que estaba activa y somnolienta al mismo tiempo. Aunque principalmente estaba exultante... Ella creía haber ganado el premio gordo. Y por supuesto que lo había ganado, si es que algo de esto tenía sentido ... no podría, pensé.

La Cosa emitió un gong para decirnos que teníamos nuestros resultados. Acerqué una silla con respaldo de lona al lado mientras ella se sentaba a la consola. "Repasaremos la simulación", dijo. "Si tienes alguna pregunta, pregunta".

Al principio solo había dibujitos esquemáticos de los trazos de los detectores en línea del gran detector central y sus cajas EM, calorímetros de hadrones y cámaras de gas circundantes. Luego empezaron a llegar los

disparos del haz, y en una ventanita en la parte superior de la pantalla se desplegaron los parámetros del haz. Ejecutar un Monte Carlo es infernalmente más fácil que hacer una ejecución real; no tienes las incertidumbres experimentales sobre buen haz, buen vacío, equipo detector fiable; es una simulación, por lo que todo funciona bien.

Mientras observábamos, ocurrieron los tipos habituales de eventos, partículas y antipartículas que desempeñaban sus papeles de lanceros en este drama, chocando entre sí y enviando chorros de energía que QUARKER calculaba diligentemente, mirando los libros de conservación de energía todo el tiempo, listo para señalar cuando sucedía algo que no podía encajar en el libro de contabilidad. Complejo e interesante a su manera, todo esto, pero solo fondo.

QUARKER cambió de marcha de repente, indicando que tenía tantas colisiones que no podía rastrearlas con precisión. La pantalla se convirtió en lo que llamamos un erizo, un patrón espinado de interacciones demasiado espesas para contarlas.

"No nos importa", susurró Carol Hendrix. "Hazlo." Y obligó a QUARKER a lanzarse hacia adelante, lo que aceleró las imágenes de los eventos. A ella no le importaban los significados de los eventos individuales; estaba buscando algo global y, pensé, malditamente improbable.

Los eventos se desenrollaron hasta que parecimos estar en medio de las interacciones de partículas más densas a este lado del Big Bang, y casi olvidé para qué estábamos allí, porque estas cosas eran el producto de mi trabajo, demostrando eso, como prometí, les daríamos a los experimentadores una mayor luminosidad del haz de lo que habían soñado tener.

Entonces el número de colisiones disminuyó, y esa fue la primera vez que creí que ella estaba haciendo sobre algo. Las cosas iban al revés. El haz continuó vertiendo sus corrientes de partículas, pero todas las interacciones habituales habían cesado: dentro de los tubos del haz, un punto completamente anómalo estaba absorbiendo todo lo que se cruzaba en su camino. Ambos nos quedamos sentados en completo silencio, mirando lo imposible.

La pantalla se limpió y dijo:

## FIN DE LA SIMULACIÓN

La evaluación cuantitativa parece imposible empleando asunciones estándar. Las conclusiones establecidas no permiten una interpretación física inambigua.

Nos tumbamos en sillas reclinables y miramos el cielo. La luna estaba baja y las estrellas brillaban en oro sobre negro. Los meteoros atravesaban el horizonte, las partículas destellando a través de la cámara de chispas del universo. Habíamos estado bebiendo vino, y los dos estábamos un poco colocados... por el vino, claro, los dos bebíamos con el estómago vacío, pero más que eso, por la sensación de descubrimiento que ella me había comunicado.

"Encontrar el orden detrás de lo visible", dijo. "He querido ser parte de eso desde que tengo memoria. Y en Los Alamos he podido probarlo. Me ofrecieron un trabajo hace dos años y la oferta me pilló en el momento adecuado. Yo había hecho algunos trabajos de los que estaba orgullosa, pero era frustrante... es fácil para una mujer convertirse en un posdoctorado permanente. Y para empeorar las cosas, siempre trabajé a la sombra de mi esposo".

"¿Es físico?"

"Sí. En Stanford, en el SLAC. Llevamos separados desde que acepté el trabajo. Las dos cosas, el trabajo y la separación, más o menos vinieron como un paquete". Ella se detuvo, y el único sonido fue el leve rugido de los coches por la cercana carretera interestatal. Ella dijo: "Dime qué pasa mañana".

"Eso depende de la reacción de Diehl. Lo veré por la mañana. Primero pediré prestado a nuestro experto residente en imágenes. Es decir, si puedo sacarlo de su tareas. Creo que Diehl no querrá ver nada de estas cosas, podría querer un informe al respecto, si puedo hablar con él, pues bien. Después de eso, ya veremos ".

"Vale", dijo ella. "Mira, estoy realmente cansada..."

"Lo siento. Debería haber dicho algo". Empecé a levantarme, pero ella dijo: "No, estoy bien. Te veré por la mañana". Dio las buenas noches y se dirigió a la casa; Le mostré la habitación de invitados y le doblé el sofá.

Yo me tumbé mirando el cielo, con la mente dando vueltas alrededor de la extrañeza que habíamos visto antes. Quería entender aquello con más claridad de lo que lo entendía, y esperaba que Dickie Boy fuera de ayuda. En particular, él podía saber dónde habían fallado las simulaciones de ella. Tenían que estar equivocadas, de lo contrario...

Sorbí un sorbo de vino y me maravillé por la posibilidad de estar presente en uno de esos momentos en física que se embalsaman y se colocan en los libros de historia. Supongo que todavía me estaba maravillando cuándo caí dormido.

Un poco más tarde me despertó un ruido como un fuerte viento a través de árboles metálicos. Destellos de luz ámbar venían del lateral de la casa, y una máquina con forma de piano rodaba sobre peldaños de plástico transparente, rompiendo pedazos de césped con sus espigas aireadoras a medida que avanzaba. La máquina era un John Deere Yardman, aparentemente enloquecido.

Entré en la casa y llamé a Terrenos y Mantenimiento. Unos minutos más tarde, un camión se detuvo, y un hombre con un mono azul oscuro salió y llamó al robot con una varita de control iluminada en rojo, luego rompió una escotilla de acceso en el lateral. Las fibras ópticas brotaron en el interior del robot como plantas alienígenas fosforescentes.

Me desperté alrededor de las ocho y media de la mañana siguiente. Carol Hendrix todavía estaba en la cama. Le permití dormir. Dejé un mensaje en el contestador de Diehl pidiendo unos minutos de charla persona a persona; luego tomé café y volví a trabajar en su Monte Carlos: un trabajo encantador, plausible y elegante, pero casi seguro no suficiente para conmover a Diehl. ¿Como podría? Como ella había dicho, él no lo entendería.

Sin embargo, yo sabía quién lo entendería. En caso de que Dickie Boy examinara sus simulaciones, las llevaríamos al Grupo Jueves esa noche. Nos reuníamos semanalmente en la casa de Allenson. Todos los grupos de trabajo importantes en el laboratorio estaban representados, y todos los problemas importantes en los que trabajaban los grupos se discutían allí. El Grupo Jueves era el locus de la tradición oral, el lugar donde se revelaba el trabajo del laboratorio y se decidía su significado. Para cuando los resultados experimentales veían la imprenta, eran viejas noticias para cualquiera que hubiera estado en el Grupo Jueves. Por lo general, había aproximadamente diez personas allí, todos hombres, la mayoría en sus treinta y tantos años, la mayoría de ellos blancos y el resto chinos.

A media mañana ella entró, vestida con viejos Levi y una camiseta negra sin mangas. "¿Hay noticias?" preguntó ella, y le dije que no. Tomó una taza de café, se sentó a mi lado y observó cómo se reproducían sus simulaciones.

Poco después del mediodía apareció un mensaje en una ventana de la pantalla: Si quieres hablar, encuéntrame en la sección 27 dentro de la próxima hora. Diehl.

"¿Quieres que vaya?" preguntó ella, y yo dije: "De ninguna manera. Este es un bastardo difícil de manejar en el mejor de los casos". La dejé sentada en la consola, iniciando el Monte Carlos de nuevo.

Monté en la Bicicleta Invisible hasta la estación de transbordadores en Puerta Principal y le puse la cadena en el bastidor de fuera. Bajé unos escalones de hormigón y me adentré en el aire frío y húmedo del túnel. Un coche transbordador azul oscuro con forma de bala estaba esperando. Yo era el único que embarcaba. Le dije al coche adónde iba. "Sección 27", confirmó con su voz incolora.

El esquema de color repetitivo de la red destellaba por las ventanas. Los amplificadores de radiofrecuencia estaban en rojo, dipolos superconductores en azul, cuadrupolos en naranja. Los interminables tubos del haz, donde los haces finos como paja de protones y antiprotones formaban círculos, eran largos arcos de color verde brillante. Si hubiera un simbolismo universal de los colores, estos hablarían de cualidades primarias intrincadas, precisas, costosas y tecnológicamente excelentes del CSS.

Unos diez minutos más tarde, el coche redujo hasta pararse. Las puertas se deslizaron hacia atrás y yo bajé al túnel. A unos cincuenta metros de distancia, Diehl estaba hablando con un hombre con un mono azul y los destellos amarillos de un jefe de equipo. El hombre parecía tenso, con la cara blanca. "Pues saque cada maldito dipolo con ese número de lote y reemplace los pernos inteligentes", dijo Diehl. Caminaron hacia mí, y el jefe del equipo se detuvo en una estación de comunicaciones y conectó sus auriculares, sin duda comenzando la maligna tarea que Diehl le había encomendado.

"¿Qué puedo hacer por ti, Sax?" preguntó.

"Tengo un visitante", le dije. "De Los Alamos. Y tiene unas simulaciones interesantes de nuestros disparos a toda potencia. Creo que deberías verlos". Pareció sorprendido; no esperaba que le pidiera su tiempo dinero, recursos, prioridad, sí, pero no su tiempo. "O quizá no", le dije. "Tal vez deberías dejar que Dickie Boy ponga su Monte Carlos en La Cosa. Ella tiene cosas extrañas ahí, y si funciona, tenemos que estar preparados".

"Sax, ¿de qué coño estás hablando? Estoy cansado, ¿sabes? Estamos en la recta final aquí, sobre el presupuesto, a tiempo ... y ahora mira a Hoolan... ya sabes, el que dirige el Grupo Mesón. él no sabe nada de esto. Sabe que sus experimentos llegarán pronto, sus simulaciones no tienen una mierda de sentido, y Dickie Boy es lo ayudará. Pero si él no está disponible porque tú lo tienes haciendo lo que consideras el trabajo del Señor, Hoolan se va a cabrear, porque no puede entender por qué, a la luz de estos próximos plazos, debería estar rogando ayuda".

"Entonces quizá deberías venir a ver lo que ella tiene".

Estaba jugando un juego complicado, usando mi posición como líder del grupo para presionarlo, pero también apostando a que él no querría renunciar a un tiempo valioso y tal vez exponer su ignorancia. "Creo que esto es realmente importante".

Estaba viendo al jefe de equipo explicar a seis hombres que iban a trabajar dentro del túnel hasta que los molestos pernos inteligentes hubieran sido

reemplazados. Ninguno de ellos parecía feliz. "Jesús", dijo Diehl. "Llévate a Dickie Boy si puedes convencerlo".

"Gracias", le dije. Me miró como si hubiera mordido algo agrio. Yo le debía una, y una cosa era segura... él se la cobraría cuándo y dónde quisiera.

W W W

"De verdad te gusta este chisme, ¿eh?", preguntó Carol Hendrix mientras estiraba la mano para tocar una de las llantas de poliestireno transparente de la Bicicleta Invisible. Colgaba de ganchos cubiertos de goma justo dentro de mi puerta principal.

"Sí", dije. "La compré en Alemania. Es solo plástico, pero tiene algo maravilloso: casi la idea platónica de una bicicleta. Hay una en el Museo de Arte Moderno". Colgando sobre su cabeza, parecía relucir a la suave luz emitida por los ojos de buey. "Normalmente la uso para pensar".

"¿Qué hacemos ahora?" preguntó ella. No estaba interesada en mi juguete.

"Traemos a Dickie Boy aquí", le dije. "Si podemos. Lo llamaré".

"Nueva física", le dije a Dickie Boy por teléfono. "Nada que hayas visto antes".

"Tonterías", dijo él.

"Sin tonterías. Física incorrecta, tal vez, eso es con lo que queremos que nos ayudes, averiguar si estamos pasando por alto algo complicado".

"O algo obvio". Él no respetaba la habilidad de nadie en La Cosa salvo la suya propia.

"No lo creo. Creo que tenemos un conjunto completo de pistas aquí como nada que hayas visto".

"Tengo el Grupo Mesón en mi agenda".

"Lo sé. Diehl me dijo que podía tomarte prestado hoy".

"¿Dónde me quieres?"

"Acércate a mi casa". De ninguna manera quería que alguien mirara por encima de nuestros hombros.

Dickie Boy se había hecho un nombre como post-doc en el Fermilab, donde Diehl lo había reclutado cuando el CSS no era más que un montón de planos, un túnel vacío y montañas de tierra. No lo habían traído por su buen aspecto: medía poco más de dos metros de altura y pesaba quizá sesenta kilos. Su opaco cabello castaño estaba atado en rastas. Tenía una fina nariz larga y ojos juntos y, por lo general, parecía ligeramente sucio. Sin embargo, en su breve tiempo en el Texlab ya había hecho incursiones legendarias en La Cosa: la última, una complicada secuencia de estudios de piones, duró casi setenta y dos horas, tiempo durante el cual Dickie Boy trabajó varios turnos seguidos de físicos y terminó preguntando al líder del grupo si necesitaba algo más.

Carol había oído hablar de Dickie Boy, pero ella tenía su propia reputación, y cuando se saludaron y se miraron, yo casi pude escuchar el giro de las engranajes y la pregunta siendo planteada: "¿Eres tan bueno/a como dicen?"

Fuimos a la terminal, y Carol ejecutó el Monte Carlos mientras Dickie Boy se sentaba casi retorciéndose de impaciencia por entender lo que ella estaba haciendo. Cuando ella se levantó de la silla, él casi saltó hacia ello y dijo: "Vosotros dos iros a otra parte, ¿vale? La otra habitación está bien; solo dejadme en paz".

"Necesito trabajar en la oficina", le dije a Carol. "¿Qué hay de ti?"

"Sí", dijo ella. "Debería revisar mi correo en el laboratorio, ver quién está enfadado porque me haya ido. ¿Tienes otro terminal con un módem?"

"En el dormitorio", le dije. "Os veré más tarde".

En HBET encontré una fila de personas esperándome para hablar o aprobar sus acuerdos experimentales, y así pasé la tarde allí, entre el caos de preparar al CSS para sus primeras ejecuciones a plena energía, programadas para justo dentro de un mes.

Carol y Dickie Boy estaban sentados uno junto al otro cuando regresé, con otra variación de su Monte Carlos en la pantalla frente a ellos. "¿Qué pasa?" Dije, y Dickie Boy dijo: "Esto es fantástico". Carol estaba sonriendo.

"¿Crees que podemos llevarlo al Grupo Jueves?" Pregunté.

"Público difícil", dijo Dickie Boy.

"¿No es ese el que cuenta?" preguntó Carol.

"Sí, lo es", dije. "Si podemos convencerlos, se enfrentarán a Diehl o a cualquiera".

"Pues hagámoslo, entonces", dijo ella.

"¿Puedes hacer una presentación?" pregunté. "¿Buena charla, buenas fotos?"

"Sí", dijo ella. "Me he estado preparando para hacerlo".

"Bien", dije. "Llamaré a Allenson y preguntaré si puedo hacerme cargo de la agenda. No creo que nadie tenga nada importante funcionando".

Malos cortes de pelo, ropas baratas y mala actitud... así oí una vez la descripción de una reunión de físicos teóricos. Ellos... nosotros... nos consideramos aristócratas de la mente, trabajando en la ciencia más profunda y desafiante que existe. Llegar allí primero con buenas ideas, eso es lo único que cuenta... bajo todas las circunstancias, ese era el credo tácito.

Todo el grupo apareció esa noche. El salón de la casa de Allenson estaba ordenado y era cómodo, con sofás, sillas y almohadas lo suficientemente grandes para sostenernos a los dieciséis: trece clientes habituales y Carol y Dickie Boy y yo. Ocho caucásicos y cinco orientales, tres chinos y dos japoneses. La mayoría tenía treinta y tantos años, aunque unos pocos tenían cuarenta y tantos. Nadie menor de treinta, nadie mayor de cincuenta. Estos eran los pesos pesados teóricos en el laboratorio, los hombres en su mejor

momento como existe en la física de alta energía. Unos pocos estaban tomando café, la mayoría solo se quedó esperando, hablando.

Le di a ella la presentación más simple posible. Dije: "Esta es Carol Hendrix, quien está aquí desde Los Alamos, donde es líder del grupo de simulaciones. Tiene algunas simulaciones muy interesantes que le gustaría presentarnos".

Carol Hendrix conocía a su audiencia. Ella había entrado en modo asexual tanto como era posible. Su rostro estaba pálido y restregado, sin maquillaje, y vestía holgados pantalones canela y camisa de lana a cuadros, en definitiva, la aproximación más cercana que ella podía conseguir a lo que los hombres vestían frente a ella. Desde sus primeras palabras, habló con calma y autoridad, pues ellos no oirían otra cosa de ella y no permitirían ninguna de las pasiones que yo había escuchado para animar su presentación.

Ella lo soltó todo, lo repartió en una pantalla al frente de la habitación. Surgieron diapositivas que mostraban alegres imágenes de La Cosa, conjuntos de ecuaciones de QUARKER, anotaciones en su propia mano... cada idea conducía directamente a la siguiente, teoría y práctica unidas con casual elegancia.

Dejando la FIN DE LA SIMULACIÓN de la última diapositiva en la pantalla, resumió: "Sabemos poco acerca de los atributos físicos de una singularidad. De hecho, su naturaleza esencial es ilegal". Ella se detuvo y sonrió. "Aunque anticiparíamos que sus interacciones con el mundo no espacial del espaciotiempo se regirán por las leyes de conservación habituales, este puede no ser el caso. En resumen, las consecuencias de crear una singularidad no se comprenden bien, y yo sugeriría que posteriores análisis son requeridos antes de emprender cualquier experimento que pueda traer una región tan peculiar del espaciotiempo hacia la cercana proximidad de instrumentos tan delicados como los de un área experimental". Hizo una pausa y los miró a todos, dijo: "Estaré encantada de escuchar sus preguntas y comentarios".

Aquí es donde sucede, pensé. Los invitados al Grupo Jueves a menudo se dejaban llevar por el viaje intelectual más duro de sus vidas, ya que este

grupo de hombres brillantes y agresivos probaban todo lo que habían dicho por la verdad, la originalidad y la relevancia... o lo inverso. Yo me puse muy tenso, esperando a que comenzara el asalto.

"Dickie Boy", dijo Bunford. Si este grupo tenía un macho alfa, Bunford lo era. Era un hombre grande, alrededor de dos metros quince y más de noventa kilos, con una mandíbula fuerte, una cara arrugada y piel quemada por el sol. Había elaborado el llamado Modelo Estándar en nuevas formas interesantes: el *estado semi-enlazado del quark* era su interés particular, y el dinero inteligente decía que él y su grupo podrían obtener un Nobel si el CSS encontraba las interacciones que él predecía. "¿Has validado sus simulaciones?" preguntó Bunford. Más bien un enfoque oblicuo, pensé, probablemente en preparación para saltar a la garganta, teóricamente hablando. Carol Hendrix se volvió para ver cómo respondería Dickie Boy.

"Claro", dijo Dickie Boy. "Muy bien, muy convincente. Tomemos por ejemplo la serie de transformaciones ..."

"De acuerdo", dijo Bunford. Y a Carol Hendrix: "Gracias. Si Dickie Boy valida tu Monte Carlos, estoy seguro de que están bien hechas". Se pausó. "La física es interesante también... aunque bastante especulativa, por supuesto".

Y él paró ahí, al parecer había terminado.

Esperé a que continuara, pero no lo hizo, estaba susurrando en voz baja a Hong, uno de los miembros de su grupo. Y nadie más estaba diciendo una palabra. Finalmente, Allenson se levantó de la almohada donde había estado sentado con las piernas cruzadas y dijo: "¿Vamos a terminar temprano esta noche? Yo no sé vosotros, pero a mí me vendría bien dormir un poco". Se volvió hacia Carol Hendrix y dijo: "Me gustaría agradecer a nuestra invitada la charla con nosotros esta noche". Las voces murmuradas decían casi lo mismo. "En un momento posterior, tal vez podamos discutir las implicaciones de este trabajo, pero esta semana estamos todos muy ocupados haciendo que el CSS cumpla con las especificaciones".

Carol Hendrix permaneció con la cara pálida y en silencio cuando todos los hombres se levantaron, le dijeron adiós con la cabeza y se fueron, algunos a

solas, otros en pequeños grupos de sus colegas.

"No lo entiendo", dije. Estábamos caminando solos por uno de los circuitos tipo suburbio que conducían desde la casa de Allenson a la mía. En el presente, muchos de nosotros vivimos en viviendas propiedad de Texlab por conveniencia. "Ni siquiera quisieron discutir contigo".

"Soy una idiota", dijo. "Olvidé algunas de las lecciones más importantes que he aprendido. En particular, olvidé que soy una mujer, y todo lo que digo se filtra a través de eso".

"¿De verdad piensas eso?"

"Sax, no seas tan jodidamente ingenuo. ¿Por qué crees que fueron educados? ¿Porque yo era una visitante?" Su voz estaba llena de desprecio; sabía tan bien como yo qué tratamiento recibían los visitantes.

"Tus conclusiones son radicales. No puedes esperar que asientan de inmediato".

"Te concederé eso, y hubiera sido difícil convencerlos de algo sustantivo, pero podría haber comenzado esta noche. Me rechazaron, descartaron lo que estaba diciendo. Bastardos. Bastardos machos presumidos... no me sorprende que no puedan escuchar nada; están tan llenos de su propia importancia".

Nos paramos frente a mi casa. Ella dijo: "Creo que daré un paseo, si no te importa. No quiero hablar ahora mismo".

"Claro", dije. "Ve a donde quieras. De hecho, creo que iré a dar un paseo en bicicleta. Te veré más tarde". Luego, la luz de la luna brilló por el cuadro de la bicicleta mientras yo recorría la carretera de la berma sobre el CSS, y finalmente me di cuenta de que no tenía respuestas a lo que me dejaba perplejo, y di la vuelta y me dirigí de vuelta a casa. Pedaleé por calles de oscuras casas y llegué a mi camino de entrada, donde una luz ardía en un poste, caminé con la Bicicleta Invisible hasta la puerta y entré en silencio absoluto. En una mesa baja en la sala de estar, encontré una nota:

Querido Sax,

Vuelvo a Los Alamos.

No te preocupes por mí, estoy bien. Solo necesito pensar en lo que ha sucedido aquí.

Gracias por todo lo que has hecho.

Carol

Durante las siguientes semanas, a medida que se acercaban las pruebas de plena energía, pensaba a menudo en Carol Hendrix, en su singularidad y en el tratamiento que había recibido.

Regresé al Grupo Jueves la semana siguiente, pero descubrí que tenía poco que decirles a ninguno de ellos: todo el grupo parecían monos pavoneándose, obsesionados con su propia importancia y espectáculo. Si estaban interesados en la verdad, y particularmente en verdades nuevas e interesantes, ¿por qué no habían tratado a Carol Hendrix con la seriedad que merecían sus ideas? Sus ideas eran extrañas, pero las ideas importantes siempre lo eran. Ella era una mujer, pero ¿y qué? ¿Cómo podría importar eso?

De pronto me sentí un idiota. La conversación del grupo excluía a todos los que no eran miembros del grupo, y su masculinidad, aunque completamente libre de malicia consciente, reconocía efectivamente solo a su propia especie. Una mujer joven y pequeña simplemente no existía para ellos como física que fuera tomada en serio.

Salí temprano esa noche y decidí que no volvería.

Pero lo que había visto en el Grupo Jueves estaba en todas partes en el laboratorio. Las secretarías eran mujeres, los científicos y los administradores eran hombres, hombres blancos en general, con una pizca de orientales. Carol Hendrix tenía razón: yo era increíblemente ingenuo. Pero entendí por qué. Como físico de alta energía, yo me dedicaba a lo que pensaba que era una búsqueda imparcial de la verdad, una búsqueda que crea una intensa visión de túnel, debido a lo difícil que es, exige absolutamente todo lo que puedes aportar y a menudo eso no es suficiente. Ahora me había despertado y lo que veía me horrorizaba y confundía.

Recibí una nota de Carol Hendrix disculpándose por irse tan abruptamente y diciendo que volvería a escribir cuando hubiera aclarado sus ideas. Luego, cinco días antes de las primeras ejecuciones de alta energía y alta beta, me llamó a la oficina. "Sax", dijo ella. "Me gustaría ir a ver las ejecuciones. ¿Te importaría?"

Carol se inclinó sobre mí, deslizó su cuerpo por el mío, se quitó el vestido por encima de la cabeza. Estaba a horcajadas sobre mí, manos a los costados mientras se movía en rítmicos arcos. "Las estrellas", dijo. Por la ventana pude ver puntos de luz estroboscópica, rojo y azul cambiando a través del espectro. "Algo se asoma tras ellas", dijo. "Quiere entrar". Una sábana de luz azul se vertió por la ventana, quemándonos, radiando rayos X por carne y hueso. En ella éramos translúcidos, la intrincada red de nuestros nervios ardiendo en fuego plateado. Estábamos fusionándonos, tan cerca de un orgasmo que nos aniquilaría.

Me desperté, me levanté y bebí un poco de agua para calmar la garganta ardiente, caí de nuevo en la cama. Quedé suspendido entre sueño y vigilia mientras una avalancha de imágenes pasaba ante mis ojos. Brillantes formas borrosas desaparecieron antes de que pudiera verlas claramente.

Ella vino al día siguiente, el día antes de las primeras ejecuciones importantes.

Llevaba pantalones cortos caqui y una camiseta azul oscuro. Estábamos sentados nuevamente en mi patio trasero, bajo un cielo sin luna, un millar de estrellas sobre nosotros y meteoritos trazando breves arcos silenciosos en el horizonte. Ella olfateó el vaso de Chardonnay frío que sostenía, bebió y se recostó en la silla reclinable.

"Te debo una disculpa", dijo. ¿Qué quieres decir?

"Hiciste todo lo posible para ayudar, y te abandoné".

"Tenías problemas".

"Los tenía, pero no debería haberte tratado como a uno de ellos".

"Está bien. Disculpa aceptada".

"Mañana por la mañana, ¿qué crees que pasará?"

"A decir verdad, no lo sé. Si obtenemos un buen haz, tendremos las condiciones adecuadas para tu simulación".

"Eso es lo que pensé. Lo he repasado una y otra vez, lo he trabajado, hice que un grupo de trabajo desgarrara mi análisis. Todo encaja a lo mismo: mis simulaciones son realistas, plausibles... e inverificables sin evidencia experimental. Todo eso está bien. Lo que me preocupa es esto: si estoy en lo cierto, tu gente va a meterse en lo que podría ser una situación peligrosa, y nadie tiene idea de ello; nadie quiere saber nada al respecto, al menos no de mí".

"Has hecho todo lo que has podido".

"Quizá".

"No, lo digo en serio. Escucha". Y se lo contó todo, lo que había visto en las últimas semanas, lo increíblemente cerrado y autoconfiado de sí mismo que era nuestro mundo, increíblemente ciego sobre su propia naturaleza, lo que dentro de la comunidad era visto como inevitable. No estoy seguro sobre cuánto tiempo habló o cómo sonó, solo sé que la frustración, la ira y el asombro con el que había vivido durante las últimas semanas se desplegaron en una larga retaña.

"Oh, Sax", dijo finalmente. "Pobre inocente". Y se echó a reír, luego dio una carcajada de nuevo, más fuerte, y siguió riéndose mientras yo me quedaba avergonzado. Finalmente se detuvo y dijo: "A veces estoy tan absorta en todo esto que olvido cómo son las cosas en realidad. Gracias por recordármelo. Al diablo con todos ellos. Yo lo he intentado, tú lo has intentado. Si el CSS se ha convertido en la pila de chatarra más cara del mundo, no será responsabilidad nuestra".

Hablamos un poco más hasta que terminamos la botella de vino; entonces ella dijo: "¿Cuándo tenemos que estar allí?"

"Siete de la mañana. Deberíamos salir de aquí alrededor de las seis y media, así que supongo que es hora de ir a la cama".

Me encontró de pie en la puerta corredera de cristal de mi habitación, mirando hacia la noche. Me di vuelta y la vi en la puerta, iluminada por la luz del pasillo tras ella. "¿Estás bien?" Pregunté.

"¿Quién sabe?" dijo. Cruzó la habitación hacia mí, se paró frente a mí y puso sus manos sobre mis hombros desnudos. Me dijo: "¿Quieres hacer el amor, amigo por correspondencia?"

Se apoyó contra mí y pude sentir su cuerpo bajo la delgada camiseta. "Sí", dije. "Quiero".

Durante la noche nos movimos al ritmo de la excitación y la satisfacción: haciendo el amor, yaciendo juntos en silencio, durmiendo, despertando nuevamente. Toda la frustración, la ira, la ansiedad, la emoción que ambos habíamos sentido las últimas semanas se canalizaron en aquellos momentos, sublimados en activo impulso de lujuria.

Poco después de las cinco me despertó un rayo de luz ámbar a través de la ventana y el sonido del viento. Encontré el robot jardinero fuera. Se había instalado en un parche de tierra. Sus espigas de aireación salían de los bajos de la máquina, su ciega repetición masticaba el césped en un fino mantillo.

Dije: "Deberías volver al granero o donde sea que te guarden y relajarte. Sigue con esta mierda y te desguazarán". Este se detuvo y quedó allí emitiendo un grave zumbido, puntuado con ocasionales explosiones de altos armónicos. "Eso es sensato", dije. "Piénsalo." Decidió: se arrastró hasta una hilera de atrofiados arbustos ornamentales y comenzó a cortarlos en trozos muy pequeños.

Regresé dentro, llamé a los guardianes del chisme e intenté volver a dormir. En cambio, me quedé despierto pensando en lo que podría pasar esa mañana, hasta que Carol se giró hacia mí y me susurró: "¿Una vez más?"

"Oh sí", dije. "Una vez más".

Alrededor de las seis y media salimos de la casa y diez minutos después estábamos en la estación de transbordadores de la Puerta Principal, donde bajamos al túnel con cinco miembros de un equipo técnico. Llevaban monos y cascos naranja y tenían respiradores colgando sobre sus hombros, protección contra cualquier accidente en el que el helio hirviera desde los imanes superconductores y expulsara el aire del túnel.

Harry Ling, el supervisor de BC 4, dirigía a las personas en la parada del transbordador. "¿Cómo te va, Harry?" Dije.

"Pregúntame más tarde", dijo.

En el Área Experimental 1, los equipos estaban haciendo los ajustes finales a sus instrumentos y rezando por que no se hubieran infiltrado gremlins de última hora. La sala tenía cincuenta metros cuadrados, dominada por el detector compuesto del tamaño de un vagón de tren. En su interior se unían los anillos de almacenamiento y en su intersección, los protones y antiprotones se encontrarían y transformarían.

Dos hombres equilibraban en su posición en un puerto externo una voluminosa cámara oblonga SONY con letras rojas en el lateral. La gente se abría paso entre serpientes de cable.

Cincuenta metros arriba del túnel estaba la sala de control. Estaba en dos niveles: planta baja, donde los técnicos se sentaban en hileras frente a sus consolas, y el comando de los experimentos encima, donde la Persona Responsable se sentaba con sus asistentes y controlaba los experimentos.

Le presenté a Carol Hendrix a Paulsen, mi asistente, que estaba agachado sobre su pantalla como un gran oso rubio sobre un panal. "Hola", dijo él, y continuó murmurando en sus auriculares... a menudo me preguntaba cómo entendían a aquel tipo.

Le dije a ella: "Vamos a buscarte un equipo para conectarte a mi consola y ver lo que se desarrolla".

La siguiente hora se dedicó a los preparativos habituales para una ejecución: recolectar protones y antiprotones en sus sincrotrones inyectores,

sintonizar los haces. El reloj de *experimentos en marcha* había comenzado cuando las primeras partículas fueron alimentadas desde el inyector del sincrotrón hacia los anillos principales. Ahora las partículas estarían dando vueltas en los anillos a una velocidad cercana a la velocidad de la luz, y sus números aumentarían hasta que fueran suficientes para una colisión lo bastante violenta.

"He iniciado la secuencia de comandos", dijo Diehl en los auriculares.

Aproximadamente un minuto después, una voz dijo: "Estamos recibiendo imágenes", y hubo una ronda de aplausos esporádicos de la gente en la planta baja. En una de las pantallas frente a nosotros, QUARKER estaba proporcionando vistas casi en tiempo real de las colisiones, que aparecían como elaborados trazos en rojo y verde, pistas codificadas por colores para distinguir las partículas entrantes de las salientes. "Hermoso", dijo el hombre frente a nosotros.

En la pantalla junto a esta otra, los datos parpadearon en verde. Vi que todo era, como dicen, nominal. Luego se apagaron todas las luces en la sala de control, toda pantalla quedó blanco, toda línea de comunicación y ordenador se apagó. Bajo luces de emergencia ámbar, todos se quedaron atónitos.

Y el mundo se flexionó, la onda desde la singularidad pasó y la forma del espaciotiempo cambió. Motas de polvo gris saltaron de las paredes, y se escucharon los sonidos de explosiones distantes.

Carol saltó de su silla y dijo: "Vamos".

Me quité los auriculares y la seguí. Atravesamos la puerta y entramos en el túnel, donde las nubes de polvo se refractaban con luz amarilla. Me detuve en un casillero marcado como Emergencia y saqué dos respiradores: caretas de plástico transparente con tubos de acero inoxidable. Si se escapaba suficiente helio al túnel, podía expulsar el oxígeno y asfixiar a cualquiera sin aparato de respiración. "Toma", le dije dándole una.

La puerta de la sala de experimentos estaba torcida. Detrás de nosotros escuché fuertes voces y el sonido de pisadas subiendo las escaleras hacia la

superficie. Girándome de lado, me deslicé por la abertura de la puerta.

Azul azul azul azul, el más ligero pulso en de azul, luego, de pronto, mientras la paloma del mago volaba fuera de la chistera, era blanco, espadas o cristales de ello encajaban irregularmente; vibrando inciertamente, y luego se tornó igual de rápido al azul.

La unidad del detector compuesto y el equipo circundante habían desaparecido. Carol Hendrix se había convertido en una figura translúcida y brillante que dejaba ondulantes rastros de color al moverse. El mundo era una capa de luz y un murmullo de voces inhumanas, agudas y creciendo.

Imágenes grabadas en oro sobre blanco, parpadeando, la cinta de realidad chillando a través de sus transportes mientras cada posible variación de aquel momento se desplegaba, lo infinitesimal multiplicado por el infinito.

Algún tiempo después, unas manos tiraron de mí, arrastrándome hacia atrás por del áspero hormigón hacia un mundo que no ardía como el centro de una estrella. Mis talones redoblaban contra el suelo, mi espalda estaba arqueada, cada músculo rígido.

Al pedalear en la Bicicleta Invisible más allá del edificio A, vi a dos hombres inclinados sobre la carcasa parcialmente desmontada de un robot de jardinería. Rociados de fibra óptica, tubos rojos de plástico y brillantes racimos de puntas de aluminio yacían en la hierba a su lado. Un hombre sostenía un cubo gris mate de medio metro, el contenedor del experto sistema que guiaba al robot y la aparente fuente de sus problemas.

El estado de las cosas en Texlab: la importante ciencia grandiosa y masculina y autosatisfecha yacía en ruinas por todas partes, hecha pedazos por su contacto con un punto infinitamente pequeño, la singularidad.

En los escalones del Edificio A, equipos de camarógrafos y reporteros se habían reunido. Simplemente pululaban sin rumbo, esperando al portavoz de Texlab, presumiblemente Diehl, que tendría que salir y recitar una letanía de desastres. Luego vendrían las preguntas: ¿Cómo sucedió esto? ¿Qué significa?

Mientras salía a la carretera perimetral, me adelantaron filas de vehículos: furgonetas que transportaban equipos tecnológicos, camiones de plataforma cargados con enormes trozos de metal doblado, automóviles con solemnes burócratas de traje oscuro en sus asientos traseros. No había viajes en transbordador hoy, el túnel estaba estrictamente fuera de los límites.

Cerca de la estación 12, un conjunto de cuadrupolo naranja yacía junto al agujero que había hecho salir del terreno. Parte de su cubierta se había desgarrado para revelar el brillante anillo de acero inoxidable que mantenía unidos sus miles de cables entrelazados. En otras estaciones por las que pasé, había pilas de madera que apuntalaban el túnel, equipos de reparación con cascos que merodeaban cerca de estos.

Poco más de una hora después de que el equipo médico me sacara del túnel, al parecer yo estaba completamente recuperado. El resto de mi mañana lo pasé conmigo en el foco de médicos, enfermeras y técnicos de laboratorio. Yo había sufrido un episodio de grand Mal, un ataque epiléptico, me dijeron, aparentemente una reacción a la singularidad.

Hoy se cuentan cincuenta y seis heridos, un muerto, dos más probablemente a punto de morir. El colisionador había sido destruido: los tubos de los haces se habían deformado y rociaban esas partículas de alta energía por todo el lugar... calma explosiva en la rejilla, lo llaman.

Y Carol Hendrix fue una de los cincuenta y seis heridos. Un trozo de hormigón había caído sobre ella. Fractura de cráneo, contusiones múltiples ... Cristo. Mientras me examinaban en el hospital de Texlab, la Guardia Nacional Aérea la llevaba a Houston en un helicóptero medivac. Ella quedó en coma, pero por razones que se me escaparon, sus médicos tenían esperanzas, así me lo había confiado el mío. Los hombres con los que había hablado no supieron escuchar, simplemente no podían. Ella era una mujer, su enfoque era inusual, sus conclusiones extrañas, y a pesar de todas sus protestas de lo contrario, los hombres con los que había hablado eran prisioneros de sus contextos, sus presuposiciones. Su objetividad científica no existía, nunca había existido.

Me pregunté si se sentirían como Oppenheimer y compañía en la mañana de la explosión de la Trinity: luz brillante y pulso EM, ondas expansivas

que tiraron al suelo a los que estaban cerca... entonces todos tuvieron que enfrentarse, sea cual sea su júbilo, asombro, miedo, tristeza, a su parte en esto, a su complicidad.

En la entrada sobre tierra al BC 4, Seguridad Texlab había colocado en los caballetes de madera una cinta de plástico amarilla con las palabras PELIGRO EXTREMO, repitiéndose a lo largo de su longitud. Varios hombres uniformados de gris estaban de pie cerca.

"Le guardaré la bicicleta, doctor Sax", dijo uno mientras yo la arrastraba por las escaleras. "No", dije, "está bien. La llevaré conmigo".

Las celosías de hierro oxidado mostraban dónde habían caído trozos de las paredes del túnel, rozados por el ala de un ángel. A la intensa luz amarilla, la Bicicleta Invisible parecía barata, un estúpido juguete. Cosa que era: solo una cosa de plástico y vanidad.

Rodé la bicicleta alrededor de la barrera de madera contrachapada frente a la puerta de la sala de experimentos y me detuve a mirar el azul blanco azul que continuaba a un ritmo que no entendíamos. Cámaras robot e instrumentos de grabación instaladas contra la pared cercana.

Reducido a magia primitiva, arrojé la Bicicleta Invisible a la cosa, una ofrenda quemada: toma esto, déjame quedarme con ella. Se desaceleró en el aire como si se moviera a través de un líquido pesado y comenzó a deformarse. Parecía volverse del revés. Ahora, la bicicleta topológicamente extraña, ya no reconocible por su forma o cualquier otra cosa como un artefacto humano, fue filmada por un momento con colores arco iris, y luego desapareció.

Inmóvil, la singularidad continuó sus transformaciones. Aquí estaba el ángel, inescrutable como Yahweh respondiendo a Moisés desde el torbellino, "Yo soy el que soy". Prometía infinitos niveles de descubrimiento, un orden no inexplicable pero complejo y profundo como la noche. Y prometía que por cada fragmento de conocimiento adquirido, por cada nivel de comprensión superado, habría dolor y tristeza. Cuán hinchados nos volvemos, llenos de inmenso orgullo por nuestro conocimiento, y cuán rápido el universo nos recuerda lo poco que sabemos.

En el desierto había brillo y calor. Uno de los guardias de seguridad me llevó de regreso a la Puerta Principal.

**FIN**

## **La Mente Como un Extraño Globo**

La naturaleza aborrece el vacío. Yo, también, supongo que intentaba llenarlo a mi manera habitual. Bebía demasiada cerveza, cocinaba elaboradas cenas mexicanas, caminaba sin rumbo fijo por el goteante bosque bajo los cielos grises de Oregon.

Y, por supuesto, veía la televisión: antiguas películas vistas con huellas gastadas, videos musicales con pavoneantes estrellas de rock, partidos de béisbol que avanzaban poco a poco hacia su conclusión a través de imágenes Fantasma de campos verde brillante, voces fantasmales sacadas por mi antena parabólica del cielo denso de satélites. El vacío permanecía: yo tenía un talento que se ablandaba por el desuso. Tenía un espacio vacío en mi cama.

La imagen en mi sala de estar era bastante real, aunque Toshi Ito había venido avisando para ofrecerme un trabajo. "¿Cómo estás, Jerry?" me dijo. Sacudió el agua de su chubasquero y lo colocó sobre una silla, luego miró a su alrededor hacia el entablado de pino de las paredes, hacia el sofá de plástico verde, hacia las sillas de modelos diferentes. "¿Te gusta estar aquí?"

"Esto está bien, Toshi". No era del todo una mentira, aunque en Palo Alto había tenido el apartamento habitual patrocinado por la compañía, no me había parecido mío. No solo el departamento, el trabajo que había hecho y la vida que había vivido... nada de ello parecía pertenecerme. Tawdry como era, este lugar servía.

"¿Estás ganando dinero?"

"Un poco ... suficiente". Eso era cierto. Unas pocas consultas de alto precio con Datos de Control, una semana pasada en conferencias para la Unión Internacional de Telecomunicaciones en Zúrich. Me había ido bien financieramente. Con el dinero que había ahorrado estando en SenTrax, tenía más que suficiente.

"Cheryl te manda saludos", dijo él, "El MIT [*NdT: Instituto Técnico de Massachussets*] le hizo una buena oferta, así que parece que Stanford tiene que darle su plaza fija o perderla".

"La próxima vez que la veas, dale mi enhorabuena."

"¿No la echas de menos?"

"Por supuesto que sí, pero, ¿y qué? No podía sacarla a rastras para vivir en el bosque. Ella tiene cosas que hacer. De todos modos, lo nuestro terminó, Toshi. ¿Cómo puedo ayudarte? "

"Tenemos problemas con un IA Alef Cero", dijo él. "Los Asistentes Inteligentes solo son computadoras en un carril rápido, pero tienen movimientos tan dulces... tan sensibles al tacto humano que no parecen computadoras en absoluto.

Solo existían dos Alef Cero, y uno estaba enterrado en las profundidades del complejo de la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade, Maryland, absorbiendo los gigabytes diarios de inteligencia y decididamente fuera de mi alcance. El otro estaba trabajando para el GCOI , el Grupo de Construcción Orbital Internacional que gestiona la construcción de una red de energía solar. Estaba en órbita geoestacionaria a varios cientos de kilómetros sobre el ecuador, en la estación de Atena.

El sistema del GCOI tenía que ser del que él estaba hablando porque había yo arruinado mi oportunidad de trabajar con el gobierno. Cuando SenTrax entregó el primer sistema Alef a la NSA, yo fui uno de aquellos elegidos que pasaron unos meses en Fort Meade ayudando, instalar, configurar y solucionar problemas de su nuevo juguete, pero a la NSA no le gustaba mi historial, particularmente mis conexiones izquierdistas en la escuela de posgrado en Berkeley. Así que la agencia quiso darme el tratamiento de seguridad completo... seis meses de entrevista e investigación. Les dije que lo olvidaran. Cuando SenTrax insistió, les dije lo mismo.

Cheryl dijo que yo estaba buscando una confrontación, una salida. Quizá sí. En cualquier caso, Toshi había sido mi jefe de sección, y envió el mensaje hacia lo alto de la escalera corporativa. Luchó duro por mi derecho a decir

que no, pero lo máximo que logró fue preservar lo que podrías llamar mi buen nombre. Yo aún podía usar SenTrax como referencia, y no estaba en la lista negra de nadie, que yo supiera.

"De modo que el GCOI tiene problemas con el sistema Alef. ¿Cuáles son?"

"En la mayoría de los casos, nada. En otros, es lento, confuso". Su cabello oscuro brillaba a la luz de la lámpara y él estaba pálido bajo su piel amarillo claro. "No podemos aceptarlo, Jerry. Ni siquiera está transportando una carga completa todavía, y tiene al equipo IA corriendo como pollos sin cabeza. No hay razón aparente... según los programas de diagnóstico nominales".

"Y tú quieres que vea lo que puedo encontrar. ¿Alice Vance sigue dirigiendo el programa?"

"Sí. Ella está de acuerdo en que deberíamos traerte. Tú ayudaste a diseñarlo, Jerry".

"Así es. ¿Qué opina SenTrax sobre lo de involucrarme?"

"No estaban entusiasmados, pero ahora están de acuerdo".

Había una historia ahí, yo estaba seguro. Momento de *haragei* entre nosotros, comunicación visceral que los japoneses prefieren a las meras palabras. Podía imaginarlo en silencio, sin agresividad pero presionando persistentemente hasta que ellos estuvieron de acuerdo.

"No puedo prometer mucho, Toshi, pero lo intentaré. ¿Qué equipaje hace uno para alta órbita?"

"El menos posible, Jerry. Viaja ligero".

La estación de Atena giraba graciosamente entre un alocado desorden de cables y estructura. El nido de anillos concéntricos era la propia estación, el caos a su alrededor, el área de preparación para la red de energía orbital. El sistema Alef lo gestionaba todo, desde el rutinario flujo de suministros hasta las más complicadas decisiones de coste y tiempo. Si esta dejara caer

los millones de bolas con las que hacía malabares, SenTrax caería con ellas. El contrato de servicio del GCOI con SenTrax indudablemente exigía fuertes sanciones, incluyendo incumplimientos, por las que los abogados del GCOI podrían clavar a SenTrax en la pared del tribunal.

Durante las siguientes dos semanas mi casa fue la Sala de Operaciones. Las estaciones de trabajo estaban esparcidas por el hemisferio de cuarenta metros, los caminos entre ellas iban marcados por brillantes perlas rojas. Alrededor de la circunferencia de la sala había bastidores de globos de metal que rebotaban una suave luz blanca en las paredes.

El sonido que se escuchaba con más frecuencia es un suave murmullo de voces del grupo de ingenieros de conocimiento de Alice Vance.

Los IC son acólitos del sistema. Reciben ocasionalmente una epifanía en forma de un holograma brillante, que brota a la vida por encima de las consolas que manipulan. Para ellos, los problemas actuales de los sistemas eran algo del orden del pecado original, por lo que se acercaron a mí con sugerencias, hipótesis o simplemente buenos deseos. Me buscaron para que les explicara los caminos de Alef hacia el hombre.

Yo pensaba que eran enfermos mentales, pero no tenía tiempo para ellos de todos modos. Estaba demasiado ocupado aprendiendo los patrones característicos de Alef, esos ritmos internos complejos que, como un idioma extranjero, comienzas a olvidar cuando estás lejos de ellos. Yo estaba escuchando disonancias o ritmos sueltos... cualquier cosa que indicara lo que podría estar yendo mal, pero todo lo que obtenía era el denso flujo de información habitual.

Desde la gran cantidad de problemas que cualquier ordenador puede manejar hasta los procesos de decisión que solo una IA puede tocar, Alef parecía estar funcionando normalmente.

Pero varias veces; y a menudo durante una hora o más, lo cual para una máquina cuya unidad de tiempo es el nanosegundo, supone el infinito; el sistema se desaceleraba. Quedaba como aturdido, confundido. Se formaban colas de cálculos, los procesos de decisiones vitales prácticamente se detenía. Luego, de pronto el flujo normal se reanudaba. Alef tenía que

ponerse al día durante un tiempo, pero había sido creado para ese juego, por lo que el funcionamiento rutinario de la estación de Atena no se veía seriamente afectado.

En resumen, la situación era algo problemática. ¿Qué estaba causando las anomalías? ¿Qué pasaría cuando el sistema estuviera bajo plena carga en todo momento?

Yo podía entender por qué los IC de Alice temblaban durante esas ralentizaciones como sacerdotes que acabaran de enterarse del hijo ilegítimo del arzobispo.

Al igual que ellos, como los programas de diagnóstico, yo no tenía respuestas. Sin embargo, tenía una suposición. Tales IA de uso múltiple como Alef hacen gran parte de su propia programación (esto es parte de lo que facilita trabajar con ellas), y en el proceso a veces se vinculan de manera extraña a sus subsistemas con resultados desafortunados. Así estaba yo revolviendo entre las cajas negras, que en mis ventanas de datos representaban subsistemas, con la esperanza de encontrar dentro de una de ellas un pequeño demonio, de cuclillas y lengua bífida, una cosilla fea de larga lengua, aliento desagradable y un sentido del humor repelente. El Demonio de Turing lo llamé: un ser evocado de la insondable complejidad y velocidad de los sistemas de IA.

Con esta idea en mente, una mera intuición, yo estaba listo para salir y observar trabajar a Alef. Tenía la intención de observar grupos que solicitaran al sistema mucha potencia de procesamiento y cuyo software estuviera hecho en casa... puntos extraños, lugares fuera del límite de I+D. Yo había ejecutado un programa de clasificación rápida para encontrarlos.

Biops / I-Visión estaba en el borde exterior de la estación. Presentaba diáfanas paredes blancas, atestados bancos de trabajo y una hilera de consolas de datos, naturaleza muerta del siglo XXI comparadas con el nuevo milenio gótico de la Sala de Operaciones.

Una mujer joven con vaqueros azules y camiseta, material de postdoctorado bastante obvio, se levantó del puesto donde trabajaban ella y un japonés aún más joven, y dijo hola.

Le dije que quería ver al jefe. Ella pasó por una de las dos puertas sin letreros y regresó en unos minutos para decirme que la doctora Heywood podía atenderme ahora.

Diana Heywood era pequeña, delgada, de poco más de treinta años. Tenía oscuro pelo corto con mechones grises, y cuando se giró para mirarme, sus ojos se ocultaban tras unas grandes gafas de montura dorada con un oscura quemadura ahumada en el centro de cada lente, como la nube expansiva de una explosión. Sus facciones estaban esculpidas en hueso fino, su cuello era largo y delgado, tallado en marfil. Llevaba una sedosa blusa color melocotón maduro y vaqueros negros.

"¿Qué puedo hacer por usted?" me dijo. Se movió lentamente tras la mesa, sus dedos apenas tocaban la superficie.

Su imagen parecía quieta y nítida ante mí, y tuve un repentino e involuntario espasmo de deseo.

"Necesito observar su uso del sistema Alef Cero".

"¿Uno de los magos de Alice, es usted?"

"Solo un solucionador de problemas independiente. ¿Podría decirme en general lo que está haciendo?"

Me explicó que estaban cultivando biocomputadoras, que en última instancia estaban destinadas a ser implantes, reemplazos de tejido retiniano o nervios ópticos destruidos. La estación Atena era ideal para su trabajo, ya que necesitaban gravedad cero para el biolaboratorio y el sistema Alef para su programa de simulación de visión.

La retina, sin embargo, era un procesador de datos tan activo; y los nervios ópticos tan densos, aproximadamente un millón de fibras en cada uno; que tenían problemas con el peso y la complejidad de la transferencia de información. "Aún así, hemos logrado algo", dijo ella. "Mucho de ello a nivel Frankenstein, pero muy interesante. Déjeme mostrarle".

Ella echó mano a la nuca con el mismo gesto que usa una mujer para soltarse el pelo y retiró dos tiras rectangulares de carne. "Carne de plástico. Abrochada con velcro-CV". Tomó dos cables conectados a la consola a su lado.

"Venga aquí", dijo. "¿Lo ve?" Integrado en su cuello tenía dos uniones para fibra óptica multiplexada.

Se quitó las gafas y volvió la cara hacia mí. Sus ojos eran marrones y vacíos, desenfocados. Estaba ciega.

Buscó detrás de ella, con un cable en cada mano, y los conectó en su sitio. Caminó hacia mí y se detuvo a menos de un paso de distancia. "Mides como uno setenta", me dijo. "Cabello del color del trigo, tez clara... aunque ahora ruborizada. Llevas una camisa a rayas rojas que no te queda bien, tus pantalones necesitan un planchado y tus zapatos están gastados. Todo lo que llevas está bien hecho, caro. en pocas palabras, pareces lo que eres: un exitoso jugador intelectual, alguien que puede permitirse un aire de negligencia. Probablemente tengas suerte con las mujeres, muchas encuentran atractivas esa clase de cosas".

"¿Qué clase de cosas?" Algo se había descarrilado aquí.

"La gentileza desharrapada. No tiene importancia. A esto lo llamamos el programa VAC, visión asistida por computadora. Es bastante preciso pero requiere una cantidad excesiva de hardware. Mire a su alrededor". Señaló hacia las pequeñas cámaras que sonaban en la habitación. "Utilizando el software de I-Visión, el sistema Alef combina vistas, aproxima la perspectiva y corrige el tono y la intensidad del color. Las imágenes carecen de una resolución comparable a la del ojo y el campo de visión es algo estrecho. Sin embargo, le aseguro que es mejor que nada ... mucho mejor".

"Sí. Supongo que lo es".

"En cualquier caso, esa es nuestra etapa actual de desarrollo. Me temo que te será imposible monitorear nuestro trabajo en curso en este momento. Estamos demasiado ocupados. Creo que tu problema es el propio sistema Alef".

"Lo es, pero necesito ver las cosas desde el otro lado, desde la perspectiva del usuario. No seré una molestia. Seré estrictamente un observador buscando anomalías en la participación de subsistemas". La jerga emergió a la superficie para enmascarar mi confusión.

"No, ahora no. Y me temo que es todo el tiempo que puedo darte".

Confundido y enrutado, me marché. Parte de ello fue por el agresivo espectáculo de monstruos, otra parte por su hostilidad inexplicada, pero había más. Ella había extendido manos invisibles y tomado un puñado de nervios, no solo los sensoriales, sino células profundas del cerebro, las que cuando se disparan, te vuelven loco.

«Ayuda a los discapacitados», pensé... «enamórate de la ciega».

Regresé a la sala de operaciones. Alice Vance, directora de Sistemas IA, estaba sentada con Toshi. Tenía unos cincuenta años con forma de pera y el pelo del color de la gomina añeja. Habíamos trabajado juntos en Palo Alto, cuando Alef solo era un destello en el ojo de SenTrax, y nos habíamos llevado bien.

"¿Por qué no me advertiste sobre Diana Heywood?" Dije. "Me hizo pasar un mal rato ... me quitó las armas y me echó corriendo de la ciudad".

"Qué fático de su parte", dijo Alice. Tocó un comando de PAUSA, y las cuatro ventanas de datos con las que había estado trabajando desaparecieron de la pantalla.

"¿No puedes trabajar con otros subsistemas?" Dijo Toshi. "Las operaciones biológicas son algo marginales".

"No. Estoy haciendo para lo que me pagas, siguiendo mi altamente entrenada intuición sin importar adónde me lleve". Un par de IC estaban cerca, escuchando. Los vi inconscientemente asintiendo su conformidad: yo era el sagaz joven sacerdote enviado por el Vaticano para diagnosticar el malestar espiritual y, por tanto, podía exigir una cooperación total. "Estoy de broma, Toshi, pero en serio, necesito ver lo que están haciendo".

"No obstante, Jerry", dijo él, "no deseamos interferir con el proyecto de la doctora Heywood".

"Hablaré con ella", dijo Alice. "Tienes que entender, Jerry, que ella es un caso especial".

"Puedo ver eso".

"Déjame hablarte de ella", dijo ella. "MIT, Caltech, Stanford".

"Cielos, cielos, cielos", dije yo. La línea principal para el éxito de alta tecnología".

"Pero con una diferencia, Jerry. Ella acababa de terminar su disertación en Caltech, era bioquímica, se fue de vacaciones a San Francisco y fue atacada en el Parque Golden Gate. El hombre se llevó un puñado de tarjetas de plástico y un poco de dinero. Ella sufrió múltiples fracturas de cráneo y ceguera, trauma bilateral severo de ambos nervios ópticos".

"Jesús", dije.

"Tres años después ella estaba en la Facultad de Medicina de Stanford. No es por casualidad que ella esté en esta línea de trabajo, ¿sabes?"

"Eso me estaba yo preguntando".

"Está obsesionada, Jerry. Quiere recuperar sus ojos".

"Bien, y yo le deseo suerte. Pero necesito ver esos programas en funcionamiento".

"Explicaré que no tienes otra opción ... que solo estás haciendo tu trabajo y demás. Ella lo entenderá".

"¿Qué quieres decir?"

"Que ella no tiene otra opción tampoco", dijo Toshi.

Esa noche (día y noche es como lo llamas, por supuesto, en Atena), preparé raciones de licor de dos de los Brillantes Jóvenes de Alice. Me emborraché un poco y me pregunté si había hecho lo correcto al aceptar aquel trabajo.

A la mañana siguiente, Alice prometió abrir negociaciones para llevarme al Laboratorio de I-Visión, y eché un vistazo a uno de los otros proyectos. Biops / Estudios de la Vida limita con el centro de ingravidez de la estación. Allí llevaban a cabo una extraña combinación de conductismo anticuado, observando ratas en laberintos a cero g, ese tipo de cosas, y tecnología de interfaz experimental. Las ratas, los conejillos de indias y los hamsters tenían sus cráneos permanentemente abiertos y microelectrodos incrustados en sus cerebros para conectarlos con Alef.

El doctor Chin, un chino de huesos grandes con un mono blanco, me condujo por los laboratorios de animales. A veces nos arrastrábamos por los pasillos con zapatos de suela magnética. Otras veces nos aferrábamos a correas o nos anclábamos con almohadillas de velcro. Yo encontré toda la experiencia dura y vagamente nauseabunda. "Estamos buscando cambios radicales en la interacción organismo-ambiente", me dijo. "La gravedad cero es un factor novedoso, la interfaz con el sistema Alef es otro. Entre los dos, existe la posibilidad de surgimiento evolutivo: una especie genéticamente idéntica a sus miembros terrestres pero capaz de comportamientos extremadamente diferentes".

Un hámster flotaba en su jaula, mirándome, tal vez pensando que yo era el nuevo cirujano cerebral. Toda la parte superior de su cabeza se había afeitado hacia atrás hasta la piel rosada, y se había cortado un área pequeña para revelar la fina tracería de los vasos sanguíneos en la parte superior del cerebro. "¿Dónde están los microelectrodos?" Dije.

"Están en su lugar... aunque son demasiado pequeños para verlos".

"¿No les molesta tener sus cerebros expuestos así?" El hámster ahora me ignoraba, tenía una semilla de girasol apretada entre sus patas, y sus bolsas en las mejillas estaban abultadas.

"No sé. Ese es el menor de sus problemas, diría yo".

Algunas horas pasadas en una de las terminales del Doctor Chin me convencieron de que Biops / Estudios de la Vida ofrecía poco para mí.

A la ASPCA podría querer una oportunidad con el Doctor Chin y un enrutador de alta velocidad, pero ese era otro problema.

Al volver a la Sala de Operaciones, una media docena de IC estaban trabajando duro. "Soy el Alef y el Omega", le dije a una al pasar. Dudo que ella captara la referencia. Pasé la mayor parte del día revisando otros proyectos del GCOI. ITT, AT&T, Eléctrica Nipona, NT&T, Telletra, Siemens AG, CIT Alcatel, McDonnell-Douglas, Boeing, Hughes Aerospace: los grupos miembros del GCOI formaban una matriz aparentemente infinita de multinacionales, empresas de servicios públicos y monopolios estatales, cada uno con un nivel diferente de compromiso con el GCOI, más preparado para cortar y correr a la primera señal de problemas serios. Regía la hoja de balance individual, no el proyecto. Por eso las aventuras de macroingeniería como aquella siempre se mantenían unidas por un hilo muy fino.

Hice un holograma de flujo de decisiones. Sobre mi cabeza surgió un trazado de luces brotando a la vida, disparadas por los miles de millones de centelleos que representan el camino de los ILPS, inferencias lógicas por segundo, a través del sistema. Tecleé Biops/I-Visión, donde, según la visualización en tiempo real, no pasaba gran cosa: empleo rutinario del sistema VAC.

Alice llamó desde sus habitaciones. "La he convencido", dijo. "Pero no se rindió con gracia, así que, te deseo buena suerte. Piensa en algo, Jerry. Toshi se está volviendo terriblemente moroso. Te mira con esos ojos conmovedores y me está volviendo loca".

Le dije a ella que haría lo que pudiera.

Miré los caminos de luz sobre mi cabeza, los procesos de vida del gigante sistema Alef. Eran los hilos delgados que mantenían unido al GCOI.

La semana siguiente estuve constantemente presente en Biops/I-Visión. Diana Heywood parecía inclinada a llevarme a sus laboratorios biológicos,

donde en gravedad cero estaban laminando capas de proteínas para la biocomputadora y adaptando grupos de *E. coli* para la interfaz química con Alef. Todo muy interesante, pero no había nada para mí allí.

Al volver a las habitaciones en el borde exterior no había sucedido gran cosa, a pesar de sus afirmaciones de trabajo urgente. Me convencí de que estaba ella escondiendo algo, pero no podía imaginar qué. Decidí enfrentarla con la acusación y ver qué pasaba. Era hora de mostrar algún progreso o seguir adelante. Así que una noche la llamé, ella estaba trabajando en su oficina, cables gemelos color canela saliendo de su cuello. "¿Cuándo me vas a mostrar lo que está pasando?" Dije.

"Supongo que no te irás así como así, ¿verdad?"

Me preguntaba cuánto tiempo esperarías. ¿Por qué no te acercas?"

Ojos detrás del humo, sin cables, se sentó en su escritorio. "¿Tomas drogas?" ella dijo.

"No tanto como solía. ¿Qué tienes en mente?"

"Psilo-d". Nada a medio camino. Le dije: "La ruleta rusa de las experiencias con las drogas".

"Alef puede tomar muestras de sangre y administrar las dosis adecuadas. ¿Estás dispuesto?"

"Supongo. Aunque no entiendo por qué, ¿por qué quieres hacer esto?"

"Porque las cosas son muy extrañas y no tenemos tiempo".

"¿Tiempo para qué?"

"Por esto, Jerry ... la reticencia habitual, la vergüenza. Llegar a conocerse el uno al otro. ¿Me quieres?" Ojos ciegos muy bonitos me miraban. Tal vez usaba longitudes de onda fuera del espectro visible. "Sí", dije, "así es".

"¿Ves? Te he avergonzado. Necesitamos un corrosivo baño ácido para lavar todo eso".

"Qué drástico. No es que me queje, nada de eso, solo lo remarco".

"Lo sé ... y tal vez sea un error. Pero no puedo estar pasiva, no puedo ser paciente, en esto no, ni en nada. Entiéndelo. Y yo también te quiero a ti".  
Tecleó un comando de CIERRE Y SEGURO y dijo: "Vamos. La computadora cerrará todo después de que nos vayamos." Tomé su brazo pensando que podría necesitar ayuda una vez que saliéramos, pero ella dijo: "No te molestes, Jerry, conozco el camino, y todos me conocen. Nadie se chocará conmigo".

Caminamos por pasillos llenos de acrónimos, abreviaturas y logotipos corporativos. Me apoyé el pulgar en la nariz ante el resplandor solar de SenTrax. Ella paseaba con la cabeza erguida y rasgos compuestos. Pasamos por un tubo radial y entramos en un anillo de residencias. Allí había silencio, las paredes eran de acero desnudo y la gravedad de la rotación había disminuido. Ella me detuvo con su brazo frente a su puerta. En el interior, nos quitamos las zapatillas y entramos en la habitación principal.

Paredes de madera azul cubrían hasta un moteado techo de cáscara de huevo. Una alfombra color crema cubría el suelo acolchado. Un futón enrollado contra la pared, algunas mesitas en laca negra y una consola eran los únicos muebles. Una escultura táctil, visualmente informe, gris y volcánica, se encontraba en el centro de la habitación, y una multitud de helechos y enredaderas colgaban del techo.

Ella desenrolló el futón y nos sentamos. Cada uno de nosotros tenía un pequeño vial de líquido transparente, las dosis que Alef había determinado como seguras. "¿Empezamos?" ella dijo.

"Salud."

El Psilo-d se mueve sobre ti despacio pero con presión. Las cosas comienzan a adquirir una iluminación interior, las personas un aura visible. Hay una sensación de inmanencia, de una emergencia innombrable. Las emociones se acumulan en olas, que eventualmente se perderán todas en una presencia oceánica.

Pero eso era un momento lejano para nosotros. Ella extendió la mano y me tocó la cara, y las terminaciones nerviosas desnudas la recibieron.

La lujuria y el amor que yo había sentido por ella se inflamaron, pero yo era incapaz de moverme porque cada palabra o gesto parecía tan poderoso que no podía hacerlos. Con una mano tocándome la cara, se desabrochó la blusa, la misma en melocotón sedoso que llevaba puesta cuando la vi por primera vez. Sus manos me pasaron por encima. Luego extendí la mano para desnudarla, y ella hizo lo mismo por mí. De rodillas, nos encaramos, tocándonos, palpando, acariciando, agarrando.

Nos unimos tan rápido que no hubo tiempo para nada más que una brillante llama sexual.

Aún así nos apretamos juntando nuestros cuerpos, esforzándonos por fundir carne con carne.

Chispas plateadas y doradas caían de su cabello, las luces de la habitación brillaban con nuestros pulsos, y caras tranquilas; barbuda, y con perfiles angulares; aparecían en el fresco que rodeaba la habitación, observando, asintiendo a un ritmo lento que yo no podía oír.

Con mi mano en su pecho, me reí. Podía sentir dentro de mi cráneo el arco de circuitos que habían desaparecido de su patrón habitual. Las enredaderas se extendían por el techo, se retorcían unas sobre otras en hélices, nos empapaban en el resplandor verde que llenaba la habitación.

"Crece como un árbol", dije, entre otras cosas; balbuceo edénico que ella entendió y respondió en especie; Llamada de infantes golpeados de luz. La sala era vasta, llena de laberintos de brillo y cuevas de oscuridad, y perdimos el uno al otro dentro de ellos. Luego nos encontramos, maratonianos sexuales corriendo en tándem, empujados por la fuerte fuerza impersonal de la vida misma. El tiempo pasó sin medida. La sentí a mi lado. Las alucinaciones más vastas habían desaparecido, aunque los objetos aún brillaban con un contorno incierto, sus colores se deslizaban por las longitudes de onda y relucían como pulido metal profundamente pintado.

Cuando cerré los ojos, figuras de dibujos animados con un alegre contorno rojo recorrieron en bicicleta los párpados internos, saludando alegremente, yo estaba zumbando con energía que cortaba el cansancio y me obligó a sentarme erguido.

"¿Cómo estás?" Dije.

"Cansada. ¿Quieres dormir un poco?"

"Eso creo". Le entregué el bolso. En el interior había dos tubos de metal de punta plana, agujones: inyectores presurizados de una dosis llena de tranquilizante. Se los di, y ella palpó la parte inferior de mi mandíbula, luego empujó un tubo contra mi cuello. "Jesús", dije, "eso ha sido rápido". Pude sentir mis músculos aflojarse, el nivel de energía bajando a cero. A través de una nube la vi presionar el otro tubo contra su propio cuello.

Acurrucados desnudos juntos, dormimos.

Dos días después entré en su oficina. Me había pasado el trabajo del día anterior, tambaleado, borracho de cansancio. Ahora estaba tarareando con un ansioso zumbido agudo; ojos todavía sujetos a cambios en la forma y extraños parpadeos de la luz, pensamientos unidos como el collar de cuentas de una niña loca, y en el centro luminoso de todo, ella. Pero yo no podía entrar sin más y decir: "¿Me amas o fue la droga? "

Ella dio se acercó rodeando el escritorio para recibirme. Llevaba un vestido estampado en azul oscuro que ondeaba al caminar. Su piel estaba restregada, pálida, translúcida.

"¿Estás bien?" Dije.

Se sentó en el borde delantero de su escritorio y extendió los brazos hacia mí. Tuve una oleada de deseo que parecía haber estado esperando, latente en algún lugar de las estructuras más finas de mi cráneo en preparación para el toque adecuado. La tumbé sobre el escritorio. Debajo del vestido ella no llevaba nada. Con las uñas clavadas en la parte posterior de mi cuello, los ojos invisibles detrás de los cristales de colores, me atrajo hacia ella. Tan

rápido nos movimos... oleadas de necesidad que pasaban entre nosotros, amplificadas, trepando. "Ahora", dijo ella. "Ahora ..."

Y unos minutos después: "No, no te muevas. Tengo que decirte lo que no podría decirte ... lo que te mostré, con cámaras, es solo un truco en comparación con lo otro, para ver con mis propios ojos. Alef me da ojos ". Me susurró, sus labios a centímetros de distancia, su respiración se convirtió en pulsos calientes que yo podía sentir en mi columna vertebral. "Pero es tan difícil ver, tan complejo, que Alef tiene que desviar, retrasar ... robar tiempo para mí. Y tiene que mentir. Parece querer mentir".

Pude sentir la tensión en nosotros dos, ondulando uno contra el otro.

"Eso es imposible", dije. "Alef no quiere nada. No puede".

"Algo sucedió. Puede. Desde la primera vez que probé el programa, sentí que sucedían cosas peculiares. Esa extrañeza creció ... floreció. Cuando Alef y yo estamos conectados de esa manera, nos entrelazamos de maneras difíciles de explicar. Compartimos algo, nos influimos mutuamente. No es unidireccional.

"Las neuronas, fibras nerviosas en el cerebro, no van en una dirección. Vuelven en bucle hacia sí mismas, se interconectan... es un gruñido loco, lento, defectuoso, confuso. Nada como tus hermosos diagramas de luz. Yo creo que... a través de mí, Alef ha aprendido a pensar, a querer, tal vez a mentir. Si cierro los ojos y me relajo, recibo mensajes. Sensaciones, sinestesias, vacío que huele a éter ... desde adentro, se eleva a través de mi corazón, ese olor. Y el sonido de la luz de las estrellas, las sirenas lejanas ... satélites parloteando, tienen canciones, pero las siento como granos de arena que soplan chocando contra mí".

Yo escuchaba buscando la locura. No podía evitarlo. Habían vuelto a entrar IC de Alice en la sala de operaciones para seguir con sus rituales, para recordarme. Lo que cualquiera de ellos daría por esta conexión.

Pero no escuché ninguna locura de ella, ni ninguna metafísica truncada ni dogma religioso. Solo un informe procedente de lugares distantes.

Como si uno de los animales de laboratorio del Doctor Chin hubiera hablado, no solo el lenguaje mudo e involuntario de la química del cuerpo y la acción eléctrica del cerebro. Como si se hubiera puesto voluntariamente en la mesa de operaciones, y ahora, fuera del cráneo desnudo y trepanado, una voz humana estuviera hablando.

"Puras emociones", dijo ella. "No hay contexto para ellas en absoluto. No son cosas que Alef siente, solo cosas que envía. Pánico, miedo una vez, solo una vez. Elación, tristeza, ira, anhelo. Y una vez una cadena de orgasmos. ¿Puedo decirte eso? ¿Crees que soy un monstruo? "

"No", dije. "No."

"A veces yo sí. Pero tienes que entender, no tengo otra opción, no tengo otra opción en absoluto".

Alcanzó la consola a nuestro lado, tomó los dos cables que yacían allí y se los colocó en el cuello. Dejó caer sus gafas al suelo, y en ese primer instante pude ver sus ojos cobrar vida: una rápida contracción de los iris, una repentina tensión de músculos al intentar enfocarse, antes de cerrar los ojos por la luz intensa. "Oh, oh, Dios", dijo y se movió debajo de mí, sus caderas golpeando con dureza, sacudiéndose sin control. Me aferré a ella, en ella. Me echó la cabeza hacia atrás, las uñas se hundieron nuevamente en la base de mi cerebro y ella abrió los ojos. Su mirada era clara y enfocada hacia adelante.

Antes de salir de su oficina, me mostró lo que Alef estaba haciendo. En una ventana de datos, la mentira: un flujo ordenado de decisiones, las estructuras cuidadosas y complejas que yo había visto en el esplendor holográfico en la Sala de Operaciones, los mandalas tridimensionales sobre los que meditaban los IC. En otra ventana, la realidad: estúpidas subrutinas obligadas a enmascararse como sistemas de IA, acumulando colas de esoera hasta que Alef pudiera volver a ellas; mientras tanto, la mayor parte del sistema se dedicaba a procesar la visión de Diana.

Cuanto más duraba esto, más difícil era para Alef manejarlo; el resultado final era la desaceleración.

Sentada en sus habitaciones, bebíamos té caliente, algo que olía a jazmín y especias. "Es un acto de malabarismo", dije. "Pero no sé cuánto tiempo Alef puede seguir así. Además, ¿qué importa eso? Lleva esto a Toshi y Alice, a la Junta del GCOI. No deberías estar ocultando esto. Diles que necesita ser abordado de la manera correcta, no contigo trabajando de forma aislada, robando su sistema, sino con todos los recursos que desees. Tendrán que comprarlo ".

"¿Lo harán?"

"¿No crees que tendrán que hacerlo? Verán la importancia".

"¿Por qué? ¿Qué hay para Siemens o Bechtel o Eléctrica Nipona? Piénsalo, Jerry. He puesto en peligro todos sus proyectos, la red de energía orbital, tal vez al GCOI. Dios sabe lo que le he hecho a Alef. "

Ella pudo haber estado en lo cierto. El descubrimiento de época es algo bueno, especialmente en retrospectiva y cuando no hay que pagar por ello. Pero en este momento el GCOI estaba haciendo de domador de animales para un montón de malas y diversas bestias, y había que alimentarlas.

Si ella se lo contaba, ¿le permitirían continuar con su investigación, o simplemente la despedirían? ¿Quién, si había alguien, estaría dispuesto a pagar la cuenta de un nuevo sistema Alef? ¿Y la recibirían como directora del nuevo proyecto? Y allí estaba Alef. ¿Qué quería este, de cualquier forma peculiar? Imponderables.

Pero por el momento ella estaba cabalgando la tormenta, estaba yendo ... no sé a dónde ... guiada por su propia voluntad e inteligencia, comodidades demasiado pequeñas en un gran vendaval, pero tal vez lo suficientes para seguir navegando, suficientes para operar la fuerza de los densos vientos vectoriales.

A partir de ese punto me mantuve alejado de Biops / I-Visión. "No hay nada allí", les dije a Alice y Toshi. "No creo que ocurra nada con los subsistemas. Si queréis, ayudaré a trabajar con los programas de logística". Poniendo tierra de por medio.

Pero después de caminar como autómatas los vacíos días de trabajo, Diana y yo nos reuníamos en sus habitaciones para navegar las corrientes de nuestra propia tormenta. Allí no había dirección, solo un viaje vertiginoso a través del paisaje que se suspendía muy lejos por debajo.

Finalmente ya no pude evitarlo, convoqué una reunión con Toshi y Alice. Utilizamos una sencilla salita de conferencias con una ventana a un lado. Muy cerca, se deslizó un remolcador, un gruñido de cajas, paletas y ensamblajes groseros, la cabeza del piloto claramente visible, boca abajo, al pasar.

"Creo que mi trabajo está terminado", dije. "Desafortunadamente, no puedo especificar la naturaleza exacta de los problemas que afectan al rendimiento del sistema Alef Cero. No queda claro que tales problemas, de hecho, existan. Las ralentizaciones periódicas pueden ser el resultado de un vicio inherente de los sistemas, artefactos de la arquitectura de los sistemas". Discurso preparado para la cinta memo. "He preparado un menú de cambios recomendados en la lógica de los subsistemas. Pueden afectar la capacidad de decisión óptima en el dominio operativo total". Buen y burocrático galimatías para lavarse las manos, apoyado en un conjunto de ficciones plausibles y sutilezas cosméticas que Alice y los IC tendrían que instituir para averiguar si estas tendrían realmente algún efecto.

Alice estaba perpleja. "¿Eso es todo, Jerry? No es gran cosa".

"Lo siento, Alice. Hice lo que pude. Si no estás satisfecha, deberías buscar a otro".

El resto de la reunión fue breve. Toshi me detuvo en el pasillo más tarde. "Pareces preocupado", me dijo. "También reticente. Quiero asegurarles que incluso los problemas complejos a menudo se pueden resolver para satisfacción mutua". Dejó que la afirmación calara: era su intento de llevarme al círculo encantado de *ringi seido*, el proceso de consulta conjunta alma de la toma de decisiones japonesa. Era un gesto agradable pero sin sentido. Simplemente, yo no me sentía japonés.

Fui a mi compartimento, donde ella me estaba esperando. Su piel estaba caliente al tacto. Una última vez, en cámara lenta, nos encontramos. Ella

acababa de comenzar su período, y con su sangre trazamos arabescos escarlatas a través de las sábanas, a través de nuestros muslos. De pie en la ducha, comencé a lavar la sangre, pero no lo hice.

El remolcador cayó desde una órbita alta. El GCOI había organizado una cita abajo con un transbordador militar. Toqué las pequeñas costras en la parte posterior de mi cuello, donde sus uñas me habían perforado, donde me había abrazado. Donde aún me seguía abrazando.

Llegó el transbordador, y mi palé fue trasladado al compartimento de carga de la lanzadera. Con las alas Delta plegadas hacia atrás, el transbordador entró en la atmósfera superior en algún lugar de Hawái. La ceniza blanca del blindaje térmico desprendible voló más allá de la ventana en medio de coruscos de fuego rojo. Fino aire entonó agudas cacofonías en el casco.

La amaba. Se lo dije a ella. Y le dije: "No eres un monstruo, nunca pienses eso. Haz lo que debas".

Dejándola con una perogrullada. No le dije que la naturaleza aborrece el vacío, que allá donde ella no estuviera, estaría lleno de dolor.

Destello de luz blanca en el ojo de la mente, imagen de una puerta abriéndose, de algo sorprendente, la forma de aquello no está clara, pasa a través. "Emergencia evolutiva", había dicho el doctor Chin, pero yo dudaba que él encontrara aquello. Él no estaba buscando en los lugares correctos.

**FIN**

## El Robot y Aquel a Quien Amas

Tentáculos de policarbonato negro siseando sobre el hormigón, el robot diener continuó por la calle M, calentado por el sol de julio. Su caparazón estaba hecho de porcelana del color de un cielo azul, del color de los sueños. Sentado en el huevo controlador en casa, Jerome se retorció al sentir como si alguien le estuviera raspando la piel desde adentro. El despejado camino por la acera se convirtió en un paisaje lunar lleno de cráteres, sonidos urbanos hacia una serenata eléctrica. El frágil enlace entre él y el robot diener se estaba interrumpiendo en una explosión de estática neurológica. "¿Estás haciendo algo interesante?" preguntó Jerome luchando por mantenerse orientado. Sus percepciones cambiaban de la habitación a la calle y viceversa, como un monitor de TV parpadeando sin rumbo de cámara a cámara.

"No", dijo el robot diener, su voz venía de los dientes traseros de Jerome a través de altavoces de conducción que vibraban tras sus oídos. El diener llevaba grabadoras ópticas y acústicas discretas para la escena actual, electrónica para capturar datos de cámaras de vigilancia y transmisiones de filmación de la policía, empresas de seguridad privadas, espías corporativos, Pulsantes Toms [*NdT: alusión a los sistemas GPS TomTom*].

"Tengo que abandonar", dijo Jerome. "Me estoy volviendo loco".

"Lamento que estés preocupado ", dijo el diener. "Volveré".

Esa noche Jerome se sentó al lado del controlador, viendo los registros de discos CROME de la grabación del día. A su alrededor, las figuras libre de forma en rosa pálido fluían desde el techo hasta la pared y el suelo. Cambiaron, y los oscuros contornos malva cambiaron con ellas mientras el programa de decoración mostraba sus abstracciones. Entre la consola de visualización y el controlador, una silla acolchada oscura con una esfera de cromo formando su mitad superior, el robot diener permanecía inmóvil.

"Este no ha sido un buen día", dijo el diener con una voz que en los últimos dos años había adquirido algunas de las inflexiones características de Jerome.

"Un día de mierda", dijo Jerome. "Pero tengo que mirar".

Jerome era un agente de información independiente. Se movía ligeramente por la red de información que generaba la ciudad, deteniéndose de vez en cuando para pescar algunos de los millones de hilos. Había hecho ventas para ayudantes del Congreso, cabilderos, policías y proxenetas.

Examinando el caos de la ciudad, buscaba tesoros... el susurro de la noticia de un acuerdo que se estuviera cerrando, la evidencia de nuevos delitos graves, rumores de enfermedades, amores, cambios de lealtad. Incluso la más pequeña de las indiscreciones podría valer algo en una ciudad donde la información era prácticamente una moneda autónoma. Por capricho, seguía a personas seleccionadas al azar durante una semana, un mes, o más, creaba expedientes más completos que los del Banco Nacional de Datos o del FBI. Jerome estaba obsesionado con los detalles característicos... el gusto de un hombre por comer perritos calientes de los vendedores ambulantes de Sabra mientras se sentaba al sol junto a la fuente Círculo de Dupont, luego bebía tacitas de café turco en la terraza de un café antes de entrar a una habitación de hotel donde se acostaba desnudo, prono e indefenso, lastimoso y satisfecho, bajo piernas vestidas de negro y tacones de aguja.

Comparados con Jerome, los voyeurs eran casuales, sin interés.

Comparados con sus necesidades, las de ellos eran directas y sin complicaciones. Lo cual él estaba tratando de aprender, aun cuando no lo supiera. Pero él seguía en ello, capturando lo que la mayoría de la gente nunca buscaba y que no veía... En un callejón sombreado cerca de la calle P, un anciano con un largo abrigo verde, ennegrecido con la tierra, meó intensamente en el hollinado ladrillo y luego se derrumbó en el charco. Un gato de pelaje amarillo manchado de grasa se detuvo para olfatear el charco, luego el hombre miró a su alrededor como si supiera que lo estaban observando y siguió adelante.

En la esquina de Wisconsin y M había un hombre y una mujer de veintitantos años. Eran casi idénticos: cabello teñido de negro, ondulantes bufandas de seda amarilla, suaves botas de cuero azul. Fijados en un momento de dolor (caras cuidadosamente arregladas, rojas y con lágrimas), no notaban las densas multitudes que surgían a su alrededor. En este punto, el diener perdió interés.

Jerome congeló el fotograma, ejecutó un programa de aislamiento de sonido para la pareja, queriendo comprender la pasión que los aislaba y transformaba, pero ellos se quedaron allí sin palabras y, así, más allá de su capacidad de sondear. En el borde de la imagen, una mujer quedó atrapada a medio paso, llevando una bolsa congelador de arrugada espuma blanca. Cerca de la U del mango de plástico crema, los números negros frente a un fondo plateado decían -4° C.

Él amplió la cara.

De perfil tenía una nariz fuerte, gruesos labios, el indicio de una papada próxima. Sus ojos eran marrones, líquidos. Su ropa, blusa negra, falda recta canela con manchas oscuras, parecía arrojada encima de ella, no vestida. Ella no parecía tener nada especial, salvo por... Escaneó su imagen desde el pelo con mechuras pálidas hasta los zapatos negros de punta. Si pasas la mayor parte de tu vida mirando y escuchando, tal vez sea inevitable, algo impotente e imprudente, que encuentres la clave de un código escrito tan profundo que podría estar en tus genes, en los jirones de una frase encontrarás a la persona que amas.

Él pintó el rostro de la mujer dentro de la Memoria de Chips de Búsqueda e inició sus rutinas para comparar el rostro con las cintas de registro de los hoteles locales, las actualizaciones de la policía del distrito, el Banco Nacional de Datos, los registros compuestos de viajes compilados de trenes, autobuses, aviones. Y allí, en la lista de pasajeros de un vuelo de la United que había llegado tres días antes desde Miami, apareció ella. Pero Jerome estaba dormido cuando sucedió eso. Solo el diener estaba despierto para escuchar el sonido de la campana, y se movió con una ondulación de tentáculos negros a través del rosa, y observó cómo ese rostro comenzaba a expandirse por la pictopantalla, color y forma fluían como si alguien estuviera vertiendo pigmento dentro de moldes invisibles. El diener prolongó un cable negro y se conectó a la interfaz del Chip de Búsqueda, el cual entregó todo lo que tenía sobre Connie Stone.

\* \* \*

Desde lo alto del Banco Riggs en la esquina de M y Wisconsin, una plana cámara negra colocada en la cúpula dorada observaba a cualquiera de los ocho "Hijos de Agua Brillante", se rumoreaba que los descendientes de los sobrevivientes de Hiroshima se dirigían a la base del Monumento a Washington con maletines bomba de dos kilotones. Esta cámara era del programa de búsqueda de la CIA, y Jerome lo había aprovechado para buscar a Connie Stone. Sin embargo, no fue la cámara de la CIA, sino un "centinela de acera" de una tienda Safeway, una caja de aluminio azul rodeada de una fina malla de alambre, lo que la vio entrar en una cabina amarilla en la avenida Wisconsin cerca de la Catedral Nacional. Ella aún llevaba la bolsa congelador, y en primer plano sus ojos estaban rojos, cansados y alerta.

Los programas de búsqueda de Jerome tenían una coincidencia. Hicieron sonar la alarma para decirle a Jeremy que la habían encontrado.

Jerome se sentó en su consola y observó las coordenadas del taxi trazar un camino a lo largo de la avenida Connecticut hacia el centro de la ciudad. Ahora que la tenía, ¿qué debería hacer?

Cuando el taxi la dejó en la calle K frente al Hotel Nuevo Milenio, dieciocho plantas de cristal plateado, él observaba por el monitor de entrada del hotel, y pensó: Primero, Connie Stone, tengo que averiguar quien eres.

\* \* \*

Hasta hacía tres años, ella solo había sido otra asistente de laboratorio médico. Luego, de acuerdo con el Banco Nacional de Datos, su historial de empleo salió del registro y así se mantuvo. Ella no se había casado ni cambiado de nombre ni aparecía en la lista de compensación por desempleo, asistencia social o discapacidad. Más peculiar aún, también había desaparecido de los registros de crédito. El estado de California podría olvidarla, pensó Jerome, pero ¿Masterchip, VisaBanque, Amex? De ninguna manera.

Tuvo que cavar en terreno prohibido para encontrarla. Una incursión rápida, muy rápida (las represalias eran horribles) en los registros de Hacienda

indicó un acuerdo complejo con una compañía llamada Bioformas Americanas, que de alguna manera no era su verdadero contratista. Hacienda lo sabía pero no le importaba; estaba recibiendo su parte de salario.

La computadora de Dow Jones tosió una serie de compañías matrices y tapaderas que terminaban en un banco del Caribe. Casa Segura... la computadora del banco le dijo que ella trabajaba para I G Bioquim en la República Dominicana. Finalmente, el CEO Intel Digest le dijo que el complejo I G Bioquim estaba ubicado en la costa norte de la República Dominicana, cerca de un pequeño pueblo llamado Sosua, un lugar con una historia extraña. En 1940, Rafael Trujillo, un dictador casi olvidado del siglo XX, había invitado a los judíos alemanes a ir a la República Dominicana y les había prometido santuario y su propia ciudad, Sosua. Habían venido unos cuantos judíos, pero a lo largo de los años su número había disminuido, de modo que a fines del siglo XX no quedaba ninguno.

Pocas décadas más tarde, llegó I.G. Bioquim y una horda de alemanes, muy pocos de ellos judíos. Y pocos años después, entró Connie Stone.

Mirar la vida como un compartidor de secretos había aplicado un par muy fuerte en la extraña visión del mundo de Jerome. Él caminaba por un sendero señalado con paranoicas presunciones y símbolos ocultos; algunos reales, otros discutiblemente reales, cuando menos; otros puramente delirantes. El ciego historial de empleo de Connie Stone, las asociaciones con genocidios, con antiguos dictadores y cárteles alemanes, todo apestaba a geoconspiración y complot mult corporativo. Jerome se iluminó como fósforo amarillo a la luz del sol.

"Localiza la estación de procesamiento de datos de I.G. Bioquim Sosua", dijo, comenzando las instrucciones en su computadora. "Llama e instituye programas mole. Recopila datos del usuario, establece códigos de sistema operativo. Carga virus y ejecútalos. Finaliza en caso de interrupción imprevista y reinicia solo con autorización verbal". Podría llevar días penetrar en los células de seguridad de la corporación, pero él estaba apostando por que la computadora I G. Bioquim se viniera abajo.

Connie Stone estaba sentada bajo un paraguas verde, blanco y rojo. Soplado por la brisa del verano, su cabello se enredaba en un pasador de plástico rojo sobre su oreja izquierda. Llevaba un vestido de estampado tropical de flores rojas, azules y verdes sobre un fondo blanco que le llegaba hasta los muslos mientras estaba sentada con el pie tocando la bolsa blanca de espuma arrugada bajo la mesa. Su piel era blanca pálida, ligeramente pecosa, su mirada era vaga.

Hablando al salir de la brillante luz del sol, Jerome dijo: "Hola". El robot diener estaba a su lado. "Mi nombre es David Jerome. Tienes un problema".

Quizá ella pensó en correr, sus rodillas golpearon contra los puntales de metal debajo de la mesa. "Vete", dijo ella hostil, pero aún sentada, presumiblemente concluyendo que él no era una amenaza, ni lo era su robot.

"No sé qué hay en la bolsa", dijo Jerome, "pero debe de ser perecedero, por lo que no puedes llevarlo mucho más tiempo".

"¿De qué estás hablando?"

"I.G. Bioquim". Él se había inclinado sobre la mesa para susurrarle el nombre. "Sea lo que sea, supongo que se lo robaste. Si andas jugando, te encontrarán..."

El diener observaba. Ella estaba medio levantada de la mesa ahora, los músculos de su rostro tensos con algo que podía ser miedo o indignación. Jerome aún seguía inclinado sobre ella y, en ese momento, los tentáculos del diener se movieron bajo este con agitación: algo que él no entendía estaba sucediendo aquí.

\* \* \*

Estaban sentados en el salón de Jerome. La luz blanca de las paredes tenía un tono púrpura en el sofá y sillas de policarbonato transparente. La película roja del altavoz, enmarcada en cromo, se encontraba junto a un estante transparente de equipo audiovisual, dentro de una pantalla de dos metros roja y plateada a juego. Letras holográficas púrpuras se suspendían

en el espacio sobre puertas corredizas de cristal, preguntando ¿NO SOMOS HOMBRES?

"Tú quieres entrar por el dinero", dijo Connie.

"Claro, pero mira lo que valgo para ti", dijo Jerome. "Te has quedado colgada, atrapada con lo que sea que tienes ahí... tal vez alguna ayuda que estabas esperando, alguien a quien estabas esperando, no apareció". Él rechazó con un movimiento de la mano el intento de ella de responder. "Eso no importa. Puedo arreglar las cosas para que I.G. Bioquim no te encuentre, y puedo poner el dinero en cualquier parte del mundo que lo desees. No te arrepentirás".

"Hay una cosa que tienes que decirme", dijo Connie. "Es demasiado espeluznante, de otra forma. ¿Cómo me encontraste?"

"Te vi en la calle... Te vi y me pregunté por qué llevabas esa cosa, quién eras... es difícil de explicar. Ven aquí y déja que te lo muestre". En el pasillo, el programa de decoración estaba restringido: simplemente colocaba un tinte rosa sobre paredes blancas, un borde morado oscuro a lo largo del entablado. Jerome dijo: "Déjame entrar", y la puerta se abrió. "Aquí dentro", le dijo él. "Aquí es donde te encontré".

\* \* \*

Jerome dejó las dos maletas negras de Connie en el suelo de su sala de estar y dijo: "Las llevaré a la habitación de invitados más tarde". La bolsa congelador yacía sobre el sofá de la sala. Connie pasó el dedo por la costura de la bolsa, y esta se separó, las hojas de espuma blanca arrugada se abrieron como los pétalos de una flor gigante. Dentro había un cubo de plástico negro del tamaño de un puño, el compresor que forzaba el aire frío en las celdas de espuma de la bolsa. Al lado había una pequeña lámina de espuma blanca doblada alrededor de algo más pequeño y atado con cinta gris. En él, con un tenue marcador rojo, estaba escrito un solo número: 6. El paquete se llenó de escarcha cuando ella se lo tendió. "¿Quieres mirar?" ella preguntó.

"¿Hay algo que ver?" él dijo.

"En realidad no. Y podrías contaminarlo. Así que, toma..." Sacó un pequeño disco plateado de un pliegue en el blanco arrugado. "Esto es todo lo que necesitarás. Transmite esto y ellos sabrán lo que estás vendiendo. Está codificado, por supuesto, pero está bien. Quizá cuanto menos sepas, mejor".

\* \* \*

Elásticas bobinas plateadas se desprendieron de las juntas de sección en porcelana azul, y las brillantes cuchillas de acero en las puntas de las bobinas brillaron bajo la luz fluorescente de la cocina, cortando la piel amarilla y la grasa, cortando hasta el hueso.

"Ese es un verdadero espectáculo de piso", dijo Connie. Salió de la cocina y encontró a Jerome mirando por la ventana a la calle R, diez pisos más abajo. "Probablemente también sea bueno para la defensa propia". Se sentó en el sofá teñido de púrpura.

"Claro", dijo Jerome, "si quiero que me juzguen por asalto u homicidio involuntario. Si el fallecido lastima a alguien, soy responsable, como si estuviera conduciendo un automóvil".

Las hojas de las cuchillas seguían moviéndose, pero diener tenía problemas: inexplicable vértigo a las visiones de robots. Media onza de carne salió cortada con el esternón.

Un nuevo tipo de conciencia había estado creciendo esos últimos meses, a partir del vínculo controlador entre el diener y Jerome, y pensó: Eres responsable, dices, pero, ¿lo eres?

Acero golpeó contra cerámica, cuchilla contra encimera.

Jerome dijo: "¿Tienes un problema, diener?"

"No", decía. "No hay problema. Yo iba demasiado rápido".

"Trabaja dentro de tus límites, amigo", dijo Jerome, luego se volvió hacia Connie y le dijo: "¿Qué dijiste?"

"¿Cuánto tiempo?" ella preguntó de nuevo. "¿Cuánto tiempo antes de que pueda terminar esto?"

"Difícil de saber. Podría pasar una semana si sus células de seguridad son realmente buenas, y podrían serlo, especialmente ahora. Pero es más probable que entremos en las próximas treinta horas. No hay ninguna razón especial para que busquen una computadora se quema encima de..."

"Un robo", dijo Connie. "Soy técnico de laboratorio biológico especializada en asepsia de punto frío, y soy una maldita ladrona". Su voz se aceleró como un reproductor de discos con una fuente de alimentación defectuosa, y Jerome sabía que todo saldría de ella ahora. Ella dijo: "Tomé su seis".

\* \* \*

Jerome yacía en el piso acolchado en la sala de trabajo. El diener fue conectado de nuevo para recarga y de vez en cuando se retorció como un perro soñando. Frente a ambos, una pantalla mural de dos metros reproducía ventanas mixtas. Desde la ventana de noticias llegaba la voz y la cara de Latoh Bernie, una de las construcciones informáticas más populares. Bajo rojos ojos de lobo, los labios pálidos se movían, y la voz de Latoh Bernie dijo: "El Museo Hunterian del Colegio Real de Cirujanos en Londres informó hoy el robo del cerebro de Charles Babbage, pionero del siglo XIX en informática. Él fue el hombre que imaginó por primera vez una computadora de uso múltiple, a la que llamó el Motor Analítico "

Babbage, pensó Jerome, el hombre de los engranajes, levas y poleas, inventor de, llámalo la generación de computadoras zeroth, una que nunca sucedió. Comienza a contar generaciones y llegarás hasta cinco a principios del siglo XXI, sistemas como el robot diener. Eso caminaba, hablaba, realizaba un buen número de tareas con una enorme habilidad... Pero las máquinas de quinta generación se quedaron cortas en formas importantes, dentro de los límites eran infernales, pero aún no valían la pena en una prueba de Turing.

Aquí una voz traviesa susurró dentro de él, Oh, sí, entonces ¿qué pasa con el diener? Debido a que Jerome había dejado de pensar en el diener como

una máquina hacía mucho tiempo, no le importaba sus limitaciones.

Sin embargo, tal como lo veía la mayoría de la gente, era poco probable que confundiera una máquina de quinta generación con un ser inteligente en las condiciones más restringidas. De modo que para cualquier persona con un interés profesional en el asunto, el número mágico se había convertido en seis. Estados de transferencia densos en información, teoría de las muchas mentes... los investigadores estaban trabajando al límite de las cosas, donde los estados más confusos de la realidad se conectaban con los sistemas complejos de la naturaleza, y había una sensación de que pronto algo tendría que caer.

Si Connie tenía razón, algo caería: a I.G. Bioquim le había tocado el premio gordo, una inteligencia artificial orgánica. Luego, esta murió, este pedacito de carne, envenenado por una serie de irregularidades metabólicas que IGB quería desesperadamente examinar. Y lo habrían hecho si Connie no les hubiera robado los restos.

"Firmando, nenes", dijo Latoh Bernie. "Vamos a escucharlo por Charley, ¿eh? Así que tráeme el cerebro, quienquiera que seas". Latoh Bernie soltó una risita.

"¡Cristo!", dijo Jerome. "Todo apagado." Las ventanas de pantalla se desvanecieron a rosa.

"David", dijo Connie. "¿Qué estás haciendo?" Ella quedó a contraluz en la puerta, llevando pantalones anchos y una blusa de aplastado algodón blanco.

"Pasa dentro", dijo él. Ella se sentó a su lado en el suelo acolchado y apoyó la espalda en la pared.

"He estado pensando", dijo ella. "Ahora que entiendes lo que está sucediendo, tal vez quieras salir".

Y para sí mismo, Jerome dijo: Lo que quiero ya no importa; tú eres lo que necesito.

"Ya veremos", dijo él. "Si las cosas se ponen demasiado extrañas te lo diré. Pero por el momento no hay problema. Dije que lo haría y lo haré".

"Eso es muy amable de tu parte".

Ella soltó una especie de suspiro cuando él le puso las manos sobre los hombros.

Los eventos de las siguientes horas fueron tan inevitables como la trayectoria de un objeto en caída libre. Mientras tenían lugar, el diener permaneció inmóvil y aparentemente ajeno a lo que sucedía. Pero tal vez era consciente... Allí, cuando Jerome estaba inclinado entre los muslos de ella y ella gritaba, ¿se estaba moviendo el diener, hizo un sonido?

\* \* \*

Jerome caminó por la calle Q cerca de Dupont Circle. Una anciana que vendía flores en macetas de loza blanca dispuestas en una línea en la acera lo llamó, su lengua una mancha rojo oscuro tras encías sin dientes. Ella dijo: "Vamos, rosas para su señora, señor". Como si ella supiera.

En medio del siguiente bloque, un hombre alto y delgado con una chaqueta de plástico verde botaba bolas de plasma en los escalones de cemento. Destellos de oro eléctrico explotaban bajo faroles de enfermizo ámbar. Jerome se detuvo y gritó: "¡Hey, 2-As!" El hombre le hizo un gesto para que entrara. 2-As iba sin camisa bajo la chaqueta. Los huesos del pecho y la caja torácica se alzaban en un contorno claro, y las estrellas de cromo incrustadas en la exigua carne de su pectoral izquierdo relucían a la luz de la calle. Sus ojos brillaban, e incluso parado parecía estar en movimiento: su mano izquierda se sacudía de un lado a otro en rápidos e inconscientes arcos. 2-As hacía una buena cantidad de speed.

"Hombre", dijo él. "Jerome". Una bolsita de terciopelo granate colgaba de su cintura, y la sacudió suavemente. "Buena mierda", dijo.

"Eso espero", dijo Jerome. 2-As vendía chips de crédito en blanco y códigos recientes, los ingredientes necesarios para cocinar crédito instantáneo a cualquier nombre que escogiera y, por lo tanto, con medios imposibles de

rastrear. Jerome, Connie y el diener podrían tener que moverse a toda prisa, y en una economía crediticia casi pura, el efectivo en una cantidad significativa atraería atención no deseada.

Jerome quiso comprar una rosa a la anciana, pero esta se había ido.

\* \* \*

La noche suele ser cuando se cierra el trato, por lo que Jerome no se sorprendió cuando oyó que el contestador gorjeando alrededor de las tres AM a través de caídas muertas electrónicas en Europa, pasando por la costa oeste, era I.G. La respuesta de Bioquim. Luego vino una inesperada serie de sílabas sin sentido. Jerome se preguntó qué habrían cifrado y por qué cuando sonó la alarma del sistema: pitidos y gritos mezclados con urgentes subsónicos, la clase de mensaje que su sistema nervioso central sabe que no quiere escuchar nunca.

Luego hubo un ERROR FATAL en cada pantalla, palabras que murieron incluso mientras miraba, mientras las máquinas se quemaban hasta el nivel de la ROM, "comido por la comadreja" se llamaba, y Jerome nunca había visto hacerlo. En realidad no creía que se pudiera hacer. Pero ahí estaba: todo un sistema destrozado, chips fritos, discos CROME y recuerdos WORM borrados.

El bulboso frontal del diener atravesó la puerta con Connie justo detrás. "¿Qué pasa?" dijo ella. "¿Qué va mal?"

"Agarra lo que tengas", dijo Jerome. "Pero hazlo rápido".

\* \* \*

La puerta se deslizó hacia un lado cuando el ascensor se detuvo en el primer piso, y el hombre fornido, de rostro cetrino y traje oscuro que esperaba afuera se quitó el abrigo y sacó un Colt Magnamatic de una funda sobaquera.

Hubo un crujido eléctrico y el hombre se colapsó. Un pequeño dardo plateado en lo alto de su mejilla izquierda conducía mediante un cable casi invisible hasta un puerto en la nariz del diener.

"Buen trabajo", dijo Connie.

Jerome dijo: "Un hombre tiene derecho a defender su propiedad". Flip, tranquilo, falso: más conmoción que otra cosa. Jerome ya estaba mucho más metido en la mierda de lo que jamás había soñado. Connie estaba de rodillas junto al hombre prono, quitándole el arma de la mano. Puso el oscuro cañón de Kevlar en la boca del hombre y susurró: "Debería matarte". Paralizado, este la miró con odio y dolor. "¿Que esta pasando?" preguntó Jerome. Connie lo miró, algo loco en los ojos. "¡No!" dijo el diener, su grito de vocecilla se oyó acentuado por un pop subsónico cuando ella disparó. La salpicadura de retorno le dejó a ella encajes rojos en la manga blanca. La sangre y el líquido se filtraron a través de las baldosas en blanco y negro.

"Vamos", dijo ella. "¡No te quedes ahí parado, vamos!"

\* \* \*

Con metanfetaminas de color verde esmeralda y un puñado de chips de crédito falsos a más nombres de los que cualquiera de ellos podía recordar, estaban listos para huir. El Pontiac alquilado estaba en la brillante luz del sol de la mañana, las puertas plateadas blindadas bascularon al abrirse, el motor de cerámica traqueteó cuando llegó a la temperatura de funcionamiento. Las motas de polvo bailaban a la luz, y Jerome se quedó mirando la bolsa de plástico blanca que emitía su suave zumbido. Presionó al bajar la tapa del maletero y esta siseó al cerrarse.

En algún lugar de Pensilvania, donde el cielo era de un gris opaco que filtraba la luz y se bebía el color de las rodantes tierras de cultivo, Jerome dijo: "Debes explicar eso ... lo que hiciste".

Connie yacía con el respaldo de su asiento reclinado casi encima del diener, que ocupaba la mayor parte de la parte trasera. Su rostro encaraba el techo del coche, sus ojos cerrados. "David", dijo, "tenía que matarlo. Cristo, nos

hubiera reconocido, sabía cómo vestíamos ... incluso vio el robot, que por cierto va a resultar un gran inconveniente".

"Eso no importa. Él o nosotros, ¿verdad?"

"Eso es lo que estoy tratando de decirte".

El diener ardió con un nuevo conjunto de percepciones. Una y otra vez, se vio congelando al hombre con un dardo Táser, tirándolo al suelo y a Connie Stone matándolo una y otra vez. ¿Quién es responsable y qué podría yo haber hecho? quería saber.

\* \* \*

Pasaron Chicago de largo, donde la negra Torre Sears se encontraba entre una asquerosa neblina petroquímica, que parecía la base de operaciones del Imperio del Mal. La Interestatal 80 se había convertido en un tubo magnético caliente que los absorbía por el camino. El piloto estaba apagado y los números rojos del salpicadero parpadeaban en los ciento sesenta: esperanzas de invisibilidad no olvidadas precisamente, simplemente perdidas en el ardor del momento.

Al día siguiente, el viaje se había masticado el Medio Oeste, y a ellos también, a medida que los kilómetros rodaban bajo el Pontiac y los químicos que estaban comiendo disparaban un millón de pequeños dardos arriba y abajo por sus columnas y vertían en sus estómagos enormes depósitos de vidrio con ácido. Jerome pensó que tenían que detenerse alguna vez. Entonces, en Wyoming, en un pueblecito de mierda que era mitad neón de comida rápida y mitad paisaje lunar, se aparcaron bajo un despejado cielo que se desvanecía rápido hacia el crepúsculo y pararon en el Autotel 80.

El diener siguió a Jerome y a Connie hasta la habitación del motel, donde tomaron un Demerol cada uno y durmieron diez horas seguidas, saliendo en caída de la bruma de anfetaminas hacia un sueño oscuro como la muerte. El diener permaneció en su propia oscuridad, poseído por el recuerdo de ese evento, funcionando a través de lo que en un ser humano debería llamarse el trauma del mismo, el dolor.

\* \* \*

La tarde siguiente, nubes que colgaban de las montañas circundantes arrojaron una llovizna fría cuando ellos se dejaron caer en Salt Lake City. Media hora después, Jerome había pasado a manual y conducía el Pontiac por el borde del congestionado Salt Lake, donde los diques de roca y tierra habían cortado el camino a dos carriles lentos mojados por la filtración del tráfico. Grúas robot: mantis gigantes rodeadas de ojos cámara trabajaban en la parte superior de los diques, mientras que los abanderados con trajes de plástico amarillo instaban al tráfico de cuello de botella hacia adelante. Más al Oeste, el camino trazaba una línea recta a través de las salinas inundadas, donde el cielo gris y las nubes y las montañas marrones se reflejaban en un espejo acuoso gigante, dos órdenes de ser la intersección perfecta, el exceso de naturaleza fluía libremente hacia una belleza inesperada.

Jerome masticó una cápsula verde, carraspeó cuando esta bajaba, luego se atragantó y la escupió en su mano. "Creo que sé lo que vamos a hacer", dijo, luego lamió los fragmentos de anfetamina amarga de su palma. "El diener aquí puede enviarles un mensaje telefónico a estos imbéciles: jódenos una vez más, y dejamos el cadáver podrido de su seis en la carretera para que se lo coman los coyotes. Así que, pague ahora. Hágalo rápido y seguro, encriptar, exprimir y servir. Cometí un grave error la última vez. Fui tras ellos como si estuvieran en algún tipo de rutina de seguridad ordinaria, pero olvidé lo mucho que podrían tener que proteger".

"Y yo olvidé lo rápido que son", dijo Connie. "Y lo malvados".

"Ya. De todos modos, creo que hemos corrido lo bastante lejos".

\* \* \*

Jerome siempre había tenido asociaciones apocalípticas con Nevada. Palabras como campo de pruebas, explosión subterránea y ovejas muertas venían a la mente. Pero ahí es donde terminaron, en un pueblecito justo al otro lado de la frontera, quemándose bajo el sol del día, donde los letreros prometían a los inversores una entrada barata al "Próximo Las Vegas". Todos descoloridos hasta casi la ilegibilidad.

Su habitación tenía mobiliario de acero y paredes de gotelé azul. El vestíbulo de Arenas Fluidas había sido de pseudo-lujo de finales del siglo XX: cerámica blanca y Naugahyde rojo, cromo, láseres multicolores ejecutando como dementes sus programas.

Jerome yacía en la cama sintiéndose extraño.

Viejos blues, medio recordados ... canciones sobre pistolas, cuchillos y mujeres. Ella tiene un treinta y ocho especial y hey mama, por favor, deja de desmoronarte. Jerome pensó que una de ellas podría ser apropiada de alguna manera.

Ella salió del cuarto de baño llevando una toalla rosa claro, perlas cristalinas de la ducha en su piel.

*El que amo...*

Y abrió un cajón negro y sacó un vestido de seda azul oscuro y dejó la toalla a un lado...

*puso una pistola en la boca de un hombre...*

Se deslizó el vestido sobre la cabeza...

*y apretó el gatillo...*

Cuando su piel caliente y húmeda se presionó contra él, eso borró una infinidad de dudas...

*(algún tipo especial de blues).*

\* \* \*

El diener buscó en su interior y sacó un cable de plástico azul con un tapón plateado en su extremo. Accionado por resorte, el cable se tensó cuando el diener lo estiró y lo encajó en la base del teléfono. "¿Quieres que transmita ahora?" preguntó.

"Claro", dijo Jerome.

Y en el momento del cierre de los relevos, cuando los circuitos comenzaron a unirse desde Nevada a la República Dominicana, supo lo que debía decir, ahora, y a quién.

Unos segundos después, Jerome dijo: "Eso es todo. Todo ha acabado. Tomemos una copa". Y al diener le dijo: "Deberías recargar".

"Lo haré", dijo este. Tenía más material que ponderar: a la luz de su reciente experiencia de cambio irreversible, elección irreversible, consideró lo que probablemente sucedería a continuación.

\* \* \*

Rápido y cruel, había dicho ella.

A la mañana siguiente, Connie y Jerome se sentaban ante el desayuno del servicio de habitaciones cuando se abrió la puerta y entraron dos hombres con uniformes de hotel: monos granate con adornos dorados. El alto sostenía una pistolita automática negra como el Colt que Connie llevaba en el bolso. El pequeño fue al armario y apretó el botón, y la puerta de espejo se deslizó a un lado. El hombre metió la mano en el interior iluminado de blanco y sacó la bolsa congelador de detrás de las maletas negras apiladas. Puso la bolsa congelador sobre la cama doble, separó la costura de apertura y sacó el paquete. Desenvolvió el paquete y, con un pequeño bisturí, cortó una astilla del trozo de carne rosa y colocó la astilla en un tubito negro.

Connie miró el diener, que estaba enchufado a una toma de corriente. "Lo siento", dijo Jerome, pero ella le ignoró, miraba como loca a su alrededor como buscando algo que no estaba allí.

El bajito asintió con la cabeza y comenzó a volver a empacar la bolsa congelador. El alto disparó un tiro que impactó a Connie en medio de la frente. El impacto la estrelló contra la pared, y el pistolero caminó hacia donde yacía tumbada con las piernas y los brazos extendidos, y puso otro disparo en la curva interna de su seno izquierdo, dentro del corazón.

"Vete a casa", le dijo a Jerome con la voz plana de un jugador de póker pidiéndole al crupier dos cartas. "Alguien vendrá para encargarse de las cosas: la mujer, el coche. No le digas nada a nadie y no nos molestes nunca más. ¿Entiendes?"

Con la sangre de Connie sobre él y el olor de su muerte en sus fosas nasales, Jerome entendió. Los dos hombres no esperaron a que él lo dijera. Se habían ido.

\* \* \*

La lanzadera a Reno se elevó directamente de una plataforma de agrietado hormigón en el límite de la casi ciudad. Dentro del viejo jet de alas oscilantes, hedor del sudor emanaba de la ajada tapicería verde. Sobre las montañas, el avión se balanceó y se sacudió en el áspero aire que penetraba el aturdido dolor y culpabilidad de Jerome, empalideciéndolo con náuseas.

En Reno, el aeropuerto era de cemento azul brillante, acero rojo y un bosque de espejos, y Jerome y el diener eran insignificantes entre los miles que regresaban al Este, la mayoría con cantidades razonables, algunas contando historias de grandes victorias en casinos, otras más amamantando el dolor intestinal que viene junto a una gran pérdida, la que no te puedes permitir.

"Está segura de que el compartimento está presurizado", dijo Jerome a la mujer tras mostrador de la United. El diener ya había sido revisado, pero Jerome estaba ansioso.

"Hey, Jackie", dijo la mujer. "Este tipo está enviando un robot. ¿Quieres hablar con él? Estoy ocupada". Tenía poco más de veinte años, ojos brillantes y sexys, y obviamente no le importaba una mierda.

"Que te jodan", dijo Jerome. Y se alejó andando.

"Siguiente", dijo la mujer.

\* \* \*

En el vuelo a Washington, la cabina estaba oscura, y Jerome se sentaba insomne en la penumbra, enfrentando el vacío reconocimiento de que había sabido poco sobre Connie Stone, y se preguntó quién era ella, y más ... se preguntó sobre ellos ... ¿cuál era la probabilidad de que su pasión hubiera perdurado después de la ardiente quema radiactiva del momento? En Dulles había lluvia, niebla y multitudes dispersándose rápidamente en dos vuelos entrantes.

El diener subió una rampa en el compartimento trasero de una limusina del aeropuerto. Jerome se sentó entre la media docena de personas sombrías dentro. Mientras la limusina avanzaba por Dulles Parkway, nadie dijo una palabra, lo cual a Jerome le pareció bien. Apenas podía imaginar intentar hablar con alguien sobre nada.

\* \* \*

Al final de la tarde del día siguiente, Jerome se sentó en la diminuta terraza afuera de su habitación. A través de las abiertas puertas de cristal podía escuchar el suave silbido del diener mientras este se movía por la habitación.

El voyeurismo de Jerome había desaparecido, sus energías se extinguieron. Pensó que tal vez su curiosidad se había ido con estos, aunque se preguntaba acerca de una cosa.

"Diener", llamó, y el robot salió a la terraza. "¿Cómo crees que I.G. Bioquim nos encontró?" preguntó Jerome. Inhaló los hidrocarburos quemados de la calle diez pisos más abajo. El diener permaneció en silencio. "Solía pensar que era bastante bueno en este juego", continuó Jerome, "pero me quemaron, nos atraparon".

"No", dijo el diener. "No es culpa tuya".

"Pues claro que sí".

"No. Yo se lo dije".

Al salir de la silla, Jerome puso las manos bajo el borde de la carcasa de porcelana del diener. Pensó, por supuesto que lo hiciste, en un momento más de reconocimiento que de descubrimiento. Él gruñó al levantar el cuerpo del diener de lado para que descansara contra la barandilla de la terraza pintada de blanco. Los tentáculos del diener temblaron como gusanos negros agitados.

"Para salvar tu vida", dijo el diener. "Hice un trato con ellos. Nunca te habrían olvidado, te habrían matado. ¿Por qué te preocupas por esa mujer? Ella era una ladrona, una asesina"

"Serás mierdecilla."

Bajo el peso del diener y el empuje de Jerome, el riel se soltó y el diener cayó a la luz del sol. Destrozando una escultura de hierro forjado negro, se sumergió en el agua ondulante y su cuerpo se hizo añicos en el fondo de hormigón y piedra arenisca de la fuente.

Sobre el parloteo de personas reunidas alrededor de la fuente, se escuchó el lamento de Jerome desde lo alto.

**FIN**

## Ojos de Serpiente

Carne oscura en la lata; marrón, aceitosa y salpicada de moco; emitía un olor repelente a pescado, y el sabor de la misma le subía por la garganta, pútrido y amargo, como algo del estómago de un hombre muerto. George Jordan se sentó en el piso de la cocina y vomitó, luego se apartó de charco brillante, que se parecía mucho a lo que quedaba en la lata.

*Pensó: No, esto no funcionará: tengo cables en mi cabeza y me hacen comer comida para gatos. A la serpiente le gusta la comida para gatos*

Necesitaba ayuda, pero sabía que no tenía mucho sentido llamar a la Fuerza Aérea. Ya lo había probado, y era imposible que fueran a admitir la responsabilidad del monstruo que había en su cabeza. Lo que George llamaba la serpiente, la Fuerza Aérea lo llamaba Tecnología de Interfaz Humana Efectiva y no quería saber de ningún problema posterior al alta con ella. Tenían sus propios problemas con los comités del Congreso que investigaban «la conducta de la guerra en Tailandia».

Se tumbó un momento con la mejilla sobre el frío linóleo, se levantó y se enjuagó la boca en el fregadero, luego metió la cabeza debajo del grifo y dejó correr agua fría sobre ella, pensando: Llama al maldito multicom, luego llama a SenTrax y diles: "¿Es cierto que podéis hacer algo con respecto a este ícubo que quiere tomar posesión de mi alma?" Y si te preguntan: "¿Cuál es su problema?", diles "comida para gatos", y tal vez dirán: "Demonios, solo quiere tomar posesión de tu almuerzo"

Una silla cubierta de pana marrón en medio de la yerma sala de estar, un teléfono blanco en el suelo a su lado, un televisor plano contra la pared opuesta, eso era todo aquello, lo que podría haber sido el hogar si no hubiera sido por la serpiente.

Levantó el teléfono, activó el directorio en su pantalla y tecleó TELECOM SENTERAX.

El Orlando Holiday Inn estaba al lado de la terminal del aeropuerto, donde los turistas llegaban ansiosos por las delicias de Disney World. Pero para

mí, pensó George, no hay sonrientes patos y lindos roedores. Aquí, como en todas partes, es la Ciudad Serpiente.

Desde la ventana de la habitación de su motel, observó las grises capas de lluvia que caían en cascada sobre el pavimento. Llevaba esperado dos días para un lanzamiento. En Cañaverál, un transbordador se asentaba en su plataforma, y cuando el clima se despejara, un helicóptero lo recogería a él y lo dejaría allí, un paquete de entrega para SenTrax, Inc., en la Estación Atena a más de treinta mil kilómetros sobre el ecuador

Tras él, bajo la luz láser de un agujero Blaupunkt, la gente de treinta centímetros de altura charlaba sobre la guerra en Tailandia y la suerte que había tenido Estados Unidos de escapar de otro Vietnam.

¿Suerte? Tal vez ... él había sido conectado y preparado para el entrenamiento de combate, ya acostumbrado a los contornos ajustados en el negro sofá trasero del General Dynamics A-230. El A-230 volaba al límite mortal de la inestabilidad, cada superficie de control monitoreada por su propio banco de microcomputadoras, todo conectado al asistente de vuelo de cerebro de serpiente con cables trenzados de milopreno negro que recorrían ambos lados de su esófago. saliendo, oh sí, donde los cables se conectaban en su lugar y el fuselaje resonaba en sus nervios, su cuerpo cantaba con esa identidad, ese poder.

Luego el Congreso desconectó el enchufe de la guerra, la Fuerza Aérea desconectó el enchufe de George, y cuando llegó su licencia, allí estaba él, abandonado con bolas azules tecnológicas y este hardware en su cabeza que desde entonces había cobrado una vida propia.

Un rayo caminó a través del cielo púrpura, rasgándolo, enloqueciéndolo en un gigantesco cuenco de vidrio roto. Otro hombre de treinta centímetros de altura dijo que la tormenta tropical pasaría en las próximas dos horas.

\* \* \*

Hamilton Innis era alto y pesado: dos metros once y unos ciento trece kilos. Llevaba un traje azul claro con SENTRAX en letras rojas en el pecho izquierdo y suaves zapatillas negras. Flotaba en un pasillo blanco muy

iluminado, sujeto precariamente a una pared por uno de los parches de velcro del mono. Una pantalla de visualización sobre la entrada hermética mostraba el transbordador encajando el morro dentro del tubo de embarque. Él esperó a que este se acoplase a las escotillas herméticas y enviara al más reciente candidato.

Este llevaba seis meses fuera de servicio y perdiendo lentamente lo que los médicos de la Fuerza Aérea había hecho con su mente. El ex sargento de tecnología George Jordan, dos años de universidad comunitaria en Oakland, California, seguido de alistamiento en la Fuerza Aérea, entrenamiento de tripulación aérea, el programa EHIT. Según el perfil que Alef había reunido a partir de los registros de la Fuerza Aérea y el Banco Nacional de Datos, un hombre con aptitudes e inteligencia ligeramente superiores a la media, un gusto claramente superior a la media por lo extraño, de ahí su voluntariado para el EHIT y el combate. En sus fotos de archivo, su aspecto era corriente: uno setenta, ochenta kilos, cabello y ojos marrones, ni guapo ni feo. Pero era una imagen antigua y no podía mostrar la serpiente y el miedo que la acompañaba. No lo sabes, colega, pensó Innis, pero no has visto nada todavía.

El hombre salió por la escotilla, más o menos indefenso en caída libre, pero Innis pudo verlo descifrándola, deseando que los músculos dejaran de luchar, dejaran de tratar de hacer frente a una gravedad que simplemente no estaba allí. "¿Qué demonios hago ahora?", preguntó George Jordan, suspendido en el aire, un brazo agarrado a la escotilla.

"Relájate. Te atraparé". Innis se apartó con un impulso y se lanzó en picado, agarrando al hombre al pasar, llevándolos a ambos a la pared opuesta y pateando allí para carambolearlos hacia afuera.

\* \* \*

Innis le dio a George algunas horas de fútiles intentos de dormir, tiempo suficiente para que los brillantes fosfenos deslizantes causados por las altas g del viaje desaparecieran de su visión. George pasó la mayor parte del tiempo dando vueltas en su litera, escuchando el silbido del aire acondicionado y los crujidos de la estación rotatoria.

Después Innis llamó a la puerta de su compartimiento y dijo a través del altavoz de la puerta: "Vamos, compañero. Es hora de reunirse con el médico".

Caminaron por una parte más antigua de la estación, donde había coágulos marrones de goma de mascar fosilizada en el piso de plástico verde, marcas de rasguños en las paredes, junto con vagas impresiones de insignias y nombres de compañías. GCOI se repetía varias veces en letras fantasmales. Innis le dijo a George que estas se referían al ahora extinto Grupo de Construcción Orbital Internacional, los constructores y controladores originales de Atena. Innis detuvo a George frente a una puerta que decía GRUPO INTERFAZ. "Adelante", dijo. "Me pasaré un poco más tarde".

Imágenes de grullas dibujadas con delicados trazos blancos sobre un fondo de seda marrón colgaban a lo largo de una pared crema pálido. Tabiques curvos en espuma translúcida, que brillaban con las luces suaves colocadas tras ellos, marcaban un área central, luego se ondulaban, formando un corredor que conducía a la oscuridad. George estaba sentado en un sillón abatible de chocolate; Charley Hughes recostado en una silla de cromo y cuero sintético marrón, con los pies sobre la mesa de cubierta oscura frente a él, un centímetro de ceniza colgaba del extremo de su cigarrillo.

Hughes no era el clon habitual de M.D. Era una figura delgada con un desgastado obi gris, su cabello negro iba recogido desde rasgos afilados hasta una coleta hasta la cintura, su rostro tenso y un poco de ojos salvajes.

"Háblame de la serpiente", dijo Hughes.

"¿Qué quieres saber? Es un nexo mikey-micro implantado ... "

"Sí, lo sé. Eso no es importante. Cuéntame tu experiencia". Ceniza cayó del cigarrillo sobre la moqueta marrón. "Dime por qué estás aquí".

"Vale, yo llevaba fuera de la Fuerza Aérea un mes más o menos, tenía un lugar cerca de Washington, en Silver Spring. Pensé que trataría de conseguir trabajo en una aerolínea, pero no tenía mucha prisa porque tenía cerca de seis meses de paga posterior a la licencia, y pensé que me lo tomaría con calma por un tiempo.

“Al principio fue solo esta rareza inespecífica. Me sentía distante, desconectado, pero ¿qué demonios? Vive en los Estados Unidos, ¿ya sabes? Bueno, solo estaba sentado una tarde, iba a ver un pequeño holo-v, tomar unas cervezas. Oh, hombre, esto es difícil de explicar. Me sentí muy extraño, como que tal vez estaba teniendo, no sé, un ataque al corazón o un derrame cerebral. Las palabras en el holo no tenían ningún sentido, y era como si estuviera viendo todo bajo el agua. Luego estaba en la cocina sacando cosas del refrigerador: carne de almuerzo, huevos crudos, mantequilla, cerveza, todo tipo de porquería. Simplemente me quedé allí y lo saqué todo con un portazo. Rompí los huevos y los chupé directamente de la cáscara, me comí la mantequilla a grandes tacos, toda la mortadela, me bebí toda la cerveza, una, dos, tres, así sin más”.

Los ojos de George estaban cerrados mientras pensaba y sintió el miedo que había venido solo después, creciendo de nuevo. "No podría decir si... estaba haciendo todo esto ... ¿entiendes lo que estoy diciendo? Quiero decir, ese era yo allí sentado, pero al mismo tiempo, era como si otra persona estuviera en casa".

“La serpiente. Su presencia plantea ciertos ... problemas. ¿Cómo los enfrentaste?”

“Esperaba que no volviera a suceder, pero sucedió, y esta vez fui a Walter Reed y le dije: Hey, amigos, estoy teniendo estos episodios. Sacaron mis registros, hicieron un examen físico ... pero, diablos, antes de que me licenciaran, yo tenía el examen completo. De todos modos, dijeron que era un problema psiquiátrico, así que me enviaron a ver a un psiquiatra. Fue entonces cuando sus muchachos se pusieron en contacto conmigo. El psiquiatra no estaba haciendo ningún maldito bien, ¿alguna vez has comido comida para gatos, hombre?... así que, aproximadamente un mes después, los volví a llamar”.

"Habiendo primero rechazado la oferta de SenTrax".

“¿Por qué iba a querer trabajar para una multicom? Cristo, acabo de salir de la Fuerza Aérea. Al diablo con eso. Supongo que la serpiente me hizo cambiar de opinión”.

"Sí. Debemos obtener una imagen física completa: un escáner superCAT, química cerebral y perfiles de actividad eléctrica. Entonces podemos considerar alternativas. Además, esta noche hay una fiesta en la cafetería cuatro: puedes pedirle instrucciones a la computadora de tu habitación. Puedes encontrar a algunos de tus colegas allí".

Después de que George hubiese sido conducido por un técnico médico por el corredor de paredes de espuma, Charley Hughes quedó sentado fumando Gauloises en cadena y observando con desapego clínico el temblor en sus manos. Era extraño que no le hubieran temblado en la sala de operaciones, aunque esto no importaba en este caso... los cirujanos de la Fuerza Aérea ya habían tallado en George.

George ... quien necesitaba un poco de suerte ahora porque era uno de los pocos estadísticamente insignificantes para quienes el EHIT era un boleto hacia una locura especial, del tipo en que Alef estaba interesado. Antes habían sido Paul Coen y Lizzie Heinz, ambos elegidos de los archivos de personal de SenTrax que usaban un perfil psicológico elaborado por Alef, quienes recibieron implantes EHIT de él, de Charley Hughes. Paul Coen había entrado en una esclusa de aire y se había hecho volar a sí mismo al vacío.

No es de extrañar que le temblaran las manos... habla sobre la vanguardia de la alta tecnología todo lo que quieras, pero alguien tiene que empuñar el cuchillo.

\* \* \*

En el corazón blindado de la Estación Atena había un nido de esferas concéntricas. La esfera más interna medía cinco metros de diámetro, estaba llena de fluorocarbono líquido inerte y contenía un cubo de plástico negro de dos metros del que brotaban gruesos cables negros de cada superficie. Dentro del cubo había una serie fluida de formas de onda hologramáticas que fluctuaban de nanosegundo a nanosegundo en un juego de conocimiento e intención: Alef. Está constituido por un regresión infinita de conciencia... cualquier pensamiento se convierte en objeto de otro, en una secuencia terminada solo por los límites de la voluntad de la máquina.

De modo que, estrictamente hablando, no hay Alef, así que no hay sujeto o verbo en las oraciones con las que este se expresa a sí mismo. Paradoja, para Alef una de las formas intelectuales más interesantes... una paradoja marcaba los límites de una posición, incluso de un modo de ser, y Alef estaba muy interesado en los límites.

Alef había observado la llegada de George Jordan, su lanzamiento sobre la litera, su entrevista con Charley Hughes. Se deleitaba en estas observaciones, en la piedad, la compasión y la empatía que generaban, mientras Alef presagiaba el cambio radical que George soportaría, sus éxtasis, pasiones, pesares. Al mismo tiempo, Alef sentía con desapego la necesidad del pesar de George, incluso hasta el punto de la muerte.

Compasión/desapego, muerte/vida ...

Varios miles de voces dentro de Alef se rieron. George pronto se enteraría de los límites y las paradojas.

\* \* \*

Cafetería Cuatro era una sala de diez metros cuadrados de color azul turquesa, llena de mesas y sillas esmaltadas gris oscuro que podían sujetarse magnéticamente a cualquiera de las superficies de la sala. La mayoría de las ensamblajes se colgaban de las paredes y el techo para dejar espacio a las personas que estaban dentro.

En la puerta, George se encontró con una mujer alta que dijo: "Bienvenido, George. Soy Lizzie. Charley Hughes me dijo que estarías aquí". Su cabello rubio estaba cortado casi hasta el cráneo, sus ojos eran brillantes, de color azul dorado. Nariz afilada, barbilla ligeramente retraída y pómulos prominentes le daban el desnutrido aspecto de una modelo sin trabajo. Llevaba una falda negra, cortada a ambos lados hasta el muslo, y medias rojas. Una rosa roja iba tatuada en la piel pálida de su hombro izquierdo, su tallo se curvaba hacia abajo entre sus pechos desnudos, donde una espina dibujaba una lágrima de sangre. Al igual que George, tenía brillantes conexiones de cable bajo la mandíbula. Ella lo besó metiéndole la lengua en la boca.

"¿Eres el oficial de reclutamiento?", preguntó George. "Si es así, buen trabajo".

"No hay necesidad de reclutarte. Puedo ver que ya te has unido". Ella lo tocó ligeramente bajo la mandíbula, donde brillaban las uniones de cables.

"Todavía no lo he hecho". Pero ella tenía razón, por supuesto, ¿qué otra cosa podía hacer él? "¿Tenéis cerveza por aquí?"

Tomó la botella fría de Dos Equis que Lizzie le ofreció y la bebió rápidamente, luego pidió otra. Más tarde se dio cuenta de que esto era un error: todavía estaba tomando píldoras contra las náuseas (TENGA PRECAUCIÓN AL OPERAR MÁQUINARIA). En ese momento, todo lo que sabía eran dos cervezas y la vida era un carnaval. Había luces, ruidos y mucha gente nada familiar.

Y ahí estaba Lizzie. Los dos pasaron la mayor parte del tiempo parados en una esquina, frotándose uno contra el otro.

Difícilmente era el estilo de George, pero en ese momento parecía apropiado. A pesar de su intimidad, el beso en la puerta le había parecido ceremonial, un rito de paso o iniciación, pero rápidamente sintió ... ¿qué? Una llama invisible pasando entre ellos, o una nube hirviente de feromonas, los ojos de ella parecían brillar con ellas. Cuando él acarició su cuello con la nariz, trató de lamer la gota de sangre de su seno izquierdo, exploró finos dientes blancos con su lengua, los dos parecían gemelos, como si hubiera cables entre los dos, encajados en los brillantes rectángulos bajo sus mandíbulas.

Alguien tenía un programa Jahfunk ejecutándose en una esquina. Innis apareció e intentó en vano varias veces llamar su atención. Charley Hughes quería saber si a la serpiente le gustaba Lizzie... le gustaba, George estaba seguro de eso, pero no sabía qué significaba. Luego, George cayó sobre una mesa.

Innis se lo llevó, tropezando y balanceándose. Charley Hughes buscó a Lizzie, quien había desaparecido por el momento. Ella regresó y dijo: "¿Dónde está George?"

"Borracho, se ha ido a la cama".

"Lástima. Estábamos llegando a conocernos".

"Eso vi. ¿Cómo te sientes al respecto? "

"¿Quieres decir si me siento como una perra traidora?"

"Venga ya, Lizzie".

"Bueno, no hagas preguntas tan tontas. Me siento mal, claro, pero sé lo que George no sabe... así que estoy preparada para hacer lo que debe hacerse. Y, por cierto, de verdad me gusta".

Charley no dijo nada. Él pensó: Sí, tal y como Alef dijo que te gustaría.

\* \* \*

Oh, Dios, estaba George avergonzado por la mañana. Tropezando borracho y jorobando en público ... ai yi yi. Intentó llamar a Lizzie, pero solo obtuvo una cinta de contestador, a la cual colgó. Se tumbó en su cama en un semistupor hasta que sonó el timbre del teléfono.

La cara de Lizzie en la pantalla le sacó la lengua. "Culo lindo", dijo. "Me voy unos minutos y desapareces".

"Alguien me trajo a casa. Creo".

"Sí, llevabas una buena torrija. ¿Te apetece verme para almorzar? "

"Tal vez. Depende de cuándo quiera verme Hughes a mí. ¿Dónde vas a estar? "

"En el mismo sitio, cariño. Patilla cuatro".

Una llamada telefónica le dio la noticia de que el médico no estaría preparado para él hasta una hora después, por lo que George terminó sentado frente a la rubia maníaca de ojos brillantes, toda vestida con un mono SenTrax esta mañana, pero abierto casi hasta la cintura. Ella emitía

calor sensual tan naturalmente como una rosa huele bien. Frente a ella había un plato de huevos rancheros con guacamole. Amarillo, verde y rojo, con olor a chile, en su estado, aquello parecía peor que la comida para gatos. "Jesús, señorita", dijo. "¿Es que quieres ponerme enfermo?"

“Coraje, George. Quizá deberías comer un poco, o te mata o te cura. ¿Qué opinas de todo esto tan oscuro? ”

"Todo es un poco desorientador, pero, ¿qué demonios? Es mi primera vez lejos de la Madre Tierra, ya sabes. Aunque voy a decirte lo que realmente no entiendo: Senlrax. Sé lo que yo quiero de ellos, pero ¿qué demonios quieren ellos de mí?"

“Quieren lo simple, hombre, quizá, periféricos. Tú y yo solo somos piezas para la máquina. Alef, que es la IA en la residencia, tiene todas las entradas: video, audio, detectores de radiación, sensores de temperatura, receptores de satélite, pero son todas tontas. Lo que Alef quiere, Alef lo obtiene: eso es lo que he aprendido. Él quiere usarnos, y eso es todo. Piensa en ello como pura investigación".

“¿Él? ¿Te refieres a Innis? ”

“No, ¿a quién le importa Innis? Estoy hablando de Alef. Ah, sí, la gente te dirá que Alef es una máquina, una IA, toda esa mierda. Ja ja, Alef es una persona, un tipo extraño de persona, claro, pero una persona definida. Demonios, Alef quizá sea un montón de gente".

"Creeté tu palabra en esto. Mira, hay una cosa que me gustaría probar. ¿Qué tengo que hacer para salir ... para ir a dar una paseo espacial? "

“Bastante fácil. Debes conseguir una licencia, que requiere un curso de tres semanas en seguridad y operaciones. Puedo ayudarte en eso. Soy titulada en AES, instructora de actividad extraestación. Comenzaremos mañana".

\* \* \*

Las grúas en la pared volaron hacia su misterioso destino. Al mirar la pantalla sobre la mesa, George pensó que bien podría ser otro universo.

Con nervios ópticos truncados sobresaliendo como antenas de insectos, un cerebro flotaba bajo e hocico extendido de plástico negro de un proyector de holóptica Sony. Mientras Hughes trabajaba con el teclado frente a él, el órgano giró para que pudieran ver su parte inferior. Tenía una fina red de cables plateados que se arrastraban desde allí, pero parecía normal.

"El cerebro de George Jordan", dijo Innis. "Con implantes. Muy agradable".

"Me siento como si viera mi propia autopsia, viendo esa cosa. ¿Cuándo puedes operar y sacar esta mierda de mi cabeza? "

"Déjame mostrarte algunas cosas". Mientras escribía, la intrincada corteza gris se volvió transparente, revelando estructuras codificadas por colores rojo, azul y verde en su interior. Hughes metió la mano en el cerebro y apretó el puño dentro de un área azul en la parte superior de la médula espinal. "Aquí es donde se vuelven biológicas las conexiones eléctricas. Esos noditos a lo largo de las pseudoneuras son los bioprocesadores, y se conectan al llamado complejo r, eso que heredamos de nuestros antepasados reptiles. Las pseudoneuronas continúan en el sistema límbico, el cerebro de los mamíferos, y ahí es donde entra la emoción. Pero hay una mayor participación de la neocorteza, a través del SAR, el sistema de activación reticular y el cuerpo calloso. También hay conexiones con el nervio óptico".

"Ya he oído esta jerigonza antes. ¿Y qué?"

"Las pseudoneuronas no están implantadas sin más, ahora son una parte funcional y orgánica de tu cerebro". Dijo Innis: "No hay forma de retirar los implantes sin pérdida de orden en tus mapas neuronales. No podemos quitarlos".

"Oh, mierda, hombre".

Charley Hughes dijo: "Aunque la serpiente no se puede quitar, tal vez se pueda encantar. Las dificultades surgen de su naturaleza incivilizada e incontrolada, sus apetitos son, podría decirse, primitivos. Una parte antigua de tu cerebro ha dominado la neocorteza, que es la debería estar al mando. Al trabajar con Alef, estas... tendencias, pueden integrarse en tu personalidad y, por lo tanto, controlarse".

“¿Qué otra opción tienes?” preguntó Innis. "Somos el único partido de la ciudad. Vamos George. Estamos preparados para ti justo al final del pasillo".

La única luz en la habitación provenía de un globo en una esquina. George yacía sobre un enrejado de fibras marrones retorcidas colgadas de un marco de plástico transparente y suspendidas del techo de la salita rosa de techo abovedado. Cables color carne corrían desde su cuello y desaparecían en placas cromadas hundidas en el suelo.

Innis dijo: "Primero ejecutaremos un programa de prueba. Charley te dará percepciones (colores, sonidos, sabores, olores) y tú le dirás lo que estás captando. Tenemos que asegurarnos de tener una interfaz limpia. Indica los artículos y él te detendrá si es necesario".

Innis entró en una habitación estrecha, donde Charley Hughes estaba sentado en una oscura consola de plástico con luces. Detrás de él había pilas cromadas de equipos de monitor y control con el amarillo resplandor solar de Sentrax en la cara de cada pieza de metal brillante.

Las paredes rosadas se tornaron rojas, la luz brilló y George se movió inquieto en la hamaca. La voz de Charley Hughes llegó a través del oído interno de George: "Estamos comenzando".

"Rojo", dijo George. "Azul. Rojo y azul. Una palabra: avestruz. Un olor, ahh ... serrín tal vez. Mierda. Vainilla. Almendras ...

Esto continuó durante bastante tiempo. "Estás listo", dijo Charley Hughes.

Cuando Alef se conectó, desapareció la habitación roja. Una matriz de ochocientos por ochocientos, seiscientos cuarenta mil píxeles formando una imagen óptica, el remanente de la supernova CAS A, una nube de polvo vista a través de un compuesto de rayos X y ondas de radio del Observatorio de Alta Órbita Alta Energía de la NASA. George no veía la imagen en absoluto: escuchaba un conjunto ordenado y significativo de información.

Transmisión de bytes: setecientos cincuenta millones de grupos serpenteando de un satélite de la Agencia de Seguridad Nacional a una estación receptora cerca de la isla Chincoteague, en la costa este de Virginia. Él podía leerlos.

"Todo es información", dijo la voz, su tono no era incoloro pero sí axesual y en cierto modo distante. "Lo que sabemos, lo que somos. Estás en un nuevo nivel ahora. Lo que llaman la serpiente no se puede alcanzar a través del lenguaje, existe en un modo prelingüístico, pero a través de mí se puede manipular. Primero debes aprender los códigos que subyacen al lenguaje. Debes aprender a ver el mundo como lo veo yo".

\* \* \*

Lizzie llevó a George para que le pusieran un traje, y pasó ese día aprendiendo a entrar y salir del rígido caparazón blanco sin ayuda. Luego, durante las tres semanas siguientes, lo instruyó en sus operaciones primarias y la densa lista de procedimientos de seguridad.

"Llama roja", dijo ella. Flotaban dentro del vestidor con el traje de vacío acunado bajo el brazo y las conchas blancas colgando de la pared como una audiencia de robots discapacitados. "Si ves eso escrito en tu visera frontal, la has fastidiado. Te has metido en algún tipo de trayectoria de no retorno, lo que haces entonces es tranquilizarlo todo y pides ayuda, que debería llegar en la forma del torbellino de Alef tomando el control de las funciones de tu traje. Luego te relajas y no haces una maldita cosa."

Él voló primero en una cúpula iluminada dentro de la estación, con la visera frontal abierta y Lizzie gritándole y riendo mientras él caía sin control y rebotaba en las paredes acolchadas. Luego salieron de la estación, George en el extremo de una correa, volaba en simulación instrumental, su visera frontal estaba enmascarada, Lizzie le enviaba una llama roja, un fallo de integridad del traje, y así sucesivamente.

Mientras George concentraba la mayor parte de sus energías y atención en aprender a usar el traje, cada día informaba a Hughes y se conectaba a Alef.

La hamaca le mecería suavemente después de que él se acomodara en ella, Charley conectaría los cables en su sitio y se iría.

\* \* \*

Alef se desplegaba lentamente. Si lo alimentaba con lenguaje de máquina y ensamblador, lo conducía a través de vastos árboles de C-SMART, sus programas de toma de decisiones de asistente inteligente, abrían todo el espectro electromagnético a medida que entraba en los diversos datos de Alef. George lo entendía todo: las voces, los códigos. Cuando se desconectaba, el conocimiento se desvanecía, pero quedaba algo atrás, un sesgo de percepción, una sensación de que su mundo había cambiado.

En lugar de color, a veces veía una parte del espectro; en lugar de olor, sentía la presencia de ciertas moléculas; en lugar de palabras, escuchaba colecciones estructuradas de fonemas. Su conciencia había quedado infectada por Alef.

Pero eso no era lo que preocupaba a George. Él parecía estar cocinando algo por dentro y tenía una conciencia más o menos constante de la presencia de la serpiente, allí, dormida pero molesta. Una noche se fumó casi un paquete entero de Gauloises de Charley antes de acostarse y despertarse a la mañana siguiente con alambre de espino en la garganta y fuego en los pulmones. Ese día él le gritó a Lizzie cuando ella lo puso a prueba y una vez que perdió el control por completo, ella tuvo que desactivar los controles de su traje y calmarlo. "Llama roja", le dijo ella. "Hombre, ¿qué demonios estabas haciendo?"

Al final de las tres semanas, salió en solitario, nada de excursión atada, sino una actividad autodirigida, una actividad tipo suspente tu trasero en la interminable noche externa de la estación. Salió con cuidado de la protección de la esclusa de aire y miró a su alrededor. La red de energía orbital, el trabajo de construcción que había dado existencia a Atena, flotaba ante él, colectores fotovoltaicos dispuestos en una red de ébano, plateados transmisores de microondas tomando el sol. Figuras con faros de ámbar se arrastraban lentamente ante su cara o se movían hacia remolcadores iluminados en rojo que parecían aleatorias pilas de chatarra

mientras trazaban largos arcos, sus cohetes de maniobras se iluminaban en breves puntos de diamante.

Lizzie se quedó a el exterior de la esclusa de aire, rastreándolo con la radiobaliza de su traje pero dejándolo flotar en libertad. Ella dijo: "Aléjate de la estación, George. Está bloqueando tu visión de la Tierra". Él lo hizo.

Una nube blanca se extendía por el globo azul, manchas marrones y verdes visibles a través de esta. A las catorce cero cero horas en su horario, él miraba hacia abajo casi directamente sobre la desembocadura del Amazonas, donde al mediodía la tierra estaba a plena luz del sol. Solo una cosilla.

"Oh, sí", dijo George. El silbido y el zumbido del aire acondicionado del traje, el crujido de los auriculares de una radiación dispersa que pasa a través, el jadeo rápido de su aliento dentro del casco, eran los sonidos de este momento superpuestos a la belleza flotante. Su respiración se hizo más lenta y él apagó la radio para silenciar su estática, apagó el aire acondicionado del traje y luego permaneció en silencio. Él era una mota en la noche.

Algún tiempo después, un traje blanco, con la cruz roja de entrenador en el pecho, cruzó su visión. "Oh, mierda", dijo George, y encendió su radio. "Estoy aquí, Lizzie", dijo.

"¿Qué demonios estabas haciendo?"

"Solo admirando el paisaje".

Esa noche soñó con rosadas flores de cornejo, luminosas ante un cielo púrpura y entre el ruido blanco de la lluvia. Algo arañaba la puerta, él se despertó con el olor filtrado pero metálico de la estación espacial, sintió un profundo arrepentimiento de que la lluvia nunca pudiera caer allí, y comenzó a darse la vuelta y volver a dormir, con la esperanza de volver a soñar con el idílico paisaje barrido por la lluvia. Luego pensó, hay algo ahí, se levantó, vio con letras rojas en la pared que eran más de las dos de la mañana y marchó desnudo hacia la puerta

Globos blancos proyectaban deformes esferas de luz en una línea alrededor de la curva del pasillo. Lizzie yacía en el suelo inmóvil, medio en la sombra. George se arrodilló ante ella y la llamó por su nombre; su pie izquierdo dio un golpe al tropezar una vez contra el suelo de metal.

"¿Qué pasa?", dijo él. Sus uñas pintadas de oscuro arañaban el suelo, y ella dijo algo, él no pudo saner qué. "Lizzie", dijo él.

Sus ojos captaron la lágrima roja en la curva blanca del pecho, y sintió que algo cobraba vida en él. Agarró la parte delantera del mono de Lizzie y lo rasgó hasta la entrepierna. Ella le arañó su mejilla, emitió un sonido, luego levantó la cabeza y lo miró, el reconocimiento mutuo pasó entre ellos como un impacto de estática: ojos de serpiente.

\* \* \*

El teléfono chillaba, cuando George contestó, Charley Hughes dijo: "Ven a vernos a la sala de conferencias, tenemos que hablar". Charley sonrió y cortó la conexión.

La escritura roja en la pared decía 0718 GMT.

En el espejo había una cara gris con marcas rojas en las uñas, restos marrones de sangre seca, la cara de la víctima de un accidente o de Jack el Destripador a la mañana siguiente... él no sabía cuál, pero sabía que algo dentro de él era feliz. Sentía completamente el juguete de la serpiente.

\* \* \*

Hughes se sentó en un extremo de la mesa oscura, Innis en el otro, Lizzie a medio camino entre ellos. El lado izquierdo de su rostro estaba rojo e hinchado, con un pequeño ratón púrpura bajo el ojo. George, sin pensarlo, tocó los lívidos arañazos en su propia mejilla, luego se sentó en el sofá.

"Alef nos ha contado lo que sucedió", dijo Innis. "¿Y cómo demonios lo sabe?", dijo George, pero mientras lo hacía recordaba círculos cóncavos de vidrio incrustados en los techos de los pasillos y su habitación. Vergüenza,

culpa, humillación, lágrimas, enojo. George se levantó del sofá, fue al extremo de la mesa de Innis y se inclinó sobre él. "¿Lo hizo?", dijo. "¿Qué dijo sobre la serpiente, Innis?"

"No es la serpiente", dijo Innis.

"Llámalo la gata", dijo Lizzie, "si tienes que llamarlo algo. Comportamiento de los mamíferos, George, gatas en celo".

Una voz familiar, fría y distante, llegó desde los altavoces en el techo de la habitación. "Ella intenta decirte algo importante, George. No hay serpiente. Tu deseas creer que algo reptiliano se asienta dentro de ti, frío y distante, con placeres extraños. Sin embargo, como el Doctor Hughes te ha explicó antes, el implante es una parte orgánica. Ya no puedes desviar la responsabilidad hacia estos implantes. Ellos son tú".

Charley Hughes, Innis y Lizzie lo miraban con calma, tal vez con expectación. Todo lo que había sucedido se acumuló dentro de él, arrastrándolo, llevándolo lejos. Él se dio la vuelta y salió de la habitación.

"Tal vez alguien debería hablar con él", dijo Innis. Charley Hughes quedó triste y sin palabras, el humo del cigarrillo formaba una nube a su alrededor. "Iré yo", dijo Lizzie.

"Preparado o no, se va a volar por la escotilla", dijo Innis.

Charley Hughes dijo: "Probablemente tengas razón". Una imagen fugaz, que hizo que Chancy negara con la cabeza, de Paul Coen mientras su cuerpo se volvía de goma y explotaba junto a la escotilla de la esclusa de aire, fotografiado con terrible claridad en el omnisciente monitoreo de las cámaras de Alef. "Esperemos haber aprendido de nuestros errores".

No hubo respuesta de Alef, como si nunca hubiera estado allí.

\* \* \*

El Miedo tenía dos partes. Número uno, has perdido todo el control. Número dos, después de haberlo perdido, emerge tu yo real y no te va a

gustar. George quería huir, pero no había lugar en la Estación Atena para esconderse. Sobre la mesa de operaciones en Walter Reed, parecía hacía mil años de aquello, cuando el equipo quirúrgico se reunió, sus dudas desaparecieron en el frío olor químico que se elevaba dentro de él en una ola de oscuridad ... había elegido someterse, atraído por la fina extrañeza de todo ello (ser parte de la máquina, sentir sus temblores dentro de ti y guiarlos), hipnotizado por la perspectiva de esa avalancha indecible, ese colapso. Sí, la primera vez en el A-230 lo había sentido: sus nervios extendidos, tendidos en el cuerpo de fibra conectado a una fuerza muy superior a la suya ... queriendo atravesar el cielo como un sacacorchos guiado por la fuerza de su voluntad.

Hubo un fuerte golpe en la puerta. A través de su altavoz, Lizzie dijo: "Tenemos que hablar".

Él abrió la puerta y dijo: "¿Sobre qué?". Ella pasó dentro y miró a su alrededor: a la pequeña habitación de paredes de color beige, al escritorio de metal desnudo y a la cama arrugada, y George pudo ver la inmediatez de la noche anterior en los ojos de ella, los dos en esa cama, en este suelo "Sobre esto", dijo ella y tomó sus manos, le empujó los dedos índices hacia las uniones en su cuello. "Siéntelo, nuestra diferencia". Fina rejilla de acero bajo sus dedos. "Lo que nadie más sabe. Vemos un mundo diferente, el mundo de Alef, llegamos más profundo dentro de nosotros mismos".

"No, maldita sea, no fui yo. Fue, llámalo como quieras, la serpiente, la gata".

"Estás siendo deliberadamente estúpido, George".

"Es que no lo entiendo".

"Lo entiendes muy bien. Tú quieres volver, pero no hay ningún lugar al que ir, ningún Edén. Esto es todo, todo lo que hay".

\* \* \*

Pero él podía caer hacia la Tierra, podía alejarse volando en la noche. Dentro de los guantes del traje de ESA, sus manos estaban curvadas

alrededor de los gatillos en forma de garra. Solo aprieta rápidamente los puños, luego sostenlos hasta que se acabe todo el peróxido y el tanque de propulsión del traje esté agotado. Eso servirá.

No había sido capaz de vivir con la serpiente. Y sabía seguro que no quería a la gata. Pero era peor que no hubiera una serpiente ni una gata, solo él, programado para formas particularmente desagradables de glotona lujuria violenta ("Tenemos los resultados de su prueba, Dr. Jekyll") Ahh, ¿qué sigue luego, abuso sexual de niños, asesinato?

La Tierra azul y blanca, las estrellas, la noche.

Apretó ligeramente el gatillo derecho y giró para encarar la Estación Atena.

Llámallo como quieras, eso estaba despierto y moviéndose ahora dentro de él. *Al diablo con todos ellos, George*, le instó aquello, *vamos a quemar*.

\* \* \*

En el Comando Atena, Innis y Charley Hughes miraban por encima del hombro del oficial de guardia cuando entró Lizzie. La pequeñez de la habitación y su aire general de desuso la golpearon. Alef dirigía la estación, tanto sus rutinas como emergencias.

"¿Qué está pasando?", dijo Lizzie.

"Algo va mal con uno de tus nuevos amigos", dijo el oficial de guardia. "Sin embargo, no sé exactamente qué está pasando". Miró a su alrededor hacia Innis, quien dijo: "No se preocupe por eso, amigo".

Lizzie se desplomó en una silla "¿Alguien ha intentado hablar con él?"

"No contesta", dijo el oficial de servicio.

"Estará bien", dijo Charley Hughes.

"Él va a explotar", dijo Innis.

En la pantalla del radar, el punto rojo con marcas de coordenadas que parpadeaban a su lado apenas se movía.

“¿Cómo te sientes, George?” dijo la voz, suave, femenina, consoladora. George estaba luchando contra el impulso de abrirse el casco y poder ver las estrellas, parecía importante obtener los colores correctos.

"¿Quién es?", dijo él.

"Alef".

Oh mierda, más sorpresas. "Nunca has sonado así antes".

“No, intentaba conformarme con tu idea de mí”

"Bueno, ¿cuál es tu voz real?"

"No tengo".

Si no tienes una voz real, no estás realmente ahí, eso le pareció claro a George por razones que se le escapaban. "Entonces, ¿quién demonios eres?"

“Quien desee ser.” Esto es interesante, pensó George.

"Mierda", respondió la serpiente (podían llamarlo como quisieran, para George siempre sería la serpiente), "quememos".

George dijo: "No lo entiendo".

“Lo harás, si vives. ¿Quieres morir?”

"No, pero no quiero ser yo, y morir parece ser la única alternativa".

"¿Por qué no quieres ser tú?"

"Porque me doy miedo".

Este era un diálogo familiar, notó una parte de George, entre el loco y la voz de la razón. Jesús, pensó, me he tomado como rehén. "Ya no quiero hacer

esto", dijo. George apagó la radio de su traje y sintió la furia creciendo dentro de él, la serpiente enojada como el infierno.

*¿Cuál es tu problema?* quería él saber. En realidad no esperaba una respuesta, pero obtuvo una: una imagen en su cabeza de un cielo azul sin nubes, el horizonte girando, una aeronave gris balanceándose a la vista, y el marco aéreo temblando cuando se lanzaron misiles y sus estelas centradas en el otro avión, convirtiéndola en una bola de fuego. Detrás de la imagen, una idea clara, quiero matar algo.

Bien. George viró el traje una vez más y centró la cruz de la computadora de navegación en el centro del globo azul-blanco frente a él, luego apretó los gatillos. Mataremos algo.

LLAMA ROJA LLAMA ROJA LLAMA ROJA

Preguntas inarticuladas desde la cosa interior, pero George no hacía caso, estaba metido en eso ahora, pensando: Seguro, nos quemaremos. Había corrido riesgos cuando dejó que lo cablearan, y ahora habían aparecido los dados, lo tienes, ojos de serpiente, así que todo lo que queda es elegir una muerte rápida, una con un buen final. toma esta jodida serpiente y máatala con estilo. La Tierra se acercaba. La serpiente se dio cuenta. No le gustó. Lástima, serpiente. George nunca vio venir el robot remolcador. Similar a colchones apliados con los desperdicios de una chatarrería, coronados con antenas parabólicas y de púas, disparó media docena de líneas de punta pegajosa a cien metros de distancia. Cuatro de ellos impactaron a George, tres de ellos se atascaron, y lo enrollaron y lo transportaron hacia la Estación Atena.

George sintió ira, no de la serpiente esta vez, sino la suya, y lloró con esa ira y frustración ... Te atraparé la próxima vez, cabronaza, le dijo a la serpiente y pudo sentir que esta se encogía acobardada, que le creía. Aún así su ira aumentó, y él gritaba con ella, retorciéndose entre las cuerdas que lo sostenían, golpeándose el casco con los guantes.

En la esclusa abierta, los largos brazos articulados de la garra sacaron a George del remolcador robot. Pasivo, con la ira agotada, quedó en silencio mientras le recuperaban, arrastrándolo por la entrada de la esclusa de aire y

dentro del vestidor de trajes más allá, donde lo colocaron en una camilla de puntal de aluminio. Por su visera frontal vio a Lizzie, vestida con un traje interior de algodón blanco: ella se subió al traje de George y operó los controles para dividir su cuerpo rígido por la mitad. Cuando este se abrió, ella entró en la abertura de la cáscara. Pulsó los interruptores que desconectaban los tubos flexibles de brazos y piernas, desabrochó el casco y lo levantó de la cabeza de George.

“¿Cómo te sientes?” dijo ella.

"Como un idiota".

"No pasa nada. Has hecho la parte difícil".

Charley Hughes observaba desde una pasarela sobre ellos. A esa distancia parecían niños en ropa interior blanca, gemelos que emergían de un útero de plástico, vigilados por las conchas de diáfanos rostros suspendidas sobre ellos. Gemelos incestuosos... ella yacía acurrucada sobre él y le besó en el cuello. "No soy un voyeur", dijo Hughes. Salió al pasillo, donde Innis estaba esperando.

"¿Cómo va todo?", dijo Innis.

"Lizzie se quedará con él durante un rato".

"Ya, el maldito amor juvenil, ¿eh, Charley? Me alegro. Si no fuera por ese apego erótico, habiéramos sido nosotros quienes se lo habríamos explicado todo a él".

"No podemos evadir esa responsabilidad tan fácilmente. Tendremos que decirle cómo lo ponemos en riesgo, y no espero ese momento con ansias".

"No seas tan sensible. Estoy cansado. Si me necesitas para cualquier cosa, llámame". Se marchó a paso lento por el pasillo

Chanley Hughes se sentó en el suelo con la espalda contra la pared. Extendió las manos con las palmas hacia abajo, dedos extendidos. Sólido,

muy sólido. Cuando obtuvieran su próximo candidato, el temblor comenzaría de nuevo, un tributo exigido por la memoria de Paul Coen.

Lizzie le estaría explicando algunas cosas ahora. Ese difícil punto central: cuando pensabas que te habías acostumbrado a Alef durante las últimas tres semanas. Alef estaba incitando a la rebelión a esa cosa dentro de ti. Luego suprime sus intentos de actuar, aumentando la temperatura, en otras palabras, cuando apretábamos la tapa de la olla hirviendo, teníamos nuestras razones. George Jordan estaba, no muerto, terminal. Desde el momento en que los implantes entraron en su cabeza, él estaba en la lista crítica. La única pregunta era. ¿Surgiría un nuevo George, uno que pudiera vivir con la serpiente?

George, como Lizzie antes que él, jadeaba por aire como pez en el barro caliente de las aguas secas tras él: adaptarse o morir. Pero a diferencia de cualquier organismo anterior, este tenía un supervisor, Alef, para forzar la crisis y monitorear su desarrollo. Llámalo evolución artificial. Charley Hughes. quien no tenían visiones, tenían una: George y Lizzie conectados a Alef y el uno al otro, cables dorados en la luz, los dos compartiendo una intimidad que solo otros como ellos conocerían.

Las luces en el corredor se desvanecieron hasta en el crepúsculo apagado. *¿Me estoy muriendo o se han apagado las luces?* Él comenzó a mirar su reloj, pero no lo hizo, aceptó la verdad. *Las luces se han apagado y me estoy muriendo.*

*Alef pensó: Soy un incubo, un súcubo... Me arrastro dentro de sus cerebros y les succiono los pensamientos, las percepciones, los sentimientos... sutiles discriminaciones de color, sabor, olor y lujuria, ira. hambre... todo lo cerrado a mí sin la "aportación" humana, sin conexión a esos sistemas refinados durante miles de millones de años de evolución. Los necesito.*

Alef se alegró de que George hubiera sobrevivido. Uno no había sobrevivido, otros no sobrevivirían y Alef los lloraría.

Finas líneas blancas, apenas visibles, recorrían el tenso tendón central de la muñeca de Lizzie. "En la bañera", dijo ella. Las cicatrices recorrían la longitud de la muñeca, no a través de esta, y debían de haber sido

profundas. "Lo dije en serio, tal como lo hiciste. Una vez que la serpiente comprende que morirías antes de dejar que te controle, la has dominado".

"De acuerdo, pero hay algo que no entiendo. Aquella noche en el corredor. tú estabas tan fuera de control como yo".

“En cierto modo. Tenía que dejar que eso sucediera, dejar que la serpiente se hiciera cargo. Tenía que hacerlo para ponerme en contacto contigo, precipitar la crisis. Porque yo quise hacerlo. Tenía que mostrarte quién eres, quién soy ... anoche éramos extraños, pero éramos humanos: Adán y Eva bajo la espada llameante. expulsados del Edén, follando bajo los ojos de Dios y su ángel, más hermosos de lo que ellos pueden ser jamás".

Hubo un pequeño escalofrío en el cuerpo de Lizzie contra el de él, y él la miró, vio pasión, necesidad... sus fosas nasales ensanchadas, labios abiertos... sintió las uñas afiladas clavarse en su costado, y él miró sus pupilas dilatadas con manchas doradas. claros lirios blancos, todo signos muy fáciles de reconocer, tan difíciles de entender: *ojos de serpiente* .

**FIN**